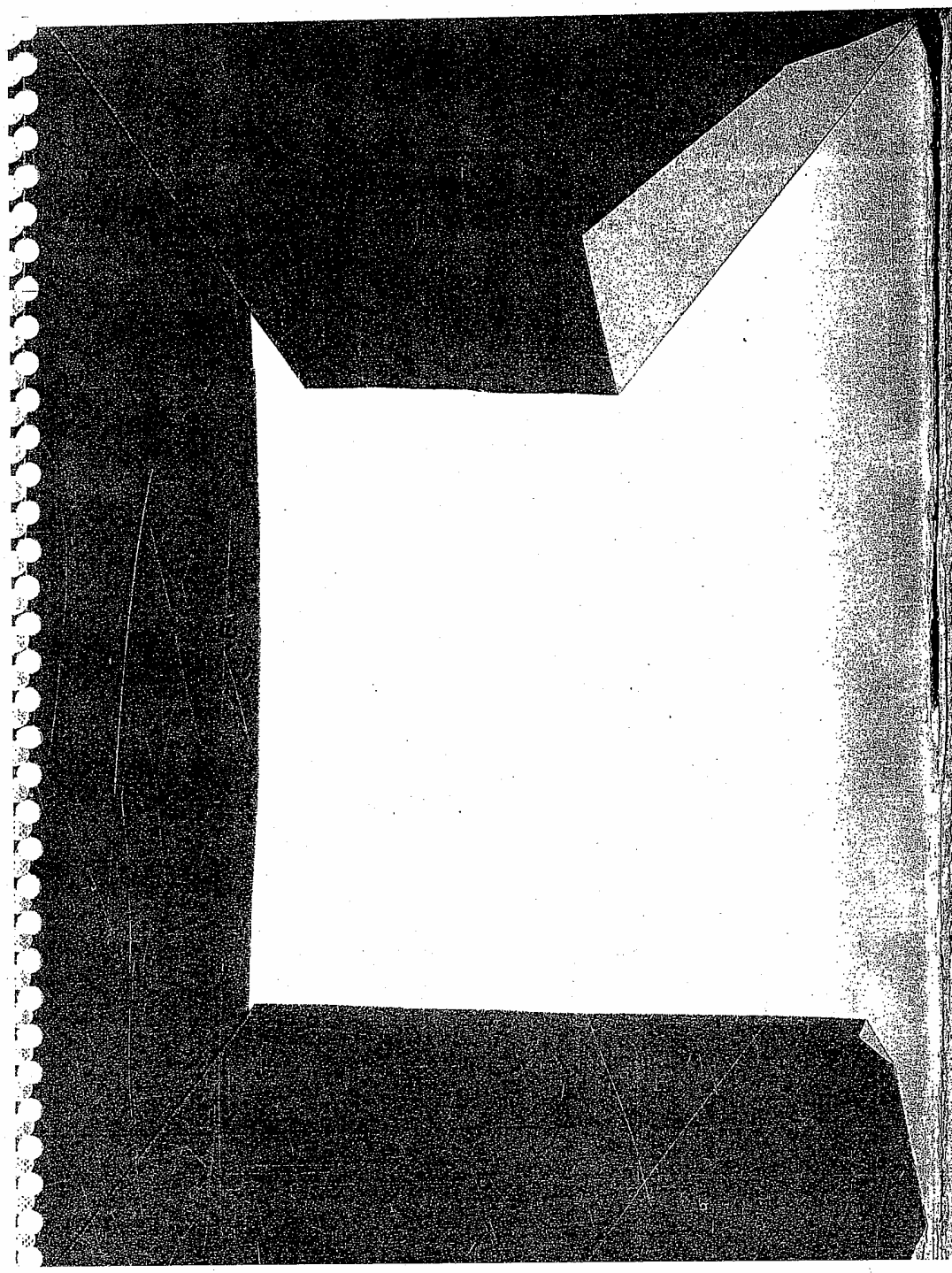

Henri Wallon

Los orígenes del carácter en el niño

Los preludios del sentimiento de personalidad

Ediciones Nueva Visión
Buenos Aires

$25.00

Título del original: *Les origines du caractère chez l'enfant. Les préludes du sentiment de personnalité*, P.U.F., París, 1934.

Traducción de Mabel Arruñada

© 1975 por Ediciones Nueva Visión SAIC
Tucumán 3748, Buenos Aires, Rep. Argentina
Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en la Argentina/Printed in Argentina
Prohibida su reproducción total o parcial

PRÓLOGO

Las tres partes que componen este libro son la reproducción de otros tantos estudios que ya han aparecido: la primera en la Revue des Cours et Conférences *de 1930, en siete artículos; la segunda y la tercera en el* Journal de Psychologie, *números correspondientes a noviembre-diciembre de 1931 y noviembre-diciembre de 1932. Los tres fueron extraídos de los cursos dictados en la Sorbona durante los años 1929-1930 y 1930-1931; y para esta publicación han sido objeto de simples correcciones de forma y de una nueva división en capítulos; se le agregaron notas, simples referencias o notas explicativas y tres capítulos: este Prólogo, el capítulo que concluye en la Primera Parte y el de las Conclusiones Generales.*

Reunir artículos o memorias escritas primitivamente para bastarse, más o menos, a sí mismos, en un volumen, presenta ventajas e inconvenientes. Las ventajas derivan, a menudo, de una mayor diversidad de puntos de vista y una gran facilidad para tratar cada problema en su luz propia. Los inconvenientes pueden ser, por un lado, la falta de unidad y la dispersión, por otro, las repeticiones.

La unidad de este libro conserva, sobre todo, la de las ideas que aquí se tratan. Pero quizá su unidad de presentación se halla garantizada por el hecho de que el orden en que se desarrollan aquí es casi el mismo que el de los cursos de los que fueron extraídas. En cuanto al riesgo de las repeticiones, el remedio hubiera consistido en realizar algunas supresiones: ninguna resultó posible. Sin duda, las tres partes del libro presentan una

especie de paralelismo en su composición. El punto de partida de cada una es una vuelta a las fuentes primeras de la vida psíquica. Pero, aunque originándose en las mismas manifestaciones, cada uno lo hace de diferente manera. De este modo se ponen mejor en evidencia tanto el material común del que proceden las diferentes realizaciones de la vida psíquica estudiadas aquí como las delimitaciones, las diferenciaciones más preococes que suscitan. Era difícil encontrar otra manera de mostrarlo mejor que estudiando cada una en su luz propia.

¿Pero cuál es la utilidad de esta reedición? En primer lugar, varios números de la Revue de cours et conférences, donde aparecieron los artículos que corresponden a la Primera Parte de esta obra, están agotados. Además, muchas de las ideas presentadas en estos artículos, o anteriormente en L'enfant turbulent, como la distinción entre la emoción y el automatismo, la gran aptitud de las emociones para crear asociaciones condicionadas, las relaciones entre el miedo y el equilibrio [1] fueron retomadas posteriormente, unas u otras, por algunos autores, y me pareció oportuno recordar, en su conjunto, los hechos y las concepciones que me llevaron a estas interpretaciones y que creo constituyen siempre su mejor demostración. Por último, la reunión de estos tres estudios, aparecidos separadamente, constituye en sí misma un nuevo conjunto. Ellos se complementan mutuamente, y no sólo porque cada uno se refiere a uno de los tres grandes aspectos que toman las realizaciones psíquicas del niño durante sus tres primeros años, sino también por los encadenamientos y concordancias que señalan entre ellos.

Se podrá comprobar con frecuencia en esta obra la tendencia a no estudiar los hechos en serie cerrada, sino a enfocarlos en varios de los diferentes conjuntos en los que pueden participar. Por ejemplo, este conjunto cronológico de los tres primeros años, que provee de contenido a este volumen, es estudiado, por otra parte, en sus relaciones con los orígenes del carácter. Aun más, fue delimitado en función de esta totalidad más vasta. Pero, a la vez, otros conjuntos intervendrán también en

[1] Para esto último: las relaciones del miedo con el equilibrio fueron desarrolladas en el mismo año, 1925, por mí en *L'enfant turbulent* y por J. B. Watson, *Ped. Sem.*, XXXII, pp. 328-348 y 349-371.

el desarrollo de estos capítulos: el del comportamiento histórico de la especie humana, el del comportamiento animal, el de la génesis y las regresiones funcionales, el de los ciclos psicofisiológicos, etcétera.

Sin embargo, parecería que el dominio propio de la psicología del niño fuera lo suficientemente vasto para satisfacer a los más ambiciosos. En este momento nadie podría recorrerlo en su totalidad, y sus investigadores no dejarán de extender sus límites. Pero querer encerrarse en él conduciría a hacer sólo inventarios, enumeraciones cronológicas, simples descripciones.

Sin duda, aquél es un límite jamás alcanzado. La recolección de hechos no puede ser puramente mecánica; tiene siempre una significación más o menos explícita. No hay hecho en sí; un hecho es siempre más o menos conformado por quien lo comprueba. Pero puede responder más a esquemas, a rutinas, que a la individualización aclaradora de rasgos provistos por la experiencia. Así, colecciones indefinidas de hechos pueden no valer lo que un hecho único, pero significativo. En realidad, un hecho sólo tiene interés en la medida en que está determinado, y no puede estarlo sino por sus relaciones con algo que lo supera, es decir, con una totalidad a la cual pueda ser incorporado de alguna manera. Pero él mismo es una totalidad que tiene su fisonomía, su definición y que se refiere, por los rasgos que lo componen, a otros conjuntos más elementales. De esto resulta que confrontar un hecho con todos los sistemas con los que puede estar relacionado es tratarlo no sólo según su naturaleza, sino que el mejor observador es aquel que puede utilizar la mayor cantidad de sistemas, alternativamente, para individualizarlo y explicarlo.

La psicología es, por cierto, uno de los dominios en que la limitación excesiva de los hechos estudiados ocasiona mayores inconvenientes. En efecto, en la medida en que su objeto se eleva por encima de las condiciones más elementales, comúnmente llamadas materiales, para entrar en conjuntos de calificación más particular, la ignorancia en que su estudio deja corrientemente a estos últimos los priva de condiciones que son determinantes. Tal será, por ejemplo, el desconocimiento de la unidad indisoluble que forman el niño y el adulto, el hombre y la sociedad. Sin embargo, la especie sólo puede encontrar su ra-

zón de ser en el tipo adulto, y el niño tiende hacia el adulto como el sistema hacia su equilibrio. De la misma manera, escindir al hombre de la sociedad, oponer el individuo a la sociedad, como se hace a menudo, es privarlo de la corteza cerebral. Pues si el desarrollo y la configuración de los hemisferios cerebrales son los que distinguen con mayor precisión a la especie humana de las especies vecinas, este desarrollo y esta configuración se deben a la aparición de campos corticales, como el del lenguaje, que implican la sociedad, como los pulmones de una especie aérea implican la existencia de la atmósfera. Para el hombre la sociedad es una necesidad, una realidad orgánica. No se trata de que esté organizada por completo en su organismo, como no lo está, en los centros del lenguaje, un sistema cualquiera de lengua hablada, antes de su aprendizaje. La acción se realiza en sentido inverso. El individuo recibe sus determinaciones de la sociedad, son un complemento necesario para él, tiende hacia la vida social como hacia su estado de equilibrio. Evidentemente, es superfluo agregar que no habría sociedades sin los individuos que la componen, ni, en particular, sociedades humanas sin el hombre y su complexión psicofisiológica. Pero ése es un aspecto del problema del cual el psicólogo no puede extraer aplicaciones útiles, ya que el objeto de su estudio es el individuo.

Muchas dificultades se deben a que no se consideran los conjuntos naturales donde se inscribe la vida psíquica. Allí está, sin duda, el origen de oposiciones como la de mecanismo y finalidad, con las que algunos hicieron tanto ruido y que quizás es sólo un artefacto. Hacer en el sistema un corte que lo separe de sus condiciones de equilibrio, es obligarse a suponer en los fragmentos un principio íntimo que los haga evolucionar desde el interior por una especie de autocreación. ¿Cuál es, pues, el sistema, entre los más elementales, entre aquellos cuya explicación comúnmente está librada a las leyes mecánicas de la materia, en el que la misma operación no ocasionará consecuencias semejantes?

Es cierto que en los hechos de desarrollo humano, como también en los fenómenos de la vida, interviene una dificultad que no le es exclusiva, pero sí muy manifiesta: se trata de la larga duración de las etapas que se encaminan hacia el estado de equilibrio. Vistas detenidamente tienden a separarse en momen-

tos o realidades distintas. No pueden más que yuxtaponerse en períodos o estados estáticos. No hay entre ellas una verdadera continuidad. La duración, el tiempo, parecen ser exteriores a ella. El tiempo llega a ser una abstracción, un absoluto, un simple ámbito sin participación real en la explicación de las cosas.[2]

Quizá la finalidad sólo es la revancha de ese tiempo absoluto, investido a su vez de un papel, para explicar lo que no puede ser explicado estáticamente. El suyo es también un papel autónomo y absoluto, ya que no es tomado en una medida común con los otros factores que sirven a la explicación de las cosas. La oposición entre mecanismo y finalidad no sería pues, en nuestros sistemas de conocimiento, más que la consecuencia de la disociación operada por los tanteos del pensamiento en pugna con lo real diverso y cambiante, entre aquello que puede fijar en imágenes o conceptos estáticos y el tiempo. Al tener en cuenta cosas en devenir se las separa de su devenir y se sustituye a éste por la simple sucesión. Pero, en compensación, el devenir aparece como existente en sí y como dotado del poder de crearse a sí mismo, es decir, en definitiva, de crear a las cosas. Antinomia entre la realidad del ser y lo que de él nos es cognoscible. Según su constante ilusión, el pensamiento atribuye a la naturaleza de las cosas las discordancias que se deben a lo defectuoso de sus procedimientos. Pero estos procedimientos son siempre revocables cuando sus desacuerdos con las necesidades del conocimiento llegan a ser evidentes. Es el ejemplo que está por darnos la física, al realizar la revisión de sus principios.

Quizá la nuestra es una época en la que, en todos los dominios del conocimiento, se plantean problemas que exigen una revisión similar de las antiguas distinciones o categorías. En el campo de la psicología, lo que tendería a demostrarlo es la insatisfacción de tantos espíritus que constituyen evadiéndose en la metafísica. Pues el residuo que puede dejar el análisis de sus

[2] Frédéric Rauth tuvo la penetrante intuición de la insuficiencia que presenta esta actitud en psicología, cuando se esforzaba por definir los estados de "tendencia". Pero sus definiciones son puramente verbales. A este precursor le faltaban los hechos. Todavía hoy falta reunirlos, es decir, en primer lugar, reconocerlos y concebirlos. Véase: *De la méthode dans la psychologie des sentiments*, Alcan, París, 1899.

especulaciones, son precisamente estas nociones del devenir creador y de la participación en conjuntos en los que el hombre, profundizando en sí mismo, debería encontrar sus razones de existir. Hemos visto que las necesidades de la investigación científica nos orientan exactamente hacia ellos, despojados de sus caracteres místicos. Pero, donde la metafísica, apasionada por lo absoluto y la inmovilidad, opone ser y conocimiento, la ciencia, esencialmente relativista, se empeña en tejer nuevas relaciones entre todos los sistemas en los que se reparte nuestra experiencia de las cosas y de la vida, en fundirlos cada vez más unos con otros, y, según lo exija esta obra de unificación por el conocimiento, en reformar o abolir aquellas distinciones o categorías intelectuales del pasado que pudieran oponerse.

Realizar estas comprobaciones no es aportar una solución. El ejemplo de la física, que no obstante dispone de métodos más rigurosos y de resultados mejor controlados que las ciencias biológicas y sobre todo psicológicas, nos muestra las dificultades extremas que plantea semejante revisión. Tampoco es dar un programa preciso de investigaciones; se trata solamente de indicar una dirección y también de responder a quienes estuvieran tentados de señalar "digresiones" en este trabajo.

Introducción

EL PROBLEMA DEL CARÁCTER

Los métodos de la psicología tradicional son manifiestamente insuficientes, sobre todo en lo que se refiere a la psicología del carácter. Las investigaciones de esta última figuran entre las más vacilantes, pero la psicología del niño parece poder aportarles la contribución más decisiva.

El estudio sistemático del carácter consistió, durante mucho tiempo, en descomponerlo en la suma de las cualidades o propiedades que parecían aptas para definirlo; era tomarlo como algo acabado, por así decir, como una totalidad estable, para someterlo al análisis. Los elementos hacia los cuales tiende este análisis son nociones inteligibles, cuya fórmula verbal es suficientemente corriente y consagrada para responder, en la conciencia de cada uno, a un juicio aceptable o a un motivo plausible. Los juicios se relacionan necesariamente con el uso o la moral comúnmente admitida; los motivos figuran entre aquellos sobre los cuales tiene por costumbre formularse la casuística social o la de grupos más o menos particulares y restringidos. En definitiva, el carácter es así reducido a términos que competen mucho más a la opinión, que a lo que el individuo puede ser en sí mismo.

Ahora bien, el individuo y la opinión están, de alguna manera, en los dos polos opuestos. La opinión bien puede desempeñar frente a los individuos un papel de regulación, de contención, pero responde a conveniencias que son de orden social, depende de factores que traducen la estructura, las tendencias de una sociedad dada o de un grupo social. Bajo pena de ser acusado por su grupo, el individuo debe adaptarse a la opinión, de-

be subordinarle sus necesidades, sus apetitos, o, al menos, debe dar a sus apetitos o necesidades formas y objetos tales que su satisfacción sea aprobada o tolerada por la opinión. Lo que el individuo aprende a expresar y por consiguiente a conocer de sus deseos, no es, en suma, sino su aspecto socializado. Por su intermedio él adopta todo un material de nociones, aun provisoriamente sin utilización ni aplicación personal, como una moneda de cambio necesaria y como eventuales modelos o medios de acción.

En su esfuerzo por conocerse, él no sabe sino aplicar a sí mismo una opinión, cuyo origen no está más en él que en otro, pero que le es impuesto, a él como a todos, por el medio social y, a través del medio social, por las condiciones y las formas actuales de la existencia social. Es un reproche inexacto, que frecuentemente se hace al método introspectivo, la estrechez de su base puramente individual, y la necesidad que tendría, para llegar a nociones generales, de extender a cualquiera, sin prueba, por simple simpatía o *Einfüblung,* lo que sería, por su fuente, verdad irreductiblemente individual. En realidad, su error es mucho más grande. Parte no del individuo, sino de aquello que no es propio de ninguno porque es obligatorio para todos. Y es en esta mentalidad, de alguna manera impuesta, que pretende encontrar las fuerzas propias del individuo, los factores de su conducta o de su carácter. Es tomar por la actividad misma los cuadros en los cuales es necesario inscribirla, y es ordenar bajo un calificativo sin claridad una realidad psíquica, que con frecuencia choca extrañamente con la significación con que se encuentra enmascarada por el uso.

El método está exactamente calcado sobre el de la imaginación popular, que evoca las virtudes y los vicios con la ayuda de figuras alegóricas y de lemas que enuncia de manera muy concluyente. Dispone alrededor del individuo, como alrededor de una estatua, otras estatuas que personifican sus méritos. Tomemos un ejemplo. En un momento a Tolstoi aparecería, sin duda, la Bondad. Sin embargo, cuánto desfiguraría esta evocación lo que en realidad fue su esfuerzo de bondad. De testimonios sobre su vida debidos a él mismo o a sus allegados, resulta que, por este esfuerzo, hizo sufrir amargamente a los que lo rodeaban, y que su evangélica dulzura comportaba durezas singulares. Yendo más a fondo, también se puede trasparentar una especie de ferocidad en algunos de sus actos: en la caza, por ejemplo, cuando reducía al animal, un rictus y como un estremecimiento de sensualidad saciada. Sin duda, no se debe oponer, como en las viejas leyendas, el ángel al demonio, pero es necesario referir al mismo fondo de sensibilidad su gusto por reducir a la criatura humana tanto para el bien como para el mal. En toda piedad hay crueldad, dijo Michelet. Al leer la obra de Tolstoi se ve con certidumbre que no habría puesto tal atmósfera de vida entre sus personajes y tanta vibración e impulso personal en cada uno de ellos, si no hubiera tenido como una curiosidad aguda de satisfacerse en el otro, tanto de sufrimiento como de alegría. Su gusto por el hombre y por la vida excedía las distinciones entre el bien y el mal, entre la simpatía y la crueldad. Bajo la trivialidad de la palabra, que traduce lo que la opinión retiene de un hombre o de una obra, se desvanece lo que precisamente podría explicar a ese hombre o a esa obra: la realidad de la acción psíquica que esa palabra no sabría expresar en grado alguno.

Es el mismo error de método que hemos encontrado al estudiar el desarrollo de la inteligencia y del conocimiento en el niño.[1] Aparentemente, aun allí podría justificarse más. Pues el desarrollo de la inteligencia es en gran medida función del medio social. Para que pueda pasar el nivel de la experiencia o de la invención inmediata y concreta, le son necesarios instrumentos de origen esencialmente social, como el lenguaje y los diferentes sistemas de símbolos que surgen de él. Sus fines son la adquisición o el desarrollo de nociones y de conocimientos que existen fuera del individuo y que son patrimonio de su grupo. No sería imposible pues, *a priori,* que esta trasmisión del patrimonio se hiciera del grupo al individuo, en cierto modo, literalmente. Por otra parte, es común la creencia de que una verdad es evidente por sí misma y que la intuición de ella puede ser inmediata y repentina. La práctica pedagógica descansa todavía, con mucha fre-

[1] Henri Wallon, *Los orígenes del pensamiento en el niño,* Lautaro, Buenos Aires, 1965.

cuencia, sobre esta convicción. Error evidente, pues el menor de nuestros conocimientos más corrientes exige del espíritu una forma particular de adaptación. El ejemplo del niño nos mostró que una noción cualquiera no es asimilable ni por ella misma, ni que llega a continuación de otras nociones que formarían con ella una especie de serie complementaria, una cadena de verdades, de conocimientos, de consecuencias intelectuales. No es una simple cuestión de contenido. La comprensión tiene condiciones más profundas que no tienen ninguna similitud aparente con el objeto particular del pensamiento.

Los progresos que debe realizar el pensamiento del niño consisten, de algún modo, en diferenciarse en planos distintos, a través de los cuales puedan efectuarse todas las disociaciones que se imponen entre la experiencia concreta y tales o cuales de los sistemas de representaciones y símbolos que el conocimiento superpone. Mientras él permanezca incapaz de operar las trasposiciones que hacen evolucionar su pensamiento a través de campos poblados de símbolos por medio de los cuales el pensamiento sustituye el campo de las impresiones sensibles y actuales, como una suerte de espacio o de medio ideal y virtual, el niño permanece refractario a la comprensión de las relaciones que pueden servir para unir sus impresiones, para objetivarlas y para explicarlas. Esta aptitud para crearse una especie de espacio mental, donde el espíritu sea libre de orientarse, pasa, ciertamente, por distintos grados. Es necesario distinguir ya, como lo han mostrado las consecuencias de ciertas lesiones cerebrales, entre la percepción de las relaciones que las cosas efectivamente sostienen entre ellas en el espacio actual, y el poder de darles una posición prescrita o de que ésta tome una dirección definida.[2] Es entonces cuando la imagen debe preceder al hecho. A lo percibido se opone lo que no es aún sino virtual. Para orientarse en el espacio real, es necesario poder superponerle una especie de espacio mental. Con más razón esto es necesario para formar una imagen que sobreviva al objeto y ocupe su lugar, para instituir analogías entre las imágenes, para sustituir a éstas por toda la serie de nociones y de símbolos que hacen de la experiencia

[2] Véase entre otros Pierre Marie y Béhague, en *Rev. neur.*, París, enero de 1919.

vivida el universo pensable. Esta progresión está manifiestamente ligada al desarrollo y a la maduración de los centros nerviosos, de la misma manera que puede estar comprometida por algunas de sus lesiones, como lo establecen recientes análisis sobre los hechos de agnosia, afasia y simbolismo.[3]

La creencias o las maneras de pensar que se encuentran en el niño, y que, por azar, pueden recordar ciertas concepciones de los primitivos, marcan las etapas de esta evolución. Son menos interesantes por sus contenidos que por las implicaciones que suponen entre las nociones o las realizaciones mentales que para el pensamiento adulto llegan a ser disociables. Los grados de esta diferenciación son importantes de destacar, pues, aunque el pensamiento puede diversificarse progresivamente en operaciones distintas, la permanencia de su unidad no es menos primordial, esencial. El polimorfismo de sus aplicaciones a objetos variables se hace posible sólo por un grado correlativo de organización. Tan complejo como pueda llegar a ser, conserva, al menos en el individuo normal, su cohesión fundamental y, en tanto que no esté definitivamente anquilosado, lleno de estereotipos, conserva su poder de renovación y de adaptación. Su actividad se explica, pues, a la inversa de las teorías realistas y atomísticas, sensualistas y asociacionistas, no por la yuxtaposición o la coalescencia de elementos primeramente separados y múltiples, como parece si se parte del pensamiento ya realizado en sus objetos, sino por una especie de desarrollo orgánico.

En lo que respecta al carácter, las teorías antiguas son todavía más inaceptables. Pues, en definitiva, el conocimiento tiende a hacerse uniforme entre los individuos, y la diversidad de medios para asimilárselo requiere ser buscada en los resultados que oscilan necesariamente alrededor de una norma común; en tanto que es necesario entender por carácter precisamente aquello que distingue a los individuos entre sí, aun en el caso de que

[3] Véase Gelb y Goldstein, citados por Cassirer, en *Journal de Psychologie*, mayo-junio, julio-octubre, 1929.

sus condiciones de existencia o los resultados de su actividad no parecieran diferir demasiado.

Así como la inteligencia, el carácter no está compuesto de partes distintas, de átomos o de radicales, diversamente unidas y combinadas. Es para cada individuo su manera habitual o constante de reaccionar, a condición, sin embargo, de no entender como un modo de reaccionar cierta clase de reacciones particulares y siempre semejantes a sí mismas, sino más bien una especie de parentesco latente, que uniría las reacciones entre sí, a través de las circunstancias y de las situaciones más variadas. Por otra parte, una reacción no sólo hace afirmar los rasgos fijos del carácter, sino también es capaz de modificarlos. Es el dominio donde aparece de manera más directa la necesidad de considerar la personalidad total, la *Ganzheit*, como Stern lo exige para todas las reacciones psíquicas, aun aquellas de aspecto indiferente o episódico.

No se trata evidentemente de atenerse a esta noción de un todo indivisible, de la cual fuera imposible extraer nada. Pero es en función de ese todo que hay que considerar el carácter, puesto que el carácter expresa, precisamente, cada vez que se manifiesta, la totalidad de la persona. Frente a circunstancias y situaciones exteriores representa el índice individual de cada uno. Y este índice no traduce una pura abstracción. Hay condiciones internas y personales que se enfrentan a las condiciones externas y objetivas. Y estas condiciones sólo pueden llegar a ser materia de conocimiento si son devueltas ellas mismas a las condiciones objetivas. Sería necesario, pues, descomponer el todo en factores distintos, lo que, en cierto sentido, parece contradictorio. Toda investigación sobre el carácter, a menos que se limite a una simple descripción, a una simple enumeración de cualidades y propiedades que, hemos visto, no significan nada individual, o que sea una simple enunciación de rasgos particulares, de reacciones habituales que no permiten ir más allá del plano de las manifestaciones concretas, exige que encontremos en el carácter, tal como se expresa, factores determinados.

El primer esfuerzo realizado en este sentido consistió en investigar cuáles podían ser los factores fundamentales que reflejaba el carácter. Y por una tendencia natural a fundamentar lo más complejo y lo más fugaz en aquello que parece estable,

consistente y objetivo —así como creemos poder fundamentar la función en la existencia del órgano—, se ha dado por basamento del carácter, el temperamento, la complexión fisiológica y orgánica. Los intentos de este género datan de tiempo atrás. Algunas de las teorías que han suscitado atravesaron los siglos para llegar hasta nosotros apenas modificadas, por ejemplo, la teoría de los temperamentos: sanguíneo, nervioso, flemático y melancólico. Entre el predominio de un tipo fisiológico y una manera de comportarse habría identidad, de tal suerte que el tipo fisiológico comandaría al tipo psicológico. En suma, es partir de lo más elemental para obtener, por vía de deducción o de combinación, las manifestaciones en las cuales se exterioriza la personalidad total del sujeto; expresado de otra manera, es reducir el conjunto al simple juego de los elementos, hipótesis insostenible en biología y, con más razón, en psicología, pues dos hechos esenciales se encontrarían así eliminados de un golpe: el de la adaptación al medio y el de la continuidad específica o individual.

En estos últimos tiempos, las relaciones del temperamento y el carácter han dado lugar a numerosos trabajos bajo una forma más nueva. En primer lugar, las diferencias de temperamentos fueron relacionadas con diferencias de morfología. Estas correspondencias se estudiaron sistemáticamente, entre otros por Kretschmer, en *Köperbau und Character*. Este autor distingue, morfológicamente, cuatro tipos: el pícnico, el atlético, el asténico y el displásico; psicológicamente, dos rasgos esenciales del carácter que responden, en una forma atenuada, a dos grandes categorías de la patología mental: la constitución esquizoide y la constitución cicloide. La equivalencia carece de rigor, puesto que la sola constitución esquizoide se extiende sobre tres tipos físicos: el atlético, el asténico y el displásico, mientras que entre la constitución cicloide y el tipo pícnico, la coincidencia sería más exacta. No es el momento de entrar en el detalle de estos ejemplos. Querría solamente hacer notar que no hay ninguna razón, por así decir, intrínseca, para ligar entre sí estos dos tipos físicos y psíquicos. Los que responden a la constitución esquizoide, no son morfológicamente diferentes, sino, a menudo, opuestos entre ellos, por ejemplo el atlético y el asténico. Sólo la coincidencia frecuente de la constitución esquizoide, tanto con el tipo atlético

como con los tipos asténico o displásico, permite afirmar su relación, que consiste en una simple correlación.

Una correlación se limita a registrar una coincidencia más o menos frecuente. Y de esta frecuencia deducimos la probabilidad de la coincidencia. Es la tasa de esta probabilidad la que establece el grado o el valor de una correlación entre dos fenómenos o dos series de hechos. Hay correlación cuando la frecuencia de una coincidencia es más grande que la que podría resultar del simple azar. Por otra parte, puede haber correlación positiva o negativa, lo que permite deducir la afinidad o la exclusión recíproca de dos series. Así, la antigua noción de causalidad eficiente cede lugar a una simple noción de concomitancia relativa puesto que la tasa de la correlación puede alejarse más o menos de la unidad, que sería el cociente de una concomitancia constante, y caer debajo de un nivel que responde al del error probable, y a partir del cual se hace imposible afirmar la existencia de la correlación.

La necesidad de esta sustitución tiene dos razones. En primer lugar, la complejidad de los hechos estudiados en psicología, que desafían el análisis. No es posible alcanzar sino resultados más o menos globales o parciales. Querer resolverlos en sus factores elementales conduciría a regresiones indefinidas hacia órdenes de hechos completamente heteróclitos y sobre los cuales es provisoriamente imposible lograr el detalle, las reacciones recíprocas y el conjunto. Pero a esta razón de orden práctico se agrega otra de carácter fundamental. Es la naturaleza de los hechos biológicos o psicológicos. Su explicación no podría ser deducida de las leyes propias de sus factores elementales ni de composiciones de fuerza que pudieran resultar de éstos, pues la vida es adaptación. Ella integra en su evolución una multitud de reacciones a influencias exteriores y accidentales. Quizá ciertas modificaciones en apariencia espontáneas y enteramente nuevas sólo son la consecuencia de reacciones o de condiciones que no se habían encontrado aún, de donde la imprevisión necesaria de los cambios que llegan a producirse. Y, además, en psicología deben producirse estos cambios en el equilibrio del sistema, que, en biología, conducen a mutaciones. A estos accidentes, a estas mutaciones es necesario darles su lugar. Si fue posible levantar el inventario completo de los factores elementales y com-

binar entre sí sus consecuencias, el resultado permanece modificable, en todo momento, por la intervención de una reacción imprevisible o de una mutación. Por consiguiente, sólo ofrece cierta probabilidad. En particular, las posibilidades de variación repentina son grandes en psicología, donde la adaptación debe hacer frente, constantemente, a condiciones muchos más inestables y diversas entre sí. Por lo tanto, está en la naturaleza misma de la psicología sustituir la noción de causalidad por la de correlación. Y en psicología, es el estudio del individuo, y en él el estudio de lo que le es más personal, su carácter, lo que hace inevitable la búsqueda pura y simple de correlaciones.

Pero esto no significa que las correlaciones deban bastarse a sí mismas. Al contrario, es un progreso necesario buscar detrás de una correlación el factor o las circunstancias que la explican, pues es tener un hilo más de la madeja de la vida psíquica, y es adquirir el poder de seguir su acción más allá de los meros hallazgos ofrecidos por la observación y, con frecuencia, de preveer los efectos todavía inéditos, o bien de conducir a la unidad los hechos que se ofrecen hasta entonces bajo un aspecto inconexo.

Algunos, entre ellos Pende, por ejemplo, trataron de encontrar detrás de la correlación morfología-carácter, la acción simultáneamente morfógena y psicógena de las glándulas de secreción interna. En efecto, es conocido, si no en detalle, por lo menos por ciertos hechos particularmente notables, que estas glándulas dominan de manera muy electiva el crecimiento de los tejidos y la formación de los órganos, al mismo tiempo que las disposiciones mentales y el comportamiento del sujeto. La insuficiencia tiroidea acarrea siempre, con las modificaciones en el metabolismo general, en la circulación, en la estructura y el aspecto del esqueleto, en el de la piel y las faneras, una disminución y pérdida correlativas de las funciones psíquicas. La pubertad es un conjunto de trasformaciones físicas y psíquicas que están ligadas a la actividad endocrina de las glándulas genitales. Las interesantes experiencias de Pézard[4] han mostrado cómo la castración y el injerto pueden dar a la gallina y al gallo no sólo los

[4] "Modifications périodiques ou définitives des caractères sexuels secondaires chez les Gallinacées", en *Ann. des Sc. Nat.*, París, 1922.

atributos exteriores, como la cresta y el plumaje, sino también el humor y las maneras del sexo opuesto. Esta doble manifestación, en el dominio somático y en el psíquico, de las acciones endocrinas, es un hecho que parece fundamental y universal.

Pero la moda actual y las grandes esperanzas radicadas en las teorías humorales no pueden dispensar de estudiar directamente los otros factores del temperamento y del comportamiento. En primer lugar, son las particularidades de la vida vegetativa, en general, las funciones que regulan la actividad del sistema vegetativo o autónomo. Sus relaciones habitualmente estrechas con la actividad de las glándulas endocrinas no les impiden tener en su propio campo sus formas de manifestaciones observables, y de mantener otras relaciones con los efectos que ponen de manifiesto más visiblemente la actividad psíquica. En las relaciones interfuncionales, las funciones más estrechamente asociadas tienen, cada una, conexiones que le son propias, de manera que no pueden ser tomadas una como simple réplica de la otra, bajo dos apariencias y como en dos lenguas diferentes: esto ocurre porque el "paralelismo psico-fisiológico" es una noción confusa. Entre dos funciones, aquella que, por sus condiciones de existencia, depende de la otra, pertenece al mismo tiempo, a otro plan de organización, responde a necesidades superiores de adaptación y se encuentra, de esta manera, ejerciendo sobre la otra una acción que será, según las necesidades, reguladora, inhibidora o estimulante. La estructura y la evolución del sistema nervioso representan con mucha exactitud, a través de la especie y también, en cierta medida, a través del desarrollo de cada individuo, una modificación de las funciones más primitivas y más elementales por parte de aquellas cuyo advenimiento responde a medios de adaptación más poderosos, más flexibles o más polivalentes. Pero, el equilibrio logrado en cada individuo, ofrece en cada etapa ciertas diferencias que no dejan de notarse en el edificio entero de sus disposiciones y de su conducta.

Es cierto que algunas particularidades, cuya influencia determinante sobre el carácter señala Hellmuth Bogen:[5] velocidad y ritmo espontáneos de las reacciones tanto motrices y afectivas

[5] 5ª Conf. Intern. de Psychotechnique, C. R., pp. 78-82.

como perceptivas y mentales, tono habitual del humor y de la actividad, aptitud para realizar más o menos profundamente las experiencias e impresiones de la vida, grado variable de compromiso y aplicación que suscitan en cada uno los fines de su acción y las estimulaciones surgidas de su acción misma, tienen su fuente en lo más íntimo del individuo y responden a ese todo organizado que va, por grados, desde mutaciones químicas hasta la mayor o menor vivacidad de las imágenes y pensamientos. Si unas y otras de estas funciones tienen bajo su dependencia a la actividad del sistema nervioso, a niveles muy diferentes, éste las regula a todas ellas, y es posible seguir en el niño, como he ensayado hacerlo,[6] al mismo tiempo que la maduración progresiva de los centros nerviosos, el predominio sucesivo de comportamientos diferentes. Pero, de un sujeto a otro, esta sucesión no es estrictamente comparable. Hay casos de retardo o de precocidad que tocan una función u otra; y estas diferencias de sincronismo, por las insuficiencias a veces durables que ellas revelan, por las formas de compensación o de remplazo que ocasionan, por los hábitos definitivos que con frecuencia suscitan, hacen que puedan haber allí, bajo actos cuyos resultados llegaron a ser exteriormente semejantes, mecanismos variables. Así, la diversidad de tipos individuales puede resultar de un estudio genético del niño. Algunos autores han buscado aun determinar en el adulto —como otros lo han intentado con los tipos morfológicos— tipos de complexión motriz, que estén en correlación con formas dadas del carácter. Gourevitch, por ejemplo, distingue cinco tipos: la debilidad motriz de Dupré, el infantilismo motor de Homburger, la insuficiencia extrapiramidal del Homburger-Gourevitch, la insuficiencia frontal de Gourevitch, la insuficiencia cerebelosa de Wallon.[7]

Frente a estas características, que revelan la constitución propia del individuo, otros autores han insistido especialmente sobre las situaciones a las cuales le es necesario adaptarse, y so-

[6] Wallon, *L'enfant turbulent*, "Etudes sur les retards et les anomalies du développement moteur et mental", Presses Universitaires de France, París, 1925, Primera parte.

[7] Sobre las lagunas y las impropiedades que me parece que presenta esta clasificación, por otra parte muy interesante, ver *Ann. méd.-psychol.*, 1932, t. I, pp. 112-145.

bre su manera personal de lograrlo. No es posible, en efecto, deducir un comportamiento de las disposiciones, por más fundamentales e imperiosas que sean, como no es posible deducir una función de los factores más elementales que ella integra. Y cuanto más crece, con la complejidad de una actividad, la diversidad de circunstancias a las que le es necesario responder, menos aún es posible disociarla y tenerla en cuenta en forma aislada. Es precisamente lo que se observa en las relaciones del hombre con lo que Giese [8] llama los materiales, por intermedio de los cuales se realiza su actividad. Según se trate ya sea de su vida cotidiana, y, en su vida cotidiana, de su actividad profesional o familiar, de sus hábitos personales o de costumbres sociales, ya sea de situaciones nuevas e imprevistas, como un incendio, muerte de un allegado, pérdida del portafolio, ganar a la lotería, o aun, para el adolescente su primer cigarrillo, la manera de actuar puede presentar en el mismo individuo una gran disparidad. Del mismo modo, su actitud hacia diferentes objetos que se ofrecen a su actividad mental, ideas, cultura, tradición, técnicas y conocimientos de todas clases, o bien, frente a otros hombres. La hostilidad, la simpatía, el menosprecio, la complacencia que él les testimonia según su situación o categoría social, según las circunstancias; su manera de ser y el tono de sus conversaciones con cada uno de ellos, son otros de los rasgos que pueden combinarse diferentemente.

De la suma de ellos, o más aún, de su repetición, resulta el carácter. Es como el sello que imprimen sobre la persona. En él vienen a convergir y a fijarse las maneras de actuar, cuya explicación reposa sobre el complejo indisociable que forman las situaciones determinadas y las disposiciones del sujeto. El hecho inicial es el acto de adaptación que los une entre sí. Todo el resto no es sino análisis. Pero en biología existe un procedimiento de análisis que no amenaza con romper las unidades esenciales: es el estudio genético de los seres y las funciones. Y aquí, en particular, es ver cómo el niño, desarrollándose, elabora, de etapa en etapa, esta especie de índice individual que se llama el carácter.

[8] 5ª Conf. Intern. de Psychotechnique, C. R., pp. 83-90.

Primera parte

EL COMPORTAMIENTO EMOCIONAL

Capítulo 1

LAS PREMISAS PSICOFISIOLÓGICAS DE LA VIDA AFECTIVA

Si entre los factores esenciales del carácter del individuo figuran las situaciones ante las cuales él debe reaccionar o adaptarse, en el niño no parece que pueda ser ya cuestión de carácter. Pues el ámbito de sus relaciones está extremadamente circunscrito, y sólo le ofrece relaciones muy uniformes y de una especie poco propicia para las manifestaciones originales o personales.

Si el carácter comporta una cierta constancia en las maneras de reaccionar, ésta es una condición difícil de encontrar en el niño. No solamente porque el número de ocasiones que se le han ofrecido y las experiencias por las que ha pasado son demasiado restringidas para haber podido grabar en él disposiciones particulares, sino también en razón de la discontinuidad esencial que se observa en su comportamiento. Nada más débil que sus posibilidades o sus veleidades de acción. Nada persiste en él y no sabe perseguir nada. Si atiende temas que se repiten y que pueden dar la ilusión de alguna constancia, es únicamente un signo de penuria. En realidad, no es capaz de desarrollarlos ni de recordarlos. Sus apariciones son esencialmente intermitentes. Incapaces de mantenerse, de evolucionar y de progresar, se deshacen ni bien formados y sólo son restablecidos por excitaciones semejantes o por la rareza y la rápida desaparición de aquellos que pueden remplazarlos. De ahí la incoherencia que presenta la conducta del niño si es observado no en la similitud de sus diversas manifestaciones, sino en su sucesión bruta. Finalmente, durante su crecimiento, el niño es dominado continuamente por la función que está naciendo y revelándose. Pues antes de inte-

grarse en su actividad, ella comienza por llenarlo con sus variaciones, sus ejercicios, sin meta ni fin. Parece que hiciera la comprobación de sus posibilidades en toda la extensión de sus mecanismos y de sus conexiones: por ejemplo, los sonidos indefinidamente modificados que produce la simple gimnasia de los aparatos bucal y fonatorio, sonidos que despiertan y educan el oído que pronto pasará a tomar la dirección de aquéllos. Así las pequeñas acrobacias con las que se complace en la marcha hacia la conquista de su equilibrio. Por lo tanto, más que disposiciones o preferencias individuales, se trata, sobre todo, de manifestaciones en relación con el desarrollo funcional. Entonces, también desde un punto de vista genético y analítico, es lícito reconocer las afinidades de una función y ver por qué reducciones sucesivas recibe una dirección determinada y concuerda con el equilibrio de la personalidad en formación. Las líneas de fuerza que tienden a diseñar y que influyen sobre la evolución ulterior del sujeto se extraen mejor así que una vez encerradas en los rasgos fijos del carácter.

Por otra parte, no hay etapa que no tenga su coherencia y su significación propia. Las situaciones ante las cuales reacciona el niño son exactamente aquellas que responden a sus recursos. Ellas no hacen sino seguir el crecimiento y la extensión progresiva de éstos. A cada edad corresponde un tipo de comportamiento, y todo comportamiento se ordena alrededor de ciertas actividades fundamentales, cuyas leyes aparecen con mucha más evidencia cuando están todavía aisladas y son preponderantes, que en las complicaciones ulteriores de la vida psíquica. El estudio del niño permite descifrarlas mejor.

Ineptitud del lactante para la actividad de relación

Decir que el lactante, al principio, es apto sólo para una vida o una actividad puramente afectiva, es enunciar una comprobación trivial, y únicamente interesa si conduce a términos más precisos. Es cierto que el niño, al menos en la especie humana, permanece largos meses sin posible acceso a la actividad de relación. Tampoco es capaz de sostener con el ambiente físico re-

laciones activas, como puede hacerlo el pollito dentro del cascarón. No sólo carece de los movimientos de ejecución, los movimientos coordinados y apropiados para un fin, sino también de los que necesitaría para una percepción correcta del mundo exterior.

La vista, por ejemplo, aunque está en el primer rango de los sentidos indispensables para distinguir las cosas, y guiarse entre ellas, permanece durante mucho tiempo inadaptada a este uso. Desde el nacimiento, sin duda, los ojos reaccionan a la claridad por la contracción de las pupilas y la oclusión de los párpados; éstos se dirigen hacia las fuentes luminosas cuya intensidad no les molesta. Pero entre este reflejo y la verdadera fijación de la mirada, reconocible por la capacidad para detenerse sobre una mancha luminosa por exclusión de otra, hay un intervalo que no es franqueado antes del 10º día. Más aún, hasta el 11º día Preyer [1] ha comprobado en los movimientos de los ojos y párpados una incoordinación que opondría un obstáculo permanente a la fijación de los objetos. Los globos oculares no se desplazan y los párpados no se abren simultáneamente. Al cabo de un mes todavía se abren desigualmente y no siempre con simultaneidad. Durante los tres primeros meses los párpados no siguen el desplazamiento de los globos oculares, salvo en su movimiento hacia abajo. Solamente en el 98º día habría concomitancia entre la elevación de la mirada y el plegamiento de la frente. Por el contrario, otras sinergias son más precoces, pero pueden producirse a destiempo. Así, de la 2ª a la 6ª semana, la contracción de las pupilas, cualquiera que sea su causa, incluye la de los músculos ciliares que aumentan la curvatura del cristalino y la de los rectos internos que hacen convergir los ojos. Esta acomodación conjunta es apropiada sólo para la visión de los objetos cercanos. En el 23º día, la mirada ya puede seguir un objeto que se desplaza y en la 10ª semana buscar la fuente de un ruido, pero sólo por el movimiento de los ojos.

Los movimientos de la cabeza serán posibles más tarde. En la 11ª semana, ésta todavía está sujeta a caer de un sentido al otro y no logra mantenerse derecha; no es capaz de orientarse en un movimiento continuo en las diferentes direcciones del es-

1 Preyer, *L'âme de l'enfant*, trad. Varigny, Alcan, París, 1887.

pacio antes del 4º, el 5º o aun el 6º mes. Sin embargo, la acción conjugada de la cabeza y de los ojos es tan necesaria para la exploración del campo visual que está regulada por aparatos especiales y responde a sistemas muy antiguos de conexiones nerviosas. Sus centros de coordinación están situados relativamente bajos en el sistema nervioso, es decir, que pertenecen a etapas ya lejanas de la evolución, deben tener, en consecuencia, un desarrollo más bien precoz en el comportamiento del individuo.

La utilización y aun la percepción del espacio están, como lo ha señalado W. Stern, en estrecha dependencia del movimiento. Hay correspondencia estrecha en sus estadios. En tanto que el niño no tiene movimientos coordinados sino de su boca y de sus labios, su espacio permanece exclusivamente bucal. Sólo accede al "espacio próximo" en la medida en que llega a ser capaz de coordinar los gestos de sus manos y de sus brazos, lo que supone una estabilidad y una sinergia ya suficientes de los hombros y del tronco. Finalmente, la marcha le da el poder de enlazar, de medir entre sí esos pedazos de espacio próximo, donde se despliegan sus actos de prensión y de rechazo, de convertirlo así en su espacio único, donde la coexistencia de todos los objetos se hace posible. Pero antes de los cuatro meses el espacio próximo no puede todavía existir para él, puesto que los movimientos que le permitirían estabilizar el tronco, modificar su dirección, su posición, por ejemplo, darse vuelta si está apoyado contra el suelo, o sentarse, no están aún entre sus posibilidades. Por un sincronismo que no resulta, por otra parte, una simple coincidencia, es a la edad de cuatro meses cuando el niño adquiere la capacidad de regular su propia posición en el espacio, que dejan de ser sustraídos al control del cerebro —es decir, de producirse automáticamente, puesto que sus condiciones periféricas están realizadas— esos reflejos laberínticos cuya existencia han demostrado Magnus y Kleijn y que son sistemas de contracciones, de actitudes, cada una en relación con el sentido de impulsión dado al cuerpo en el espacio: movimiento de traslación en alto, hacia abajo, hacia adelante o hacia atrás.[2]

[2] Véase cap. 8: "Psiquismo y tono".

Mientras está franqueando estas etapas sucesivas, es muy manifiesto que al niño no le atraen las mismas realidades o, más aún, las mismas experiencias que al adulto. Si en su vida psíquica hay alguna unidad y coherencia, éstas deben mantener la preponderancia de influencias o de funciones diferentes de las que puedan emerger más tarde. En el acuerdo necesario entre sus reacciones y sus recursos, puede ocurrir que la debilidad de éstos tenga consecuencias positivas.

Después de la insuficiencia motriz, hay que poner atención en el estado muscular. Es frecuente obtener, por presión del plexo braquial al nivel de las axilas, la contracción del puño y, por diferentes excitaciones periféricas, ciertos calambres. Éstos son los efectos que se observan también en el tétano, donde las funciones tónicas de los músculos, es decir, su aptitud para entrar en contracción, están exageradas. Pero mientras que la excitabilidad mecánica y galvánica del músculo aumenta en el tétano, es débil en el recién nacido. Es entonces la falta de inhibición la que causa el fenómeno del puño, y es la lentitud de las reacciones musculares, la longitud de su período latente la que los hace fusionarse y producir calambres. En efecto, hace ya mucho tiempo, las investigaciones de Soltmann demostraron que la excitabilidad muscular es menor en el recién nacido, es decir que es necesaria una mayor intensidad de corriente para obtener una reacción. El gráfico de la conmoción muscular ofrece un ascenso y un descenso más lentos, una cima menos brusca; su curva denota una fatigabilidad rápida. Finalmente, la contracción continua o tétano se obtiene con 16 a 18 descargas por segundo, mientras que en el adulto son necesarias de 70 a 80. Según la observación de Preyer[3] los músculos del recién nacido se comportan como los del adulto fatigado. Efectivamente, sucumbe a la fatiga tan pronto como ha mamado, gritado o simplemente seguido las excitaciones sensoriales del ambiente: un niño de 8 semanas dormía seis horas si había oído tocar el piano, es decir, mucho más de lo que acostumbraba hacerlo a esa hora del día. La fatiga

[3] Preyer, *op. cit.*

es causa de la necesidad de dormir. En el recién nacido, el dormir estaría favorecido aun por la insuficiencia de la hematosis, que está en relación con el pequeño volumen sanguíneo y la respiración superficial, así como con la gran cantidad de oxígeno que exigen los productos de la digestión láctea.

En el comportamiento, el dormir ocupa entonces un lugar considerable. Pues no es la reacción negativa o neutra que se cree comúnmente.[4] No es una simple detención de la actividad. Es una función a la cual responden centros corticales que se encuentran localizados, precisamente, en la misma región que los centros reguladores de la nutrición íntima y del metabolismo, en la cara inferior de los hemisferios cerebrales, en la región del infundibulum. Se produce a la manera de un reflejo y su acción se extiende a la vez sobre los centros de la vida vegetativa, entre otros, los de la circulación y la respiración, y sobre los centros motores, que no se limita a inhibir. En el dormir más tranquilo, en efecto, la inercia muscular no es sino relativa y muy variable. La actitud de los que duermen lo muestra bien. El recién nacido vuelve, primero, a la posición encogida del feto; más tarde ésta no persiste sino del lado de los miembros inferiores; luego da lugar a actitudes que pueden ser de forma muy diversa, pero que presentan siempre una cierta constancia en el mismo individuo y a veces particularidades familiares. En consecuencia, están lejos de ser indiferentes, puesto que pueden traducir disposiciones ligadas a la herencia. Algunos psicólogos pretendieron remitir la actitud habitual del que duerme a diferentes tipos, que estarían en relación con la complexión psicomotriz; actitud recogida en el ansioso, o dilatada en el hombre lleno de confianza en sí mismo. Es cierto que, en cada caso, son sistemas diferentes de músculos los que permanecen en estado de contracción latente, de vigilancia.

Toda actitud o postura, tanto en el dormir como en la vigilia, revela la actividad tónica, es decir, esa actividad que da a los músculos un grado de consistencia y una forma determinada; veremos, en lo que sigue, cuál es su importancia psíquica. Así como el dormir mantiene el aparato muscular en esos estados variables de acomodación que traducen las actitudes, también parece tener una acción análoga sobre los otros centros de la actividad, por ejemplo los de la vida intelectual. De ahí, quizá, la diversidad que se encuentra entre los sueños y los que sueñan. Pero el sueño está lejos de representar toda la actividad mental del dormir. Es un hecho muy conocido que cuando se está despierto, la intención de saber una lección insuficientemente aprendida durante la vigilia, hace que se fije efectivamente en la memoria mientras se duerme. Cuántas consignas, recibidas de uno mismo o de otros, por ejemplo la de despertarse a cierta hora, son fielmente ejecutadas por el que duerme. A cuántos problemas se les encuentra solución mientras se duerme.

El dormir tiene, en la actividad de cada uno, un lugar esencial. El ritmo de sus alternancias con la vigilia varía según las edades, como varía según las especies animales, donde está frecuentemente muy lejos de responder al ritmo nictemeral. Sin duda, estaría sujeto a variar mucho más entre los individuos sin la contención de las costumbres y de la vida social. Pero a veces, ésta está dominada por las necesidades de la actividad. Se cuenta de Napoleón y de otros que en pleno trabajo se adormecían casi voluntariamente, ya sea para reposar momentáneamente, o bien para encontrar al dormir la solución de una dificultad.

La diversidad de acciones que el dormir es capaz de ejercer sobre los diferentes sistemas funcionales puede demostrarse por el empleo de la hipnosis: unos duermen con relajación completa de los músculos, otros con contracciones, es decir, una exageración de la acción tónica que puede estar diversamente repartida; parece que unos duermen y no sueñan, en cambio otros suscitan sueños de una especie dada. Es muy plausible que como el dormir es un reflejo,[5] sus diferentes variedades, disociaciones y aun eficiencias particulares, puedan ser obtenidas con la ayuda de cualquier excitación condicional, y particularmente con la ayuda de excitaciones psíquicas, siguiendo métodos semejantes a los que se emplean para la hipnosis. Es un género de investigaciones donde la ilusión y la superchería pueden insinuarse muy fácilmente, pero que no es en sí mismo inconcebible.

Antes de ser mecánico, como más o menos llega a serlo por las necesidades de la acción, el dormir comienza por ser, en el

[4] Informe de Tournay y Lhermitte, en *Rev. Neur.*, t. I, 1927, pp. 751 y ss.

[5] Pávlov.

niño, una de las grandes funciones alrededor de la cual ordena su vida y su actividad. A veces, retoma su preponderancia en el adulto. En todo caso, sigue siendo uno de los dos momentos esenciales de toda actividad. Si ésta se agota es necesario que se restablezca; a su fase catabólica debe responder una fase anabólica. Pero la relación de estas dos fases puede ser muy diferente, aun en los adultos. Para no tomar sino los casos extremos y para no atender a las múltiples combinaciones de ritmo, de nivel, de duración relativa, de variaciones periódicas, diremos sólo que el agotamiento puede tender siempre a exceder los recursos, o los recursos a acumularse, por un exceso de necesidad de dormir y de embotamiento. Hay sujetos en los cuales la somnolencia está siempre lista para sobrecompensar el esfuerzo. El dormir sigue siendo, como en el niño, el gran ordenador de su existencia. Dormir es una de las formas que puede tomar el instinto de conservación.

Quizá sea interesante poder comparar la descendencia de sujetos de mucho dormir, con la de insómnicos.

a) Las reacciones de orden interoceptivo

Cuando el recién nacido no duerme, mama, o bien grita. Si no mama, digiere y, cuando el hambre vuelve, grita. Así, las funciones de nutrición tienen en su comportamiento un lugar por lo menos igual al de dormir. Es sorprendente el contraste entre la perfección de los movimientos complejos y rigurosamente coordinados que ejecutan sus labios, su lengua, el velo del paladar, su faringe, y la agitación irregular de sus miembros en el espacio, cuando prende el seno.

No se ha remarcado lo suficiente lo innato de unos y el números de meses que necesitará antes de que pueda comenzar el aprendizaje de los otros. Preyer ha notado en un niño que estaba naciendo y del cual se veía sólo la cabeza, que la punta de un lápiz introducida entre sus labios provocaba un movimiento de succión con expresión de placer, en tanto que un gesto de sufri-

miento respondía a cada una de las compresiones producidas por las contracciones. Reveló la diferenciación muy exacta de los reflejos que provoca el tacto de la cavidad bucal en sus diferentes regiones. El movimiento de succión provocado por la simple excitación de los labios no es acompañado por la deglución. Si la excitación da sobre la punta de la lengua, sus bordes se ponen como en canaleta, mientras que los labios se alargan en trompa y los párpados se abren de placer; la mímica que resulta responde, siguiendo la expresión de Preyer, a la sensación de *dulzor*. Si la excitación de la lengua da en el medio de su parte superior, los ojos se cierran fuertemente, las alas de la nariz y los extremos de la boca se levantan. Si alcanza la base de la lengua o el paladar, hay una reacción de vómito, la boca muy abierta, la lengua proyectada hacia adelante, la laringe levantada, con salivación abundante y mímica que responde a la sensación de *amargor*, mímica de náusea y de disgusto del adulto.

Lo más interesante de esta descripción no es que los simples reflejos unidos a la progresión del bolo alimenticio aparecen ya cargados de una significación afectiva, sin duda todavía sin contenido real; sino la naturaleza misma de los movimientos producidos. Los labios se ajustan al pezón, la lengua y el velo del paladar al chorro de leche introducido, y la deglución sólo es provocada cuando llega a la faringe. Estas contracciones que responden a la progresión del líquido absorbido, que se aprietan y se cierran sobre sí mismas, son comparables a las contracciones del esófago, a las contracciones peristálticas del intestino. No son sino una forma más diferenciada, como conviene a este extremo del tubo digestivo que entra en contacto con el exterior. No es sorprendente, entonces, que tengan, desde el nacimiento, la misma perfección que la movilidad de todas las vísceras.

Pero esta sucesión de actos segmentarios y de alguna manera metaméricos no les impide ser simultánea y solidariamente modificables. Sus ondas pueden cambiar de sentido y, según las impresiones producidas en ciertos puntos determinados del tubo digestivo, trasformar la deglución en vómito. Esta aptitud parece estar en regresión marcada en el adulto, quizás, en parte, a causa de inhibiciones vinculadas a las costumbres. Las regurgitaciones del lactante no tienen nada de excepcional, y algunos idiotas permanecen con la capacidad de volver a traer, a la mane-

ra de los rumiantes, el contenido del estómago hasta su boca.[6] La excitabilidad de cada segmento está bajo la dependencia de los otros: la repleción del estómago impide o invierte la de los labios y la lengua, que no reaccionan más al contacto, o bien, reaccionan con reflejos que cierran o evitan esta vuelta. Hay efectos a distancia que se superponen a las excitaciones y reacciones locales. El tubo digestivo, desde los labios hasta el ano, se comporta como un receptáculo con comunicaciones intermitentes con el exterior. Pero, como receptáculo, tiene una excitabilidad y movilidad especiales, esto es, estrechamente asociadas. Responde a la distensión de sus paredes por una contracción tónica que se hace en el mismo lugar. Pero tiene también una sensibilidad intersegmentaria; esta sensibilidad está especialmente desarrollada y diferenciada en sus dos extremidades, sobre todo en su extremidad bucal.

En efecto, hay en el niño, como lo sostiene Freud, un período bucoanal. Durante mucho tiempo llevará todo objeto a su boca y probará todos los objetos con la boca; de igual manera, estará frecuentemente cautivado por las deyecciones que acaban de salir por su ano. Boca y ano son el asiento de sensibilidades que pueden acapararlo. Dedicará largas horas a succionar su pulgar, y, si sus tentativas no son reprimidas, llegará a introducirse una varilla en el ano o tratará de hacerlo con sus compañeros. El gusto que puede experimentar por este género de sensaciones cambiará fácilmente en curiosidad para los órganos, los suyos y los de los otros. Pero no hay ninguna razón para dar una significación erótica al intenso interés que le suscitan las sensibilidades orgánicas: es la edad en que todavía es incapaz de encontrar en el mundo de las realidades objetivas, los intereses o las satisfacciones propias para reducirlas o disimularlas. Sin duda, el goce que así obtiene, al no estar delimitado por otros, podrá parecerle más tarde, con el tiempo, haber estado lleno de todos los goces posibles. Pero si en efecto, antes de toda diferenciación, el placer tiene una cualidad única, es un abuso identificar sus orígenes con una de sus diferenciaciones ulteriores.

El lugar, por así decir, central, que ocupa el tubo digestivo

[6] A esta particularidad Séglas le dio el nombre de *mérycisme*. Para ejemplos, véase Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., Tercera parte.

en el comportamiento del lactante se debe, en gran parte, a los períodos por los que pasa su actividad entre el hambre y la saciedad, las frecuentes manifestaciones digestivas que lo ocupan (hipo, regurgitaciones o cólicos), el poder primeramente exclusivo que poseen el seno o el biberón para despertar en su rostro y en sus gestos la expresión del deseo del goce y, finalmente, de dirigir sus primeros movimientos en el espacio, los de sus labios en busca del pezón, los de sus manos crispadas sobre el seno o tendidas hacia el biberón. Esta preponderancia se borra a medida que surgen otras funciones, en particular, las que lo ponen en relación con el medio exterior. Pero esta superación mutua puede variar según los individuos. Algunos muestran toda su vida el tipo digestivo. Las alternativas de su humor, las fases de su actividad, el nivel de sus aptitudes están en estrecha dependencia con sus necesidades y con sus satisfacciones alimenticias. Lo que es observable en todos y presenta un interés capital, es la variable participación del tubo digestivo en las diferentes manifestaciones de la vida psíquica, particularmente en las emociones. No sólo cada una de esas reacciones tónicas, glandulares y sensitivas está vinculada a una especie de emoción, sino que la calidad y las consecuencias particulares de una misma emoción pueden depender de las reacciones digestivas propias de cada individuo. Así, de estadio en estadio las funciones orgánicas entran en los sistemas de conexiones y compensan la pérdida de su autonomía con la influencia que ellas ejercen sobre el temperamento y el comportamiento.

Un buen ejemplo de las complicaciones a las que está sujeta una función cuando sale de su aislamiento, así como de su mayor repercusión sobre el comportamiento del sujeto lo da la evacuación de la vejiga, que en los primeros meses se hace sin control. Es decir que el esfínter se relaja y las paredes se contraen, desde que su distensión es suficiente para provocar el reflejo. Después se desarrolla el poder de subordinar el instante de la micción a las contingencias exteriores. Pero a partir de ese momento la necesidad de orinar provoca en el niño una agitación a veces considerable que no llega a satisfacerse sino después de muchas

incertidumbres y esfuerzos. Colocado en posición propicia, el niño debe ser solicitado aun con la ayuda de diferentes excitaciones sensoriales, en particular auditivas, antes que la acción se localice exactamente en el órgano interesado y que la inhibición sea suprimida. Este espectáculo se manifiesta en toda su amplitud en el perrito, cuya excitación se traduce en saltos, corridas y a veces en aullidos de inquietud, hasta que, habiendo olfateado aquí y allá, parece advertir por fin la necesidad que lo atormenta, en el instante mismo en que comienza a satisfacerla. La micción combinada con el olfateo es una de sus más frecuentes manifestaciones de interés. La necesidad de micción complica, tanto en el niño como en el adulto, los estados de expectación, de incertidumbre, de ansiedad y a veces de deseo. Pero también aquí las interpretaciones de Freud parecen prematuras y forzadas. La sensibilidad de la uretra, más periférica y por lo tanto más viva, más diferenciada que la de la vejiga, no tiene, en un primer momento, nada de erótico, aunque, por la acción de excitaciones manuales, puede degenerar de manera precoz en espasmo sexual, y el espasmo evocar, con el tiempo, impresiones e imágenes con más frecuencia masoquistas, en un primero momento, que sexuales.

El grito es la primera manifestación de vida en el recién nacido. Según Lucrecio, signo de desamparo ante la miseria de la vida humana. Símbolo de la angustia, de la cual el nacimiento, que hace pasar de la existencia amniótica a la existencia aérea, sería, según Freud, el prototipo jamás sobrepasado por las peores angustias de la vida. Fisiológicamente el grito es un espasmo espiratorio. Acompaña al primer reflejo respiratorio en el instante en que, al separarse el niño de su madre, sus propios pulmones deben asegurar la hematosis. A veces es remplazado por el estornudo, reflejo explosivo del árbol respiratorio, cuyo punto de partida puede ser una irritación de la mucosa nasal, pero cuya causa principal es, como en el caso del primer grito, la diferencia brusca de temperatura a la que es sometido el niño cuando pasa de la cavidad uterina al aire libre.

La respiración del recién nacido permanece durante muchas

semanas sin relación con sus reacciones psíquicas. Comienza por tener una intensidad muy irregular, con pausas cada 5 ó 6 actos respiratorios. Después, llega a ser alternativamente profunda y ligera, y adquiere, por fin, una periodicidad que parece responder a una regulación puramente vegetativa. Presenta, pues, en relación con los sonidos una excitabilidad refleja que precede el momento en que será, ya en el niño, la función más sensible a las variaciones de los estados psíquicos.

Por el grito, la respiración es el preludio de la palabra. Las cavidades respiratorias producen el grito cerrando sus paredes sobre el aire espirado, escalonadamente desde el diafragma hasta los labios. Modelando esto con una extrema diversidad preparan el lenguaje de los sonidos, entre los cuales no habrá más que elegir. El espasmo inicial podrá flexibilizarse, y los centros que la evolución superpondrá a los de las contracciones viscerales podrán dar a los movimientos de la articulación una agilidad de sucesión y de combinación que los hará aparecer como muy distanciados de las contracciones tónicas de los músculos respiratorios; es de esa acción, por lo tanto, de donde procede la palabra. Esta filiación no es indiferente. Muestra cómo la expresión verbal, que provee al pensamiento de símbolos indispensables, tiene como fuente la misma movilidad plástica de que está hecho el juego de las vísceras y el de las actitudes. El parentesco de la voz con el espasmo puede reconocerse en ciertos casos. El asno, a medida que rebuzna, entra en contracción, de tal manera que su grito termina por extinguirse en un estado de crispación generalizada. He observado el mismo fenómeno en un sujeto que sufría de encefalitis letárgica, en el cual el mesencéfalo se encontraba más o menos privado de su control sobre los centros del tono; la palabra era rápidamente interrumpida por una rigidez que crecía con la emisión de cada sonido.

En el mismo sentido se puede interpretar una observación de Preyer. Él comprueba que los gritos del niño parecen disminuir las sensaciones desagradables que pueden causarle una luz demasiado fuerte, una sustancia amarga, pero sin sustituirlas por un estado de agrado. ¿Cuál podría ser el mecanismo de esta influencia anestésica, sino el antagonismo que parece existir entre el hipertono y la sensibilidad a las excitaciones periféricas? Volveremos sobre esto, pues es un hecho que parece capital en el es-

tudio de la vida afectiva y en la explicación de las emociones. Por esto es importante revelar, desde su primera aparición y bajo su forma más elemental, estas particularidades funcionales.

b) Las reacciones de origen propioceptivo

El recién nacido ofrece, pues, un perfecto contraste entre su actividad de relación, que es nula, y su actividad funcional, ya en pleno ejercicio y con un reinado absoluto sobre su comportamiento. Por una parte, sus gestos en el espacio, que parecen simples descargas motrices sin meta exterior. Por otra, sistemas perfectamente combinados de contracciones musculares, que hacen que los órganos tomen la forma y el grado de consistencia necesarios para llenarse de su contenido, para comprimirlo, exprimirlo o modificar su consumo. En un caso, incapacidad de la sensibilidad para realizar la percepción de los objetos hacia los cuales parece dirigida; en el otro, una estrecha unión de la sensibilidad con la contracción, de la que mide el grado. Pues la sensibilidad de los órganos cóncavos o receptáculos responde a su estado de tensión o de distensión, es decir, al tono de sus fibras musculares. Actividad y sensibilidad tónicas están en una constante dependencia mutua. La distancia que se puede observar en la movilidad del niño, entre la incoherencia de sus gestos exteriores y el trabajo exacto de sus vísceras, se vuelve a encontrar, pues, entre lo que Sherrington llama su sensibilidad exteroceptiva y su sensibilidad interoceptiva. Pero la oposición de estos dos sistemas no implica que sean totalmente heterogéneos y estén separados. En el recién nacido hay otras manifestaciones que no pueden referirse ni a uno ni a otro, o que, al menos, participan de uno por los órganos en que se producen, y del otro por su naturaleza. Entre la sensibilidad exteroceptiva y la interoceptiva, Sherrington distingue una tercera, la sensibilidad propioceptiva.

Si el niño grita de manera que parezca más oportuno sustituir sus gritos por el dormir que por el darle de mamar, su madre, como por instinto, lo balancea lateralmente o de arriba hacia abajo, sosteniéndolo horizontal o verticalmente, según que una u otra de estas direcciones y de estas posiciones resulten más

convenientes para apaciguarlo. Estas maniobras no pueden tener otro efecto que actuar sobre la sensibilidad que tiene por punto de partida los canales semicirculares y el laberinto, es decir, sobre el aparato de equilibrio, que está hecho para registrar la orientación variable del cuerpo y sus movimientos de traslación en el espacio. Las impresiones ligadas al ejercicio de esta sensibilidad no son eficaces más que en el lactante; ellas toman, en ciertos idiotas, cuya vida de relación permanece rudimentaria o nula, una especie de grave exclusividad, y lo llevan a pasarse horas balanceándose o volviéndose sobre sí con frenesí.[7] Sirven al derviche que gira para encontrar el éxtasis en el vértigo. Son utilizadas en muchas danzas sagradas, en danzas que producen placer, en muchos juegos como la hamaca, las calesitas, la montaña rusa, etcétera. No es el momento todavía de buscar sus conexiones afectivas, pues pertenecen a un nivel ulterior de organización y de complejidad mental.[8] Pero el número de invenciones realizadas justamente para ponerlas en movimiento testimonian bastante su influencia sobre los estados y disposiciones psíquicas.

Al igual que cualquier otra, esta sensibilidad no existe por sí misma. Tiene, como todas, su razón de ser en las reacciones correspondientes. Es consecutiva a las reacciones que siguen a las excitaciones laberínticas y no inmediata a estas excitaciones. Se asemeja, pues, más a la sensibilidad de las vísceras que a la de los órganos sensoriales cuya excitación es fuente, directamente, de sensaciones. Se le asemeja también por la naturaleza de las reacciones a las que está ligada, pues a los efectos de una excitación laberíntica son variaciones de tono cuyo dominio no se limita, en efecto, a las vísceras, a los aparatos circulatorio, respiratorio, digestivo, génito-urinario; ya que se extiende al sistema muscular en su totalidad, o sea, también a los músculos del esqueleto, aquellos que efectúan los desplazamientos de los miembros y del cuerpo en el espacio. A estos movimientos de gran amplitud responden acortamientos o alargamientos bruscos y considerables de la fibra muscular, de las contracciones llamadas fásicas que son, en muchos sentidos, distintas a las contraccio-

[7] Véanse ejemplos en Wallon, *L'enfant turbulent*, Tercera parte.
[8] Véase capítulo: "Las fuentes y las formas de la emoción en el niño".

nes tónicas. Pero los mismos músculos son el asiento de una actividad tónica o plástica que les da, a cada instante, un grado de consistencia y una forma en relación con las fases sucesivas del gesto ejecutado, o bien conserva el cuerpo en su actitud actual si el gesto se detiene. Las actitudes descansan sobre la actividad tónica, así como los movimientos de las vísceras; por esto Sherrington ha hecho de su conjunto una misma función fundamental bajo el nombre de función postural. Por distintos que sean sus efectos aparentes, su asiento, sus diferenciaciones, continúan unidos por una solidaridad y afinidades íntimas. Por esto pueden explicarse muchos mecanismos de la vida psíquica.

Así, las excitaciones del laberinto que provocan modificaciones de tono, modifican, sin duda, la actividad de las vísceras; pero son, sobre todo, el origen de actitudes que difieren del sentido de la excitación laberíntica. Stern observó que un niño, en el primer mes de vida, quien por el peso de una persona grande se hunde bruscamente en la superficie sobre la que está acostado, o bien cuando acaban de meterlo en la bañadera, lanza los brazos al aire como si buscara un apoyo o quisiera aferrarse.[9] Sin embargo, dice Stern, el niño no ha corrido jamás el riesgo de caerse o ahogarse. Lo que no es debido a la experiencia no puede explicarse, según su opinión, más que por un reflejo innato de miedo. Pero esta interpretación está, sin duda, adelantada respecto al desarrollo real del niño. Todavía en el 41º día, Preyer observó un hecho semejante, y sin que el niño se despertara.[10] Tirando lentamente de la sábana sobre la que estaba acostado, sus brazos se agitaban con vivacidad y simultáneamente hacia la cabeza, después en sentido inverso. También W. Freemann [11] señala que el cuerpo de un niño lanzado en el aire se pone tieso, la cabeza se vuelca hacia atrás, la columna vertebral se extiende, las piernas se separan y los dedos de los pies también, los brazos se ponen en abducción, los codos ligeramente doblados, las manos abiertas y los dedos separados. Estas actitudes corresponden a las que Magnus y Kleijn describieron con el nombre de *Liftbewegungen*, movimientos de ascensor; se producen cuando el niño es alzado o bajado bruscamente, la extirpación de ambos laberintos los suprimen. Se trata, pues, de simples reflejos laberínticos. Cualquiera que sea su semejanza con las manifestaciones exteriores del miedo, son de un período anterior. Pueden ser obtenidos ya en el feto y su aparición no cesa de ser automática sino a los 4 meses. Es decir, que a esta edad sobrevienen las actividades más complejas que se les integran, los controlan y pueden inhibirlos total o parcialmente. Pero aun en este caso, la acción inhibidora que estos reflejos suscitan es un componente de la reacción global, y es en este grado de organización que ellos pueden reaccionar sobre la sensibilidad en conjunto y llegar a ser el principio de ciertas emociones.[12]

La importancia de las actitudes, no sólo en la expresión, sino también en la orientación del comportamiento y, por su repetición, en la determinación del tipo individual, es tal que estudiar sus mecanismos reguladores es remontarse a los factores elementales de la vida psíquica. Las excitaciones laberínticas pueden modificarlos, pero no son las únicas que lo hacen y, sobre todo, ellas permanecen, en cierta medida, secundarias u ocasionales, puesto que no se pueden percibir sino a través de estas mismas actitudes. En el recién nacido hay un reflejo bastante complejo, cuya frecuencia han señalado muchos autores. Es el bostezo. Si en el adulto es signo de cansancio o aburrimiento, en los primeros días de vida no puede ser sino la respuesta a estados puramente funcionales. Preyer ve en él una simple modificación respiratoria, una respiración más profunda que sigue y compensa una serie de inspiraciones superficiales. Pero lo que se produce en esos casos para activar la hematosis es el suspiro. Por el contrario, el bostezo no es esencialmente un acto respiratorio, consiste sobre todo en el desperezamiento que se relaciona con un orden muy diferente de funciones. Hecho de contracciones lentas y tónicas, tiende a dilatar principalmente el tórax, inmovilizándolo por otra parte, pero su acción llega a la nuca, la columna vertebral y los miembros que están en extensión forzada y realizan más o menos la actitud

[9] W. Stern, *Psychologie der frühen Kindheit.*
[10] *Ibid.*
[11] W. Freemann, en *Encéphale,* febrero de 1924.
[12] Véanse los capítulos: "Las fuentes y las formas de la emoción en el niño" y "La gama de las emociones".

llamada de rigidez de descerebración. Como reacción secundaria los párpados se crispan sobre los globos oculares, cuya compresión es incrementada artificialmente, a veces, con la ayuda de los dedos.

En ese caso, la sensibilidad puesta en acción es la de las articulaciones que siguen una serie de desplazamientos lentos y espasmódicos y permanecen fijadas en posiciones más o menos forzadas. Parece que estas variaciones generalizadas de la sensibilidad articular tuvieran por efecto estimular una actividad que se adormece, o más aún anular ciertas impresiones de contención prolongada. El bostezo sólo se produce en los estados de cansancio y de lucha contra el deseo de dormir, ya sea antes de adormecerse, ya sea al despertar: sigue con frecuencia, también, a la simple expectación o testimonio de impaciencia física. Puede que tenga por resultado, como la presión de los globos oculares que con frecuencia la acompaña o por la cual ciertos sujetos lo remplazan, modificar, a la manera del reflejo oculocardíaco, el equilibrio de las fuerzas nerviosas que regulan, por intermedio de los sistemas simpático y parasimpático, la actividad visceral y las funciones vegetativas. Su influencia participa de una gran parte de impresiones articulares, pues algunos sujetos pueden suplir el desperezamiento total estirando o comprimiendo las articulaciones de los dedos hasta hacerlas crujir. Hacen esto para estar mejor dispuestos en el curso o al comienzo de una tarea minuciosa o a la que rechazan un poco. La sensibilidad articular parece tener, entonces, una influencia ya estimulante, ya modificadora, de nuestras disposiciones profundas. Parece que tampoco deja de intervenir en las contorsiones de ciertas crisis convulsivas o emotivas, crisis histérica, crisis de desesperación y de cólera. Dirige, también, como el laberinto, sistemas de contracciones más o menos limitados, que están integrados en actividades más complejas, y privados, en consecuencia, de sus manifestaciones autónomas. Por ejemplo, ciertos reflejos profundos del cuello, cuya existencia han podido revelar Magnus y Kleijn, sea en animales privados de su cerebro, sea en el feto. Pero, sobre todo, de la sensibilidad articular depende el sentido de las actitudes y, por consiguiente, interviene en todas las situaciones psíquicas que sufren la influencia de éstas. En efecto, sólo los contactos variables de las superficies

articulares y el relajamiento o la tensión de los ligamentos que las unen al tono de los músculos pueden, combinándose con las impresiones ligadas, expresar la posición recíproca del tronco, de los miembros y de sus segmentos.

Esta sensibilidad es normalmente anónima, subordinada; pero comienza ejerciéndose por sí misma, como toda función en sus comienzos, y puede en ciertas oportunidades volver a ser una ocasión de actividad en el adulto. La satisfacción del niño muy pequeño cuando tiene libertad de probar, por medio de diferentes contorsiones, el juego de sus articulaciones, es manifiesta. De la misma manera, ciertos idiotas se dedican con tal insistencia a retorcimientos parecidos, que sus articulaciones terminan por relajarse lo suficiente hasta poder dislocarse a voluntad. Finalmente, hay danzas, sobre todo en Oriente, que son una sucesión lenta de actitudes alambicadas que ponen en juego la sensibilidad articular, otras las sensaciones de equilibrio. Segmento por segmento, el cuerpo y los miembros son atravesados por una onda que los desplaza minuciosamente y los maneja hasta el límite extremo de las posibilidades articulares. Estos movimientos fueron comparados con los de la atetosis, que fue definida como una serie de actitudes en movimiento. La atetosis se produce después de lesiones nerviosas que aíslan el pallidum y sus conexiones optoestriadas. Luego, las funciones y manifestaciones preponderantes en el recién nacido, y que formarán el basamento de la vida afectiva en el adulto, remiten siempre hacia la región subcortical del cerebro.

c) Las reacciones de origen exteroceptivo

El comportamiento funcional, tal como se observa en el recién nacido, es exclusivo de toda relación directa, activa con el ambiente, con el espacio y los objetos o las fuentes de excitación que lo pueblan. Sin duda, los cambios necesarios para la vida se operan a través de los orificios naturales; y sin duda también, el cuerpo tiene su lugar en el mundo, un lugar que él modifica en la medida en que el juego de sus actitudes lo hace cambiar de forma. Pero, todas estas reacciones se hacen como en circuito

cerrado. Tanto las contracciones de las vísceras ligadas a la sensibilidad interoceptiva, como las actitudes segmentarias ligadas a la sensibilidad propioceptiva no van más allá, en ningún caso, de las impresiones que ellas mismas producen y que, a su turno, las miden, las regulan, las propagan según conexiones en relación inmediata, exclusiva con la función misma. Las excitaciones laberínticas no escapan a esta regla. Aunque ellas resulten de desplazamientos en el espacio, no tienen vínculo directo más que con la gravedad y acciones derivadas, tales como la fuerza centrífuga. Por consiguiente, no proveen de ninguna apertura sobre el espacio exterior ni sobre su contenido, y la sensibilidad que despiertan, simple sensibilidad postural, permanece cerrada sobre ellas mismas.

Existen muchas repercusiones interfuncionales. Las funciones no hacen más que manifestarse sucesivamente en el comportamiento; reaccionan unas con otras. Si la digestión despierta la necesidad de dormir no desaparece ante ésta. Al contrario, la coexistencia de ambas es una especie de colaboración continua, una cadena de modificaciones mutuas e íntimas. No hay variaciones respiratorias sin variaciones correlativas del pulso. El aparente aislamiento, en su comienzo, de algunas funciones, cede lugar, rápidamente, a una sensible solidaridad. Pero, de esas combinaciones o sinergias funcionales no podría salir nada que sobrepasara su conjunto. Y, sin factores sobreagregados, es difícil concebir cómo podrían dar lugar a formas superiores de organización psíquica, ni cómo dar nacimiento a la actividad de relación.

Debido a los órganos de los sentidos, el mundo exterior no permanece, evidentemente, sin actuar sobre el recién nacido como fuente de múltiples excitaciones.

Canestrini, entre otros autores, buscó determinar su importancia y su precocidad relativas. En primer lugar vienen las sensaciones gustativas: los sabores salados agitan, los dulces son calmantes, el amargor y la acidez provocan fuertes reacciones motrices. Al contrario, las sensaciones olfativas casi no tienen efecto. La sensibilidad cutánea varía mucho según las regiones y el género de la excitación. Son los labios los que reaccionan, sobre todo, al contacto. El frío acarrea perturbaciones inmediatas: perturbaciones motoras, disminución de la respiración y a veces del pulso, aumento del volumen cerebral. El calor del baño produce una excitación que tiene toda la apariencia de la alegría. La sensibilidad visual se limita a las impresiones luminosas. Desde el primer día sus efectos son muy marcados y se asemejan, si son muy fuertes, a los del miedo intenso en el adulto: aumento del volumen cerebral, modificación y oscilación respiratorias, agitación o, con mucha menos frecuencia, vuelta a la calma. Sobrevienen aun al dormir, a pesar de la oclusión de los párpados, y aumentan de intensidad con la repetición de la excitación. Las reacciones a los sonidos son semejantes a las de la atención en el adulto: disminución de la respiración, que llega a ser irregularmente profunda, luego aceleración compensatoria; mayor frecuencia del pulso; aumento del volumen cerebral. Las excitaciones auditivas si son muy violentas producen, como sucede con una luz brillante, reacciones que se parecen a las del miedo intenso; si son moderadas, logran calmar al niño agitado. Pero, contrariamente a las excitaciones visuales, si se repiten pierden gradualmente su influencia. La sensibilidad dolorosa es poco aguda para las excitaciones periféricas.

Calma o agitación generalizada, modificaciones del pulso, de la respiración, del volumen cerebral: todas las reacciones señaladas son reacciones difusas o funcionales. Las comparaciones que suscitan son de orden afectivo: alegría, miedo intenso, atención.

¿Es necesario atribuir estos resultados únicamente al método de Canestrini, que consistía en registrar las variaciones de tensión cerebral, al nivel de la fontanela, del pulso y la respiración? Pero no hay reflejo local en el recién nacido, a no ser ciertos reflejos de defensa, que tienen por punto de partida las mucosas y cuya gran precocidad se debe, sin duda, a que revelan, sobre todo, la sensibilidad orgánica. Así, el contacto del dedo sobre la conjuntiva o la córnea y, a veces, sobre las pestañas o simplemente el contacto del aire soplado a través de un tubo, provocan la oclusión de los párpados; el agua también, pero no antes de la 2ª semana, sin duda porque el recién nacido guarda una impresión todavía reciente del contacto con el líquido amniótico. Por el contrario, sólo después de la 7ª o la 8ª semana el simple gesto muy aproximado de la mano o del dedo

hacia el ojo provoca el parpadeo. El tacto ligero de la mucosa nasal trae como consecuencia, junto con un estremecimiento generalizado, reacciones sobre todo marcadas en la zona irritada: fruncimiento de la frente, guiñada de los ojos, estornudo, lagrimeo (a una edad en que el niño todavía no llora), y también el gesto de frotarse la cara, es decir, reflejo orientado.

Pero una excitación cutánea o sensorial no produce nada semejante. En la piel es necesario que la región excitada sea extensa para que haya reacción: los pinchazos de aguja, suficientemente profundos para hacer salir una gota de sangre, no provocan, según Genzmer, casi ninguna reacción. La reacción a una excitación cutánea se produce a veces a distancia, por ejemplo, la excitación de la planta del pie no provocará más que una mueca del rostro. Con más frecuencia se produce agitación difusa y gritos. La humedad, el agua, el frío tienen los mismos efectos indiferenciados que un contacto penoso.

El ruido puede ser, en el recién nacido, el origen de reacciones considerables, aunque según Stern, la sensibilidad auditiva sea la más lenta en manifestarse; ¿las investigaciones de Fleschig no mostraron que, de todas las fibras sensoriales, las fibras acústicas son, desde el nacimiento, aquellas cuya mielinización, es decir, la aptitud para funcionar, se da más tarde? Sin embargo, Stern mismo comprobó que desde el segundo día de vida, el niño se sobresalta ante el ruido. Sin duda, hay que hacer muchas distinciones para dar cuenta de estas aparentes contradicciones. Hasta después de veinte horas a partir de su nacimiento, el niño puede estar cerrado a las excitaciones acústicas por razones simplemente mecánicas, el líquido que llena, durante el período fetal, las cavidades abiertas del organismo, todavía no puede ser completamente expulsado de la cavidad del tímpano por los esfuerzos combinados de la respiración y de la deglución. La fecha de las primeras reacciones auditivas es muy variable según los autores: en el niño de Champney no se habrían producido sino en la 4ª semana; pero según Preyer, esta fecha es un límite extremo; y aquel que la pasó, sin haber reaccionado todavía al ruido, corre el riesgo de ser un futuro sordomudo. Para Küssmaul, pasan varios días antes de que el niño sea sensible a los sonidos más violentos o a los más armoniosos. Feldbausch vio recién nacidos que a los 3 días se estremecían mientras dormían, cuando él golpeaba con sus manos en medio del silencio. Moldenhauser vio, antes de las 12 horas de vida, que reaccionaban al sonido del grillo, instrumento de donde parten sonidos elevados, estridentes y discordantes. Genzmer obtuvo resultados semejantes con una pequeña campana en niños de 1 ó 2 días. Pero, como lo hace notar Champney, en un primer momento no provocan reacciones sino los ruidos que se acompañan con conmociones.

En este caso se trata, sin duda, de excitaciones más primitivas que la del oído propiamente dicho. El sobresalto o el estremecimiento que producen son, en todo caso, reacciones globales, de un tipo ciertamente arcaico. Ponen en juego, con los músculos de los miembros, los músculos del tronco, es decir, aquellos que aseguran la posición, que tienen su actividad regulada por los órganos y los centros del equilibrio, cuyas funciones son sobre todo tónicas. Se asemejan a esas bruscas sacudidas con las que los peces reaccionan a las incitaciones de su aparato otolítico, y también a aquellas que se producen cuando la invasión repentina de la necesidad de dormir llega, sin transición, a liberar de todo control los centros del tono. En el estado de vigilia, el sobresalto puede también reaparecer en el adulto, sea en ciertos estados de distracción o de fantasía, que suspenden más o menos, como el dormir, la sinergia de la actividad psíquica y de las reacciones somáticas, sea a continuación de excitaciones emotivas, cuyos efectos largo tiempo reducidos y reprimidos han terminado por acumular en los centros subcorticales una energía demasiado tensa, que al menor shock se libera, ya sea bajo la forma, todavía controlada, de sobresaltos y de estremecimientos repetidos, ya sea bajo la forma más desencadenada de convulsiones tónicas. Las crisis emotivas o histéricas, observadas particularmente durante la guerra, tuvieron, con frecuencia, este origen.[13] Las sacudidas y sobresaltos que presentan están emparentados con las descargas tónicas del recién nacido; esto justificaría la definición de la histeria como una regresión hacia un estadio de manifestaciones infantiles.

Junto al simple estremecimiento, las excitaciones auditivas

[13] Wallon, en *Anné psychol.*, XXI, pp. 215-236; XXII, pp. 143-166. En *Journal de Psychol.*, enero-abril, 1920.

producen también, en la musculatura, reacciones prolongadas de variable intensidad, pero siempre de aspecto difuso y doloroso: diferentes crispaciones del rostro, de los miembros, del tronco o también brusca relajación muscular, estados de hiper o hipotonía, en los que Löwenfeld reconocía, en ciertos casos, los caracteres del shock nervioso. La evolución que trazó de éstos a través de las sucesivas edades del lactante resulta de mucho interés. Aunque pudo detallarlas hacia el 2º mes, en unas cuarenta reacciones elementales, no son más de 16 en el 8º mes, y su duración tiende a decrecer hacia el 3er. mes. A esta reducción en el espacio y en el tiempo corresponde la aparición y preponderancia gradual de reflejos muy diferentes. Así, entre la 3ª y 4ª semana aparecen los de los ojos, desde que la cabeza comienza a orientarse en la dirección de un ruido, como si fuera a buscar su origen. Pero basta que la excitación se haga más intensa para que se reproduzcan, aun mucho tiempo después, las reacciones tónicas y difusas de tipo arcaico. Entre los dos sistemas hay pues sustitución recíproca, es decir, más antagonismo que filiación. Son dos formas de actividad cuya significación es evidentemente diferente. Aquella que responde a la vida de relación, y que en consecuencia debe estar en relación con la sensibilidad exteroceptiva, consiste necesariamente en reflejos orientados y localizados. Es decir, que el movimiento vuelve, si se trata de contacto, hacia la región excitada; si se trata de excitación visual, auditiva u olfativa, hacia la fuente de la excitación. Orientación y localización no se agregan al reflejo, sino que le son inherentes; éste no puede existir sin ellas, por lo tanto es necesario admitir con Piéron que la localización y la orientación están inscritas en los centros nerviosos, al mismo tiempo que el reflejo.

Pero resulta muy sorprendente que en la especie humana el advenimiento de estos reflejos esté precedido por un período de reacciones cuyas características son totalmente opuestas. En vez de volver al lugar de la excitación, son difusas y a veces se producen a distancia. Con frecuencia, son más violentas y más fáciles de obtener en el niño dormido que en estado de vigilia. Consisten más en sacudidas o en estados de rigidez que en gestos. A veces también provocan fenómenos inversos. Pues hay excitaciones que tienen por efecto suprimir bruscamente toda

agitación. Así, Preyer observó en su niño que, entre los 3 y 6 meses, bastaba tocarle la oreja para suspender instantáneamente sus reacciones más violentas, sus gritos más vibrantes. Cuando él se debatía durante el baño, la misma reacción tenía un resultado semejante, aun cuando no estaba gritando; es imposible, pues, invocar la sorpresa que habría experimentado al percibir diferentemente sus propios gritos, en el instante en que una acción exterior se ejercía sobre su oreja. En otros niños la excitación debe hacerse no sobre su oreja, sino sobre otra parte del rostro. Después de los 6 meses, este tipo de excitaciones pierde todo poder. Pertenecen, pues, a un sistema de sensibilidad y de reacciones que se dan en cierto tiempo. Pero, ¿en qué medida no pueden llegar a ser nuevamente eficaces en ciertas ocasiones? En las viejas manifestaciones de la histeria, por ejemplo, las famosas zonas histerógenas o inhibidoras de la crisis, ¿alguna vez han sido algo más que un producto puro de la sugestión, o aun, la sugestión misma, no pudo encontrar, con frecuencia, estos temas en la reviviscencia de sensibilidades abolidas? Por último, estas sensibilidades tonígenas o tonoprivas, que se observan en las primeras épocas de la vida, ¿no tienen alguna semejanza y algún parentesco con los reflejos de inmovilización descritos por Rabaud en los insectos, y sobre los cuales volveremos en ocasión del estudio de las emociones?

Si el predominio de la actividad tónica sobre el comportamiento es según van Woerkom, sinónimo de regresión, si conduce al individuo, más o menos momentáneamente, hasta el estadio en que, siendo lactante, estaba sometido con exclusividad a impresiones orgánicas y no disponía sino de reacciones tónicas, restaría explicar por qué, en el hombre, este período precede durante tan largo tiempo a la actividad de relación. Evidentemente, es un retardo en relación con su evolución ulterior, con las fases que se han agregado a aquellas en que se han detenido las especies inferiores. Pero sería dejar de lado el problema esencial, limitarse a comprobar esta verdad trivial: que un organismo es tanto menos dueño de sus funciones desde el nacimiento, y que una función está tanto menos preparada a ejercerse, cuanto su porvenir comporta más vastos progresos, mayor variedad de adaptaciones diversas, reservando, por lo tanto, a la experiencia un papel más decisivo. Lo que es nece-

sario tener en cuenta son las relaciones que pueden haber allí entre la fase afectiva, cuya importancia en el hombre está señalada por su duración, y el desarrollo de aptitudes ulteriores que están entre las más características de la especie humana.

Se admite, frecuentemente, que hay perfeccionamiento y filiación continuos desde las aparecidas en un primer momento hasta las más elevadas de las manifestaciones observables en el adulto. A los balbuceos de los primeros tiempos sucedería una actividad cada vez más aguda y compleja, y cada vez de mayor adaptación, más informada. Así, de la agilidad nacería la inteligencia, del automatismo el conocimiento. Pero, entre las primeras reacciones difusas del recién nacido y sus primeros movimientos orientados en el espacio, hemos visto que hay dualidad de naturaleza y antagonismo. Lo mismo sucederá, como veremos más adelante, entre los mecanismos motores que lo ponen en relación con el medio y su actividad intelectual, entre sus automatismos y su actividad intencional y voluntaria.

Capítulo 2

LAS FORMAS DE LA ACTIVIDAD DE RELACIÓN. AUTOMATISMO Y REPRESENTACIÓN

Desde el nacimiento, en la mayor parte de las especies, se producen movimientos que ponen al animal en estado de reaccionar a las diferentes circunstancias del medio, según sus apetitos y sus necesidades. Sin duda, a un nivel relativamente bajo, hay identidad entre los cambios de forma y la locomoción, como en la ameba; entre los movimientos viscerales y los movimientos de relación, como en el estado de "gástrula", donde las mismas contracciones que cierran sobre su contenido la cavidad del organismo son las que lo hacen evolucionar en su medio líquido. La actividad de relación y la actividad postural tienen, pues, en su origen una raíz común. En las especies donde las dos funciones están ya profundamente diferenciadas, los mecanismos locomotores pueden alcanzar repentinamente la mayor precisión y diversidad. Podemos decir que, con el ejemplo de la gallina, el pollito picotea al salir del huevo, desplazándose en todas las direcciones del espacio. La casi instantaneidad de sus éxitos permitiría eliminar ya la hipótesis de la imitación, es decir, de ciertas operaciones complicadas que suponen el conocimiento o la imagen del modelo, el poder de ajustar sobre éste sus propios gestos y de utilizarlos como medio para alcanzar por sí mismo las metas reconocidas como semejantes a aquellas que él persigue. Pero una experiencia muy simple muestra que el gesto de picotear se produce en el pollito aislado tan pronto como sale del cascarón, o sea sustraído a toda posibilidad de imitación, si se dan algunos golpes con la punta de un lápiz sobre una placa sonora. Basta, pues, una excitación sin conte-

nido representativo, o al menos sin relación con la meta y el objeto del acto, para que éste se ejecute en toda su complejidad.

Esta organización del acto, anterior a la experiencia, es la característica más notable del automatismo, o más aún de los automatismos naturales, de los automatismos que el individuo hereda de la especie. Sobre la independencia aparente del automatismo frente a la experiencia se funda, frecuentemente, la creencia de que el automatismo es ciego por sí mismo, que es un simple mecanismo cuyos engranajes están montados por completo, y que es necesaria la intervención de la inteligencia para adaptarlo a las circunstancias imprevistas y la de la voluntad para dirigirlo. Entre el automatismo inscrito en el organismo y las realidades exteriores sería necesaria la articulación de la representación, de la intención. Así, la imagen sería una condición previa a la acción adaptada. La acción supondría una discontinuidad, una pluralidad primitiva, y la necesidad de articular entre sí términos esencialmente distintos y disociados.

Sin embargo, el automatismo no es, desde su comienzo y en todos sus grados, más que adaptación. Ninguna de sus manifestaciones es posible sin un ajuste instantáneo a las condiciones cambiantes, y en movimiento, del medio, y a las de la acción misma. En el caminar, el paso no es más que la apropiación del pie y del equilibrio al terreno, a sus irregularidades o desniveles, y de la marcha a las resistencias que encuentra. Distinguir allí la parte del mecanismo y la de las circunstancias exteriores, es una pura abstracción. Abstracción dirigida, sin duda, por las necesidades de la representación, que se refiere a objetos circunscritos que no pueden delimitar sin separarlos de sus condiciones y relaciones naturales. Después de haberlos fijado bajo una forma estática y acabada, sólo sabe oponerlos, como un todo cerrado, a sus propias relaciones. Lo mismo ocurre con el organismo y las diversas posibilidades que están ligadas a su organización. Esta abstracción hace de él un sistema que parece, de alguna manera, bastarse, no esperar sino la ocasión de manifestar lo que es y lo que contiene. En realidad, su organización misma no puede explicarse más que por las circunstancias a las cuales le es dado reaccionar. Son dos términos complementarios cuyo conjunto es indisociable y continuo. La reacción, para producirse, exige condiciones, algunas de las cuales pertenecen al medio y las otras a la sustancia viviente. La unidad de la reacción resulta tanto de unas como de otras, cualquiera que sea la importancia de la parte que corresponde a cada una de ellas.

En efecto, la relación entre ambas puede variar y, con los progresos de la organización, el centro de gravedad puede desplazarse del medio hacia el organismo. Para un ser poco diferenciado, las influencias exteriores determinarán el sentido y la intensidad de sus reacciones. Inversamente, el organismo muy evolucionado habrá integrado tantas condiciones de las cuales el acto puede resultar, aunque parecerá que él regula casi solo la oportunidad, la orientación y la extensión del mismo. Sin embargo, el lazo no se ha roto y toda reacción responde a un campo de fuerzas que une en un mismo circuito sus motivos o medios externos y sus condiciones orgánicas. Una escuela de psicólogos alemanes, los teóricos de la forma o *Gestalt*, han expresado muy bien la continuidad esencial de los actos que suscitan las realidades ambientales en el ser vivo. Cada acto tiene una estructura particular y de alguna manera original que depende de la situación total, es decir, del conjunto constituido a cada instante por las circunstancias externas e internas. Introducir entre ambos una distinción, aunque sólo sea verbal, es artificial. Ellas se fusionan en el acto que suscitan tan estrechamente que es imposible disociarlas; pues, ni del extremo mundo exterior, ni del extremo organismo son condiciones cualesquiera e inertes las que se enfrentan y entran en combinación, sino precisamente aquellas que se eligen recíprocamente y que hacen posible una cierta totalidad. La parte del mundo exterior que entra en la reacción es aquella que a la vez puede responder a ciertas disposiciones del sujeto y suscitarlas. Inversamente las disposiciones del sujeto que llegan a revelarse son aquellas que han reencontrado su objeto, porque han sabido suscitarlo. Cortar este circuito, descomponerlo en objeto, sujeto, fin y medios, es suprimir lo esencial.

La exactitud de estas descripciones se hace más notoria en casos concretos. Köehler,[14] en particular, mostró cómo pueden

[14] W. Köehler, *L'intelligence des singes supérieurs*, trad. Guillaume, Alcan, París, 1927.

aplicarse al comportamiento, muy complejo ya, de los monos superiores y cómo pueden dar una explicación adecuada de éste. Entre el animal y la presa deseada, su deseo crea como una atracción, que preludia a su apropiación. Pero si un obstáculo impide que se haga la apropiación por reacciones inmediatas o usuales, entonces parece que las líneas de fuerza que unen al sujeto con su meta se desplazan y hacen entrar en su campo, continuamente, objetos o circunstancias tales que, repentinamente, se va a descubrir que entre el animal y su presa se ha realizado una estructura de apropiación. El rodeo o el instrumento utilizado no surgieron evidentemente sino en función del atractivo ejercido por la presa sobre el animal. Y también, en virtud de la aptitud que él tiene de integrar en una misma percepción un campo más vasto o más diverso, lo que varía mucho no solamente de una especie a otra, sino también de un individuo a otro, según su nivel de organización psíquica. Cualesquiera que sean los rodeos por los cuales el animal puede llevar a cabo sus procedimientos, ellos no tienen en un primer momento ninguna individualidad objetiva. No son lo que son sino por la estructura en la que están incluidos. Ellos retienen para el futuro sólo una especie de familiaridad y de conveniencia recíproca que persiste entre los objetos o las circunstancias anteriormente unidas por el uso.

Cuando se trata de operaciones acostumbradas, y no de innovaciones impuestas por un obstáculo que surge ante el deseo del animal, con más razón las circunstancias diversas de la acción están desprovistas de toda individualidad. En efecto, basta considerar un automatismo en sí mismo, no a través de la pantalla de nuestras distinciones corrientes, para comprobar que realiza la fusión total del movimiento, de sus instrumentos y de su objeto. El hecho es tanto más notable, si se trata de automatismos adquiridos. No merecen el nombre de automatismos más que en el instante en que se hace imposible la delimitación entre la acción del cuerpo y las reacciones del objeto o de los instrumentos. El jinete se continúa en el caballo y siente los movimientos de éste continuarse en los suyos. La tejedora hábil se prolonga en las agujas y hasta en su tejido. El pianista ejercitado pone su sensibilidad en el teclado más que en sus dedos. O, más aún, ni montura, ni tejido, ni teclado, sino un sentimiento de

acción indivisible, sin el cual ellos son indiscernibles, dispersos. Sin duda, en un primer momento fue necesario contar con el objeto, el instrumento y aun el acto desacostumbrado. El paso a ejecutar es tan extraño al bailarín inexperto como la bicicleta al que no sabe andar. Existe en estos casos una dualidad inicial. No vamos a estudiar aquí, por cuál sucesión de imágenes y de impresiones que se sustituyen unas a otras, fue progresivamente reducida y terminó por borrarse en el puro movimiento o, más aún, en una especie de melodía kinética. Pero, una vez adquirido el automatismo, la vuelta de las imágenes relativas al objeto, al instrumento o al modelo no pueden producirse sin suspenderlo o acarrear tropiezos. Representarse la posición de los dedos sobre las teclas o de los pies sobre los escalones, es correr el riesgo, casi cierto, de tropezar en la ejecución de una melodía o en el descenso de una escalera.

Entre la representación y el automatismo hay incompatibilidad radical y mutua exclusión. Hacer salir de la adaptación motriz o del automatismo la actividad mental, que opera sobre las representaciones es, entonces, un sin sentido. Hay allí dos niveles de actividad, dos etapas distintas, cuyos efectos pueden muy bien contrariarse, como ocurre frecuentemente en el hombre. El automatismo, que realiza la adaptación del individuo a las circunstancias actuales, existe repentinamente en el animal, o, al menos, su pleno ejercicio es cuestión, aun en las especies superiores, de algunas horas o de algunos días. En la especie humana aparece, bruscamente, un período preliminar de impericia total.

Sin duda, es necesario tener en cuenta el hecho de que todo orden nuevo de actividad, al instaurarse, reduce simultáneamente el campo donde se ejercían las formas anteriores de actividad con frecuencia, éstas son subordinadas casi totalmente, de tal manera que pierden una parte más o menos grande de su autonomía. Así ocurre con ciertos automatismos cuando se ha desarrollado la movilidad llamada voluntaria o intencional. En lo que a esto respecta, la diferencia entre el hombre y el perro, por ejemplo, es de las más manifiestas. La destrucción de las circunvoluciones motrices, donde se localizan los centros motores que superponen la acción de la corteza a los automatismos, es rápidamente compensada en el perro; después de algunos días de movimientos inciertos, sus automatismos vuelven a lograr

su completa integridad. En el hombre, por el contrario, las lesiones que deterioran definitivamente la corteza motriz, o bien su haz de proyección, tienen como consecuencia una hemiplejia, que suprime de manera persistente la posibilidad de todos los movimientos, automáticos y voluntarios. Los automatismos, anteriormente bajo la dependencia exclusiva de los núcleos subcorticales, que forman, con el nombre de sistema opto-estriado, una especie de cerebro inferior, dejan de poder efectuarse sin el auxilio de la corteza, a medida que aumenta el papel y la importancia de la actividad cortical. No hay nada de sorprendente si los automatismos del niño no pueden ejercerse en tanto que la corteza, cuya maduración es larga, no puede proveerlos del complemento necesario.

Pero esta comprobación no resuelve, de ninguna manera, los problemas que plantea el antagonismo de la representación y del automatismo. ¿Bajo qué influencias, el sistema perfectamente coherente y apropiado de los automatismos, es decir, de la adaptación inmediata a las circunstancias actuales, se dejó desbordar, después de reducir progresivamente y finalmente dominar por una actividad que parece haberse desarrollado por exclusión progresiva de reacciones inmediatas al medio, y que agrega o sustituye a las circunstancias actuales, razones para actuar, de ninguna manera implicadas en la situación presente? Pues es el hecho que las representaciones responden a objetos, con frecuencia, muy diferentes de aquellos que ofrece la realidad del momento. Y, en la medida en que las representaciones se resuelven en actos, hacen prevalecer situaciones todavía puramente virtuales sobre situaciones reales. El hombre se encuentra como entre dos superficies de incitaciones. Su periferia sensorial, por donde el medio le solicita actos de adaptación o de aprehensión inmediatos. Su corteza cerebral, donde se desarrolla el mundo de la representación, de situaciones ideales, de motivos no actuales. Si su conducta es progresivamente sustraída al imperio exclusivo de la primera para sufrir el ascendiente cada vez más dominante de la segunda, es evidente que ésta le ofrece medios más poderosos y seguros de adaptación y de conquista.

Para actuar acertadamente sobre el medio, más vale pensarlo que probarlo. El pensamiento contiene más realidad, más objetividad que la impresión. Pero él es el término de una evo-

lución que ha sido larga y cuyas etapas pueden parecer incoherentes o contradictorias, ya que, particularmente, lo que sabemos del pensamiento primitivo parece estar en perfecto desacuerdo con las leyes del conocimiento del mundo físico. Para realizarse, sin embargo, fue necesario que no estuviera en ninguna de sus etapas en oposición con los intereses actuales del hombre o, más aún, que los favoreciera. El aspecto heteróclito de estas transiciones hará aparecer quizá menos paradojal el hecho de que el pensamiento, cuyas formas actuales tienden a dar del universo una realización a la vez ideal y objetiva, extrae sus orígenes lejanos de las funciones que parecen cerrar más estrechamente al hombre sobre sí mismo, ocupándolo con sus propias actitudes. Pero de estas actitudes, precisamente, surge un primer esfuerzo de intuición subjetiva y de conciencia como, por otra parte, sólo sería posible alcanzar a partir de la actividad postural y de su plasticidad esencial. Corresponde a las emociones mostrarnos a qué ciclos de actividades y de adaptaciones nuevas va a contribuir esta sensibilidad naciente.

Capítulo 3

NATURALEZA DE LAS EMOCIONES

a) La paradoja de las emociones

Las emociones dieron lugar a diversas teorías que se contradicen entre ellas y ninguna de las cuales parece concordar con los hechos. Parten, sin embargo, de un principio común que es, por otra parte, la causa de sus contradicciones. Todas refieren la emoción a la actividad de relación como el único criterio posible de su utilidad o de su nocividad, y como si sólo pudieran contar, en la evolución y adaptación del hombre, sus relaciones motrices con el medio o su representación intelectual de las cosas. De su actividad efectiva, una especie de finalismo demasiado estrecho e inmediato retiene sólo estos dos términos, y los une, los supone en continuidad directa, aunque un lapso considerable de vida los separa, precisamente aquel en el que las emociones se despliegan.

El contraste entre las exigencias de una actividad exactamente apropiada a las circunstancias y los efectos de la emoción es tal, que su comparación conduce necesariamente a este dilema: o bien la emoción es esencialmente una perturbación, una degradación de la actividad, y el lugar que tiene en el plan de las reacciones biológicas es el de la enfermedad o al menos el de los defectos que contrarían el juego normal de las funciones; o bien tiene entre estas funciones su razón de ser. Pero, entonces, es necesario explicar las manifestaciones nocivas o molestas con las que se acompaña constantemente.

La primera de estas dos opiniones opuestas ha sido adoptada recientemente por J. R. Kantor.[15] Las perturbaciones mo-

[15] J. R. Kantor, en *Psych. Rev.*, XXVIII, 1 y 2, 1921, pp. 19-42 y 120-140.

toras que surgen con la emoción: temblor, rigidez o desfallecimiento muscular, incertidumbre, falta de medida en los gestos; las perturbaciones de los sentidos, de la vista y de la audición especialmente, cuyo campo se reduce, se obnubila, es atravesado por impresiones ilusorias o deformadas; las perturbaciones del juicio, que alteran profundamente las proporciones de la realidad, de las situaciones, de los efectos y de las causas; sin hablar de la agitación visceral y glandular: perturbación o suspensión de los movimientos cardíacos, respiratorios; salivación o extrema sequedad de la boca; espasmos del esófago, del estómago, del intestino, etcétera, todos esos desórdenes vinculados a la emoción tienen tan manifiestamente por efecto poner en pleno desorden las aptitudes y la capacidad misma del sujeto que, según Kantor, es quimérico y absurdo querer encontrar cualquier tipo de afinidad entre la emoción y las actividades organizadas como son, por ejemplo, el automatismo o los instintos. La emoción está hecha sólo de reacciones disociadas, desproporcionadas, caóticas, entre las que es inútil buscar la menor sistematización. No hay, tampoco, emociones distintas entre sí, es decir, que ofrezcan una coherencia y una especificidad cualquiera. Son simples torbellinos, conjuntos de los más anárquicos y diversos.

Pero la exageración de esta posición extrema es evidente. Tropieza no sólo con el lenguaje y la experiencia común, que distingue entre el miedo, la cólera, la tristeza o la alegría, sino también con las comprobaciones de la clínica y de la fisiología, que reconocieron en cada especie de emociones un grupo determinado de síntomas, o sea, un síndrome particular; entre estos síntomas, algunos mecanismos o combinaciones más o menos sistemáticas, y dominando finalmente esos mecanismos, centros coordinadores, cuya excitación artificial ha permitido obtener, en el animal, todas las manifestaciones de la cólera o del miedo.[16] Pero este carácter organizado de las emociones, que no deja de implicar una especie de finalidad biológica, vuelve bastante desconcertantes sus intervenciones intempestivas en la movilidad de relación.

[16] Como lo mostraron, particularmente en los animales, las experiencias de Pagano.

El problema no escapó a Darwin, que en su libro sobre *La expresión de las emociones*, se esfuerza por descubrir para cada uno de sus efectos un motivo utilitario, pero de una utilidad que no es actual y que pertenece a una de las etapas por las que la evolución hizo pasar a la especie. En la emoción quedan aglomerados los restos de comportamientos anteriores, como en las capas geológicas persisten los testimonios fósiles de edades acabadas. Pero ellos están en la emoción en el estado de reviviscencia actual; y, cambiando las circunstancias, llegan a complicar el curso regular de la actividad, le imponen rodeos inútiles y le oponen obstáculos. Sería, en cierta manera, la evolución vista al revés. A la sucesión de progresos por los que han pasado las etapas, responde la huella entorpecedora de las etapas superadas.

La desgracia de esta explicación es su carácter manifiestamente artificial. Artificialmente atribuye a cada detalle de la expresión emotiva un fin y una utilidad a menudo bastante inverosímiles; artificialmente los interpreta como antiguos gestos más o menos atrofiados, que habrían pertenecido en otro tiempo a la movilidad de relación. Para muchos de ellos, por ejemplo para la efusión de las lágrimas, hay una trasposición que hace pasar a segundo plano, hasta desconocerlas, sus relaciones esenciales con la actividad orgánica, visceral o glandular.

La importancia de esas reacciones orgánicas es tan evidente, sin embargo, que en las teorías modernas de la emoción el problema fundamental es explicar el mecanismo o la razón de las mismas. Aquí, todavía se enfrentan la tendencia a justificarlas por su utilidad y la tendencia a ver en ellas sólo una sucesión de efectos inútiles o molestos. La más simplista de estas teorías es la de W. James, que debe su moda, sin duda, a la manera paradojal con que se contrapone a la opinión común y espontánea. "Uno no llora porque está triste, sino que está triste porque llora." Contentarse con invertir así el orden de los términos, es admitir que su oposición es legítima, y es dar por fundada la dualidad entre las reacciones y el estado mental. Seguramente la actitud de Descartes era más científica. Admitía como querido por Dios el paralelismo entre sustancia pensante y sustancia extensa, y podía, por lo tanto, revelar con rigor las modalidades concomitantes de uno y otro. Si no entreveía aún,

bajo la notación puramente estática de los efectos, tanto orgánicos como mentales, el juego combinado de funciones y de situaciones en diferentes niveles de adaptación psíquica, al menos no rompía su acuerdo indisoluble, y no reducía al estado de epifenómeno inerte las impresiones o motivos psíquicos, que son tanto un estímulo como un resultado de la emoción. Disociarla como hace W. James, en manifestaciones periféricas y en repercusiones centrales no tiene sino un sentido muy ambiguo; pues entre los órganos y sus centros hay, como consecuencia de su unidad funcional y de su desarrollo, una íntima simbiosis. En lo que respecta a la emoción, es desconocer la estrecha interpenetración de la sensibilidad y del movimiento, carácter esencial de las funciones que ella organiza, y es, por consiguiente, negar implícitamente el papel que está en estado de jugar en la evolución psíquica.

Las relaciones que el fisiólogo norteamericano Cannon [17] reconocía entre las manifestaciones exteriores de la emoción y las modificaciones orgánicas que la acompañan son de otra especie. Con la ayuda de diferentes experiencias mostró cómo la sangre de un animal irritado, al inyectársele a otro, provoca en éste todos los efectos aparentes de la cólera, y cómo efectos similares se obtienen por una descarga de adrenalina en la sangre. La adrenalina orgánica es una secreción de las glándulas suprarrenales, más precisamente de su parte medular. Su efecto es activar aquellas reacciones vegetativas que están dirigidas por el sistema ortosimpático, uno de los dos sistemas antagonistas de que se compone el sistema vegetativo o autónomo, que es el sistema nervioso directamente relacionado con las funciones orgánicas. Las emociones descansan, pues, sobre la actividad de las glándulas endocrinas, de las suprarrenales en particular y también de la tiroides, los productos de secreción, casi instantáneamente difundidos en todo el organismo por el torrente circulatorio, aseguran la simultaneidad de las reacciones necesarias a la explosión emotiva. Al mismo tiempo que la glucosa es liberada en grandes cantidades en la sangre y en los tejidos, para satisfacer un aumento considerable de gasto energético,

[17] Cannon, *Bodily changes in pain, hunger, fear and rage*, 2ª ed., Appleton, Nueva York, 1929.

los bronquiolos, dilatándose, amplían el campo de la hematosis, aumentan en consecuencia la rapidez y el volumen de las oxidaciones, mientras que la mayor intensidad de las contracciones cardíacas activa la circulación. Hay, por otra parte, canalización de todos estos efectos en provecho exclusivo de los centros nerviosos, los vasos periféricos se contraen de manera de hacerle afluir la sangre y el aparato digestivo se encuentra como alcanzado por la inhibición. De este modo, la causa única es la acción de la adrenalina. Reacciones admirablemente combinadas para desarrollar al máximo las posibilidades de la acción, y para localizar su lugar en los órganos, que son por excelencia los de la actividad diferenciada, de la adaptación exacta, informada, inteligente. Y como resultado la emoción, es decir, la acción más confusa, más desordenada, más subversiva de nuestras relaciones con el medio. No solamente la teoría de Cannon con frecuencia, simplifica en exceso las manifestaciones viscerales de la emoción, para rescatar mejor el buen orden; no solamente no bastaría para explicar la diversidad de las emociones sino que, la rigurosa disposición que atribuye a sus condiciones orgánicas, hace resaltar mejor, por contraste, cómo sus efectos exteriores difieren de las reacciones que se apropiarían más a las necesidades del momento y del medio.

Otra teoría, también de un fisiólogo, L. Lapicque, está en las antípodas de la propuesta por Cannon. En lugar de concluir en la actividad de relación, parte de allí. En lugar de suponerla bien adaptada, a imagen de sus condiciones orgánicas, la ve perturbada precisamente por la intervención de reacciones orgánicas. En lugar de considerar a la energía como producida por el organismo en provecho del sistema nervioso, la señala como escapando del sistema nervioso para invadir el organismo. En lugar de ser química, su explicación es física. Está fundada sobre las leyes de la excitabilidad nerviosa.

El influjo nervioso, según sea aferente o eferente, trasmite la excitación de los órganos hacia los centros nerviosos o de los centros nerviosos hacia los órganos. En el intervalo, su circuito es más o menos largo y complicado, atraviesa mayor o menor cantidad de neuronas, supera más o menos sinapsis. Lo que lo orienta en su trayecto es la similitud de las cronaxias que ofrecen los elementos discontinuos a través de los cuales se

propaga. La excitación no puede trasmitirse, en efecto, entre elementos cuyas cronaxias difieren. Dicho de otra manera, la excitación para ser eficaz debe responder a una doble condición. No basta que alcance cierta intensidad; es necesario que se produzca en un tiempo dado. Pero estas condiciones de tiempo están lejos de ser las mismas para todos los elementos nerviosos y para todos los órganos. El tiempo que debe durar la excitación, o cronaxia, varía con los sistemas de funciones. No es la misma, por ejemplo, para los aparatos —músculos y neuronas— que concurren a la flexión o a la extensión de los miembros. Esta diferencia explica que la excitación avance sin perderse y que, con exclusión de cualquier otra, se produzcan exactamente las contracciones musculares que requiere el acto a ejecutar. Las diferencias de cronaxia pueden ser considerables y lo son particularmente entre los músculos que sirven a la vida de relación y los músculos de las vísceras. Para el gastrocnemio de la rana, la cronaxia es de tres diez milésimos de segundo, y para las fibras motrices del estómago es de medio segundo o aun de un segundo.

Este intervalo parecería producirse para impedir que la excitación pase de un sistema al otro. Y, sin embargo, la emoción se debería, según L. Lapicque, precisamente, a la invasión del aparato vegetativo y de las vísceras por excitaciones surgidas de los centros nerviosos que presiden la vida de relación. En efecto, cuando la intensidad de la excitación aumenta suficientemente, las diferencias de cronaxia tienden a abolirse, y el influjo nervioso desborda de un aparato funcional a los otros. El desarrollo del encéfalo, especialmente de los hemisferios, ha llegado a ser tal, en particular en el hombre, que haría posible una liberación de energía lo bastante masiva que para que la excitación supere todas las sinapsis, cualesquiera que sean sus diferencias de cronaxia, y provoque así una agitación difusa, en la que reacciones orgánicas y viscerales se mezclarían a los movimientos de relación, sembrando la confusión. Los daños de la emoción estarían provocados pues, por el rescate del alto nivel que alcanza el crecimiento de los centros nerviosos, y, particularmente, el de los centros superiores, lo que parecería una paradoja, pues la incontinencia emotiva no es un signo de superioridad mental. Por el contrario, parece que con la masa cerebral aumentan no la

cantidad de energía bruta sino la diferenciación, la subordinación jerarquizada de las funciones y, por lo tanto, el control que ejercen las más elevadas sobre las más elementales. La emoción, lejos de propagarse a partir de aquellas que responden a las formas más evolucionadas de la actividad mental hacia las fuentes más primitivas del psiquismo, nace y se desarrolla en la esfera de las impresiones y los apetitos que están más próximos de la sensibilidad orgánica.[18]

Piéron, si bien adopta esta teoría, la aplica dándole una significación bastante diferente y más interesante. Opone los dos comportamientos posibles de un cangrejo, una de cuyas patas permanece atada. En condiciones normales se dan esfuerzos de locomoción y de tracción para soltarla. Pero en presencia de un pulpo, el cangrejo se amputa su pata aprisionada. Esta última operación parece exigir un gasto considerable de energía nerviosa y no puede repetirse dos veces consecutivas. Sería un efecto de la emoción. Esta reacción, exactamente localizada y apropiada al fin, no se asemeja, sin embargo, a las descargas difusas y nocivas de energía con las cuales Lapicque busca demostrar el mecanismo. Pero difiere radicalmente también de los movimientos ejecutados en el espacio para soltarse y huir. Ella apunta sobre el organismo en sí mismo, sobre su configuración y aun sobre su integridad. Testimonia una aptitud funcional que falta, evidentemente, en la mayor parte de las especies o al menos en aquellas que se acercan más al hombre, pero cuya raíz original pertenece, sin duda, a las reacciones que el organismo ejerce sobre sí mismo y por medio de las cuales modifica su forma, la de sus órganos y hasta la de sus tejidos o la composición de sus humores. Relacionarla con la emoción, ¿no es reconocer entre la emoción y las funciones propiamente orgánicas o posturales ciertas afinidades fundamentales?

[18] Recientemente Lapicque trató de modificar su teoría. Basándose en los trabajos de la doctora Lapicque, según los cuales correspondería al tálamo modificar las cronaxias, supone que entre el dominio de los músculos motores y el de las vísceras, el influjo nervioso pasaría, no por efracción, en virtud de su masa, sino gracias a la intervención del tálamo. Resultaría entonces, como sostengo yo, 1º) que las emociones son reacciones organizadas y 2º) que sus mecanismos responden a la actividad de centros situados en la región optoestriada. Queda un tercer problema al cual trato también de responder: ¿cuál es la naturaleza y la función propia de las emociones?

b) La emoción primitiva. La risa y el llanto

El ejemplo de algunas reacciones todavía primitivas muestra con evidencia que los efectos más manifiestamente ligados a la emoción tienen su punto de partida, no en la vida de relación y en las formas de actividad o en los centros que responden a ésta, sino en el dominio postural, que se extiende, según Sherrington, a toda la actividad tónica del organismo, es decir, tanto a las funciones viscerales como al juego de las actitudes visibles.

Hacia el 6º ó 7º mes, el niño llega a ser sensible al cosquilleo. Sus reacciones anteriores permanecían locales o parciales: el tacto de la córnea provocaba la oclusión de los párpados, el del vientre, la simple contracción de los músculos abdominales; el del pie suscitaba un esbozo de risa, como lo notó Preyer, desde el 2º mes, pero de una risa que nacía y se apagaba sobre el lugar, a la manera de un reflejo aislado e instantáneo. La aparición del cosquilleo se produce en la época en que todo un conjunto de reacciones, que hasta entonces parecían surgir de manera autónoma, son reducidas o abolidas. Es la edad en que las excitaciones auditivas acarrean algo más que una agitación limitada a 16 en lugar de 40 reacciones elementales.[19] Es la edad en que el tacto de ciertas regiones parece perder el poder de suspender los movimientos del niño. Y esta inhibición no hace, en este momento, sino seguir la suerte de todas las reacciones primitivas, que cesan de producirse por sí mismas a medida que son integradas en sistemas más complejos de actividad. Entonces, en efecto, estas detenciones de movimientos por caída o exceso de tono, en lugar de estar, como al principio bajo la dependencia exclusiva, necesaria, inevitable de ciertas excitaciones periféricas, entra en conjuntos cuyas manifestaciones variables responden a una diversidad mucho más grande de situaciones, sean íntimas, sean exteriores. Y es a este título que pueden reaparecer en el curso de ciertas emociones. La aptitud al cosquilleo es pues, un estadio donde ya aparecen, en el comportamiento, sistemas organizados de reacciones. El cosquilleo

[19] Véase cap. I: c) "Las reacciones de origen exteroceptivo".

es uno de ellos. Insabato,[20] que lo estudió, hace de él la forma primitiva y todavía indiferenciada de la emoción.

El cosquilleo de que se trata no es el que resulta fácil de provocar en uno mismo, rozándose con la piel, y que, a pesar de su carácter afectivo de picazón, se parece más, por sus efectos, a la sensibilidad de relación que a la sensibilidad orgánica. Pues la impresión así producida permanece exactamente en relación con la excitación externa, sin modificarse en tanto que ésta persiste, y va debilitándose poco a poco, desde que cesa, como una imagen de rasgos más y más borrados, pero siempre idéntica a sí misma. La impresión permanece localizada en el lugar de la excitación. Los reflejos que provoca no nacen en el lugar y no se difunden gradualmente hacia las regiones o los sistemas circunvecinos. Al contrario, ponen en juego grupos de músculos con frecuencia muy alejados, por ejemplo los de la mano derecha por una picazón del muslo derecho; están orientados hacia el lugar de la excitación, y su resultado no es extenderla y propagarla, sino suprimir la causa o apagar los efectos.

El cosquilleo tónico o emotivo es muy diferente. Es imposible provocárselo uno mismo. La sensibilidad que suscita no es una sensibilidad periférica y hecha para conocer las variaciones que se dan en el ambiente; no es la sensibilidad de la piel ni la de los órganos sensoriales que se encuentran allí. Se obtiene sólo por una fricción de los planos profundos, y se logra tanto mejor cuando la excitación interesa regiones donde son abundantes y numerosas las inserciones de los músculos sobre los huesos o sobre las aponeurosis: planta del pie, hueco de la axila, nuca, costillas y espalda, abdomen, hueco poplíteo. Se trata, en consecuencia, de una sensibilidad que se origina en los tendones, los ligamentos, las aponeurosis, el periostio, exactamente como la sensibilidad articular, o sensibilidad segmentaria, es decir, la sensibilidad de donde resulta el sentido de las actitudes.

Así como los reflejos vinculados a la sensibilidad articular son reflejos posturales, es decir tónicos, que aseguran el equilibrio del sujeto y su mantenimiento en todas las posiciones sucesivamente tomadas, así también los efectos del cosquilleo son

[20] Insabato, en *Riv. di Pat. nerv. e mentale*, vol. XXVI, noviembre de 1921, pp. 121-167.

contracciones tónicas. Son espasmos que nacen en el lugar de la excitación y que acaban con ella, sin persistencia de ninguna imagen, pero que se extienden más y más, si ésta continúa, y terminan por llegar no solamente a los músculos vecinos, sino a todo el aparato de la mímica y a los aparatos viscerales, en particular al de la circulación y la respiración. La estrecha dependencia recíproca de la sensibilidad y de la contracción, que caracteriza a la actividad tónica, hace que la dilatación progresiva del espasmo, que actúa a la manera de una descarga, aumente la excitación en proporción a los efectos producidos, y los efectos en proporción a la excitación, si bien este crecimiento continúa, no puede finalmente conducir sino a una crisis por exceso.

Efectivamente, el sujeto a quien se cosquillea, después de haber dado el espectáculo de reacciones que se contrarían mutuamente, reacciones exteriores de huida o de resistencia, reacciones íntimas debidas al cosquilleo mismo, presenta, si éstas lo conducen, una serie de sacudidas irregulares, de contorsiones, que tienden a hacerlo tomar la actitud conocida con el nombre de actitud descerebrada, actitud obtenida en el animal por ablación del cerebro. Es la misma actitud en arco de círculo de la crisis histérica y también de la actitud en opistótonos de todo niño en el paroxismo de la cólera: nuca y espalda arqueadas por la contracción de los músculos extensores. Parece producirse cada vez que hay supresión total del control y de las inhibiciones que, en estado normal, se ejercen sobre los centros del tono, o cuando la excitación alcanza allí su punto culminante. En ese momento los efectos del cosquilleo se trasforman en una risa violenta, explosiva, de aspecto más orgánico que psíquico, risa con punto de partida abdominal, que Insabato compara a la de los histéricos y a la del niño muy pequeño. Pues la risa que se expande primeramente por el rostro, que parece regularse sobre impresiones psíquicas y deberle a éstas sus modulaciones, aparece sólo más tarde. Preyer la descubre en su hijo a los tres años y la distingue entonces muy netamente, con sólo escucharla, de la risa primitiva, que se produce todavía, no sólo cuando se cosquillea al niño, sino cuando éste ve reír al unísono a los adultos sin darse cuenta del sentido de su alegría. A la risa del cosquilleo se mezclan frecuentemente las lágrimas,

que señalan el instante en que el placer experimentado toca los límites del sufrimiento. Después, a su turno, se contrae el diafragma y estallan los sollozos. Estas lágrimas y esta risa espasmódica recuerdan la risa y las lágrimas que se observan en ciertos casos de reblandecimiento cerebral, cuando el control de las esferas psíquicas y de los centros corticales sobre los centros del cerebro medio se ejercen imperfectamente. Sucede entonces que la risa y los sollozos estallan como por sí mismos o por el motivo más fútil, se remplazan repentinamente o se mezclan, con una especie de violencia incoercible y completamente física.

En un aspecto todavía muy orgánico, el cosquilleo provoca toda una gama de efectos que responden cada uno a las manifestaciones principales de la emoción, posteriormente muy diferenciadas. Permite reconocer su origen y su naturaleza común. Muestra esquemáticamente su progresión y su mecanismo. Después de una fase de antagonismo más o menos prolongada, los gestos en el espacio, que tienden a suprimir la causa de la excitación, son suplantados definitivamente por espasmos cómplices que le libera el organismo. Estos efectos son propagados por ondas de contracción que parecen multiplicar el tono y el placer hasta sobrepasar el límite de intensidad. Entonces se producen los estallidos de risa. Pero si la excitación continúa, aquéllos no pueden bastar para anular el tono excesivo. Los espasmos ganan el aparato de funciones orgánicas, particularmente el de la respiración. Y a su turno aparecen los sollozos para dar salida al hipertono visceral. Por otra parte, desde el comienzo de las caricias, la distensión de los ojos y del rostro, la aceleración del pulso, la salivación, la humedad de la piel y muchos otros efectos menos visibles se asocian a las contorsiones del tronco y de los miembros, y confirman la estrecha dependencia de la emoción frente a todo el sistema postural, reacciones tónicas de los músculos y de las vísceras, reacciones vegetativas y glandulares.

Hay una serie de observaciones, fáciles de hacer, que demuestran que la risa y las lágrimas son una manifestación del tono, una descarga de tono que tiene sus condiciones inmediatas en la vida vegetativa. Cuando la risa estalla, los músculos se aflojan, pierden todo poder de resistencia, el esfuerzo se quiebra, la prehensión y el equilibrio se relajan, los objetos caen de las manos, el pie que tropieza o el menor empuje son causa de caída,

el hipotono gana las vísceras, el esfínter vesical llega a permitir el paso de la orina. Oppenheim [21] conoció dos enfermos, sin manifestaciones aparentes de lesiones nerviosas, a quienes la risa los llevaba a un estado de relajación muscular tan completo que caían en síncope. Su vuelta a la conciencia y a la actividad era rápida y total, sin consecuencias molestas. No podía tratarse de epilepsia, puesto que el acceso no sobrevenía jamás sino a continuación de una risa perfectamente motivada. No podía ser cuestión tampoco, como en otros enfermos, de síncope consecutivo a perturbaciones respiratorias o circulatorias que fueran causadas por la risa, pues no sólo no había huellas de estas perturbaciones, sino que las modificaciones respiratorias que están ligadas al acceso de risa, si se producen solas, no acarrean síncope. Finalmente, el síncope sobrevenía después de la risa de origen psíquico, y jamás después de la risa por cosquilleo. Esto se debe, pienso, a que el cosquilleo es generador de tono; en ese caso las descargas de tono son compensadas sin cesar y no pueden conducir al grado de hipotonía total que se traduce por un síncope.

Por otra parte, las circunstancias favorables para la aparición de la risa son las que tienen por efecto hacer subir el nivel del tono, o bien aquellas que bajan su umbral de descarga. Se produce en los momentos de contención muscular o mental. Por ejemplo, las niñas que deben ponerse en arco sobre sí mismas, tener altos y firmes los puños como para tender un género pesado, o bien en los niños que debieron controlarse, reprimirse en presencia de personas importantes o en circunstancias solemnes en las que la risa hace explosión a veces de improviso, incoercible, desmesurada, convulsiva. Ciertas condiciones fisiológicas que no son favorables al esfuerzo, es decir a la acumulación y a la puesta en marcha del tono, hacen que éste escape, al menor shock, en la sacudida de risa. El comienzo de una digestión copiosa aumenta toda ocasión de reír, al igual que todo acontecimiento placentero, por más mediocre que sea. Es rigurosa la dependencia entre la risa y el equilibrio vegetativo del momento. Pueden influirse, tanto para excluirse como para apelar uno al otro; en determinado grado de incompatibilidad mutua, la risa

21 Oppenheim, *Monatssch. f. Psych. u Neur.*, XI, pp. 242 y ss.

se hace imposible, y la misma situación provoca, en lugar de risas, reacciones exactamente inversas.

Es una experiencia corriente que el llanto alivie y relaje. Es la crisis tranquilizadora, cuya llegada es esperada en algunos casos de sufrimiento acongojante. Sólo las lágrimas pueden relajar el nudo que cierra el esófago, la opresión que se siente en el corazón y vuelve tenso el pulso, la convulsión que inmoviliza la respiración. Con los sollozos, se produce una liberación caótica de fuerzas aprisionadas, después de un ablandamiento progresivo de las funciones y de los miembros. A medida que la hipertonía de las vísceras se resuelve en sacudidas espasmódicas, los vasos se distienden y la sangre afluye nuevamente a la periferia, la respiración se hace más profunda, las lágrimas corren, a veces silenciosas y calmas, las glándulas segregan, la boca se humedece, la garganta se abre, vuelve la deglución, los miembros encuentran una especie de abandono y de languidez. Como la risa, las lágrimas son una resolución del hipertono, pero el hipertono de la risa ocupaba sobre todo los músculos del esqueleto, mientras el del llanto se ubica en las vísceras. Así, la emoción, cualquiera que sea su matiz, tiene siempre por condición fundamental variaciones en el tono de los miembros y en la vida orgánica.

c) El antagonismo de las sensibilidades afectiva y perceptiva

La oposición entre las reacciones emotivas y las que pertenecen a la actividad de relación se traduce también en la imposibilidad de provocar sobre uno mismo el cosquilleo profundo, tónico, emotivo. Por el contrario, cada uno puede, a voluntad, despertar en una región cualquiera de su propia piel la impresión localizada de picazón que responde al roce de los vellos y los tegumentos. De la misma manera, cada uno puede escucharse cantar o hacer desfilar en su campo visual todos los objetos que podría alcanzar su mano. Parece que la percepción diferenciada de los objetos y del mundo exterior se origina en las impresiones que el sujeto se da a sí mismo. En un primer momento sólo sabe distinguir e individualizar las excitaciones de las que es autor y

que puede reproducir o modificar a su agrado. Necesita, entre el universo y él, el intermediario de su actividad para señalarle las significaciones sensoriales que le permitirán disociar y descifrar la realidad global e inestable de las cosas.[22]

Pero, al mismo tiempo, los movimientos que conectan su sensibilidad a excitaciones u objetos definidos, apagan las ondas tónicas, que difundirían en el organismo la impresión recibida. No solamente es imposible provocar sobre uno mismo los efectos del cosquilleo, como si la imagen precisa del gesto y de la excitación que hacen posible suscitarlo bastara para frenarlo, sino que en todas las regiones del cuerpo que la mano recorre habitual y libremente, el tacto, aun de otros, pierde el poder de despertar el cosquilleo. Con demasiada frecuencia estas regiones sufrieron impresiones de origen y de naturaleza conocidas, esto hace que no puedan asimilar instantáneamente otras que sobrevienen de improviso y son de fuente extraña. Nada mejor para mostrarlo que la comparación entre la palma de la mano, que, siendo el instrumento de casi todos los contactos con uno mismo, llega a ser la región más refractaria al cosquilleo, y la planta del pie, que sigue siendo la región más cosquillosa, a pesar de que sus contactos son continuos y más frecuentes aún que los de la mano. Pero ellos no hacen más que regular el equilibrio y la posición de la marcha. Acaparados exclusivamente por el circuito del automatismo, no fueron superpuestos nunca a otros contactos ni comparados con un objeto. En el cosquilleo, pues, se produce una impresión sin relación con el automatismo, no hay una imagen propia para reducirlo, y nada impedirá, por lo tanto, despertar en ese lugar las reacciones tónicas que están en el origen del cosquilleo. Es la única salida que puede encontrarse.

La sensibilidad de relación debe conquistar su dominio sobre la sensibilidad orgánica. En cualquier lugar en que se instale, sólo lo logrará apagando, con imágenes en relación con el mundo exterior, las reacciones locales aptas para suscitar y propagar la sensibilidad íntima. Tiende así a suprimir entre el objeto y la acción la pantalla de las disposiciones puramente subjetivas. Pero cuando esta sensibilidad de relación está ausente, se vuelven a encontrar siempre las manifestaciones de la sensibilidad orgánica, que es la sensibilidad elemental y primitiva. Entre ambas hay una especie de incompatibilidad que las investigaciones de Head pusieron en evidencia. Habiéndose seccionado un nervio cutáneo del antebrazo, él comprobó que la anestesia provocada, en lugar de ser absoluta, actuaba solamente sobre las sensaciones que parecen responder a las cualidades de contactos o de objetos, pero que, al mismo tiempo, sufría una sensibilidad muy diferente, interna, confusa y como voluminosa, sin relación con las impresiones de afuera, aunque agentes externos como el frío, el calor, la humedad fueran capaces de acentuarla o calmarla. Parece que, ligado a las reacciones de los tejidos y los órganos, tales como las variaciones locales de la circulación, hay siempre un carácter afectivo. Esta sensibilidad no es muy dolorosa y se acompaña más o menos de angustia. Y en los momentos en que puede ser agradable, parece dilatarse en una impresión general de euforia y confianza. La influencia que ejerce sobre las variaciones del humor es recíproca; pues es modificable, no solamente en su grado, sino también en su cualidad por los cambios del humor, en tanto que las causas de éstos le son muy extrañas.

Para indicar a la vez su carácter de sensibilidad primitiva y sus afinidades afectivas, Head la denominó sensibilidad *protopática*, que opone a la sensibilidad *epicrítica*, o sensibilidad que nos permite diferenciar las cualidades y conocer las cosas. La sensibilidad protopática responde a las sensibilidades interoceptivas y propioceptivas de Sherrington, la sensibilidad epicrítica a la sensibilidad exteroceptiva. Sin embargo, la denominación de Head, que se funda en otras experiencias que las realizadas por Sherrington, tiene el mérito de no establecer entre estas tres clases de sensibilidad una diferencia inicial de objetos y órganos, sino que pone sobre todo en evidencia el antagonismo constante entre la sensibilidad que se volvió hacia la percepción y la sensibilidad donde se expresa simultáneamente la vida funcional y la vida afectiva.

Los caracteres de la sensibilidad protopática tuvieron muchas ocasiones de ser verificados durante la guerra, en casos de heridas que seccionaban un nervio y reproducían, en conse-

[22] Véase Wallon, *L'enfant turbulent*, "Le stade sensori-moteur", cit., Primera parte, cap. II.

cuencia, la experiencia realizada por Head sobre sí mismo.[23] Se confirma que ésta depende de un sistema muy diferente del que responde a la vida de relación. La naturaleza de las impresiones que provoca, las influencias que sufre, sus modos de propagación, su distribución, muestran que está ligada a la actividad del simpático, es decir, del sistema nervioso que regula las funciones tónicas, viscerales y vegetativas. Está extendida, pues, por todos lados y responde a las reacciones más íntimas del organismo. Pero, manifestaciones muy semejantes a las suyas se dan como consecuencia de lesiones cerebrales que tocan la capa óptica. Parece entonces, como Head lo sostuvo, que la capa óptica contiene centros de sensibilidad simpática. Esta localización interesa mucho. Pues la capa óptica pertenece, al menos por varios de sus núcleos, a la región que constituye esta porción primitiva del cerebro que más tarde recubrieron los hemisferios y la suplantaron en varias de sus funciones. Si la sensibilidad orgánica y afectiva tiene los centros en el cerebro medio, mientras todas las otras sensibilidades parecen haber pasado por completo a la corteza y a los hemisferios, resulta pues que la sensibilidad orgánica no sólo es anterior, sino que permanece relativamente independiente y guarda, con cierta autonomía, un papel distinto del que corresponde a la percepción y al conocimiento, funciones exclusivamente corticales.

d) Significación psico-biológica de las emociones

El estudio fisiológico de las manifestaciones que entran en la emoción plantea un problema de organización. Si ellas tienen entre sí algo más que simples afinidades de origen y naturaleza, o más aún, si resulta de estas afinidades una forma particular de comportamiento, es de presumir que formas correspondientes de conexiones anatómicas hayan tomado cuerpo en el sistema nervioso y se hayan constituido allí centros especiales. Nada haría conocer mejor las grandes etapas y el plan general

[23] Head y Rivers, *A human experiment in Nerve-Division Brain*, vol. XXXI, 1908, p. 323.

de la vida psíquica sino el relacionar cada conjunto o sistema de funciones con un momento del desarrollo cerebro-espinal, y con las formaciones anatómicas que le responden. Este método es muy diferente de aquel que tornó sospechosa la expresión misma de "localización cerebral". Es justamente el opuesto. Los antiguos localizadores pretendían asignar en el sistema nervioso un lugar a las facultades o a los elementos psíquicos que, según ellos, constituían la actividad mental. Pero no es el bautizarlos circunvoluciones o neuronas lo que puede hacer de ellos otra cosa que rúbricas puramente verbales o términos de un simple análisis ideológico. Es una cosa totalmente diferente tratar de encontrar, en las complicaciones crecientes del sistema nervioso, la organización progresiva de sistemas funcionales que han nacido en el comportamiento de la especie. Los resultados, en los dos casos, son inversos.

Poner una etiqueta a cada parte del cerebro como asiento de una facultad particular o como receptáculo de una categoría determinada de imágenes, es dividirlo en compartimientos, es hacer de él un mosaico estereotipado, inerte, totalmente incapaz de explicar las acciones de suplir y de adaptar que llenan la actividad psíquica. Al contrario, estudiar la aparición sucesiva de los centros y su jerarquía es comprobar, no una simple estratificación de funciones, cada una sin relación con las precedentes, sino su mutua dependencia. Pues una nueva fórmula de comportamiento sólo puede extraer sus orígenes de posibilidades preexistentes, y debe, por consiguiente, constituirse a expensas de reacciones anteriores, que organiza diferentemente. Por esto, les imprime sus propias direcciones y sustituye por sus propias manifestaciones a las anteriores, extinguiendo unas y conduciendo a otras hacia los nuevos sistemas de relaciones. Al mismo tiempo, entra en concurrencia con las fórmulas de acción que la han precedido, y, si no llega al suplantarlas, hay compromisos, o repercusiones recíprocas, de manera que es necesario, a propósito de cada una, contar con el conjunto de las otras.

Localizar no es aislar; es, al contrario, definir mejor las conexiones de cada centro y de cada sistema funcional. Aislar por intervenciones anatómicas, como hicieron los experimentadores, conduce a comprobar que un sistema, capaz de funcionar solo, anteriormente, solamente puede conducir a manifestaciones

patológicas, es decir, contrarias a las necesidades de una actividad útil y bien adaptada. Hemos visto ya que una lesión de las circunvoluciones motrices o de sus haces, que devuelva su primitiva independencia a los centros del automatismo, los deja, en el hombre, fuera del estado de funcionar. Veremos a este mismo mecanismo explicar por qué las emociones, en su paroxismo, sólo tienen efectos desordenados y nocivos. Siendo muy diferentes por sus orígenes, sus medios y sus manifestaciones de las actividades que se han orientado hacia la vida de relación, la unión entre ambas no pudo hacerse exactamente, y las emociones tienden cada vez a reconquistar para ellas la actividad total del sujeto; pero si han llegado a suprimir así, momentáneamente, todo lo que no sea ellas mismas, no pueden, sin embargo, suprimir la existencia habitual y la necesidad actual de formas que han prevalecido en el comportamiento y que han ordenado sus propios mecanismos para su uso. Así, en adelante, la emoción no es más compatible con los intereses y la salvaguardia del individuo si no sabe unirse con el conocimiento y el razonamiento, que la han sucedido, es decir, si no se deja reducir en parte.

El lugar que la emoción tiene entre los diferentes sistemas de reacciones resulta, principalmente, del nivel en que estén situados en el sistema nervioso los centros que le responden. A propósito del cosquilleo, Insabato distingue tres etapas. En la primera, que va hasta los 6 ó 7 meses, el niño tiene sólo reflejos locales, reflejos tónicos de defensa que permanecen de alguna manera disociados y no acarrean una reacción total. Después aparece el cosquilleo, primer esbozo de la emoción que da lugar a reacciones generalizadas, a la risa y a los sollozos, cualquiera que sea el lugar de la excitación, siempre que sea lo suficientemente intensa y prolongada. Finalmente, el cosquilleo pierde su violencia primitiva y se produce sólo si la zona excitada es de aquellas donde la impresión no se traduce instantáneamente en imagen y percepción.

Este último estadio señala el instante en que la corteza, cuya actividad es necesaria para la percepción, sustituye por sus propias reacciones a las de los centros donde están organizadas y coordenadas las reacciones tónicas y la sensibilidad afectiva. La mielinización de sus fibras, indispensable para el pasaje del

influjo nervioso, es más lenta, en el desarrollo del niño, que la de los centros situados más abajo y que la han precedido en la evolución de la especie. El estadio en que el cosquilleo, es decir, la emoción todavía indiferenciada, sucede a las simples reacciones tónicas, está ligado a la maduración del sistema formado; a la vez, por la capa óptica donde se ubican, con los centros de la sensibilidad protopática, ciertos centros de la vida vegetativa cuya participación en las emociones es íntima, y por el cuerpo estriado, centro de numerosos automatismos en particular, los que traducen exteriormente las emociones. Finalmente en el período en el que el sistema optoestriado no está aún capacitado para funcionar, período de simples reacciones tónicas, es el pallidum, núcleo cuyas conexiones con el cuerpo estriado y la capa óptica son estrechas, el que domina las reacciones del recién nacido. El pallidum se interpone entre el cuerpo estriado y los centros subyacentes de la actividad tónica. Ciertas lesiones del pallidum dan lugar a la atetosis, cuyo parentesco con la función de las actitudes hemos visto, y con las contorsiones que ponen en juego la sensibilidad articular. La ruptura de los haces que lo unen a ciertos núcleos situados más abajo acarrea perturbaciones del tono, en particular ciertas formas de hipertonía. El pallidum parece ser, pues, un centro regulador del tono y de las funciones que dependen de él. Su estrecha subordinación anatómica frente a la capa óptica y al cuerpo estriado, centros de las emociones, respondería al carácter esencialmente tónico de las emociones.

Existe, pues, todo un sistema organizado de centros cerebrales que regulan las manifestaciones de la emoción. Excitando ciertas regiones del cuerpo estriado, Pagano pudo obtener en el perro recién nacido, los efectos del miedo y de la cólera, según que la excitación diera sobre el tercio anterior o sobre el tercio posterior del núcleo caudado. La supresión de la corteza, ya sea por ablación quirúrgica, ya sea al anestesiar al animal con cloralosa, no impedía que se produjeran. Comienzan pues por ser totalmente independientes de los sistemas funcionales que llegarán a desarrollarse con las partes más recientes de los hemisferios. Y la subordinación, cuando se establece, debe permanecer suficientemente frágil, pues las conexiones entre la corteza y el sistema optoestriado parecen bastante indirectas. Sólo la capa

óptica cambia fibras con la corteza; el cuerpo estriado sólo las recibe de la capa óptica.

El lugar que ocupan las emociones en el comportamiento del niño, la influencia que continúan ejerciendo sobre el del adulto, más o menos abiertamente o en sordina, no es pues un simple accidente, una simple manifestación de desorden. Al estar organizadas, ellas tienen, o han tenido, su razón de ser. El momento que marcaron en la evolución psíquica responde al nivel que sus centros ocupan en el sistema nervioso. El papel que conservan en la conducta del hombre parece demostrarlo la relativa autonomía de sus centros.

Capítulo 4

LAS EMOCIONES EN EL COMPORTAMIENTO HUMANO

El hecho de reconocer que las emociones tienen el carácter de las reacciones organizadas y que poseen en el sistema nervioso centros que regulan y coordinan sus manifestaciones, obliga a preguntarse qué utilidad pueden tener en el comportamiento de la especie o, al menos, el papel que han tenido en su evolución. Pues es biológicamente imposible concebir un desacuerdo radical entre la estructura o las funciones de un ser vivo y sus condiciones de existencia actuales o pasadas. Sin embargo, parece que las emociones, en el hombre, entran en conflicto con las dos formas de actividad que lo ponen en relación con el medio y que le permiten, en consecuencia, adaptarse a él o modificarlo en su provecho: la aptitud para reaccionar a las circunstancias exteriores por medio de movimientos apropiados, y la aptitud para representarse las realidades del mundo exterior. ¿No se trata más que de contradicciones aparentes, o bien es necesario buscar en otra parte, es decir, en una tercera forma o en un tercer procedimiento de adaptación o de acción, la razón de ser de las emociones?

a) Antagonismo entre las emociones y el automatismo

La hipótesis de una conexión, de alguna manera orgánica, entre los movimientos útiles que puede exigir una situación dada y los efectos de la emoción, choca con la presencia constante, en ésta,

de reacciones que son directamente contrarias a la correcta ejecución o aun a la simple posibilidad de esos movimientos. Aceleración, suspensión o arritmia de las funciones respiratorias y circulatorias, con sensación frecuente de sofocamiento o de síncope. Espasmo o relajamiento, hipersecreción o hiposecreción del tubo digestivo en sus diferentes segmentos, con sensación de obstrucción en la garganta y de ahogo, de debilidad o de sufrimiento epigástrico, de cólicos abdominales. Contracciones, con frecuencia, dolorosas o hipotonía de todas las vísceras de fibras lisas. Retracción o afluencia periférica de la sangre y, en los dos casos, perturbaciones más o menos marcadas de la movilidad y de la sensibilidad. Finalmente, en el aparato locomotor, tendencia a los espasmos o a la relajación muscular. Temblores del miedo, del deseo, de la cólera o de la alegría. En todo este conjunto de reacciones orgánicas, parece muy difícil reconocer, aun de manera indirecta, las condiciones que favorezcan a las reacciones del sujeto sobre el medio.

Muy por el contrario, entre las dos clases de reacciones hay exclusión recíproca o alternancia. Es así como Dewey, cuyo ejemplo cita Rauth [24] "recuerda una pelea de su juventud, durante la cual tuvo sólo la percepción, extrañamente viva, de la figura de su adversario como un centro hipnotizante por su actividad combativa. La cólera había precedido al combate, el orgullo le había seguido, el período intermedio estaba vacío de emoción". El automatismo se impone sobre la emoción en los casos de peligro inminente, y sólo cuando el peligro pasó, la emoción hace sentir sus efectos; a los que con frecuencia, el sujeto deja desarrollar con cierta complacencia. Pero si la emoción precede al automatismo, lo perturba, o también puede llegar a abolirlo por completo. La guerra dio ocasión de ver la oposición entre dos efectos totalmente inversos del miedo. En un caso había *ictus*. El sujeto se hundía bajo el golpe del terror. Es decir, era abandonado por sus fuerzas, súbita y totalmente. Sin consistencia, sus músculos no podían sostener el cuerpo ni hacerle conservar una actitud cualquiera. Un completo desfallecimiento del tono acarreaba, junto a la inercia física, la frecuente obnubilación de los sentidos y de la conciencia. El miedo, si es

[24] *De la méthode dans la Psychologie des sentiments*, Alcan, Paris, 1899.

más atenuado, "afloja las piernas", obliga a sentarse, debilita los brazos, postra al individuo. Ésta es también una manifestación de hipotonía.

Otras veces había *raptus*. El sujeto era como llevado por sus movimientos, ya en dirección al combate, ya a la huida. En este caso, sin duda, la adecuación de los gestos a las circunstancias enfrentadas sucesivamente, era, con frecuencia, tan exacta, tan eficaz, como posible. Los obstáculos eran evitados o suprimidos con la misma rapidez, la misma ausencia de duda que los automatismos ponen en acción por la amenaza inmediata del peligro. Pero, como en todo automatismo, el circuito de la excitación y del movimiento parecía excluir la participación personal del sujeto, es decir, se excluía tanto la intervención de las imágenes relativas a los motivos o los medios de actuar, como la de los estados en que se combinan la sensibilidad y las reacciones íntimas de la emoción. Esto sucedía solamente si, después del combate o de la fuga, persistía un vago sentimiento de la acción y los incidentes encontrados. Sólo algunos sujetos, los más informados, podían indicar, a veces, los raros instantes de retorno en sí mismos, instantes en que una circunstancia particular, al romper el automatismo venía a suscitar una actitud de compasión, de cólera, de terror, de simple sorpresa, y abría así una fisura por donde podía colarse una imagen de la situación, evocarse una reflexión, una reminiscencia cualquiera.

A veces, la emoción es sustituida por el automatismo de manera más orgánica y masiva. He publicado [25] la observación de un soldado que, durante un bombardeo, había sido víctima de un *raptus*; éste se repetía después espontáneamente y sin motivo, dando lugar a fugas que lo obligaban, a su vez, a volver a las filas. Ya en la casa de sus padres, cuando sentía llegar la necesidad de escapar, se dejaba atar. Pero entonces, estas crisis pasaban a ser crisis de convulsiones tónicas, que reproducían los efectos de la emoción paroxística o de la crisis histérica. En el hombre, el sistema muscular que evolucionó, hasta permitir la posición vertical y el equilibrio, en particular el sistema de los músculos vertebrales, fue súbitamente dominado por los espasmos en extensión y los relajamientos bruscos que se observan en

[25] Wallon, *Journal de Psychol.*, junio 1922, pp. 551-556.

el lactante en los momentos de malestar, y que parecen resucitar, en el adulto, una forma de reacciones musculares abolidas, desde hace mucho tiempo, por las necesidades de la actividad locomotriz. De igual manera, sucedió muchas veces que un obstáculo a la huida o a la lucha las trasformó, en el acto, en crisis convulsiva. Este hecho puede también comprobarse en los niños nerviosos, cuando son perseguidos por sus compañeros: repentinamente caen al suelo, sacudidos por temblores o espasmos. La carrera es sustituida por espasmos, sin ninguna transición. Entre estas dos maneras de reaccionar no hay nada de común.

Así, la emoción, lejos de confundirse con el automatismo, como lo suponen quienes atribuyen el miedo a los movimientos de la huida, o la cólera a los del combate, por cualquier medio que se produzca el automatismo siempre que éste no llegue a eclipsarla. La emoción también puede interrumpir el curso del automatismo si una circunstancia cualquiera en el orden de los acontecimientos llega a despertarla, o si aquél choca con un obstáculo momentáneamente insuperable, o bien aun como consecuencia del crecimiento continuo y de alguna manera espontáneo de la excitación. La emoción puede, entonces, permanecer dueña del terreno y desarrollar sus efectos viscerales y tónicos en forma violenta y exclusiva, o bien hacer posible la intervención de imágenes y de motivos: repugnancia por el homicidio, vergüenza de huir, que provocan un cambio total de los gestos y de la conducta. Pero, la representación que la emoción introduce la extingue a ella misma, apaga las manifestaciones orgánicas sin las que la emoción no existe. Más o menos abrumado por el cansancio, pero vuelto a la cama, el sujeto, "desilusionado", no sabe más que rumiar recuerdos y pensamientos. En efecto, aunque la emoción llegue a abrir paso a la representación, entre ambos hay la misma clase de incompatibilidad que entre el cosquilleo y la percepción exacta o la previsión de la excitación.

b) Antagonismo entre las emociones y la representación

En efecto, la emoción para desarrollarse necesita cerrar la sensibilidad exteroceptiva o epicrítica, desviando o aboliendo el orden de las representaciones. La conmoción visceral y muscular que la propaga y la impone, al ocupar el organismo con reacciones opuestas a la actividad de relación, se acompaña también con impresiones en conflicto con la percepción de las cosas exteriores, impresiones subjetivas de fuerza y de desamparo, de zozobra o de ímpetu, de impotencia o de impetuosidad, que son la repercusión inmediata de las impresiones ligadas a las modificaciones de la respiración, de la circulación, a los espasmos del tubo digestivo y de las vísceras, a los calambres o al relajamiento de los músculos. La imagen de las cosas se borra, sumergida por esta onda de sensibilidad protopática, y la insensibilidad a las excitaciones exteriores llega a ser tal que, a veces, no se siente las mutilaciones. El hombre encolerizado repentinamente sólo conoce su arrebato; olvida los verdaderos motivos de éste y pierde la noción de lo que lo rodea. Las ideas y pensamientos que puede conservar son sólo el reflejo más o menos fantástico de sus veleidades emotivas. Y si se abandona a su furor hasta el fin, llega a una obnubilación total de la percepción y de la inteligencia. Lo mismo ocurre con el miedo, cuanto más violento, más ciego y más se cierra a la exacta visión de la realidad, para crearse fantasmas que no son otra cosa que una intuición de él mismo proyectada en las tres dimensiones del espacio. Es el caso de todas las invenciones terroríficas que se encuentran en el folklore o en el alma crédula de los cobardes.

Además de los medios físicos, y en particular farmacodinámicos, que permiten suprimir las manifestaciones orgánicas de la emoción, no hay método mejor para reducirla que oponerle la actividad perceptiva o intelectual. Cualquiera que observe, reflexione o aun imagine, destruye en sí la perturbación emocional. No es solamente el haber conducido la situación a sus justas proporciones lo que nos libra de la emoción, sino principalmente el haber hecho el esfuerzo de representárnosla. Aun si hemos buscado darnos el espectáculo más patético, la emoción se extingue. Expresar su pena en un relato, en un poema, era para

Goethe alejarla de sí, es decir, suprimir las reacciones orgánicas que la hacían sentir íntima. Una aflicción que puede llegar a ser contada cesa, en la misma medida, de ser visceral y puramente emocional. Por otra parte, la desviación intelectual puede no tener ninguna relación con el motivo de la emoción; basta que la sustituya por representaciones, cualesquiera que sean éstas.

No ceder a las emociones es haber adquirido la aptitud de oponerles la actividad de los sentidos o de la inteligencia. Escapar a los terrores de un bombardeo es haber adquirido el hábito de no interrumpir una lectura, una carta, una conversación, el pulido de un anillo o la búsqueda minuciosa de piojos en la vestimenta. Es agarrarse, tan rápido como sea posible, de recuerdos y de ideas, a falta, naturalmente, de ocupaciones motrices que son un medio mucho más fácil, pero con frecuencia mucho más frágil, de oponer la actividad de relación a la actividad emocional. La sangre fría radica en la preponderancia habitual de la percepción o del pensamiento sobre la emoción. Por el contrario, la emoción es lo propio de quienes experimentan más su sensibilidad orgánica y subjetiva, o, más aún, que la han cultivado por egoísmo pusilánime, diletantismo o refinamiento estético. En el niño, la pobreza y fragilidad de su vida intelectual tiene por contrapartida necesaria la fragilidad de su emotividad.

Si la emoción puede producirse sólo suprimiendo el automatismo y la actividad de representación, inversamente, cuando el automatismo y la representación tardan en producirse, es la emoción la que se da. La excitación que no puede inmediatamente restituirse a la actividad de relación, ya sea en forma de movimiento, ya sea en forma de imagen o de idea, sólo puede recuperarse en la actividad propiamente orgánica y postural. Estudiando el estado de atención en adultos que debían responder por una reacción de elección a estímulos variables. Morand [26] vio manifestarse la emoción cada vez que se dudaba sobre el movimiento a hacer o la réplica a dar. Según Janet, la emoción es una manera difusa e inferior de reaccionar, que ocurre cuando sobrevienen circunstancias imprevistas que disminuyen los hábitos o el discernimiento. La incertidumbre del hombre tomado de improviso se vuelca en reacciones emotivas, no necesariamente

[26] Morand, en *Année psychologique*, XXI, 1914-1919, pp. 1-78.

por intermedio de la timidez, sino por efecto directo de una incitación a reaccionar que no tiene salida actual en la vida de relación.

Es ésa la causa esencial de las manifestaciones emotivas. En efecto, es posible provocarlas multiplicando órdenes y preguntas sin dejar al sujeto tiempo de obedecer y de responder, es decir, sin permitirle traducir en gestos o en ideas las estimulaciones que lo acometen. Es el método usado a veces para hostigar a un subordinado. De igual manera, se puede excitar a un perro, hasta la exasperación más evidente por una sucesión de órdenes que le impiden cumplir, cada vez, el acto anteriormente ordenado.

c) Pasaje de la emoción a la actividad de relación y el proceso inverso

Sin embargo, podría ocurrir que la emoción, al no acrecentarse, fuera, en ciertos casos, el efecto útil de la reacción, a pesar de su antagonismo con la actividad de relación, en sus dos aspectos de movimiento y representación. La conmoción íntima y total del organismo que le responde, libera, como lo mostró Cannon, una masiva cantidad de energía, que puede gastarse en automatismos, siempre a condición de que logre orientarla hacia las reacciones viscerales y tónicas. Las variaciones del tono también pueden poner el aparato muscular en estado de tensión favorable a la celeridad y a la intensidad mayor de las contracciones. Finalmente, la distribución de esta energía, si se confunde con la diversidad de actitudes que sostienen o que preparan la ejecución de cada movimiento, puede hacer más fáciles o más inminentes ciertas manifestaciones oportunas de la actividad. Los corredores que esperan la señal de partida están tensos en la posición según la cual el impulso puede surgir con su máximo de rapidez y de vigor; por eso, con frecuencia, por la tensión que contienen como en potencia, saltan prematuramente.

Pero puede ocurrir también que, al prolongarse la espera, el límite de preparación sea sobrepasado; el hipertono se trasforma en calambre, se generaliza a grupos musculares y anqui-

losa el movimiento previsto; este caso se resuelve finalmente en temblores, como en la emoción. Por lo tanto, las reacciones tónicas que implica la emoción no llegan a ser utilizables por la actividad de relación, sino a condición de no ser difusas y globales, de realizar sistemas de actitudes motrices que estén en relación con los movimientos a ejecutar. Es por este mecanismo que puede operarse el pasaje de la emoción al automatismo. Y es en casos parecidos que los autores pudieron representar a la emoción como desatando las fuerzas del individuo. Pero entonces, ella cede el paso al automatismo.

Otras veces, la acomodación tónica se hará en el aparato de la percepción; la actitud no será motriz, sino perceptiva. Se ajustará estrechamente a cierta forma de excitación, y, según llegue a ser más o menos selectiva y firme, hará al sujeto más o menos accesible a toda otra clase de estimulación. Es el caso del animal en acecho y como fascinado por la vista o por la espera de la presa sobre la cual saltar; acomodación perceptiva y motriz tienden entonces a confundirse. Estos casos de actitudes de preparación muestran, en la actividad tónica, la raíz común de lo que llegará a ser actitud mental o atención, y de la emoción.

Cerca de sus orígenes, el pasaje de una a otra es todavía observable. La extrema limitación de la acomodación perceptiva a un objeto exclusivo favorece la preponderancia creciente de la acomodación, o de la actitud, sobre el objeto; conduce al acaparamiento total del sujeto por las reacciones sensitivo-tónicas de la acomodación y a una especie de unión con el objeto, que hace desvanecer al objeto en el acto de atención. De exteriorizada, la atención llega a ser subjetiva, de epicrítica a protopática, y recuerda esos casos de hipnotización espontánea de que hablan los antiguos psicólogos. En este caso se desarrolla la anestesia a las excitaciones exteriores que acompaña a todos los casos en que la actividad tónica y el espasmo se apoderan del organismo. El caso límite es el del sapo en copulación de Spallanzini y Magendie, que se deja levantar la carne y cortar los muslos, sin separarse de la hembra, a la que está apareado. Es el ejemplo, dado por Valmont-Balmore, del gallo de matorral, al que la detonación de un tiro disparado hacia él no lo lleva a la fuga, sino que, con el cuerpo agitado, las alas colgando, la cola extendida, lanza su grito hacia la hembra deseada. En menor grado, es la insensibilidad del niño a los llamados y a veces a diversiones atrayentes, en el instante en que lo absorbe la contemplación de algo que ha despertado su curiosidad y su actividad.

Esta polarización de todas las aptitudes sobre un solo objeto o sobre una sola acción puede aumentar la capacidad de observación o de realización. Después de una media hora de tentativas inútiles, un chimpancé de Köhler comenzaba a perder interés por una banana que no podía agarrar a través de los barrotes de su jaula, la proximidad de otro animal que amenazaba arrebatarle su presa le hizo descubrir, bruscamente, en un palo que estaba a un costado, el instrumento para llegar a la fruta. Por la importancia exclusiva que confiere a una circunstancia o un objeto particular, la emoción puede ser un factor de éxito. Pero, si está en el origen de la actitud oportuna, es necesario decir que es sólo a condición de dejarse eclipsar, de no producir ninguno de los efectos que le son propios.

d) Conciencia sincrética y reflejos condicionados en la emoción

Cuando la emoción permanece dueña del terreno, se establece de otra manera el contacto entre sus manifestaciones y las diversas situaciones que le responden exteriormente. Al mismo tiempo que la dominan las impresiones orgánicas y subjetivas, que constituyen la sensibilidad emocional, se borra la delimitación entre el yo y el no-yo, que reposa, por el contrario, sobre la reducción de las impresiones íntimas en provecho de aquellas en que parecen expresarse las cualidades intrínsecas de la realidad, cualesquiera que sean las disposiciones particulares del sujeto que percibe. La sensibilidad se hace confusa, global, indivisible, y las influencias externas todavía encuentran acceso, pero sólo combinándose de tal manera con su contenido, que llegan a ser individualmente indiscernibles y que resultan unidas a la totalidad de aquello que la ocupa actualmente. Esta ausencia de partes diferenciadas en el conjunto es el estado que se llamó *sincrético*. La percepción puede ser sincrética, así como el

pensamiento. En ambos casos, se trata de un estadio primitivo en que van a la par, a falta de elementos separables entre ellos y la subjetividad, a falta de imágenes o de circunstancias que puedan ser confrontadas y la afectividad. La sensibilidad de la emoción es esencialmente sincrética. Por lo tanto, aglutina de manera indisoluble todo aquello que pudo participar de ella, y así, la circunstancia más fortuita introducida en una emoción por los acontecimientos, llega a ser apta para representarla o, más aún, para provocar el retorno de sus efectos.

Un ejemplo de este tipo de asociación es el caso citado por Féré, de una mujer que fue presa de los vómitos en el momento en que, mientras comía, recibió la noticia de la muerte de su hija, y que después sentía deseos de vomitar cada vez que veía aquellas mismas comidas. Éstas habían adquirido el poder de provocar por sí mismas los espasmos debidos, en un primer momento, a la emoción, sólo por el hecho de haber estado unidas a sus manifestaciones. Deben explicarse de esta manera muchas repugnancias sorprendentes que se observan en la vida diaria, muchas impresiones personales y sin relación aparente con el objeto. Basta un simple encuentro entre un incidente cualquiera y una emoción para que queden definitivamente ligados, y para que éste la haga renacer reproduciéndose a sí misma, a pesar de la diversidad de las situaciones. Así, el sentimiento de tristeza que puede estar unido a la música más alegre, si fue escuchada en un primer momento de inquietud o de peligro.

Al exponer este poder de asimilación de la emoción, lo remití, hace algunos años, al mecanismo de los reflejos condicionados.[27] Pavlov describió, con este nombre, efectos análogos. Mostró cómo la reacción fisiológicamente ligada a una cierta clase de excitación, como a su causa "incondicionada o absoluta", llega a ser provocable con la ayuda de una excitación cualquiera, si las dos excitaciones se han producido simultáneamente. Su simple concomitancia, que hace participar a la segunda del poder de la primera, determina que aquélla llegue a ser la causa condicionada de la reacción. Así, el sonido que fue asociado un número de veces a la presentación de un trozo de carne, llega a ser capaz de suscitar, en el perro, las mismas reacciones de deseo, las mismas contracciones del hocico, las mismas secreciones salivares y gástricas que suscita el trozo de carne misma.

[27] Véase Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., pp. 52 y ss.

Este ejemplo muestra en qué dominio se obtienen los reflejos condicionados más primitivos: en el de las funciones orgánicas y de las reacciones afectivas, es decir, precisamente en aquel de donde proceden las emociones. Al estudiar, con la ayuda de excitaciones periféricas, particularmente frío local, un reflejo cuya inervación depende del sistema autónomo, como la de todas las funciones orgánicas, y que se encuentra integrado, como muchas otras reacciones de origen primitivamente periférico, con las manifestaciones de la emoción: el reflejo pilo-motor o de erizamiento de los pelos, A. Thomas reconoció que era susceptible de producirse igualmente por el mecanismo de los reflejos condicionados. En cuanto a las lágrimas, secreción que llegó a ser casi exclusivamente un signo de emoción, Dumas opina que, si bien es imposible llorar a voluntad, existen medios indirectos de hacer correr las lágrimas: asociándolas en el momento de emoción con una circunstancia o un gesto, una mueca por ejemplo, cuya evocación o ejecución sean posibles aun estando lejos de una verdadera emoción. Dicho de otra manera, integrándolas en un sistema de reflejos condicionados. Finalmente, J. B. Watson trató de realizar experimentalmente, en un niño de 11 meses, la producción condicionada de una emoción, asociando un ruido terrorífico con la vista de una rata, de manera que la rata llegara a ser, posteriormente, causa de miedo, tanto como el ruido. Semejantes experiencias son muy delicadas de dirigir y controlar, a causa de la extrema afinidad que tiene cualquier clase de emoción con toda excitación concomitante, lo que hace muy difícil limitar y numerar con certeza las condiciones o las influencias presentes en un momento.

e) La acción de tipo emocional

Las relaciones que pueden existir entre la emoción y las circunstancias exteriores son, pues, del tipo condicionado. En lugar de estar específicamente determinada en sus efectos por la excita-

ción o la representación del objeto y de la situación, la reacción se produce en cierto modo por sí misma, de manera global e indiferenciada. En lugar de estar orientada hacia el mundo exterior y de diversificarse según el caso y el acontecimiento, tiende a realizarse toda entera, cualquiera que sea el incidente que la provoque, sumergiendo gradualmente la noción clara de la realidad bajo ondas de contracciones y de sensibilidad íntima. Es, pues, lo opuesto a una acción discriminativa y bien adaptada. Por consiguiente, responderá ya sea a situaciones insólitas o desmesuradas, que desconciertan a la experiencia adquirida y al discernimiento, ya sea a falta de nitidez o de rapidez para concebir lo real. Pero entonces, aun a riesgo de producirse erróneamente, la emoción se da tan pronto como sobreviene una de las circunstancias, aun fortuitas, que precedentemente la han acompañado. Podemos decir que la emoción podría pertenecer a un estadio del comportamiento en que el poder conceptual permanece limitado, pero en el que es necesario, sin embargo, reaccionar a tiempo.

Efectivamente, el género de unión entre estimulación y reacción que establece la emoción, se encuentra bajo el nombre de supersticiones, en lo que puede ser opuesto a las uniones y nociones inspiradas en la causalidad experimental. La relación más o menos mística entre la necesidad de cierta reacción o práctica y cierto acontecimiento o circunstancia, parece reposar sobre la emoción. Sin duda, gran parte se debe a la tradición. Pero esta clase de tradición está tanto más fija cuanto más ejerce su poder sobre personas muy emotivas, dominadas habitualmente por su sensibilidad subjetiva y por sus reacciones orgánicas, o en circunstancias muy propicias al desarrollo de la emoción. La credulidad supersticiosa se da con todo su vigor en los momentos de aprehensión o de peligro. Y, aun en ausencia de toda tradición, con frecuencia nos será difícil considerar indiferentes y sin lazos recíprocos ciertas circunstancias que una emoción violenta y profunda unió momentáneamente. Así, nuestro culto, que no excluye el miedo, por ciertos objetos o ciertos lugares que fueron testimonio de nuestras emociones. Parece que dependiera de éstos el hecho de que la desgracia pudiera ser evitada o repetida. La emoción permanece unida hasta el punto de renacer a su mera presencia o a la de su imagen. Y si

no acaba por desarrollarse, es porque el momento o el ambiente le son muy poco propicios. Pero si en el momento encuentra un impedimento para realizarse puede, no obstante, expresarse bajo la forma de presentimiento o de presagio.

En el niño las relaciones que teje la emoción están lejos de tener esta solemnidad; pertenecen más a su vida cotidiana. Mediante ellas el niño dará la impresión de saber manejar la causalidad. En su alegre excitación, si le llegara a ocurrir que pone en movimiento, al mismo tiempo que su cuna, el juguete suspendido sobre su cabeza, puede establecerse entre estos dos incidentes y sus movimientos una unión condicionada, de manera que la vista del juguete en movimiento estimula las sacudidas musculares que traducen y alimentan su alegría. Atribuir, pues, al lactante, la noción del efecto a distancia del que sus propios gestos serían la causa, y la intuición, aunque sea vaga, del mecanismo que hace de él el autor del movimiento trasmitido al objeto, es, sin duda, suponer un poder de análisis y de combinación mentales en visible oposición con su comportamiento actual. Los resultados que aumentan las aptitudes del niño por medio de las reacciones condicionadas pueden ser muy variados. Pero un lazo de simple concomitancia los une a la agitación, en un primer momento global, de la que son efecto, y cuando un cambio cualquiera en la situación hace que no se produzca, el niño sólo sabe detenerse muy decepcionado. De igual manera sería prematuro atribuir al cálculo y a la malicia el enojo que le da cuando se acerca su madre y él quiere que lo alce. El mecanismo es mucho más primitivo. Él fue alzado por su madre, que constantemente asoció a los enojos del niño la satisfacción de ser tomado por ella, lo que hizo que el acto destinado a calmarlo pase a ser el estimulante más poderoso.

f) La acción sobre el otro

Pero aquí interviene otra forma de acción, la acción sobre el otro o por medio del otro, que permite explicar la emoción de manera más completa de lo que lo han logrado los esfuerzos de algunos autores que pretendieron encuadrar sus manifestaciones con las

necesidades de la acción ejercida sobre las cosas y en el medio físico. Pues es necesario dar cuenta de estas reacciones tónicas o posturales que, con frecuencia, parecen más bien un obstáculo al juego de los movimientos y de los automatismos que favorecen la acción. En todo caso, ellas son de una especie muy diferente.

Esta distinción entre las manifestaciones específicas de la emoción y los automatismos, que me parece fundamental en la explicación de las emociones, quedó confirmada de manera muy evidente por las recientes experiencias de Cannon.[28] Opuso el comportamiento de un gato en presencia de un perro que lo amenaza, antes y después de haberle sacado la doble cadena de ganglios simpáticos que constituyen la estación intermedia entre los centros cerebro-espinales de las funciones simpáticas y los órganos inervados por el simpático. Después de esta extirpación, el gato continuaba reaccionando con gestos de defensa o de ataque, cada vez con menos vigor e impulso; pero lo que daba su fisonomía al gato enfurecido, el erizamiento de los bigotes y de los pelos, no se presentaba. El reflejo pilo-motor depende, en efecto, de la inervación simpática, así como el de las vísceras. Si, según los trabajos de Cannon, la acción visceral es indispensable en la emoción para proveer a las reacciones automáticas de la energía necesaria, ¿qué significado puede tener el erizamiento de los pelos que puede ser suprimido sin que lo sean los automatismos? No sería suficiente decir que se produce en virtud de antiguas sinergias funcionales, que todavía están ligadas por una común dependencia frente al sistema simpático. Pues, inútil o aún nociva, no habría dejado de eliminarse, como muchas otras reacciones que llegaron a no tener objeto. Muy por el contrario, manifestaciones más o menos emparentadas con el erizamiento de los pelos y que parecen, como éste, no tener otra utilidad que realizar el hábito y el aspecto de la emoción, tienen centros para coordinar y diversificar sus efectos; en el sistema nervioso su importancia llega a ser más grande en las especies superiores y es en el hombre donde la expresión de las emociones alcanza su más alto grado de complejidad y de diferenciación.

Esto se debe a que las reacciones posturales dieron naci-

[28] Cannon, *American Journal of Physiology*, nº 69, 1929, p. 84.

miento a un sistema de comportamiento que, partiendo de las actitudes y disposiciones suscitadas en cada uno por la diversidad de las situaciones, parece haber servido a las relaciones interindividuales. Así, favoreciendo los esfuerzos colectivos y la vida en sociedad, las emociones hicieron posibles las elaboraciones mentales, cuya fuente no puede ser el individuo librado a sí mismo. La emoción jugó el papel de transición entre el puro automatismo, que permanece subordinado a las incitaciones sucesivas del medio, y la vida intelectual, que, al proceder por representaciones y símbolos, puede proveer a la acción de otros motivos y otros medios que los del momento presente y de la realidad concreta.

Capítulo 5

LA EXPRESIÓN DE LAS EMOCIONES Y SUS FINES SOCIALES

La razón inicial del papel que va a jugar la actividad postural en la evolución psíquica, en particular por intermedio de las emociones, reside en la íntima dependencia recíproca en que están las contracciones y la sensibilidad tónica. La contracción da lugar, en el instante en que se produce, a la sensación y recibe de ésta una nueva estimulación. Entre las dos no hay intervalo, como entre la excitación periférica y el reflejo. Estrechamente conjugadas, se desarrollan con simultaneidad y se especifican mutuamente. Así se explica que sean el primer complejo sensitivo-motor que llega a captar la actividad y la atención del niño.[29] Este puede seguir gradualmente sus variaciones combinadas, y el interés que le despiertan lo lleva, frecuentemente, a prolongar o a reproducir una actitud, como si tratara de extraer una impresión, una intuición, una significación. No sólo las actitudes le ofrecen el tema más accesible a su sensibilidad, sino que, al tener en potencia los gestos que puede exigir la situación, tiene en un primer momento, por su intermedio, el sentimiento de las situaciones que se le imponen. Al mismo tiempo que las realiza, parecen ser para él un objeto de contemplación en sí mismas.

Este doble carácter de acción y de intuición combinadas es particularmente manifiesto en las emociones. Las reacciones posturales que las constituyen parecen darle el espectáculo de sí mismas. Hay en toda emoción una especie de narcisismo inevitable y espontáneo. No es sólo el caso de las emociones más

[29] Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., Primera parte, cap. I.

humanizadas, como la tristeza, que parece alimentarse de sus propias manifestaciones y desarrollarse a medida que las modula. Los gemidos que arranca el dolor más violento presentan variaciones, entonaciones, ritmos diferenciados que son efecto de una incontestable dramatización y que revelan una especie de conciencia latente. Conciencia muy primitiva, puesto que se manifiesta todavía en los momentos de completa obnubilación perceptiva y mental, en el momento en que el sujeto no da ningún signo de conocimiento y parece totalmente absorbido por la expresión de su sufrimiento. Sin embargo, es en estos lamentos que parecen recogerse y buscarse los últimos y los primeros vestigios de su sensibilidad declinante o renaciente. Su repetición, su insistencia, su estudiada diversidad parecen traducir su esfuerzo por probarse, escucharse y asirse a sí mismas. También la cólera, en sus estallidos más sinceros, parece encontrar una especie de justificación íntima consintiendo y asistiendo a sus propios efectos como a un testimonio que se diera a sí misma de su propia violencia.

Al mismo tiempo que esta incesante reciprocidad de la actitud, o del acto expresivo y de la sensibilidad unida a él, afina una con la otra tanto la diversidad de los efectos propios a cada especie de situaciones o de disposiciones, como la intuición matizada de estas disposiciones, realiza, en el seno de estas reacciones, las más subjetivas de todas, una especie de desdoblamiento, cuyas consecuencias convergen hacia un mismo resultado de capital importancia. Por un lado hay manifestaciones en sí mismas que, llegando a ser objeto de conciencia, terminan por imponerse casi de la misma manera a su espectador, ya sea éste el autor o las vea producirse frente a él. Por otra parte, la conciencia de estas manifestaciones, que, siendo las del mismo sujeto, tienden a identificarse con las de cualquier otro espectador, eventual o imaginario.

La distinción entre sí mismo y el otro no se adquiere, en efecto, sino progresivamente. En el niño es mínima; éste parece reflejar a cada instante en sus reacciones aquellas que lo rodean y participar de la sensibilidad ambiente. Se extingue aun más en los momentos de emoción. No conocer más testigo de sus propias emociones que él mismo, basta muchas veces para hacerlas abortar. El niño que se cayó grita su sufrimiento

y su miedo sólo si sabe que es oído; pero si está solo para escucharse, sus lágrimas terminan rápido. Estando solo, la cólera se exterioriza poco y no dura. Los sollozos aumentan o renacen si se aproximan personas compadecientes, o aun si se piensa que ellas conocen, que sabrán nuestra pena. La emoción necesita suscitar reacciones similares o recíprocas en el otro e, inversamente, tiene sobre el otro una gran fuerza de contagio. Es difícil permanecer indiferente a sus manifestaciones, no asociarse a ellas por manifestaciones de igual sentido, complementarias o antagónicas. En las grandes afluencias de gente se borra al máximo, en cada uno, la noción de su individualidad, y las emociones estallan con más facilidad e intensidad.

Es necesario creer que este carácter contagioso y colectivo de la emoción tuvo, no sólo en su propia evolución, sino en la historia del hombre, una importancia muy decisiva, para que haya sido sistemáticamente cultivada, con la ayuda de prácticas y de ritos, que todavía se observan en las poblaciones primitivas. En las ceremonias, los juegos, las danzas que acompañan tantos actos de la vida público o individual, es fácil reconocer simulacros que tienen por objeto suscitar en todos los participantes, bajo formas y por medios rigurosamente determinados, una excitación y un arrebato que responden a las diferentes variedades de la emoción. Lograr que, en iguales circunstancias y a una misma señal, todos realicen simultáneamente los mismos ritos, los mismos gestos, las mismas actitudes, es uniformizar, al mismo tiempo que desarrollar, los efectos de la emoción; es decir, lograr que haya identidad de reacciones y comunión de sensibilidad en todos. Así, cada uno se encuentra unido a todos por las manifestaciones que le revelan inmediatamente a él mismo. Pertenece al grupo por sus modificaciones más íntimas y más personales, en lugar de yuxtaponerse simplemente a otros individuos. Y el grupo originándose en el organismo de cada uno, llega a ser él mismo una cosa orgánica y real. Adquiere así el poder de jugar su papel en la evolución del hombre.[30]

En efecto, en la historia de las especies, vivir en grupo es más una etapa que una particularidad. Hasta entonces, lo esencial de la actividad consiste en que cada uno posea los mejores

[30] Véase la Tercera parte.

automatismos para triunfar en las situaciones que se presentan. Pero el grupo no es una simple reunión, se funda sobre la colaboración. Carente de poder al comienzo, asocia a los individuos, en sus esfuerzos por la existencia, por el conocimiento del medio y las dificultades a resolver en común, los entrena juntos para la acción. Pues, en este estadio en que las situaciones sobrepasan todavía las capacidades conceptuales de cada uno, la acción debe poder producirse por contagio y por impulso común, por reflejo condicionado y ante la simple señal de una circunstancia que le haya sido asociada anteriormente. Son éstas precisamente las características de la emoción.

Así se explica el lugar que ella tiene en el comportamiento del hombre y el que posea centros de coordinación en el sistema nervioso, con una organización funcional. La emoción sirvió a esta forma de adaptación que consiste en la acción en común. Ayudó extraordinariamente a la constitución del grupo. Pero, como contrapartida, sufrió casi desde sus orígenes la huella del grupo. Perteneciendo al sistema de reacciones más orgánicas, sus manifestaciones fueron reguladas desde muy temprano por la acción del grupo sobre cada uno de sus miembros. Remontarse hacia las formas más antiguas de la emoción, es descubrirla bajo su aspecto más ritual. Este aspecto reaparece en la gente más ruda y en casos en que vuelve a su intemperancia primera. Está ligada así, no solamente a la historia de la especie, sino a las de las razas y los pueblos. Entre el europeo, el amarillo y el negro, las diferencias de expresión emotiva pueden ser tales que un individuo, dominado todavía por su propio tipo de emotividad, es incapaz de sobrepasarla, y la expresión emotiva de un tipo diferente al suyo no puede inspirarle simpatía; con frecuencia le causa un malestar que se traduce en fobia.

Así, la expresión de las emociones pudo seguir a la especie en su evolución y superponer a los centros subcorticales de la emoción los de la mímica, que se asientan en la corteza, como los del lenguaje. En relación a los planos sucesivos de la vida mental, pudo sutilizarse, hasta el punto de ofrecer hoy una gama que va de las manifestaciones más orgánicas de la emoción a los matices más delicados de la sensibilidad intelectual. Las etapas de esta ascensión se reconocen en el niño. Su risa

y sus lágrimas comienzan por tener un punto de partida abdominal antes de nacer en su rostro y, finalmente, de iluminarlo o ensombrecerlo en silencio. La región activa de su fisonomía es la boca, mientras que en el adulto se traslada hacia los ojos y la frente. Al mismo tiempo la emoción se ha espiritualizado. No hace más que participar así en los progresos de la vida mental. Es ella que la ha hecho posible, proveyendo a la vida colectiva de sus primeras posibilidades.

Algunos suponen que entre la experiencia directa y el conocimiento de las cosas, las supersticiones del primitivo y el egocentrismo del niño se interpusieron como un lente deformante; que la interferencia molesta de los estados afectivos solamente pudo impedir que la adaptación motriz floreciera, ella misma, en representación del mundo. Esto es creer en una correspondencia muy literal entre nuestras ideas y lo real, y es tener por muy poca cosa la sucesión de los sistemas a través de los cuales el pensamiento modificó progresivamente sus actitudes y sus puntos de vista. Sin duda, lo que nosotros podemos alcanzar de sus orígenes es bastante ilusorio, puesto que las primeras categorías que sirvieron para disponer y ordenar los objetos de la experiencia bajo conceptos, en lugar de estar inspirados por relaciones que la práctica pudiera hacer reconocer entre las cosas, parecen querer imponer a la naturaleza las distinciones que respondían a la organización de los clanes o de las agrupaciones sociales.[31] Pero si en un primer momento trasladó la consideración del grupo sobre la de la naturaleza, es precisamente porque ésta era el punto de partida indispensable de toda actividad colectiva. Pues, sin actividad colectiva no hay conocimiento, ni lenguaje, ni simbolismo posibles.[32] Si la emo-

[31] Wallon, en *Journal de Psychol.*, XXIX, nº 1-2, 1932, pp. 112-145.

[32] No se trata de afirmar la anterioridad del grupo a la emoción y al lenguaje, o inversamente. El hombre es a la vez un animal que habla y que vive en sociedad. La aptitud para el lenguaje está inscrita en su organismo, y es uno de los rasgos esenciales de la especie humana. Pero la existencia del lenguaje es inconcebible sin la existencia en sociedad y sin la existencia de sociedades durables. Al contrario, la existencia de sociedades sin lenguaje no resulta inconcebible. Pero la existencia del lenguaje y sus modalidades responden necesariamente a tipos determinados de sociedad. En cuanto a la expresión emocional, es una etapa que precede al lenguaje en un triple sentido: que se inscribió en una capa inferior, por lo tanto más primitiva, del

ción ritualizada está en el advenimiento de la actividad simbólica, si parece haber preludiado a las manifestaciones más decisivas de la vida y del alma colectivas, es necesario ver en ella un intermediario imprescindible entre el automatismo y el conocimiento.

cerebro; que no es una aptitud exclusiva de la especie humana y, finalmente, que parece responder a un tipo gregario de acción y de sociedad, es decir, a un tipo relativamente inferior y primitivo.

Capítulo 6

LAS FUENTES Y LAS FORMAS DE LA EMOCIÓN EN EL NIÑO

La intervención muy temprana de la influencias sociales para armonizar entre sí las manifestaciones individuales de la emoción, y realizar por su intermedio la unidad de sensibilidad y de acción entre todos los miembros del grupo, pudo producirse y tener eficacia sólo en la medida en que se consagró a desarrollar los efectos espontáneos, a trazar mejor el pasaje entre ciertas formas o ciertos grados de la excitación y ciertos aspectos de la reacción global, a seleccionar entre las conexiones provistas por el comportamiento funcional aquellas que podían servir mejor para el contagio de la emoción. La risa y los sollozos han llegado a ser en nuestro medio sinónimos de alegría y de tristeza hasta tal punto que parecería que no han existido sino para expresarlas. Pero otras reacciones pueden también, según los casos, ya sea revelar simples disposiciones orgánicas, ya sea exteriorizar algunas disposiciones afectivas. El bostezo, por ejemplo, es una reacción fisiológica o una demostración de aburrimiento, algunas veces bastante contagiosa. El escalofrío puede producirse bajo la influencia del frío o la fiebre, para restablecer el equilibrio térmico y bajo la influencia del miedo intenso. Finalmente otros espasmos, como el hipo, se combinan frecuentemente con los efectos de la emoción, pero sin haber sido adoptados para servir de expresión a las emociones.

El ejemplo del cosquilleo nos mostró por qué mecanismo una excitación periférica, que permanece idéntica a si misma, puede provocar sucesivamente la risa y los sollozos, es decir, manifestaciones que corresponden a dos etapas opuesta de la sen-

sibilidad afectiva. Basta que desarrolle, por su repetición, más tono del que el organismo puede resolver en reacciones inmediatas o soportar su tensión creciente. Todos los efectos que están contenidos en la emoción tienen un punto de partida periférico o visceral. Pero por el juego de los reflejos condicionados pueden ligarse a las circunstancias más variadas, siempre que éstas hayan estado asociadas a la excitación incondicionada un número de veces suficiente, número que es tanto menos elevado cuanto más grande ha sido la intensidad de la emoción. Así, los motivos provocadores de la emoción pueden pertenecer a un orden de estimulaciones muy diferentes de su causa habitual; en lugar de ser físicos pueden depender de situaciones ideales y, por consiguiente, aquellas que el ambiente social impone al individuo o que están ligadas a su propio desarrollo psíquico.

Conduce a los mismos resultados la trasferencia de la emoción a través de las categorías de objetos o de situaciones que están unidos, en la sensibilidad o en el espíritu de cada uno, por una especie de lazo más o menos fundamental o fortuito. Respecto de la aparición y a las manifestaciones de la emoción, una gran parte remite a la historia del sujeto y de su raza. Por esto puede llegar a ser muy difícil reconocer las circunstancias de las que dependió inicialmente. Así, el miedo a la oscuridad, a pesar de su extrema generalidad, que podría hacer creer en un efecto natural o al menos definitivamente adquirido por la especie, no se encontraría en el niño de Preyer ni en los de Stern, que fueron cuidadosamente mantenidos al abrigo de los juegos y relatos que lo originan. En consecuencia, la observación de los niños desde su primera edad es necesaria para referir la emoción a sus orígenes.

Sin duda, ella responde a un estadio de coordinación interfuncional que no es anterior al 6º o 7º mes. Pero las fuentes de donde procede son observables desde el nacimiento y diferentes autores han tratado de definirlas. Por razones principalmente finalistas, W. Langdon Brown [33] estima que la sensibilidad primordial es el dolor. Dependiendo del sistema simpático, cuyo tipo todavía arcaico revela su anterioridad funcional sobre el sistema cerebro-espinal, no tiene poder discriminativo, pero sus

[33] W. Langdon Brown. en *Encéphale*, octubre 1922, p. 477.

reacciones son inmediatas, extensas, explosivas y responden a casos de mucha urgencia. Estas observaciones son muy *a priori* y podrían aplicarse a todas las reacciones emotivas, cualquiera que fuere el matiz. En apoyo de esta misma opinión, Stern [34] invoca motivos aparentemente más particulares y positivos. Las causas de malestar aventajarían desde el nacimiento a las causas de bienestar, como consecuencia de los cambios que implica la adaptación a la vida aérea de las funciones circulatorias, respiratoria y nutritiva. Después se operaría, progresivamente, al mismo tiempo que una diferenciación de los estados afectivos, un pasaje gradual a las manifestaciones de bienestar, y, finalmente, hacia el 6º mes, los gritos no volverán a interrumpir más que en raros y breves intervalos el parloteo con que el niño expresa su alegría de vivir, de nutrirse, de patalear, de asombrarse, de mirar los rostros queridos.

Esa descripción parece quedarse un poco en lo exterior. A los motivos de malestar inicial podría oponerse un gran número de motivos de bienestar, precisamente, una lista de éstos fue hecha por Preyer:[35] bienestar causado por el apaciguamiento del hambre, por el acto de tomar el pecho, por el sabor dulce de la leche, por la tibieza del baño, por el masajeo realizado al secarlo, por las gesticulaciones que acompañan el desvestirlo, por una claridad moderada y, un poco más tarde, por un objeto que se desplaza lentamente ante sus ojos. Si bien es cierto que, en los primeros días y en las primeras semanas, las manifestaciones de sufrimiento se apoderan de él, de manera muy variable según los niños, y priman sobre las manifestaciones de placer, esto se debe, sin duda, más a las facilidades que ofrece el mismo organismo del recién nacido al mecanismo del sufrimiento que a la abundancia más o menos grande de sus respectivos motivos.

[34] W. Stern, *Psychologie der frühen Kindheit*, Quelle Moyer, Leipzig, 1921.
[35] Preyer, *L'âme de l'enfant*, cit.

a) Tono, espasmo y movimiento

Desde las primeras horas de vida, es significativa la oposición entre las expresiones o manifestaciones de bienestar y de molestia. Bajo la influencia de impresiones agradables: acción de mamar, baño tibio a 35°, luminosidad moderada, los ojos se abren muy grandes, poco tiempo después las comisuras de los labios se levantan como en una ligera sonrisa y, cuando la satisfacción llega a ser intensa, los miembros inferiores se agitan como si pedalearan en el vacío. Es como si el rostro y el cuerpo se hubieran dilatado bajo una ola de tono que al alcanzar cierto nivel se expande en movimientos, de manera que se mantiene un equilibrio constante entre excitación y tono, entre tono y descargas musculares.

Las sensaciones desagradables provocan efectos exactamente inversos. El hambre, la necesidad de dormir, el estar mojado, el frío, una posición incómoda, la ropa que lo aprieta, una luz muy brillante hacen que los párpados se cierren fuertemente, la boca se crispe y el niño grite. Hay espasmo más o menos generalizado. Espasmo y dolor parecen unidos. Cuando un esplendor muy brillante golpea los ojos, se produce una contorsión violenta del iris, pero, como señaló Forster,[36] si el iris está paralizado, no hay espasmo ni sufrimiento. El hipertono es causa de malestar, a menos que logre resolverse en manifestaciones equivalentes de actividad. Pero en el niño pequeño la actividad motriz y sensorial es muy pobre, mientras la función tónica es preponderante. Doble razón para que los espasmos y las reacciones de sufrimiento se produzcan cuando la excitación es, por su grado o por su naturaleza, de aquellas que no pueden resolverse instantáneamente en actividad muscular o perceptiva; ya que todavía no puede darse la actividad intelectual.

Hemos visto varios ejemplos de manifestaciones espasmódicas que acarrea el exceso de la excitación en intensidad o en duración. Cuando, hacia la 3ª ó 4ª semana, el niño ya sabe reaccionar volviendo los ojos y la cabeza en la dirección del sonido, un sonido demasiado violento hace aparecer la contracción brusca

[36] Forster, en *Monatssch. Psych. u. Neurol.*, 1919, pp. 306 y ss.

y generalizada de los primeros días. Si la excitación del cosquilleo, al prolongarse, desarrolla tono en mayor cantidad de la que la risa puede consumir, el espasmo llega a ser doloroso, invade las vísceras y sólo puede resolverse por sollozos. En cuanto al automatismo de la huida, cuando por falta de un obstáculo o de toda otra circunstancia, deja de mantener la actividad al nivel de la excitación, aparecen las convulsiones. La misma progresión de efectos puede revestir un aspecto más psíquico por poco que la excitación se asemeje a un motivo de orden psíquico. Entre la 17ª y la 30ª semana, el niño comienza a tender las manos y los labios en dirección a los objetos que lo rodean, como si éstos despertaran su deseo. Muy pronto el deseo de tomarlos se une manifiestamente a este gesto. Si el niño llega a tomarlo, se logra una salida satisfactoria a la excitación inicial, primeramente por medio del contacto del objeto con sus manos y sus labios, luego por los reflejos de prehensión y de succión que se desencadenan, y, más tarde, por las manifestaciones y la actividad de la que el objeto llega a ser tema. Pero si el niño no puede tomar el objeto, o no se lo dan, los gestos de deseo gozoso no alcanzan, pronto, para resolver el aumento creciente de la expectación. Los espasmos aparecen bajo la forma que tienen habitualmente en la primera edad, rigidez en extensión del tronco, u opistótonos, contracción del aparato respiratorio y gritos.

La sucesión de estos efectos tiene, como en el cosquilleo, una constancia de alguna manera mecánica. Responde a una ley muy primitiva de equivalencia entre el grado de la excitación y el tono, que puede ya sea inducir a una actividad adecuada para agotarlo gradualmente, ya sea acumularse en exceso hasta traducirse en contracciones y en espasmos. En estos efectos es fácil reconocer los de la emoción. Por el mecanismo de los reflejos condicionados éstos llegan a ser, muy pronto, un medio de acción sobre lo que los rodea, que precede visiblemente la edad de la deliberación o del cálculo y cuya fuente es totalmente fisiológica. Un ejemplo de esto es el niño que suelta su mano de la de sus padres para ir de paseo y, chocando con su resistencia, se crispa gradualmente y termina por tirarse al suelo con convulsiones de cólera. Así ocurre en muchas otras circunstancias en que, al no responder los gestos a la intensidad de la excitación ni a la expectativa que ésta suscita, la actividad alegre

se trasforma en contracción penosa y, finalmente, en crisis emotiva.

b) Tono, sensibilidad afectiva y actividad de relación

Esas relaciones entre la excitación y el tono dan cuenta de efectos que son propios del niño y propios de la emoción. Muchos autores hicieron notar con qué rapidez en el niño las lágrimas suceden a la risa. Stern [37] lo explica por la discontinuidad de su vida mental que remite a la falta de tendencias directrices o a su rápido desfallecimiento, particularidad fácil de comprobar en lo que respecta a las manifestaciones de su pensamiento o de su imaginación. Invoca también una causa menos intelectual en apariencia y que, por consiguiente, concordaría mejor con las reacciones de los primeros meses y aun de los primeros años: la inestabilidad, la variabilidad de las actitudes y la falta de hábitos firmes, que hacen, con frecuencia, de una misma impresión la fuente imprevisible de efectos muy contradictorios, alegría, miedo o cólera. Efectivamente, yo mismo insistí [38] acerca de los signos de asinergia que se observan hasta los 3 y aun los 5 años, sobre sus relaciones con la extrema debilidad de las actitudes físicas y de la acomodación mental, sobre la rápida renovación y el carácter frecuentemente explosivo de las disposiciones y reacciones afectivas que le siguen. Pero hay una razón a la vez más particular y más fundamental del cambio rápido de la risa en llanto, de la excitación motriz en espasmos emotivos; es la desproporción que hay en el niño pequeño entre lo penoso de sus reacciones y la intensidad de la excitación, es la aparición fácil del hipertono y de las crisis hipertónicas.

De la misma causa dependen efectos que, bajo una apariencia paradojal, responden al mismo principio de la emoción: al antagonismo constante entre la onda emotiva y todo lo que pertenece a la vida de relación. En el límite está lo que describió como diletantismo del dolor como algofilia, o como deseo

[37] Stern, en *Monatssch. Psych. u. Neurol.*, 1919, pp. 306 y ss.
[38] Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., Segunda parte, cap. I.

de mortificaciones físicas. Groos [39] nota con qué frecuencia el niño se dedica a ejecutar ciertas acciones sobre sí mismo, cuyo único fin aparente es el dolor. Esto le parece que responde a una necesidad muy expandida de sentir, y, sobre todo, de hacerse sentir a sí mismo impresiones intensas. Para explicarlo, se limita a reunir algunos otros hechos que le parecen ser de la misma familia, pero para los que propone motivos muy diversos, por ejemplo, la tendencia a provocar repetidamente los efectos de un dolor cuya inminencia es de alguna manera obsesionante, a tocar un diente enfermo, a tironear una llaga, a hostigar su torticolis con movimientos contrarios de la cabeza, gestos en que se traduciría una especie de curiosidad experimental vuelta hacia sí mismo. Recuerda que ciertos enfermos se provocan a sí mismos mutilaciones que serían inconcebibles si no se supusiera una sensibilidad considerablemente disminuida. Habla de masoquismo. Señala la excitación sexual que puede acompañar a estos casos. Cree también en una especie de juego, un ejercicio de la voluntad, un esfuerzo por reducir en sí mismo la sensibilidad al dolor. Finalmente señala que, en naturalezas cerradas, en quienes el gusto por la acción está poco desarrollado, jugar con su sufrimiento puede conducir a una especie de división en la conciencia: detrás del sujeto que sufre parece haber otro que trasforma la pena en deleite.

Curiosidad por provocar los efectos más agudos de su sensibilidad y disminución de la sensibilidad; tendencia sexual de humillación e inclinación al triunfo en el juego con su dolor; ejercicio de la voluntad y disociación autocontemplativa de la conciencia: simplemente yuxtapuestas, éstas son explicaciones no solamente parciales e incoherentes, sino contradictorias (a menos que esas contradicciones aparentes respondan a los diferentes momentos de un antagonismo cuya demostración fueran las ideas que propongo sobre la emoción).

Las crueldades que el niño llega a ejercer sobre sí mismo son llevadas en cierta categoría de anormales hasta la furia y recibieron el nombre de *kronomanie*. Son los golpes pegados con los puños contra el cráneo o las órbitas, los golpes de la cabeza contra el piso o las paredes, las mordeduras profundas; con fre-

[39] Groos, en *Spiele d. Menschen*, pp. 198 y ss.

cuencia es necesario atar al niño para impedirle lastimarse gravemente.[40] En casos semejantes hay siempre un desequilibrio profundo entre las funciones de relación, que son torpes y confusas, y la actividad postural, cuyos efectos orgánicos, tónicos, protopáticos, tienden, en ausencia de toda reducción, a una preponderancia exclusiva. El conflicto puede ser muy visible en ciertas formas de demencia, cuando se desarrolla gradualmente, como consecuencia de una limitación progresiva de los intereses y de las reacciones que unen al individuo con el ambiente.[41] A medida que, ajeno a lo que lo rodea, el enfermo es acaparado cada vez más por sus actitudes, sus muecas, sus deseos y funciones orgánicas, puede también golpearse con una exaltación creciente. En sentido contrario a la evolución del niño que se toca y, por esas excitaciones de las que es autor, sustituye, en las partes de su cuerpo que son accesibles a su mano, la sensibilidad epicrítica por la sensibilidad protopática, el demente parece querer retardar la sustitución de la primera por la segunda, estimulando lo que puede subsistir de aquélla con violencias en proporción a su falta de inteligencia creciente. La *kronomante* puede también, en ciertos idiotas, ofrecer el espectáculo de una ambivalencia que está lejos de ser excepcional en el curso y en las manifestaciones de la vida afectiva. En ciertos arrebatos, parece alimentar y llevar la excitación emotiva a la exacerbación o, al contrario tener sobre esta exacerbación una acción resolutiva, como si la dominara alternativamente la conmoción que exaltan los golpes recibidos o la desviación periférica, desviación conocida en sus orígenes y prevista en sus efectos.

Hay casos en que el papel de revulsivo que juegan las excitaciones periféricas sobre la exacerbación emotiva tiene una especie de nitidez experimental. Esto ocurre cuando la intensidad creciente del hipertono emotivo corre el riesgo de conducir a una suspensión total de las funciones mediante las cuales el sujeto entra en relación con el ambiente. Así, algunos niños a quienes la cólera conduce a la asfixia y al síncope, por contracción generalizada y por fijación de los músculos respiratorios,

[40] Véanse ejemplos en Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., Tercera parte.
[41] *Ibid.*, Tercera parte, obs. 53, pp. 392-394.

y a quienes enérgicas estimulaciones periféricas hacen retomar el conocimiento reduciendo la contracción. Es un mecanismo superpuesto por completo al que Rabaud[42] describió como reflejo de inmovilización en ciertas variedades de insectos. La contracción generalizada que los lleva al estado de muerte aparente es provocada, como el hipertono emotivo, por excitaciones en relación con la sensibilidad orgánica o segmentaria, excitaciones que actúan sobre el tórax o sobre la inserción de las alas; por el contrario, ésta es reducida por excitaciones en conexión con la sensibilidad de relación: por ejemplo, las excitaciones que actúan sobre la extremidad de las patas. Todo lo que limita la sensibilidad de relación tiende a favorecer la contracción de inmovilización: el reflejo de muerte aparente se obtiene con una facilidad muy particular en las mariposas, cuyos ojos han sido cegados con negro de humo. El equilibrio entre lo que pertenece a la vida de relación y el dominio de la actividad tónica o postural está, pues, en perpetua dependencia de su antagonismo, que es un hecho inicial y fundamental.

Así se explica que, al desarrollarse la emoción, frecuentemente el sujeto parece exasperado por la necesidad de hacerse sufrir a sí mismo dolores de intensidad creciente. Muchos niños y también adultos son llevados por la cólera a morderse, a arañarse o a golpearse. Entre la desesperación y el hecho de arrancarse los cabellos, hay una ligazón consagrada por el lenguaje popular, después de haberlo sido por los ritos fúnebres, y cuyo origen fisiológico parece ser también la necesidad de reducir los espasmos de la angustia por un despertar violento de la sensibilidad periférica. Si, en el adulto de nuestro tiempo, el hábito de la acción reflexiva y el mayor dominio de sí limitó, al mismo tiempo que el desencadenamiento primitivo de las emociones, la frecuencia de las revulsiones periféricas, su búsqueda se observa todavía en ciertos casos de angustia patológica. Laignel-Lavastine y Delmas[43] relataron la observación de una melancólica que, habiendo hecho una tentativa de suicidio por estrangulación, sintió repentinamente que los espasmos de que sufría se resolvían en una descarga motriz; después "tomó el há-

[42] Rabaud, en *Journal de Psychol.*, diciembre 1920, pp. 865-877.
[43] Laignel-Lavastine y Delmas, en *Journal de Psychol.*, 1921, p. 587.

bito de apretarse el cuello con todas sus fuerzas, no hasta el extremo de estrangularse, pero sí hasta el punto de obtener la disminución de sus espasmos". Muchos alienados que se mutilan lo hacen para limitar el aumento de la angustia que los domina y, salvo los casos de automutilación demencial, la anestesia supuesta es una anestesia secundaria, en relación con la exacerbación ansiosa, y que traduce esta neutralización recíproca entre la sensibilidad periférica y el hipertono. Ésta es la razón por la cual la excitación que tiende a resolverse por el espasmo y el espasmo que tiende a agotar en él los efectos de la excitación deben, para su acción conjunta crecer simultáneamente. Muchas prácticas que por lo general son referidas a la humildad y al deseo de castigarse en su propio cuerpo, no son en realidad una consecuencia de la humildad, sino, una reacción de defensa contra la angustia, fuente íntima de esta humildad. La religión angustiada de Pascal era una religión de mortificación física.

Las diferentes formas de equilibrio y las relaciones que pueden establecerse entre el dominio postural, en el que reina el tono, y la actividad de relación, dan cuenta de las contradicciones aparentes que se observan en los efectos de la excitación emocional y de las que las explicaciones contradictorias de Groos nos dieron testimonio. El contraste entre la anestesia periférica y el gusto por las sensaciones muy agudas responde a la necesidad de sobrepasar por la intensidad de la excitación revulsiva el aumento del hipertono ansioso, que obnubila o anula la sensibilidad de relación. El contraste entre el juego apasionante de hacerse sufrir y la necesidad de humillarse responden a la doble actitud de aquel que se tortura y cuyo interés puede estar referido, según el momento, al agente o al paciente de este sufrimiento. El contraste entre el esfuerzo de voluntad y la pasividad contemplativa se explica por el pasaje de la sensación bruta a la esfera de las representaciones, donde llega a ser, por un acto mental, un objeto para la actividad mental. La disociación es el efecto de la representación que alcanza a las resonancias afectivas del sufrimiento y lo opone al sujeto. "En el sufrimiento extremo hay —según el escritor León Werth— [44]

[44] L. Werth, *La Maison-Blanche*, Fasquelle, Paris, 1913.

una alegría semejante a la de un niño en el circo [...] Está en nosotros, pero rompiendo nuestro habitual equilibrio, nos sobrepasa y se nos impone, como el espectáculo más tangible y más provocante." Acción y diletantismo del dolor se combinan en el esfuerzo por mantenerlo en el estado de representación. En cuanto a la parte de sexualidad que puede mezclarse con la angustia, es, en efecto, un hecho que se da a la observación. La excitación sexual se encuentra en muchos melancólicos, que buscan en el espasmo sexual una resolución al hipertono del que sufren. Yo he señalado cuánto onanismo hay, frecuentemente, en los niños rechazados por lo que los rodea y que viven, por lo general, en la contención y aprensión.[45] La espera más común, en la medida en que se mezcla con la ansiedad, puede matizarse más o menos de erotismo. Es que el acto sexual se ubica, junto con la risa y los sollozos, entre los espasmos capaces de resolver una sobrecarga tónica demasiado grande.

c) Tono y tipos de comportamiento afectivo

Recapitular las diferentes maneras en que puede resolverse el tono permitiría esbozar una primera clasificación de las emociones y distinguir entre diferentes tipos de complexión fisiopsicológica. Al estudiar la alegría y la tristeza, Dumas,[46] las opuso haciéndolas responder una a un sobrecrecimiento y la otra a una falta de actividad funcional y motriz. Las emociones se dividirían, según la posición que ocupan en relación a la alegría o a la tristeza, en hiper o hiposténicas. Sin embargo, es necesario corregir esta definición. Falta de actividad no debe ser tomada en el sentido de una simple disminución. La actitud rígida del melancólico, en quien Dumas estudió la tristeza, su pequeño pulso, duro y tenso, su respiración irregular y como sacudida, no son signos de inercia, sino, al contrario, de contracción, es decir, de hipertonía. Al mismo tiempo que hay disminución o, mejor dicho, inhibición de las reacciones motrices

[45] Wallon, *L'enfant turbulent*, cit.
[46] G. Dumas, *La joie et la tristesse*. Alcan, Paris.

o mentales, hay acumulación de tono no empleado. En la alegría, por el contrario, parece que el circuito entre actividad postural y actividad de relación permanece ampliamente abierto, que sus reacciones recíprocas son fáciles e instantáneas. Así la alegría no estaría caracterizada por la exuberancia de las manifestaciones motrices, sino por la permanencia de un equilibrio exacto entre las fluctuaciones posturales y la actividad de relación. Hay alegrías tranquilas. Por otra parte, es necesario distinguir la alegría del placer. Pues el tono no se reduce sólo por movimientos, como en la alegría; puede también agotarse en manifestaciones tónicas, en espasmos que, según su grado creciente de tensión y de retención, pueden traducirse en simple satisfacción, en goce agudo o en sufrimiento.

Generalmente, un tipo determinado de relaciones entre las disposiciones íntimas que revelan funciones orgánicas o posturales y la actividad en cada una de sus formas, responde a un tipo correspondiente de complexión fisio-psicológica. Es así como el fácil pasaje de la excitación o de la imagen al acto por intermedio de actitudes maleables o de un tono dúctil se traduce, a su vez, por tendencias eufóricas, por una perpetua animación, por la rapidez de la adaptación al ambiente. Por el contrario, cuando entre la excitación o el deseo y los gestos o los pensamientos que le responden parece interponerse una especie de rigidez generalizada, el retardo o la detención consecutivas de la actividad y de las ideas se acompaña, habitualmente, de ansiedad y de aprensión. Puede ocurrirle a ciertos sujetos que pasen alternativamente por estos estados de alegre bienestar y de penosa inhibición; parece que estos efectos contrarios tienen un origen común y que se deben a la utilización alternativamente fácil o lenta del tono, a su distribución fluida en actitudes generadoras de actividad o a su acumulación viscosa en el equilibrio total, músculos del esqueleto y músculos de las vísceras. Así, la constitución que Kretschmer llamó cicloide, estaría en relación con la regulación de alguna manera autónoma de la actividad tónica. Quizá la constancia o la alternancia de estas disposiciones contrarias está ligada al antagonismo funcional que parece regular la vida vegetativa y que se refleja en el sistema nervioso por la oposición del simpático y del parasimpático. En todo caso, la preponderancia permanente o la

alternancia de unas sobre otras depende de causas que no están bajo la acción de las influencias psíquicas; ambas se imponen a la vida psíquica sin dejarse modificar por vía psíquica. Están situadas en un plano más primitivo y más profundo.

Las manifestaciones igualmente tónicas que se observan en los emotivos propiamente dichos, son muy diferentes. Tienen relaciones íntimas con la excitación, proceden de ella, la desarrollan y se desarrollan por ella. Es fácil reconocer en el emotivo una sensibilidad ampliamente abierta a las influencias orgánicas, a las impresiones oscuras y confusas que traducen tanto las modificaciones viscerales como las disposiciones y actitudes personales del sujeto. Esa sensibilidad retiene sobre todo el matiz afectivo de las impresiones recibidas del exterior; las recoge y las propaga bajo la forma de una conmoción que provoca en el organismo ondas bajo las cuales la excitación primera queda como sumergida, desnaturalizada. La emoción nace en lugar de la imagen y del conocimiento. Se alimenta de sí misma, como consecuencia de la inmediata y mutua repercusión que tiene entre sí la movilidad y la sensibilidad postural.

Pero hay dos tipos de emociones, mejor aun, de emotivos, según predomine en ellos la tendencia al espasmo o la tendencia a la autocontemplación, que responden, respectivamente, a la movilidad y a la sensibilidad emotivas. Si el que prepondera es el espasmo, la contracción llega hasta los aparatos de la vida vegetativa y, mientras la conciencia, investida exclusivamente de impresiones orgánicas, se obnubila gradualmente, hay amenaza de síncope o de crisis convulsiva. En la gran mayoría de los adultos y también de los niños, la autocontemplación supera al espasmo debido a la influencia ejercida por la vida social sobre la emoción. La autocontemplación tiene como consecuencia inmediata la dramatización. La efervescencia motriz se vuelca en gestos expresivos, algunas veces en crisis convulsivas, si la crisis puede tener un gran efecto de demostración o de intimidación; con mayor frecuencia, en simulacros más o menos rituales o estereotipados que implican y desarrollan la emoción. Pues, por una parte, el movimiento mismo puede ser fuente de excitación orgánica por su ritmo, por la intensidad de sus descargas y de sus relajamientos; son una prueba de esto los estados de exaltación a los que pueden conducir las danzas ri-

tuales. Por otra parte, las gesticulaciones de la emoción se fijan a cada instante en actitudes repetidas o prolongadas que le dan una imagen de sí mismo. Finalmente, pueden suscitar situaciones, acontecimientos más o menos imaginarios o reales que las proveen de motivos exactamente apropiados a las necesidades de su desarrollo. Si bien se despliegan en el espacio como los movimientos que ponen en relación con el mundo exterior y aunque pertenecen como éstos a la actividad fásica de los músculos, estas gesticulaciones tienen una significación y un resultado inversos, pues tienen por única ley reflejar y estimular las disposiciones del sujeto, en tanto que el automatismo se modula exclusivamente sobre los fines exteriores de la actividad.

En oposición a los emotivos están los sujetos en los que toda incitación externa o íntima evoca instantáneamente imágenes o reflexiones. Decimos en oposición, pues entre éstas y el trastorno orgánico de las emociones hay, como hemos visto, incompatibilidad funcional. No solamente el pensamiento intelectual y preciso, sino también el pensamiento imaginativo, la fantasía, logran contrarrestar la emoción. En la medida en que el sentimiento se nutre de imágenes se opone a la emotividad. El sentimental se distingue del emotivo de igual manera que el razonador. A despecho de las asimilaciones debidas sobre todo al vocabulario, que ordena bajo las mismas rúbricas todo lo que es afectivo y todo aquello que parece proceder de los mismos matices afectivos, la observación muestra que entre el comportamiento, el temperamento del sentimental y del emotivo existen distinciones fundamentales. El sentimental inicia la serie que continúa pasando por el imaginativo y el soñador hasta llegar al razonador.

En el niño estos diferentes tipos se reencuentran. Puede predominar uno u otro, pero, salvo en circunstancias particulares, las manifestaciones de cada uno no son todavía exclusivas y sistemáticas, como llegarán a serlo en el adulto. El placer de discutir porque sí o la fantasía harán al niño inaccesible, por momentos, a la emoción. Sin embargo, no hay niño que, en condiciones normales, no presente, en ocasiones, incontinencia emotiva, explosiones súbitas y crisis emotivas. Por otra parte, depende en gran medida del educador que éstas se multipliquen o no: pues ellas llegan a ser con facilidad, por el mecanismo del reflejo condicionado, un medio de acción sobre lo que lo rodea. La resolución fácil del tono, no solamente en emociones, sino también en actividad, es una característica de la infancia, así como del cicloide en período de excitación. Su acumulación por retención es más rara. Sin embargo, hay niños habitualmente ansiosos y en consecuencia malignos,[47] otros, cuya angustia puede desarrollarse considerablemente bajo la influencia del medio. Constantemente rechazados o maltratados, conocí uno de ellos que presentaba una pasividad debida a la contención y cuyo rostro de rasgos tiesos no tenía, a modo de expresión, más que ligeras crispaciones de aspecto antipático, y cuyo mutismo le era reprochado como un signo de indiferencia o de duplicidad; su ausencia de lágrimas como un signo de insensibilidad; su onanismo como una prueba de vicio. Solamente después de varias semanas del mejor tratamiento vi aparecer en él las crisis de sollozos. Al mismo tiempo, el onanismo desaparecía. Señalé, por otra parte, su mayor frecuencia en niños cuyo padre o madre se han vuelto a casar y que se ven, por esto, desplazados frente a los niños del nuevo matrimonio.

47 Véase Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., Segunda parte, pp. 267 y ss.

Capítulo 7

ESTÍMULOS ORGÁNICOS Y DIVERSIDAD DE LAS EMOCIONES

En la diferenciación de las formas emocionales interviene no sólo la relación entre la intensidad de la excitación y la resolución de sus efectos, sino también la diversidad de sus fuentes orgánicas. Su determinación puede ser difícil en el adulto, como consecuencia de los reflejos condicionados y de las trasferencias que han terminado por hacer depender la emoción de motivos muy alejados y radicalmente diferentes de sus orígenes. Pero, en el niño pequeño obedece todavía a sus estimulaciones naturales o incondicionadas.

a) Caricias y placer

En las primeras edades de la vida y en los primeros estadios del desarrollo psíquico, o sea en el niño de pocas semanas y en los idiotas de nivel muy bajo, se observan ya, bajo la influencia de las caricias, una agitación muy viva, contorsiones, gritos semejantes a relinchos o ladridos, aceleración del pulso y de la circulación periférica, mayor resplandor en la mirada, una ligera salivación, en suma, todo el conjunto de manifestaciones que son referidas por lo común al placer. La sensibilidad puesta en juego remite a la que estudiamos en el cosquilleo. Se propaga, con ondas de contracción que suscita, a todo el cuerpo. Demasiado solicitada por caricias sin medida, esa sensibilidad puede conducir a crispaciones prolongadas o bruscas y a las reacciones del sufrimiento.

b) Movimiento y alegría

Otra fuente de impresiones agradables es el movimiento. Por las sensaciones que le responden en el aparato muscular y articular, suscita una excitación que se traduce, como bajo la acción de caricias profundas, en una exaltación de los gestos, en estremecimientos, en sonidos guturales o en murmullos que son exactamente comparables a la expresión de la alegría. La alegría nace con la facilidad de los movimientos. Para convencerse basta ver al niño pequeño en su baño: la agitación de sus miembros que el agua sostiene, a una edad en que él no podría sostenerlos por sí mismo, tiene todo el aspecto de una satisfacción desbordante. Los mismos efectos se ven cuando, librado de su ropa, reposa bien apoyado sobre un lecho. Más tarde, un objeto que le gusta no puede suscitar su alegría sin suscitar, simultáneamente, una gran excitación motriz, que no podría ser asimilada, al menos completamente, a gestos anticipados de apropiación, puesto que con frecuencia, éstos le hacen soltar el objeto que acaba de tomar. De igual manera, a los 3 ó 4 años el niño ejecuta todavía en sus juegos tantos movimientos de realización como movimientos de entusiasmo. Si hace pasteles o construye un fuerte, el entusiasmo domina, generalmente, a la realización, y se desahoga voluntariamente sobre otra cosa distinta de lo que está realizando para librarse mejor a sus arrebatos y pataleos de satisfacción y de éxito. La excitación del movimiento también puede tener los mismos efectos que la del placer y de las caricias. En todos los animales, según Ziegler, un período de agitación procede a la procreación.

c) Sensibilidad y reacciones de prestancia

Una tercera forma de sensibilidad, muy primitiva también, es la que llamé sensibilidad de prestancia. Responde al despertar de actitudes relacionadas con la proximidad o la presencia del otro. Existe en forma muy manifiesta en el animal, y no es ajena, quizás, a los fenómenos de fascinación. Al menos parece cierto que, si bien no hay reacción más necesaria y más espontánea, para un ser vivo, que mantenerse instantáneamente dispuesto a los gestos en relación con la individualidad o la especie de aquel que se le acerca, nada parece más frágil que el mecanismo de esta acomodación postural. Bajo la insistencia de una mirada, bajo la impresión de ser objeto de atención para otro, uno puede llegar a perder firmeza. El desorden se expande en el sistema de actitudes. Por otra parte, el efecto producido es variable; y sería posible, sin duda, clasificar a los individuos según el tipo de desorden que presentan en estos casos.

Con mucha frecuencia, los gestos, el caminar, la posición misma llegan a ser poco seguros. El sujeto se entorpece bruscamente, deja caer lo que lleva, duda de su equilibrio, se pone a temblar. Muestra también signos evidentes de asinergia, es decir, insuficiencia del aparato que regula, en todo instante, la repartición del tono necesario para el mantenimiento de una actitud, para la sucesión de aquellas que aseguran la conservación del equilibrio a medida que se desplaza el centro de gravedad o se modifican las incitaciones exteriores, y, finalmente, para la ejecución sostenida, gradual, medida, precisa, de cada movimiento.[48] Esta inseguridad del equilibrio y de la actitud se confunde, como veremos en seguida, con el género de incitaciones orgánicas que está en la raíz del miedo.

Otras veces, la función tónica, soporte de las actitudes, es la que siempre se altera, unas veces por exceso, otras por defecto. El desfallecimiento del tono tiene en ciertos sujetos algo de sistemático. Produce un estado de resolución muscular y de obnubilación mental que parece, con frecuencia, ser un medio de defensa o de oposición, para evitar hacer el esfuerzo que impondría la presencia o las exigencias del otro. Hay niños que se embotan cuando su actividad mental o su comprensión son demasiado directa o personalmente solicitadas, cuando están frente al maestro o a quien tiene la costumbre o la pretensión de ejercer autoridad sobre su inteligencia o su conducta.[49] Esta clase de comportamiento responde a cierto tipo de

[48] Véase Wallon, "La maladresse", en *Journal de Psychol.*, enero 1928, pp. 61-78.
[49] Véanse ejemplos en Wallon, *L'enfant turbulent*, Tercera parte.

psicomotor que describí antes. Pero ya es una reacción diferenciada, que tiene por causa una especie particular de relaciones entre el sujeto y su medio. Frecuentemente, la insistencia de la atención de la que se siente objeto produce el efecto habitual de las excitaciones cuya intensidad o duración exceden las posibilidades actuales de reacción. Se da entonces un estado de hipertono que se desenvuelve con espasmos viscerales y sentimiento de angustia. Corresponde al tipo del susto. Pero este aumento del hipertono puede estar también en relación con la pobreza de las reacciones disponibles, con la inferioridad del desarrollo psíquico.

La sensibilidad a la mirada o la presencia del otro es ya muy notable en el lactante. Si él se siente próximo a alguien, sus piernas y sus brazos se mueven como en un acceso de alegría. Pero por poco que la proximidad se prolongue y continúe excitando al niño, sin que nada logre satisfacer el eretismo sensitivo-afectivo que aquélla suscita o servir de distracción, instantáneamente se pone tieso, la espalda encorvada hacia atrás, y comienza a gritar. En el idiota de más bajo grado las reacciones ante la presencia de otro son de las primeras en producirse.[50] Sea indigencia de la acción, sea tendencia al espasmo, como es el caso, frecuentemente, tanto en el débil mental como en el niño pequeño, ellos traducen con rapidez el exceso de excitación en movimiento. También al sentirse mirados, ciertos idiotas emiten como aullidos, sollozan, se fijan en actitudes de defensa, de retracción o de amenaza. A veces ocurre que, espontáneamente o porque la aproximación del extraño se trasforma en contacto, la actitud se resuelve en huida o, al contrario, en caricia o en gesto propiciatorio. Pero, con mayor frecuencia todavía, la vehemencia de los gritos, la rigidez, la obstinación de las actitudes aumentan a medida que la atención de la que el niño es objeto se hace más precisa, más próxima y más apremiante. Con frecuencia, se llega al contrasentido de buscar la reducción de lo que es una intolerancia producida por la atención del otro mediante un aumento de atenciones. Los aspecto que puede revestir esta intolerancia son de tres clases: la simple oposición o negación, la angustia, el miedo y la cólera.

[50] *Ibid.*

d) Exceso de estimulación y cólera

Se designan con el nombre de cólera, como ya lo hacía notar Descartes,[51] maneras de reaccionar muy diferentes entre sí, tanto en el aspecto visceral como motor. La unidad del vocablo se debe, sin duda, a que la similitud de las situaciones tiende a dominar sobre la diversidad de las reacciones elementales e individuales, cuando el modo de comportamiento es de aquellos que tienen significación social, como ocurre con las emociones. A la cólera conducen excitaciones de diferentes fuentes. Sobreviene cuando sus efectos tónicos exceden las posibilidades actuales de la actividad resolutiva.

Así, la molestia sentida en presencia de otro se trasforma fácilmente en exasperación. La cólera parece estar esencialmente ligada a las relaciones de las personas entre sí. Cuando se trasforma en furor contra los objetos es por una especie de animismo más o menos primitivo. Por otra parte, el animismo forma parte de la emoción, en la medida en que ésta deja de ser una manera de comportamiento. La eficacia de este comportamiento y su razón de ser radican en crear una especie de ambiente interindividual, que superpone a las reacciones sensorio-motrices del automatismo, corrientes de acción colectiva. Está, pues, en la naturaleza de la emoción que reaccione frente a cosas como si fueran personas y que en todo encuentro fortuito o mecánico de circunstancias reconozca intenciones. Es una forma de regresión mental que sobreviene, cada vez que se produce o cuando domina habitualmente el pensamiento, como en los ansiosos, los apasionados y los perseguidos.

Pero la cólera resulta también de excitaciones más estrictamente corporales, comprendidas aquellas que, antes de llegar a ser excesivas, son caricias o alegre excitación. El placer que permiten experimentar las caricias cambia rápidamente en irritación. Suele ocurrir que un perro acariciado durante largo rato, gruña y muestre los dientes. De igual manera, casi aúllan, se debaten, buscan morder, los niños cuyos padres se obstinan en acariciarlos con ternura, esperando dar fin así a la exasperación que precisamente ellos han suscitado y que mantienen

[51] Descartes, *Tratado de las pasiones.*

con sus caricias. Esta progresión en los efectos que invierte su tonalidad afectiva, puede, por otra parte, acompañarse de variaciones semejantes en la estimulación. Algunos idiotas que, en sus momentos de satisfacción, tienen la costumbre de rozarse ligeramente el rostro, los brazos o el cuerpo, se golpean con fuerza cuando están molestos o coléricos. Con frecuencia también cambian gradualmente las caricias en golpes sobre sí mismos y los murmullos en gritos irritados. Hay como una estimulación recíproca entre la necesidad de experimentar sensaciones siempre más fuertes y la de emplear para producirlas una energía acrecentada sin cesar. Son dos factores cuyos efectos se conjugan. Pero su fuente puede también ser distinta. Sin duda, la violencia progresiva de los golpes parece dirigida por la espectativa de impresiones siempre más vivas. Pero, aunque la exaltación de las caricias esté vuelta hacia el otro, puede degenerar espontáneamente en ataque, los besos trasformarse en mordidas, y nacer la estimulación del acto mismo.

De igual manera, la excitación producida por el movimiento puede sobrepasar la alegría y producir la cólera. Entre las manifestaciones de la alegría y la cólera, si hay una especie de oposición hay también parentesco. En algunos idiotas, en quienes los arrebatos emotivos se suceden como sin causa y por sí mismos, alternan entre sí las manifestaciones de exaltación alegre y la exaltación colérica. El pasaje gradual de una u otra se observa también en algunos que tienen la manía, estando sentados, de balancear el tronco de adelante hacia atrás y de atrás hacia adelante. En tanto que el ritmo es lento y el balanceo moderado, el rostro permanece despejado, las exclamaciones son alegres. Pero, con la aceleración del ritmo y la exaltación creciente de los movimientos, la voz se vuelve ronca, silbante, furiosa, los ojos brillantes, el rostro se contrae amenazante, la saliva abunda en los labios, el niño escupe como por despecho. Bruscamente aliviado, comienza a balancearse, primero moderadamente, después con violencia progresiva, y las mismas fases se repiten indefinidamente. Aun en un sujeto normal, un movimiento que tenía un fin placentero puede conducir a una necesidad fisiológica de cólera. Erasmo Darwin recuerda que uno de sus amigos, después de haber montado a caballo, evocaba voluntariamente razones que lo encolerizaban

para reponerse de su fatiga. Sin ser, por lo común, buscada tan deliberadamente, la cólera que estalla a la menor ocasión es, con frecuencia, consecuencia de un ejercicio violento. Para un niño excitado por un día de juego, una crisis de cólera puede ser el prefacio indispensable para dormir bien.

Hay sujetos en quienes el trabajo, en lugar de agotar sus necesidades de actividad, desarrolla irritabilidad. Sin duda, su temperamento determina que el movimiento suscite más tono del que es capaz de gastar y que el acto, al ejecutarse, no agote las actitudes que hace nacer. En otros términos, son sujetos en quienes la acomodación postural domina sobre las necesidades, las posibilidades o las realidades de la acción: los impacientes que se adelantan a lo que tienen que hacer, los inquietos que sólo se abandonan a la acción con exceso de preparación y retención de la ejecución, los ineptos que, al no disponer, ni en la esfera motriz ni en la esfera mental, de medios útiles para realizar los fines de su inconstancia profunda traducen su imposibilidad en irritación y en cólera. También hay tareas y oficios que hacen predominar la expectativa, la vigilancia, la preparación, la previsión sobre la realización efectiva. Un ejemplo común de esto es el mal humor proverbial de los cocineros, cuya causa sería ésa.[52]

La cólera puede desenvolverse en dos direcciones opuestas: centrípeta o proyectiva. Tanto parece volcar sus golpes contra el sujeto mismo como desencadenarlos sobre lo que lo rodea. Hemos visto ya cuál es la doble significación de los golpes dados sobre sí mismo. Pueden servir al espasmo emotivo, sea de equivalente o bien de alimento periférico. Parece que la cólera vuelve a encenderse y actualizarse bajo los golpes que el sujeto se da, como si los recibiera de otro; al mismo tiempo responden a su necesidad exaltada de golpear. Pero su violencia no es eficaz sino cuando se expresa con la exasperación del espasmo profundo; de lo contrario, el espasmo, al abolir toda sensibilidad,

[52] Un ejemplo contrario es el del pintor de edificios que, trepado en una escalera, el tórax activo, el brazo animado de largos movimientos rítmicos, cada uno de estos movimientos produce su efecto sobre el muro y él canta trabajando. Habría que hacer, desde este punto de vista, una psicología de los oficios que no carecería de interés para la orientación profesional.

extingue las manifestaciones de la cólera bajo la presión de una contracción total. De manera que los golpes son, al mismo tiempo que un alimento, un revulsivo. Al provocar las reacciones de la cólera abren una salida a la excitación profunda. Como ya lo hemos visto, la cólera es en muchos casos resolutiva.

En la cólera centrípeta domina la angustia. Es más frecuente en el niño que en el adulto, en la mujer que en el hombre, porque está más cerca de sus orígenes orgánicos. La cólera proyectiva, que está hecha de reacciones sobre el medio, que hace participar al ambiente de sus manifestaciones, que se exterioriza en escenas más o menos expresivas, que puede ejercer una acción de intimidación sobre los que lo rodean, es una forma más socializada, más evolucionada. Aunque frecuente en el idiota y de aparición muy precoz en la especie, la cólera es una reacción organizada que Preyer dice no haber observado en su niño antes del 10º mes.

e) Incertidumbres posturales y miedo

El miedo se origina, como toda otra emoción, en reacciones elementales cuyo punto de partida es una sensibilidad orgánica. Pero son reacciones diferentes de aquellas sobre las que se desarrolla la cólera, por ejemplo. Yo indiqué, hace algunos años, la relación, de alguna manera específica, que existe entre las reacciones de equilibrio y el miedo;[53] mostré cómo sus efectos y sus motivos se refieren a una disminución de equilibrio, a una brusca incertidumbre sobre la actitud a tomar. Después, la misma opinión fue sostenida al menos parcialmente por diferentes autores. Watson [54] señala que la falta brusca de sustentación y los ruidos violentos provocan, desde el nacimiento, los diferentes reflejos del miedo. Recientemente Pieper [55] asimilaba las reacciones primitivas del miedo a los reflejos laberínticos, y Blonsky,[56] cuando interrogó a niños respecto de sus recuerdos

[53] Wallon, *L'enfants turbulent*, ed. cit.
[54] Watson, en *Ped. Seminar.*, XXXII, 1925, pp. 328-348 y 349-371.
[55] Pieper, en *Jahrbuch f. Kinderheilk.*, 1926, Bd. III.
[56] Blonsky, en *Arch. f. gesamte Psych.*, 1929, Bd. 71, 4.

más antiguos de miedo, comprobó que éstos se relacionaban, en una gran mayoría, con impresiones de caída y de dolor.

Al recordar las observaciones de Preyer y de Stern sobre los gestos que producen en el recién nacido cuando es abandonado a su propio peso mientras se baña, o cuando se hunde bajo él la superficie que lo soporta, señalé que éstos se confunden con los reflejos laberínticos de Magnus y Kleijn. En el estremecimiento que provoca en el niño un ruido violento, mostré una reacción tónica de un tipo arcaico y cuya causa, en esta edad en que las fibras acústicas no están mielinizadas, parece más bien imputable a la conmoción que provoca el sonido que al sonido mismo, a la solidaridad del aparato auditivo y del aparato laberíntico más bien que al oído propiamente dicho. El cierre brusco de los párpados forma parte del estremecimiento. En cuanto a los otros reflejos oculares que pueden observarse desde las primeras semanas, bajo el choque de la sorpresa, son movimientos más o menos rápidos de lateralidad, que manifiestamente no tienen nada de un reflejo visual, pero están muy cerca de los que producen una excitación de los laberintos. A veces son lo suficientemente rápidos para recordar el nistagmo. El temblor que Preyer pudo comprobar desde las primeras horas de la vida es, como el nistagmo, una perturbación que depende ya del aparato laberíntico, ya de los centros reguladores del tono. Finalmente, la brusca inmovilización que sigue a una impresión súbita o sorpresiva que Stern observó entre el 3º y el 6º mes, Preyer en la 22ª semana, y la pausa de algunos instantes que, más tarde, precede a las reacciones del miedo, en particular después de una caída, son efectos completamente análogos a la suspensión de gestos y de gritos que es fácil de obtener en el recién nacido alzándolo o bajándolo rápidamente, y a la suspensión de actividad que se observa en el pájaro puesto de espaldas. Son reflejos de inmovilización cuyo origen laberíntico es indudable. Éstos pueden ya sea fijar al sujeto en la actitud que tenía, como en el caso descrito por Preyer: así se expresa el sobrecogimiento del horror; ya sea causar la resolución muscular, el hipotono: es el ictus del miedo. Entre los accidentes físicos más adecuados para provocarlos figuran las caídas, por ejemplo las caídas de caballo, es decir, accidentes en que un brusco desplazamiento en el espacio pre-

cede al dolor, lo hace insensible, y, en consecuencia, es el único que puede explicar esta supresión de actividad motriz, postural y mental.

La importancia en el niño, de las sensaciones relacionadas con las reacciones de equilibrio y con las excitaciones laberínticas puede medirse, como lo hemos visto, por la influencia que tienen sobre él los movimientos de balanceo y de acunamiento. Su afinidad con el miedo en el adulto está señalada por el número de diversiones fundadas sobre las impresiones de miedo, cuyo dispositivo es provocar las excitaciones laberínticas: montaña rusa, calesitas, toboganes, etcétera. Blonsky comprueba, en el niño, que el miedo a caer parece anterior a toda experiencia; aun antes de haber tratado de caminar, quiere ser sostenido. Pero las relaciones entre el miedo y el equilibrio son bastante más asombrosas si se trata de adultos que sufren de miedo sin causa, de miedo patológico; el efecto más habitual de estos miedos es retroceder hacia el equilibrio y hacer de esto un motivo de aprensión. La más general, la más fundamental de las fobias es la agorafobia, el miedo a los espacios abiertos, el miedo de caerse si la mirada no encuentra un objeto al cual aferrarse para evitar la tan temida caída. La agorafobia es una regresión hacia las formas infantiles, hacia los orígenes del miedo. Acarrea la duda, la incertidumbre sobre las actitudes de la posición y la marcha. Puede conducir a la astasia-abasia, que es la imposibilidad de caminar, de mantenerse parado, que resulta de esta incertidumbre. Pero, por otra parte, la agorafobia, está conectada a toda otra incertidumbre sobre el dominio de las actitudes. En particular, sus manifestaciones están en estrecha conexión con las que puede suscitar la incertidumbre respecto de la actitud a tomar en presencia del otro. Esta actitud puede acarrear, según lo hemos visto, exactamente los mismos efectos que la agorafobia: perturbaciones del equilibrio, caminar vacilante, asinergia y torpeza de los movimientos, temblor.

Resultado de excitaciones relativas a las rupturas del equilibrio, el miedo está unido a todo desorden que sobrevenga en el dominio de las actitudes. Ésa es la causa esencial. Puede producirse por motivos que parecen fútiles, mientras que circunstancias que interesan de cerca a la seguridad personal del niño pueden dejarlo indiferente. Animales cuyo solo aspecto

debía resultarle temible, pueden, hasta los 2 años y medio ó 3 años, no despertar en él ninguna reacción de temor, pero se asustará si, contra lo acostumbrado, ve a su madre con gente o con un sombrero en la cabeza. Como lo señala Stern, no es la total novedad de un objeto o de una situación lo que puede asustarlo, es la mezcla de lo conocido con lo desconocido, es la alteración de algo que le es familiar por algún detalle, por una circunstancia imprevista, o el brusco reconocimiesto, en un conjunto nuevo para él, de un detalle que le es familiar. Preyer cita varios hechos que pueden explicarse de esta manera, aunque da, para cada uno, una interpretación particular y puramente episódica. Además del niño aterrorizado al ver a su madre con guantes y un sombrero, está el niño que se asusta ante un juguete cuando, al apretarlo su madre, extrae de éste un sonido; que mira serio e interesado una familia de cerditos y que se da vuelta gritando cuando los ve con la madre mamando; que no se asusta al ver un perro que va hacia él, pero sí al ver un perro en brazos de su niñera; que queda indiferente ante el tintineo de un vaso, mientras que lo llena de miedo el sonido agudo que resulta al frotar el borde del vaso con los dedos húmedos, mientras que en la misma época el ruido de una tormenta lo hace reír. Y para mostrar que el temor ante lo insólito existe también en el animal, Preyer describe el miedo de su caballo cuando él, al poner pie en tierra, se encorvaba a su lado para disparar sobre su presa.

A Stern se deben diferentes ejemplos que muestran que lo insólito por sí sólo no basta para provocar miedo, sino que debe darse en algo que sea bien conocido por el niño. Así, el niño no se asusta ante Papá Noel, sino en el instante en que en la voz de Papá Noel reconoce la voz de su padre. Un extraño lo inquieta tanto más cuando es susceptible de recordarle cierta persona de su ambiente, pero sin dejarse asimilar completamente a ella. Es, invirtiendo los términos, un caso idéntico al de los padres que asustan al niño por su vestimenta inusitada o cuando reaparecen después de una ausencia un poco prolongada. Se produce entonces, según la expresión de Stern, como una lucha entre lo desacostumbrado y lo acostumbrado y de esa lucha nacería el miedo. Pero, su fórmula, además de ser un poco abstracta, no es aplicable a todos los casos relatados por

él mismo, y se ve obligado a encontrar otros que sean más apropiados. Por ejemplo, el terror que hace presa del niño cuando su hermana, que jugaba cerca de él, es puesta bruscamente a su lado en la misma bañera, provendría del hecho de verla abandonar súbitamente su esfera de contemplación para entrar en su esfera de acción. El miedo que manifiesta, cuando una melodía que seguía con estremecimientos de alegría, termina con una nota indefinidamente prolongada, se explicaría por el aislamiento de esa nota, por su oposición gradual al conjunto del que formaba parte, por su aspecto desacostumbrado. Pero, observable ya entre los 2 y los 7 meses, este efecto debe tener orígenes más primitivos, pues a esta edad el niño es completamente incapaz de sobrepasar su impresión actual, de unir los momentos sucesivos de su percepción, de retener la imagen de momentos determinados y de compararlos con el momento presente para ser sensible a su aislamiento frente al conjunto.

Entre todas estas causas de miedo hay, en realidad, una fundamental identidad. Para reconocerlo, basta referirlas a su mecanismo psicológico. Si un objeto completamente nuevo no asusta, se debe a que la acomodación postural resultante de su percepción se produce sin obstáculo ni conflicto, sobre todo en el niño sin experiencia, sin hábitos ni recuerdos. Si el objeto más familiar es el más adecuado para suscitar el miedo, cuando se presenta con un aspecto desacostumbrado, es que la actitud acostumbrada choca con la que suscita el aspecto nuevo del objeto. Al impedirse mutuamente su realización, siembran el desorden en el dominio postural. El mismo obstáculo recíproco entre las actitudes que responden a la esfera de la contemplación y a la esfera de la acción, cuando el niño, antes separado de su hermana por las paredes de su bañera, bruscamente la ve dentro de ella, a su lado. Y el sonido que se prolonga indefinidamente puede suscitar, aun en el adulto, un sentimiento de aflicción, no porque se aisle de un conjunto, de una melodía, por ejemplo, sino porque mantiene en suspenso y sin resolución, sin previsión de resolución, la expectativa que provocó, porque mantiene a quien lo escucha en una incertidumbre tan profunda, en un desequilibrio tan total, que perturba hasta su respiración, interrumpe su actividad, y lo hace incapaz de fijarse, de realizar una fórmula, un estado de acomodación, una actitud definida. La actitud a tomar se diluye, causando la misma impresión de aquel que siente deslizarse el piso bajo sus pies. Entonces, el miedo se debe a un desfallecimiento en el dominio de las actitudes y en el del equilibrio.

Unido al juego de las actitudes, el miedo puede presentar varios grados y formas. En su aspecto más masivo y más bruto, responde a las situaciones catastróficas que sobrepasan de tal manera nuestros medios motores o conceptuales, que toda clase de firmeza llega a ser imposible, exactamente como está negado todo esfuerzo de equilibrio a aquel que no tiene punto de apoyo. El desorden tiene entonces algo de absoluto, confina con el vértigo; el miedo tiende a la abolición de toda actividad, al desfallecimiento total del tono, al ictus.

Puede traducir también el conflicto entre dos actitudes inconciliables y el estado de incertidumbre o de suspensión penosa que resulta de éste. En este caso, supone un acostumbramiento, una preadaptación que el acontecimiento desconcierta. Tanto si el sujeto es sorprendido de improviso en sus hábitos, como si es burlado en la expectativa. Puede entonces, o ignorar totalmente el riesgo posible o preverlo y temerlo, a veces lo considera mucho más probable que la eventualidad contraria. A medida que el miedo se desplaza de la sorpresa causada por el acontecimiento imprevisto hacia el miedo por el accidente temido, es más fobia que pavor, y los efectos hipertónicos de la angustia remplazan a los estados de hipotonía o de catalepsia que responden a los casos de espanto y de terror.

Cuando autores como Stanley Hall hablan de miedo estimulante, se refieren necesariamente al miedo hipertónico, que resulta de cierta expectativa o espera. La mujer que teme a su marido o a su amante, el niño que teme a sus padres pueden experimentar cierto placer porque, según él dice, renace en ellos el gusto por las aventuras, que desarrollaron en el hombre primitivo las aprensiones continuas en medio de las que vivía. Pero un mecanismo mucho más inmediato da cuenta de semejantes efectos. Toda espera se acompaña de un estado de tensión tónica que aumenta a medida que se prolonga y que puede trasformarse en angustia. La resolución de este hipertono puede volcarse, como hemos visto, en espasmos de placer, en orgasmo, como en algunos melancólicos. Así sucede en la

mujer que teme ser sorprendida con su amante por su marido, o en el niño que vive en el continuo temor de lo que lo rodea.

El hipertono puede derivarse también en diversas manifestaciones de emociones agradables o de actividades. Los juegos tan frecuentes en el niño, desde su nacimiento, en los que parece divertirse con su miedo: jugar a evitar una palmada dada en broma, jugar al escondite. Su placer está en proporción a la espera o expectativa. Una sorpresa que no es esperada, dice Groos, no puede ser objeto de juego. Pero no es la espera indiferenciada, es la expectativa de un acontecimiento previsto, es una adaptación previa a este acontecimiento, es una actitud tomada en vista a este mismo acontecimiento. Sólo hay placer si el acontecimiento concuerda con la actitud o la expectativa. Para evitarse una decepción, el niño habitualmente exige de su compañero de juego que actúe de una manera estrictamente determinada.[57] Un resultado contrario a su expectativa pone al niño de mal humor.

En definitiva, no hay juego si no se realiza este acuerdo entre el acontecimiento y la expectativa diferenciada que es una actitud previa. Cuando el acontecimiento es contrario a la expectativa, produce angustia o despecho. Cuando hace imposible toda otra actitud, a falta de la actitud prevista, produce miedo.

f) Emociones y desdoblamiento espectacular

A partir de los estímulos orgánicos que son el origen de las emociones fundamentales, los efectos de la emoción se desarrollan y se diferencian bajo la influencia conjugada de la sensibilidad que ellos ponen en juego y de las estimulaciones que el ambiente social ejerce sobre esta sensibilidad. La preponderancia primitiva de las reacciones orgánicas tiende gradualmente a borrarse frente a la preponderancia de impresiones que experimenta el sujeto y a subordinarse a ellas. A medida que una

[57] Éste es un factor que es necesario tener muy en cuenta para explicar "las reglas del juego". Las significaciones contractual y recíproca que Piaget invoca exclusivamente, son frecuentemente secundarias. Véase J. Piaget, *Le jugement moral chez l'enfant*, Alcan, París, 1932.

emoción se humaniza, tiende a hacerse más espectacular; y cuanto más cultivado es aquel que la experimenta, el espectáculo tiende a pasar de exteriorizado a íntimo. Algunas emociones no comienzan a existir con su matiz específico, sino a partir del momento en que el sujeto que las experimenta llega a ser capaz de asistir a ellas por una especie de desdoblamiento íntimo, y no tiene necesidad de dar el espectáculo al otro para realizar él mismo todo el patetismo. Tal el caso de la tristeza.

Algunos autores la consideran similar a la alegría, como si hubiera un exacto paralelismo entre ambas. Sin embargo, sus orígenes pertenecen a diferentes planos de la vida psíquica. Mientras que la alegría nace con el libre estallido del movimiento, la tristeza es de aparición relativamente tardía en el niño: no se encuentra en el idiota; es, entre las emociones, una de las primeras que se hace imposible cuando se reduce el horizonte psíquico del individuo, sea bajo la presión del espasmo que anula la sensibilidad de relación, sea por degradación de sus aptitudes mentales, de su inteligencia, de su imaginación; finalmente, es la más evolucionada de todas, la más socializada. Ninguna otra parece haber obtenido su conformación por influencias colectivas, tanto como la tristeza. Ninguna retorna, como ella, hacia formas rituales, cuando llega a la exaltación. Basta asistir a ciertas lamentaciones fúnebres para reconocer allí un tono de melopeya, de actitudes postreras, en éxtasis o sagradas y de procedimientos dramáticos, que no pueden ser de origen ni de intención estrictamente individuales.

El dolor puede ser individual. No hay tristeza sin compasión por sí mismo, es decir, sin un punto de vista sobre sí mismo que es el de los otros. En la tristeza, el individuo reconoce necesariamente cómo la existencia de los otros está implícita. Anuncia o supone ya las diversas alternativas a través de las cuales el niño aprende a delimitar su noción del otro y la propia persona. Es ésa una etapa decisiva que estudiaremos más tarde.[58]

[58] Véase la Tercera parte.

Capítulo 8

PSIQUISMO Y TONO

Antes del año, el comportamiento del niño presenta dos rasgos particularmente notables. Por una parte, la impericia total de sus relaciones con el exterior, su imposibilidad de efectuar por sí mismo ninguno de los actos que son los más necesarios para su bienestar y su subsistencia, la indispensable necesidad que tiene del otro para cada una de sus necesidades. Por otra parte, el desarrollo y la maduración muy precoces de sus manifestaciones afectivas, que son el acompañamiento exclusivo de todas sus versatilidades.

Esta simultaneidad puede considerarse como un simple encuentro imputable a causas puramente negativas o mecánicas. La falta de toda otra actividad, dejaría el campo libre a las reacciones orgánicas y afectivas, y, éstas no podrían hacer otra cosa que ocupar todos los instantes en que el niño no está en reposo. En cuanto a la anterioridad del comportamiento afectivo en relación con los otros, debería ser explicada por la sucesión que mecánicamente debe seguir el crecimiento del organismo. Sería necesario no profundizar demasiado las razones de esta sucesión, para no tener que preguntarse si no es el crecimiento mismo el que fijó las condiciones mecánicas observables hoy, que fijan las etapas en el orden en que ellas se adecuarían mejor a las condiciones frente a las que se encuentran por el desarrollo progresivo del niño.

Es posible otra actitud. Considerar que sus ineptitudes prácticas y la exuberancia de sus reacciones afectivas forman un conjunto. Habría compensación de las primeras por las segundas.

El problema que se plantea es, pues, el de saber el papel que podría tener la afectividad en el comportamiento, para suplir la imposibilidad de realización y eficiencia personal. ¿No sería hacer participar al otro en la satisfacción de nuestras necesidades, al hacerlo participar de nuestra sensibilidad? En efecto, las manifestaciones afectivas o emotivas tienen un poder que parece serles esencial y cuyos efectos están entre los primeros signos de vida psíquica observables en el lactante que sonríe ante la sonrisa de su madre y grita cuando oye gritar. Por intermedio de las reacciones que la expresan, la emoción de uno llega a ser la emoción del otro, sin que haya necesidad de otro motivo más que estas mismas reacciones. La emoción establece así una comunión inmediata de los individuos entre sí, fuera de toda relación intelectual. En consecuencia, conviene a las situaciones y a los agrupamientos en que las razones conceptuales son imposibles o no tienen vigor. Es el único medio de expresión del lactante que se encuentra frente a lo que lo rodea; es el lazo de acciones gregarias; de utilización ritual en las sociedades primitivas o las agrupaciones religiosas, para dar cuerpo y fuerza a las realizaciones o a las exaltaciones colectivas.

Pero remontar a los orígenes de este poder, es reconocer, además, otro papel al factor emotivo. Las relaciones interindividuales que él hace posibles presuponen en cada individuo la estrecha combinación del gesto expresivo y de la sensibilidad que le responde. Es también desnaturalizarlo suponer, como lo hace W. James, que la sensibilidad es un simple epifenómeno de las reacciones periféricas o, como la psicología tradicional, que el gesto no es más que un medio de lenguaje para la sensibilidad. La concomitancia de ambos es esencial. Su desarrollo es en todo instante recíproco. Y gracias a esta acomodación simultáneamente motriz y mental, gracias a esta plasticidad indivisible, pudo, junto con la emoción, aparecer la conciencia.

El papel que juega en la vida psíquica se debe al dominio particular de la sensibilidad y del movimiento de donde nace la emoción, dominio de la sensibilidad y de las reacciones posturales. Es el dominio de las actitudes, es decir, de una actividad muscular que está más en relación con el cuerpo mismo que con los objetos exteriores. Esta distinción responde a la que Sherrington hizo para la sensibilidad, cuando la dividió en sensibilidad propioceptiva y exteroceptiva. También Cannon propone dividir la movilidad en movilidad propiofectiva y exterofectiva. La movilidad propiofectiva está fundada en la contracción tónica de los músculos. En tanto que la movilidad exterofectiva resulta de sus contracciones fásicas, es decir, de sus reducciones rápidas; la función tónica es, por lo contrario, la que mantiene en todo momento los músculos en la forma que han tomado y que le da un grado variable de consistencia. Esta función al ejercerse sobre todos los músculos del cuerpo regula constantemente sus diferentes actitudes. Los estados de hipotonía, de hipertonía o de espasmo de donde proceden las emociones se deben también a las variaciones locales o generalizadas del tono, pues a las modificaciones del tono y de las actitudes están ligadas las modificaciones de la sensibilidad afectiva. Entre las dos hay reciprocidad de acción inmediata. Así se especifican y se intensifican las emociones.

a) Los aspectos patológicos y experimentales del tono

¿No es oportuno examinar, junto al papel del tono en las emociones, cuál es su naturaleza y si ésta concuerda con los efectos que nosotros le asignamos? Si no lo hiciéramos, la teoría de las emociones aquí propuesta, ¿no estaría falseada desde la base? En efecto, esta objeción merece tenerse en cuenta, dado que la naturaleza del tono se presta a contradicciones. Pero para responder, es necesario comenzar por plantearse un problema de método, que se refiere a las relaciones de la función con sus factores elementales. ¿Debe ser reducida la función a dichos factores, como a sus condiciones predeterminadas e incambiables? ¿O bien, sus realizaciones son, de alguna manera, el hecho esencial en relación con el cual los elementos serían intercambiables y modificables? En otros términos, ¿la naturaleza o la definición de los elementos domina las realizaciones de la función? ¿O puede haber allí ciertas disparidades o discordancias que la función resuelve al realizarse?

El estado presente de la física nos da un ejemplo notable de este problema. Entre el efecto a explicar y los elementos

que sirven para explicarlo, hay tan poca homogeneidad fundamental que lo único que puede ser revelado por los matemáticos es una relación de probabilidad. Aun más, es necesario, para dar cuenta de los efectos observables, hacer coexistir en los elementos factores inconciliables hasta el presente. ¿Es éste un estado provisorio? Las necesidades ontológicas de nuestro espíritu exigen, quizá, que las juzguemos así, pero su actividad heurística parece acomodarse a esto.

De un modo mucho más concreto, el polimorfismo del tono en sus diferentes empleos nos va a mostrar que no es necesario ir de éste a aquéllos, sino a la inversa, es decir, del hecho a sus condiciones, de la función a sus medios o a sus órganos,[59] del conjunto a sus partes. Pues el poder determinante está en aquello que se realiza, no en lo que sirve a la realización.

En la actividad motriz, la mayor diferenciación que se hace, la diferenciación funcional, es la de actividad propiofectiva y exterofectiva. El movimiento ameboidal todavía las confunde: la locomoción está ligada a los cambios de forma de la masa protoplasmática. Todavía ocurre lo mismo en el estado de gástrula donde las paredes del cuerpo al cerrarse sobre su contenido, a la manera de un receptáculo contráctil, provocan sus desplazamientos en el medio líquido. Después, se hace gradualmente la distinción entre las funciones plástica y cinética. ¿Es la consecuencia de una diferenciación concomitante entre las condiciones fisiológicas y orgánicas que corresponden a cada una de ellas, o bien, estas condiciones, en lugar de ser específicas y determinantes, son susceptibles de variar con los diferentes grados o formas de la función? Esto es lo que nos va a aclarar el estudio del tono en la diversidad de sus empleos y de sus mecanismos.

Una primera teoría, de coherencia y lógica totalmente clásica, es la de Bottazzi,[60] que hace partir la diferenciación de la base. Habría en el músculo dos órganos intrincados que responderían uno a la función cinética o exterofectiva y el otro

[59] Es así, por ejemplo, como ciertos insectos acuáticos, después de la amputación de las patas delanteras, utilizan las antenas como antes utilizaron las patas.

[60] Es la que expuse en *L'enfant turbulent*.

a la función tónica o plástica. Las miofibrillas, o sustancia anisótropa de los músculos estriados, son el órgano de acortamiento muscular y en consecuencia de los movimientos realizados por los miembros en el espacio. El sarcoplasma, que rodea las miofibrillas, es el que mantiene los músculos en la forma que ellos han tomado. Esta dualidad de órganos se encuentra también en la inervación. Dos clases de fibras nerviosas llegan al músculo: fibras de mielina salidas del sistema cerebro-espinal, que inervan las miofibrillas; fibras amielínicas, pertenecientes al sistema de la vida vegetativa o sistema autónomo, que inervan el sarcoplasma.

El dualismo continúa finalmente en las condiciones energéticas de las dos actividades. En tanto que el metabolismo de las funciones exterofectivas es una combustión, una oxidación de hidrocarbonos, los trabajos de Pekelkaring y Hoogenhuyze pusieron en evidencia otro metabolismo que parte de los albuminoides para llegar a la formación de creatina y de creatinina: sería el metabolismo propio de la función tónica. El metabolismo de los albuminoides sería tan económico que con el metabolismo de los hidrocarbonos la relación del rendimiento en el trabajo es débil. En lugar de un gasto calórico muy excesivo, éste se acompaña de un enfriamiento. Convendría entonces sobre todo a una actividad continua, como es la de las actitudes, que deben resistir sin cesar a la acción de la pesadez.[61] Según la función que predomine en cada uno de ellos hay en los músculos un desarrollo variable del aparato miofibrilar y del aparato

[61] Es inútil insistir aquí sobre el papel de estas dos funciones químicas en la contracción muscular. Después de las investigaciones de muchos químicos que trabajaron por separado, pero concertadamente, parecería que sus relaciones fueran inversas a las que supone la teoría dualista de la contracción muscular. El ácido láctico que depende del ciclo hidrocarbonado, lejos de ser el resorte de la contracción fibrilar, estaría en muy pequeña cantidad en la miofibrilla. Es a la hidrólisis del ácido creatin-fosfórico (fosfágeno) a la que se debe la brusca explosión de energía que pone el músculo en tensión y que le hace operar su trabajo mecánico. El papel de la fermentación láctica parece ser solamente el de proveer la energía necesaria para la resíntesis del fosfágeno a expensas de la creatina y del ácido fosfórico. En cuanto a la oxidación, no interviene más que, por una parte, para completar la resíntesis del fosfágeno y, por otra, para hacer posible la resíntesis únicamente aerobia del glicógeno a expensas del ácido láctico. Según la exce-

sarcoplástico. Los músculos vertebrales y los músculos masticadores están dominados por la acción de la contragravedad *(antigravity)*. Igualmente, es en éstos donde predominan los espasmos de las crisis emotivas: rechinamiento de los dientes, trismo, temblor de las mandíbulas, contorsiones de la nuca y del tronco, en particular en el niño pequeño y en la crisis histérica. Su composición es muy diferente y se manifiesta en los roedores por su tinte de un rojo más oscuro. Entre estas dos funciones, simplemente yuxtapuestas en los músculos, la colaboración en acciones comunes estaría asegurada por centros que se escalonan en la médula, en el mesencéfalo, en los núcleos subcorticales y hasta en la corteza.

Desgraciadamente, algunos hechos acaban por contradecir a esta teoría que permitiría, según el ideal clásico, deducir los efectos de las premisas. Toda contracción, por ejemplo, es decir, toda hipertonía, no es acompañada por un enfriamiento. En oposición a la contracción del hemipléjico, la contracción en el sindrome de Parkinson acarrea una producción de calor y un gasto de energía que hacen que se caracterice esencialmente, según Froment, por un estado de fatiga muscular. Pero sería posible, en uno y otro caso, que la hipo y la hipertermia fueran explicables por acciones que se sobreagregarían a la acción muscular: inmovilidad y perturbaciones circulatorias en el hemipléjico, excitación de las funciones vegetativas en el parkinsoniano.

Los electromiogramas tienen una significación mucho más decisiva. Cuando un músculo se contrae desarrolla corrientes de acción, que son registrables con la ayuda de galvanómetros muy sensibles, como el galvanómetro a cuerda de Einthoven.[62] Para los músculos de fibras lisas en los que está en juego sólo la contracción sarcoplástica, la cuerda sufre una simple desvia-

---

lente fórmula de L. Génevois, "el análisis químico del músculo aislado muestra, entre la oxidación y el trabajo muscular, por lo menos dos reacciones químicas engranadas una en lo otra, como dos ruedas dentadas, por una parte, pero, por otra, completamente independientes". Cf. *Le travail humain*, I, nº 3, setiembre 1933, pp. 313-320.

[62] Actualmente remplazado por el oscilógrafo catódico, mucho más sensible (*N. del T.*).

ción. En las contracciones voluntarias de los músculos de función cinética, que ponen en juego esencialmente el aparato miofibrilar, la cuerda registra alrededor de 50 oscilaciones por segundo. Es el ritmo conocido con el nombre de ritmo de Piper. Pues estas oscilaciones no son sino más acentuadas en las contracciones que provocan el desplazamiento de los miembros. En las contracciones en el lugar, es decir, en las contracciones de actitudes, también se producen. Se observan en particular en la catatonía, en que el sujeto conserva automáticamente las posiciones dadas a los diferentes segmentos de su cuerpo y donde, desinsertada de la función cinética, la función de las actitudes parece actuar por su propia cuenta.

Este cruzamiento de la función miofibrilar sobre la función tónica resulta evidente de los análisis de la contracción muscular hechos por Langelaan. Mostró que no hay acortamiento muscular, es decir, acción cinética, sino en el instante en que todos los haces musculares se contraen y en que sus contracciones son sincrónicas. Hay simple tono, es decir, contracción en el lugar, cuando no hay sincronismo entre los haces y cuanto éstos no entran todos en acción. El movimiento se intercala entre un período tónico de intensidad creciente y un período de intensidad decreciente. En primer lugar se producen contracciones aisladas, esparcidas en la masa del músculo; le suceden otras más y más numerosas y compactas, pero todavía no sincrónicas. Después, habiéndose ejecutado el movimiento por una contracción sincrónica de todos los haces, las contracciones fasciculares prosiguen, pero asincrónicas y cada vez menos numerosas.

Hay, pues, dos componentes del tono, uno plástico y otro contráctil. Son distintos pero están estrechamente asociados, siendo el tono plástico mantenido y regulado por las fibras nerviosas que dependen del sistema vegetativo, pero cuyo núcleo de origen está en la médula y es el mismo que el del tono contráctil. Muy débil, habitualmente está encubierto por el tono contráctil. Pero, con la ayuda de diferentes tóxicos es posible disociarlos. Entre las estimulaciones a las que reaccionan hay algunas más específicas para uno u otro. El tono plástico es influido sobre todo por incitaciones interoceptivas que provienen en particular del intestino, la vejiga y los órganos genitales.

Otras provienen del laberinto y tienen una acción notable sobre el tono contráctil. El tono reacciona también a influencias que provienen del músculo mismo o influencias idiomusculares; a influencias propioceptivas que tienen su punto de partida en las articulaciones, los ligamentos, los tendones y que responden al juego de las actitudes. Sufre, finalmente, la acción de impresiones exteroceptivas, en particular, las que tienen por origen la piel y la retina.

Simultáneamente modelado por las variaciones que llegan a producirse tanto en el ambiente como en las vísceras y en la actividad misma del sujeto, el tono sirve de tejido a la vida efectiva. Pero, indispensable a las manifestaciones o a las funciones que lo modelan, utilizando y diversificando los efectos que puede proveer, evidentemente el tono no podría dar cuenta de ellas. Examinado en sus diferentes usos, es decir, en lo que es el objeto más directo de nuestra experiencia y de nuestras comprobaciones, también parece diferenciarse en tonos de diversas especies.

Así se ha distinguido un tono residual, o tono del músculo en reposo; un tono ortostático que asegura la posición de pie y cuya superficie de excitación periférica es la planta de los pies; un tono de equilibrio o laberíntico; un tono explosivo que responde a los movimientos en preparación; un tono de sostén que sufre y soporta gradualmente los movimientos en curso de ejecución; un tono catatónico que sirve para la conservación de las actitudes. Sin embargo, la diversidad de sus características no autoriza a yuxtaponerlas simplemente como si cada una dependiera de una naturaleza o esencia particular. Sería lo mismo que yuxtaponer como entidades diferentes el agua corriente del molino, el agua en estado de vapor de la caldera, el agua congelada del hielo. Pero, así como estas propiedades tan diferentes, tan opuestas del agua, encuentran su explicación en las condiciones físicas que ésta sufre, es necesario referir a las acciones sufridas por el tono la determinación de sus diferentes aspectos, a veces tan contrastantes.

Para esta investigación, se emplearon métodos de análisis en los que se combinaron más o menos estrechamente las comprobaciones anátomoclínicas y la experimentación. El problema fundamental fue reconocer qué forma de tono se pone en evi-

dencia por una lesión o por una sección ubicada en un nivel dado del eje cerebro-espinal.

De este modo fue establecida, en primer lugar, una gran división basada en la triple correspondencia del nivel en que se ubica la lesión, de la forma que presenta la hipertonía, de los órganos de donde la excitación tonígena extrae su origen. Cuando hay lesión en la médula, la excitación de los tegumentos en toda la región del cuerpo situada por debajo de la lesión provoca un lento movimiento de extensión en el miembro excitado y de flexión en el miembro simétrico: la contracción se llama cutáneo-refleja. Si la lesión interesa el cerebro medio, el mesencéfalo, es el juego de las articulaciones que suscita la contracción muscular; fija los músculos en el grado de acortamiento a que el movimiento los llevó: se trata entonces de contracción postura-refleja. Finalmente, en el caso en que una lesión toque el haz piramidal, que trasmite a las células motrices de la médula las incitaciones de la corteza cerebral, la hipertonía muscular es reforzada por la percusión de los tendones correspondientes: es la contracción tendíneo-refleja.

Las características de la contracción difieren entre cada uno de estos tres casos. Particularmente las de la contracción piramidal y de la contracción postura-refleja o parkinsoniana parecen oponerse entre sí rasgo por rasgo. Los músculos alcanzados por la contracción piramidal son casi exclusivamente los de los miembros y con una intensidad tanto más grande cuanto su actividad es más acentuadamente cinética o exterofectiva; tiende pues a acusarse más en las extremidades. La contracción parkinsoniana, al contrario, interesa con preferencia los músculos de la posición y del equilibrio, músculos cuya acción se opone a la gravedad, en particular los de la columna vertebral, de cuello, de los hombros y de la pelvis. En la contracción piramidal, la resistencia a las tentativas que se hacen para reducir la posición en que se mantienen los miembros por la acción de los grupos musculares cuyos movimientos tienen mayor vigor, flexores en los miembros superiores, extensores en los inferiores, se acrecienta a medida que esta posición se modifica más. En la contracción parkinsoniana, la resistencia consiste en simples sacudidas, todas semejantes entre sí, y que no impiden poner los miembros en una posición cualquiera. La

contracción piramidal protege pues las posiciones invariables. La contracción parkinsoniana depende, en cada miembro y en cada segmento de miembro, de la posición dada a otro segmento o a otro miembro, de la dirección tomada por la cabeza, la mirada o solamente por la atención (Froment). Ella es modificada, pues, por las actitudes físicas o mentales y aumenta con la emoción. La contracción piramidal es poco o nada sensible a estas influencias psíquicas, pero es exagerada por las tentativas de movimiento y por el esfuerzo muscular, en caso que éste llegue inversamente a las impulsiones motrices de suspender la contracción parkinsoniana (kinesia paradojal). El movimiento que tiende a efectuarse trae como consecuencia, en el caso de lesión piramidal, una generalización del esfuerzo al activar otros sistemas de contracciones musculares o sincinesia. Los movimientos que ejecuta el parkinsoniano tienden, con frecuencia, a inmovilizarse, sobre todo cuando se repiten, en una actitud en relación con ellos.

En un caso sincinesia, en el otro bloqueo postural; en un caso contracción motriz, en el otro contracción de actitud; en un caso pocas o ninguna conexión tono-psíquica, en el otro el máximo de estas conexiones.[63] Parecería que en un caso el tono debiera tener por dominante su componente miofibrilar o contráctil, en el otro su componente plástico o sarcoplásmico. Sin duda es parcialmente así. Pero en contra de lo esperado, la contracción piramidal se acompaña de enfriamiento, con la contracción parkinsoniana aumenta el calor, y las dos presentan el ritmo de Piper, que es el ritmo miofibrilar. Una prueba de que una función se realiza sin subordinarse estrictamente a las diferenciaciones de sus factores elementales.

La clínica y la anátomo-patología permitieron hacer otras distinciones, particularmente en el dominio de las lesiones que alcanzan el cerebro central, órgano de las funciones llamadas extrapiramidales. Lo interesante de estas funciones, es también en este caso, sus estrechas conexiones con el psiquismo.[64] Sus

[63] Estas conexiones son las que traté de especificar en *L'enfant turbulent*, Segunda parte y en "Syndromes d'insuffisance psycho-motrice et types psycho-moteurs", en *Ann. méd. psych.*, serie XIV, t. I, 1932, pp. 349-384.

[64] *Ibid.*

desórdenes pueden dar la preponderancia exclusiva y permanente a otras formas de tono distintas del tono piramidal, o de esfuerzo, y del tono parkinsoniano, o de postura. El tono de sostén, que acompaña la ejecución de los movimientos, da lugar a la contracción intencional. Sobreviene en el caso de lesiones situadas más arriba que las del parkinsonismo e interesan las conexiones del pallidum con los centros que están por encima o por debajo de él. Se traduce en ocasión de un movimiento o a veces espontáneamente por una hipertonía difusa, por espasmos musculares, por atetosis. Si la lesión es todavía más elevada y toca los centros situados más arriba del sistema extrapiramidal, los núcleos optoestriados o sus diversas conexiones, la contracción llega a ser menos masiva y más móvil: sobre un fondo en que se combinan de manera variable la hipertonía y la astenia, se producen actitudes bruscamente modificadas y movimientos de corea; se ponen en acción automatismos subcorticales, como la risa y el llanto espasmódicos, por supresión del control que ejercían sobre ellos los centros inhibidores.

Las investigaciones experimentales de las escuelas inglesa y holandesa agregaron precisión a los datos de la patología. Así, Sherrington pudo estudiar, con el nombre de rigidez de descerebración, las propiedades del tono plástico, al aislar el núcleo de Deiters y sus conexiones superiores por una sección que pasa por arriba de los núcleos del VIII par. La rigidez de descerebración sólo se obtiene si hay ablación de los tubérculos cuadrigéminos anteriores, del pedúnculo cerebral y de la parte posterior de las capas ópticas. Por otra parte, una sección que pase por debajo del núcleo de Deiters trasforma la rigidez de descerebración en parálisis fláccida. A menos que el núcleo de Deiters permanezca intacto, ella persiste después de la extirpación de todo el cerebelo, después de la destrucción de los núcleos rojos, después de una sección sagital entre el puente y el bulbo, después de la sección de los cuerpos restiformes y aun de los nervios del VIII par. Disminuye con la sección de los nervios simpáticos, del costado de la sección, y es abolida, pero sólo de manera provisoria, después de la sección de las raíces posteriores de la médula, en las extremidades que responden a estas raíces; es la operación que Sherrington llama

desaferentización. La rigidez de descerebración es pues normalmente mantenida por excitaciones periféricas; pero no es esencialmente de naturaleza refleja. No exige más que la integridad del núcleo de Deiters y de la región ventrolateral de la médula espinal.

La rigidez de descerebración se traduce por la acción preponderante de todos los músculos extensores, es decir, por la extensión de la nuca, la espalda, la cola y los cuatro miembros. Es la actitud conocida con el nombre de opistótonos. El tono plástico domina: los músculos conservan la huella de las presiones que sufren; presentan la *shortening-reaction*, es decir, que el encogimiento pasivo del músculo suscita un movimiento activo de acortamiento, y la *lengthening-reaction:* su resistencia al alargamiento cede bruscamente por desaparición de su tensión. La rigidez de descerebración se acompaña de espasmos sólo a continuación de irritaciones debidas a traumatismos o a la anoxemia operatoria, pero se puede provocar clonus. En el animal descerebrado la regulación térmica queda abolida.

Ninguno de estos fragmentos funcionales podría ser asimilado tal cual a un aspecto normal de la función ni a una etapa de su desarrollo. Éstas son partes de un equilibrio roto. La destrucción de su contraparte les quitaría toda significación, aun si no los dejara incontrolados, produciría efectos absurdos. En efecto, toda diferenciación tiene como consecuencia una diferenciación complementaria. Tan pronto como una acción se produce, una contra-acción tiende a restablecer el estado anterior, a menos que intervenga la acción inhibidora de un centro superior. Tan pronto como se diferencia el órgano de alguna función, el órgano de la función antagonista se diferencia conjuntamente. Evolución análoga en el sentido vertical: todo acontecimiento de una función nueva trae como consecuencia la reordenación de funciones anteriormente existentes. Un centro que se superpone a otros, para multiplicar los medios de adaptación al ambiente, para hacerla más diferenciada, más exteroceptiva, menos subordinada a las condiciones del momento, más objetiva, asume la total coordinación de las relaciones con el ambiente, y en la misma medida, los centros subordinados pierden el poder de reaccionar por sí mismos, les es necesario, en adelante, la incitación del centro que los ha suplantado. Si la acción de este centro llega a ser suspendida, ellos producirán sus efectos mecánica e inoportunamente o, más aún, no serán capaces de producirlos; por ejemplo, en el hombre, los centros subcorticales del automatismo después de la lesión del haz piramidal.

A través de la complicación creciente de las estructuras y de las funciones, la unidad de comportamiento no se pierde, en el individuo normal. Evidentemente, puede llegar a ser más frágil al hacerse más compleja y correr más el riesgo de dislocarse. Es por eso que la patología puede ofrecer un medio de análisis. Al menos en la medida en que la actividad que decae no es suplida por otras formas de adaptación: reacciones claramente deficientes, pero diferentes, sin embargo, a lo que sería la simple suma de los efectos impartidos, en el antiguo sistema, a las funciones actualmentes restantes. Por lo tanto, es siempre la reacción de conjunto la que da su significación a las partes. El estudio analítico de una función exige que ella sea comparada siempre, tanto con el estadio anterior de evolución, en que sus órganos no estaban todavía diferenciados, en que su unidad se fundaba en la unidad global de un comportamiento mucho más simple, como con las manifestaciones más totales de su actual destino.

b) Los centros del tono

La complejidad creciente de las interacciones, que resulta de la diferenciación lograda entre éstas, encuentra su imagen en la progresiva imbricación de las relaciones que se observan entre los centros reguladores del tono. Su estudio llega a ser, con frecuencia, de los más ambiguos. Básicamente, la estrecha combinación de los factores contráctil y plástico, motor y vegetativo, resulta en forma manifiesta de su coalescencia en un mismo núcleo de la médula, el núcleo intermedio medial (Langelaan). En el mesencéfalo, al mismo tiempo que los efectos de estos factores se diversifican considerablemente, las conexiones entre los dos dominios llegan a ser tan estrechas y tan

difusas, al estar, sin duda, muy minuciosamente diferenciadas, que a la misma agrupación celular, o a agrupaciones exactamente contiguas, puede corresponderle provocar a la vez manifestaciones motrices, contracciones vesicales y pupilares, reacciones vaso-motoras, secreciones sudorales y lacrimales. Es lo que parece resultar de las investigaciones de Luys, realizadas sobre el cuerpo.

Otras veces, por el contrario, un mismo grupo de células parece concentrar las incitaciones que vienen de las regiones más diversas, en vista de funciones relativamente simples y uniformes. Tal es el núcleo rojo al que van a confluir fibras de origen cortical, estriado, talámico, cerebeloso. Los cambios de postura parecen ligados a su acción. Especialmente parece tener una influencia moderada o suspensiva sobre las acciones musculares más fuertes, las de los músculos extensores. Es una influencia que ejercen también, no solamente por intermedio del núcleo rojo, sino directamente, el cerebelo y ciertas regiones de la corteza que pertenecen al lóbulo temporal y al frontal. Una función bastante semejante es la de presidir a las actitudes que hacen pasar del reposo al movimiento, atribuida al *locus niger,* centro cuya acción tonígena, naturaleza de sus conexiones, y tipo de sus células hacen que sea visto, con frecuencia, como un centro de la vida vegetativa.

Por la excitación del mesencéfalo en sus diferentes partes y niveles se obtuvieron acciones combinadas de diferentes clases. Por ejemplo, acciones cruzadas, tales como la extensión del miembro que responde al costado excitado con flexión contralateral y, si la intensidad de la excitación aumenta, reacción semejante de los dos costados. Otra función subcortical es la distribución de movimientos en el tiempo y, en consecuencia, la regulación de su sucesión, de su tiempo, de su ritmo. Pues no hay característica más indeleble que el ritmo y el tiempo propios de cada individuo, y no hay característica que tenga más repercusión sobre su tipo psicológico.

Pero una particularidad notable es el número de centros escalonados en el mesencéfalo y también en la corteza, cuya excitación provoca reacciones similares. Sin embargo, la identidad de los efectos no debe llevar a la conclusión de que hay una redundancia de órganos estimuladores ni una identidad

de las reacciones. Pues éstas no toman su significación sino del conjunto al que pertenecen, es decir, de sus condiciones determinantes y de sus asociaciones. Condiciones propioceptivas o condiciones exteroceptivas, cada una de diferentes clases. Asociaciones variables según el plano de donde parte la excitación y según las circunstancias antiguas o actuales, de las que los centros nerviosos guardan huellas o continúan la impresión. En lugar del efecto desligado de su conjunto y siempre similar, el experimentador debe observar hacia los conjuntos de los que son testimonio cada lugar o modo de excitación.

c) Los automatismos

El escalonamiento de los automatismos en el eje cerebro-espinal muestra, también, su estrecha subordinación y su impericia casi total en los planos inferiores; después, la aparición gradual de su significación funcional y una autonomía cada vez mayor en los planos superiores. Después de una lesión trasversal de la médula espinal, pero sin sección total, las únicas reacciones que es posible obtener excitando las regiones subyacentes del cuerpo, son un lento alargamiento del miembro inferior homolateral con retracción simultánea del miembro heterolateral. ¿A qué responde este movimiento? ¿Al automatismo de la marcha, a un simple reflejo de defensa? Tanto en una como en otra hipótesis parece muy informe y desprovisto de eficacia.

El estado de rigidez de descerebración es ya compatible, en el animal, con la aparición de automatismos reflejos, tales como la posición parada, la marcha, la carrera. Pero ellos se producen sólo a continuación de excitaciones repetidas. Si las regiones subtalámicas y mesencefálicas son conservadas, el animal puede, por el contrario, pararse espontáneamente y resistir los esfuerzos que se hagan para voltearlo.

La integridad del mesencéfalo en su conjunto y, al mismo tiempo, la supresión del control que la corteza ejerce sobre él, parecen necesarios para poner en evidencia los reflejos cervicales y laberínticos, que son mecanismos de la actividad propiofectiva. Unos regulan las posiciones del cuerpo en relación

a sí mismo o, más bien, en relación con su extremidad cefálica. Los otros regulan sus actitudes en relación a su orientación o a sus desplazamientos frente a la gravedad. Unos se obtienen por flexión y extensión de la nuca, por rotación del mentón hacia la derecha o izquierda. Tienen por punto de partida las articulaciones de las vértebras cervicales superiores y, por efecto, modificar las reacciones tónicas entre extensores y flexores de los miembros, produciendo allí, para cada posición de la cabeza, una actitud determinada. En el nacimiento, estas reacciones no se obtienen ya sino muy difícilmente. Suponen la abolición de las funciones piramidales (hemiplejía, diplejía, enfermedad de Little, hidrocefalia, etcétera). En cuanto a los reflejos laberínticos, su punto de partida es el aparato otolítico, si se trata de los reflejos estáticos, en relación con la posición de la cabeza inmóvil y destinados a mantener el cuerpo en una actitud determinada. Si se trata de los que producen cuando hay desplazamiento de la cabeza, tienen su origen en los canales semicirculares. Los reflejos laberínticos difieren según el plano que ella ocupe y la dirección de su movimiento. Los que tienen un punto de partida semicircular responden habitualmente a las pérdidas de equilibrio, a las caídas o a las proyecciones en el espacio. Es posible obtenerlos en el lactante hasta los 3 meses y aun un poco después. Pueden reaparecer en el adulto en casos de sorpresa. He indicado su papel en ciertas emociones, particularmente en el miedo, a la vez como efectos y como estimulantes.

Los automatismos cuya importancia en la vida psíquica es considerable, los automatismos de la emoción, tienen sus centros en los núcleos que coronan el mesencéfalo, los núcleos subcorticales u optoestriados. Sin conexiones con la corteza más que por intermedio de la capa óptica, los cuerpos estriados forman un sistema, si no autónomo, al menos derivado en ramificaciones sobre el sistema córtico-espinal, cuyo desarrollo creciente de los hemisferios terminó por trasformarlo, en la especie humana y quizás en los antropoides, en el ordenador preponderante del comportamiento. Así se explican las características que reconocimos en las emociones, manifestaciones esencialmente propioceptivas o posturales, cuyas incursiones corren el riesgo de sembrar el desorden en la actividad de relación.

Excitando el núcleo caudado, Pagano obtuvo las reacciones de cólera y miedo. Excitando el tálamo, de donde el cuerpo estriado recibe sus fibras aferentes, Bechterew provocó crisis emocionales y, con Misslawsky, pudo mostrar su influencia sobre los movimientos del estómago, del intestino, de la vejiga, sobre los movimientos del corazón, sobre el sistema vaso-motor, sobre las secreciones lagrimales, todas manifestaciones que pertenecen de manera muy estrecha a las emociones.

Pero la sensibilidad que se asienta en el tálamo es una de las funciones que juega un papel fundamental en la vida emocional y afectiva. Todas las fibras de la sensibilidad afluyen hacia la capa óptica. Ésta es, para la sensibilidad exteroceptiva, sólo una estación intermedia intercalada entre la periferia y la corteza. Pero en el caso de lesiones que la interesen, se producen en la sensibilidad propia del cuerpo lagunas e ilusiones, algias, ya sea espontáneas, ya sea reflejas, de donde es necesario concluir que siguió siendo un centro, al menos primario, de las sensibilidades intero y propioceptivas. Si pueden observarse simultáneamente perturbaciones en la percepción exteroceptiva, es en la medida en que ésta está estrictamente subordinada a la sensibilidad propioceptiva, como, por ejemplo, la estereognosia o percepción táctil del relieve lo está a la sensibilidad articular. En monos a los que se les extirpó su circunvolución parietal ascendente, región sensible de la corteza donde se proyectan las diferentes regiones del cuerpo, y aun después de la ablación total del lóbulo parietal, centro de asociaciones intersensoriales, Minkowski pudo observar que la sensibilidad dolorosa permanecía casi intacta. Head llega a admitir que el tálamo es el centro único y terminal de la sensibilidad orgánica o sensibilidad del propio cuerpo, y que para entrar en el juego de las asociaciones corticales no es necesario que ella misma tenga su campo de proyección sobre la corteza. Para distinguirla mejor de la sensibilidad perceptiva o "epicrítica", la designa con el nombre de sensibilidad protopática. Con esta palabra quiere expresar, a la vez, su carácter primitivo, arcaico y la manera en que permanece penetrada de efectividad.

Así, por la cualidad de las sensibilidades que se asientan en él, el tálamo contribuye estrechamente a la vida emocional y afectiva. Como los centros subyacentes, continúa combinando

entre sí las reacciones viscerales y tónicas, las sensibilidades postural y afectiva. Pero, además, está en la encrucijada de dos sistemas: el sistema estriado, en el que se desarrollaron los automatismos superiores y en particular los automatismos de la emoción y el sistema cortical, que llegó a ser el órgano de la actividad gobernada por el conocimiento. Entre las dos es como un puente de sensibilidad afectiva y de reacciones vegetativas. Sin duda, por intermedio del tálamo se realizan los diferentes grados de su consonancia. Equilibrio variable según las circunstancias, las edades, el sexo, los individuos, y que puede sufrir bruscas rupturas, como lo testimonia el espectáculo de los arrebatos emocionales.

d) La catatonía y las funciones córtico-posturales

Finalmente, la forma cortical de la actividad propioceptiva en estado de aislamiento es la catatonía o conservación de actitudes. Tanto la experimentación como el análisis de sus características funcionales no dejan ninguna duda sobre la participación activa de la corteza en su producción. Utilizando una sustancia, la bulbocapnina, que en dosis conveniente puede provocarla, Schaltenbrand, por una parte,[65] Baruk y de Jong por otra,[66] mostraron que es imposible obtenerla en los animales con neopallium, después de una resección de sus hemisferios cerebrales, y tampoco en los animales sin neopallium como los peces, los reptiles, los batracios. En ambos casos la catatonía da lugar a un estado de inercia total y prolongada, que se interrumpe por intervalos de bruscas reacciones o crisis motrices cuya causa es, frecuentemente, una excitación exterior. Por otra parte, es posible provocar estas crisis en los animales que han conservado su corteza, aumentando la dosis de bulbocapnina, es decir, realizando una especie de decorticación funcional. Su complejidad varía con el nivel de los automatismos que ponen en juego. A medida que la dosis de bulbocapnina aumenta, se suceden estados de contracción interrumpidos por saltos, corridas, agitación muy marcada; gestos con cierto ritmo, estereotipados, y, en el mono, actitudes patéticas; con frecuencia se dan también los signos de la rigidez de descerebración después de crisis epilépticas; y, por último, perturbaciones vegetativas: sialorrea, vómitos, disnea, que preceden inmediatamente a la muerte. La amputación funcional siguió, grado por grado, la agravación de la intoxicación.

Otro tóxico, la escopolamina, permite diferenciar, pero en sentido inverso, la contracción catatónica de contracciones de ubicación subyacente, como la contracción postura-refleja, al respetar la primera y abolir las segundas. Si se llegan a observar signos auténticos de catatonía en un síndrome de Parkinson, es porque hay participación de la corteza, ya sea por un mecanismo cualquiera de excitación refleja, o bien sea como consecuencia de lesiones asociadas.

Pero la intervención de la corteza se reconoce también entre los caracteres de alguna manera intrínsecos de la contracción catatónica. La conservación de actitudes puede ser simple plasticidad, como lo mostró Sherrington en la rigidez de descerebración. En la catatonía es activa. Así como lo mostraron Baruk y de Jong en colaboración con Claude,[67] el electromiograma del músculo catatónico presenta la superposición al ritmo de Piper o ritmo del tono contráctil, de otro ritmo, que es el del músculo en estado de contracción voluntaria. En un sujeto normal la ejecución de movimientos pasivos hace aparecer ese ritmo sólo de manera apenas sensible. En el catatónico provoca, por el contrario, una reacción que puede traducirse, no sólo por el mantenimiento del miembro en la posición en que lo deja el movimiento que le ha sido imprimido, sino también, con frecuencia, por contracciones que llegan ya a anticiparse sobre este movimiento, ya a oponerse a él. Baruk y de Jong atribuyen estos efectos a la puesta en actividad de las células

[65] "Ueber die Bewegungosstörung bei akuter Bulbokapninvergiftung", en *Arch. f. exp. Path. u. Pharmakol.*, 1924, Bd. CIII, H. 1-2.

[66] *La catatonie expérimentale par la bulbocapnine*, Masson, Paris, 1930.

[67] Claude y Baruk, "La catatonie. Étude clinique et psychologie pathologique", en *Presse médicale*, 26 de diciembre de 1928. "Les crises de catalepsie. Leur diagnostic avec le sommeil pathologique, leurs rapports avec l'hystérie et la catatonie", en *Encéphale*, mayo de 1928.

corticales por el simple esbozo del movimiento que les responde, al estar disminuido su umbral de excitabilidad o de descarga por la bulbocapnina.

Para que esta explicación puramente celular sea totalmente satisfactoria, sería necesario admitir una acción muy electiva de la bulbocapnina. Sería necesario también especificar qué sistema de células es puesto en acción, pues el movimiento pasivo abandonado a sí mismo podría tanto repetirse idéntico a sí mismo como fijarse en una actitud. Por otra parte, éste es un efecto que con mucha frecuencia va asociado a la catatonia y que alterna con ella. Tanto su contraste como su coexistencia exigen que sus condiciones celulares se subordinen a sus condiciones funcionales. La catatonia no puede producirse sin un conjunto de causas que no es posible reducir a una simple inervación local; implican, al mismo tiempo, la suspensión de acciones intercurrentes o combinadas que hacen el curso habitual de la actividad normal. Otro conjunto que debe servir para dar cuenta de la catatonia es el de las manifestaciones que le están frecuentemente asociadas. Finalmente, es significativo que pueda aparecer, no sólo en estados patológicos tan diversos como intoxicaciones acompañadas o no de confusión, psicosis como la esquizofrenia o la parálisis general, sino también, eventualmente, en estado normal. ¿No sería un medio para situar su mecanismo y significación psicológica buscar por dónde pueden mezclarse casos tan diferentes?

El trabajo muscular del catatónico tiene sus características particulares. Registrado en el ergógrafo, presenta contracciones que tienen entre sí una similitud notable. Sin mayor lentitud ni disminución previas, se interrumpen bruscamente cuando llega la fatiga. Si se reanudan, es también de manera uniforme. Su nivel está en relación con las disponibilidades del sistema nervioso; pero su régimen permanece invariable una vez establecido. Gregor y Hänsel, después Ermes, compararon ergogramas de catatónicos y de melancólicos: en el melancólico las contracciones son débiles; se asemejan a las de un músculo que lucha contra la fatiga; están como impedidas en su ejecución (*Hemmung*). Las del catatónico son más espaciadas que las del sujeto normal, pero habitualmente elevadas; pueden ser suspendidas (*Sperrung*), pero no modificadas. Aïello comprueba que no son al-

teradas ni por excitaciones sensoriales, ni por una posición incómoda, tampoco por esas oscilaciones cíclicas o irregulares que traducen de ordinario, en una curva de trabajo, ciertas regulaciones orgánicas del gasto energético, ciertas interferencias de origen interno o externo, o también ciertos desfallecimientos o impulsos ligados a la representación del trabajo que se está realizando. Impermeables a toda influencia, se ejecutan como un circuito cerrado, a la manera de verdaderos estereotipos. Son semejantes, pues, ya a gestos a los que con frecuencia el catatónico llega a entregarse sin desfallecimiento, ya a actitudes catatónicas, las mismas cuya aparente resistencia a la fatiga parece hecha de una inervación siempre idéntica a sí misma y sustraída a las influencias del ambiente orgánico o psíquico.

En el comportamiento de los catatónicos pueden observarse muchos rasgos semejantes. La mano que ellos tienden permanece fiel a su pulsión inicial y queda inerte en la mano que la toma sin responder ni acomodarse a sus presiones. Si sacaron la lengua por obediencia automática (*Befehlsautomatie*), pueden permanecer así a pesar de los pinchazos que reciban. Pero, sobre todo, sus pupilas pueden conservar una fijeza notable. Rigidez psíquica más que orgánica. Según Löwenstein, traduce la rigidez e inmovilidad de su vida afectiva: pues a las variaciones de nuestra sensibilidad y de nuestro humor responden variaciones pupilares cuyos términos son la midriasis del dolor o del susto y la miosis de la cólera. Según Blumke, denotaría la ausencia de esas estimulaciones psíquicas que no cesan de afluir a la conciencia de un sujeto normal. Forster y Schlesinger tienen otra opinión: la continua movilidad de las pupilas que se observa en el estado normal estaría causada no por impresiones psíquicas, sino por la acomodación real a objetos variables del campo visual. Estas explicaciones concuerdan, al menos, en que la ausencia de relaciones pupilares es signo de impermeabilidad a las impresiones y a las estimulaciones que motivan la renovación habitual de la corriente psíquica, y denota la interrupción de la libre sucesión de ésta.

Efectivamente, habría que comprobar que los estados de hipertonía catatónica se acompañan de un embotamiento psíquico, como si el sujeto se concentrara por completo sobre la actitud conservada, y fuera necesario sacarlo de allí como de

una especie de adormecimiento, para lograr que reaccione a otras impresiones que no sean las de sus propias actitudes. Ocurre también que la exclusión de todo motivo de desviación psíquica o sensorial alcanza también a las necesidades orgánicas. No evacúa su recto y su vejiga sino después de largos intervalos, o los deja evacuar por repleción y se ensucia.

Estos efectos aparentemente patológicos son fáciles de comparar con manifestaciones semejantes que tienen lugar en la vida normal. En primer lugar, en el niño, entre el fin de su 2º y su 3er. año,[68] es decir, en el período anterior al de su crisis de personalidad, [69] la conservación fortuita de una actitud, pasiva o espontáneamente tomada, se observa con bastante frecuencia en el curso de su actividad inconsistente, fragmentaria, intermitente. Al mismo tiempo, parece ausente y en un estado que podría intercalarse, según Bertolani, entre el simple ensueño y el vértigo epiléptico. Perturbaciones digestivas, helmintiasis, afecciones febriles, pueden provocar la reaparición de estas actitudes catatónicas hasta los 7 años. Pero, en ciertas circunstancias, aún el adulto ofrece un espectáculo muy semejante. Aschaffenburg recuerda la actitud frecuente del enfermo en presencia del médico que acaba de tomarle el pulso y de auscultarlo, su brazo permanece suspendido en la posición que tenía para extender el puño o para sostener la camisa. Quizá prestigio del médico, pero más aún, concentración sobre sí mismo y abandono de toda iniciativa al médico; el sujeto queda totalmente acaparado por su docilidad postural y por la suspensión de toda ideación, en espera del veredicto en el que otro trabaja.

También es el caso, citado por Bertolani, de la inmovilidad que nos fija en la actitud del momento y que surge en nuestro espíritu, ocupado por la presencia intensa de una idea, un recuerdo o una solución inesperadas. Súbitamente la mirada se fija y no ve nada más, se borra toda noción de lo que lo rodea; toda sensibilidad a sus estímulos, a sus llamados, es abolida. El pensamiento permanece suspendido: con frecuencia se produce una impresión de evasión, de liberación, de bienestar, de

[68] A. Collin, *Le développement de l'enfant. Son retard, sa précocité*, Doin, Paris, 1914.
[69] Véase la Tercera parte.

resistencia a retomar el hilo de las propias reflexiones, como un instinto de resistencia a los intentos de distracción, de revulsión, que parece intentar lo que lo rodea. Es un estado que podría oponerse al de la cataplexia del sueño sobre el que Lhermitte llamó la atención, esa angustia que sobrecoge al que duerme, cuando, teniendo conciencia de estar despierto, queriendo actuar, siente su imposibilidad de levantar los párpados, abrir la boca, mover los miembros. En la cataplexia, el aparato muscular, todavía acaparado por el sueño, permanece impermeable a las incitaciones de los sentidos y de las intenciones; los movimientos y las actitudes apropiadas se rehusan a las versatilidades de la conciencia renaciente. En la catatonía de la sorpresa, la actitud fija la detención del espíritu en el instante singular, único, de su descubrimiento. En ese momento suspende el curso de su actividad, sustituye a ésta por una especie de contemplación beatífica, como si estuviera libre de las necesidades temporales. En cuanto a la acción muscular, bajo sus dos formas, postural y cinética, se rehusa a las necesidades de la actividad, resulta de esto un estado de impericia mental que puede acompañarse de malestar. Cuando la actitud postural se aísla y se disocia de la actividad, suspende el curso de ésta y deja reinar la sensibilidad inmediata, narcisista, exclusiva, definitiva, que le está ligada y que la mantiene. De ahí la adhesión, a la vez refleja y obstinada, del catatónico a sus actividades. De ahí también la búsqueda postural de imperturbable beatitud por el faquir.

La función postural o propiofectiva encuentra, pues, su término en la actividad cortical, como lo demuestra la catatonía, que tiene las mismas características fisiológicas que el movimiento llamado voluntario, o movimiento de origen cortical. Responde, en la actividad cortical, a la vigilancia que despierta allí el juego de las actitudes. Esta vigilancia no sólo las acompaña y define gradualmente al hacer que ellas sean asimiladas por la conciencia; sino también parece prevenirlas y prepararlas, puesto que puede haber discordancia entre las contracciones tónicas de un miembro y el movimiento que le es impreso, cuando no es el movimiento que se esperaba. La catatonía es la realización de actitudes vueltas únicamente sobre sí mismas y que no tienen concomitante objetivo. Son actitudes que no están di-

rigidas ni por la situación exterior, ni por las necesidades de la acción, ni por el flujo de los estados de conciencia que, por el contrario, detiene, aprisiona y resuelve en una especie de autocontemplación sin objeto. La catatonia es la actividad córtico-postural desinsertada. Se observa en los estados de disociación mental crónicos, como la esquizofrenia, o pasajeros, como diferentes estados de estupor, o bien fisiológicos como ciertos estados de suspensión mental que pueden invadir, por intervalos, las peripecias del pensamiento. Igualmente, su frecuencia es grande en el período en que el niño, sabiendo ya reaccionar a las situaciones que lo rodean, permanece sin embargo como disociado y sin unidad íntima frente a ellas, en la etapa en que aún no tiene muy identificado su yo.[70]

Otras manifestaciones, como el negativismo y el amaneramiento, coexisten con frecuencia con la catatonía, en la esquizofrenia por ejemplo, o aun en el niño. Ellas son también índice de una actividad en vías de desagregación o también mal unificada. En el negativismo postural es fácil reconocer la exacta contrapartida de la docilidad catatónica; se complica rápidamente con la oposición activa. En cuanto al amaneramiento, consiste sólo en una serie de variaciones sobre temas propiofectivos. El negativismo y el amaneramiento se desarrollan en el niño en la edad en que se muestra atento a distinguirse de sus compañeros de juego, y lo hace de la manera más simple, es decir, oponiéndose a ellos, pero también la época en que la preocupación por el personaje què es o que quiere representar ocupa sus actitudes y hace pasar al primer plano las reacciones de prestancia. Lo mismo volverá a producirse en la pubertad bajo la impresión de estímulos análogos, al tratar el sujeto de hacer valer su persona, no tanto para operar él mismo el reconocimiento y apropiárselo plenamente, aunque en gran medida tenga que familiarizarse con las trasformaciones de este período, sino especialmente con el fin de hacerlo conocer y apreciar por el otro. La corteza pone en relación la función postural con las reacciones y sentimiento de personalidad.

¿Se puede tratar de precisar la región de la corteza, dónde ésta se proyecta y dónde se irradia? A menudo ha sido opuesta

[70] Véase la Tercera parte.

a las funciones piramidales como si dependiera del sistema extrapiramidal, que tiene por asiento los núcleos subcorticales y los núcleos subyacentes. Donaggio señaló la existencia de fibras extrapiramidales que estarían mezcladas con las fibras piramidales de la corteza y que, aferentes o eferentes, indicarían la coexistencia de un centro extrapiramidal con el centro de las funciones piramidales en el frontal ascendente. Es verosímil que este estrecho intrincamiento esté sólo en relación con la indispensable colaboración de los mecanismos extrapiramidales y los mecanismos piramidales en las manifestaciones de la función piramidal. Pero existen, por otra parte, haces de fibras muy importantes que han sido opuestos al haz piramidal, órgano de las funciones córticokinéticas, como si fuera el órgano de las funciones órticoposturales: son las fibras de origen frontal que ganan los núcleos del puente y que, por su intermedio, conjugan la acción de la corteza frontal con la del cerebelo.

La combinación de esta doble conexión parece responder, exactamente, a las necesidades y a las manifestaciones de la función órticopostural. El cerebelo se desarrolló en el circuito del sistema propioceptivo; recibe de él las fibras aferentes y parece ser el regulador más exacto de todas las acciones tónicas cuya simultaneidad o sucesión, en las diferentes partes del cuerpo, aseguran la coherencia y el equilibrio de las actitudes. Es indispensable, pues, para el juego en extremo detallado de las actitudes que responden a las necesidades de nuestras relaciones dinámicas con el mundo físico, pero también a las exigencias de nuestras relaciones psíquicas, a las del mantenimiento o prestancia que nos exijan las situaciones, la calidad de nuestros *partenaires* y el personaje que nos representamos como el nuestro.

Esa forma de torpeza que resulta de la molestia experimentada al sentir que la mirada del otro pesa sobre uno mismo, muestra que el sentimiento de prestancia y las dudas, las incertidumbres que se vinculan a él pueden ser una causa de asinergia.[71] Y, por otra parte, las lesiones frontales de la corteza pueden provocar un síndrome asinérgico, un síndrome semejante al que puede causar una lesión del mismo aparato ce-

[71] Wallon, "La maladresse", en *Journal de Psychologie*, enero de 1928, pp. 61-78.

rebeloso. Hay muchas otras razones para imputar al lóbulo frontal las reacciones relativas al mantenimiento de la prestancia física y de la expresión de la personalidad psíquica. Como consecuencia de una lesión frontal, entre otras, se da la atonía de la mímica, que no reacciona más a la diversidad de las circunstancias exteriores ni de las disposiciones mentales; la imposibilidad del sujeto de realizarse, en presencia de cada situación, por la evolución de recuerdos oportunos o por iniciativas apropiadas; el olvido de su personaje y de las obligaciones que señala para él la vida social y moral; el menosprecio repentino por "lo que se debe" y las faltas "al honor", las aberraciones de la conducta. Es decir, perturbaciones muy específicas y que pueden contrastar marcadamente con la conservación plena de la lucidez intelectual.

Este cuadro de los grados a través de los cuales se realiza la función postural puede servir para definir mejor la sucesión de los estadios por los que pasa el desarrollo del niño desde los primeros meses hasta la edad en que, al entrar en actividad el sistema de las conexiones córticoposturales, su comportamiento va a manifestar la preocupación por afirmar y definir su yo. Veremos más adelante [72] las etapas psicológicas de esta trasformación.

c) Las emociones como comportamientos afectivos

Las emociones proceden de un nivel más bajo (núcleos subcorticales) y de un estado anterior (primer semestre de la vida). Situarlas local y cronológicamente de ninguna manera implica que se limiten con exclusividad a cierto sector funcional y a un determinado período de la vida. No sólo pertenecen a todas las edades, sino que no se producen sin conmover a todo el aparato psico-orgánico. El grado de desarrollo o de complejidad que éste alcanza según las edades y los individuos tiende también a modificarlas. Cualesquiera que sean sus componentes, su carácter emocional persiste desde el momento que las manifestaciones presentes tienen por asiento, por centros reguladores, los centros de las reacciones viscerales, tónicas, afectivas, cuya coordinación es precisamente la que dio lugar a las emociones. Por el contrario, si algunos de sus componentes los más extremos, llegan a ser a su turno reguladores, entonces las emociones se reabsorben en otras formas de comportamiento, donde subsisten sólo en estado de simple apariencia, de estimulante afectivo. Es así como deben ser distinguidas de ciertas manifestaciones, sea infrapsíquicas, sea ultra-emocionales, que con frecuencia le fueron asimiladas. Las emociones, esencialmente función de expresión, función plástica, son una formación de origen postural y tienen por material el tono muscular. Su diversidad está ligada a la hiper o a la hipotensión del tono, a su libre afluencia en gestos o en acciones o a su acumulación sin salida y a su utilización en el lugar por espasmos. A través del tono, que recibe las estimulaciones de todas las superficies de excitación: exteroceptiva, laberíntica, propioceptiva, interoceptiva, están constantemente como en tensión latente por la suma de las incitaciones que nace en el organismo o que llegan a él. Así se explica la influencia desproporcionada, que puede tener sobre ellas un simple "pinchazo de alfiler". De cualquier sensibilidad que parta esta pequeña excitación, sus efectos pueden ser multiplicados por el estado de tensión tónica que resulta de las otras sensibilidades. Las disponibilidades emocionales están constantemente en relación, por intermedio del tono, con las diversas clases de sensibilidad que miden y regulan las reacciones del organismo en los diferentes dominios de su actividad. Pero si una de estas regulaciones, la regulación metabólica o neurovegetativa, por ejemplo, llega a dominar repentinamente la emoción da lugar a manifestaciones de origen infra-psíquico, algunas de cuyas características se oponen a las características esenciales de las emociones.

Es lo que se produce en los estados ciclotímicos en los que, por períodos alternantes, la actividad se hace más lenta al mismo tiempo que la contracción, la hipertonía, gana los aparatos postural y visceral; después, por el contrario, llega a ser abundante y sin contención, mientras que las actitudes psíquicas o físicas pierden toda clase de persistencia y de consistencia, se agotan inmediatamente en agitación. Viscosidad de comportamiento, acumulación espasmódica de tono en un ca-

[72] Véase la Tercera parte.

so; debilidad de contención y de acción en el otro. El cambio entre los dos períodos se produce como automáticamente y, con toda evidencia, sin otra causa que un vuelco en la regulación neurovegetativa de la actividad. A pesar del aspecto emocional que presentan los accesos del período de depresión o del período de excitación, no pueden ser asimilados a la emoción verdadera. El sujeto que se lamenta de su insensibilidad afectiva, de su impotencia emocional, es un psicólogo más penetrante que el observador que tacha su parecer de paradoja. Es evidente que, de hecho, él no está, como el emotivo, al unísono con el ambiente; no sabe reaccionar con la vivacidad del emotivo a las peripecias de la vida; al contrario, es prisionero de su humor que lo hace insensible a los intereses y las afecciones cuya legitimidad y necesidad él reconoce mejor que nadie. No está ya en estado de realizar emociones psicógenas. Pues la significación de la emoción es esencialmente psíquica; no puede explicarse más que como un medio de acción y un proceder del comportamiento. Es un sin sentido querer distinguir de sus reacciones orgánicas la sensibilidad y los motivos que le son propios, para hacer de éstos un simple epifenómeno, una repercusión secundaria.

En el otro extremo, las emociones se relacionan con las representaciones, que pueden servir para definir sus motivos o su objeto. Pero si las representaciones, en lugar de ser suscitadas por los movimientos y las necesidades de la emoción, siguen su propio curso y llegan a ser las reguladoras o las estimuladoras de la actividad psíquica, las reacciones, sin las cuales no hay emociones, se borran. Entre el espasmo y la imagen puede haber encuentro, pero debe haber reducción de una de las dos por la otra.

Dos casos pueden presentarse. En uno la ideación, al dominar sobre la emotividad, despierta reacciones afectivas cada vez que la emoción se produce: se trata entonces de sentimientos. El término emoción-sentimiento es, en cierto sentido, una contradicción. Los emotivos y los sentimentales son dos tipos de individuos de temperamentos netamente distintos. El sentimental es uno de los que está más al abrigo de la conmoción emotiva, puesto que es, ante todo, un ideador cuya ideación liquida en todo momento la tensión emotiva.

La representación puede ser también la de un fin o un objeto que se impone a la afectividad y reina sobre ella. Extingue la emoción en la medida en que la trasforma en pasión. El apasionado es habitualmente muy dueño de sus reacciones afectivas. Sobre los impulsos emotivos cede el paso al razonamiento. Por lo común, sabe utilizar con tenacidad las circunstancias. Su actividad se ejerce en el plano de las realidades a las que utiliza, frecuentemente con sagacidad, para sus fines. Pero sus fines están fuera de la realidad, al menos actual; tienden a sustituir allí algo que no es todavía más que una representación.

La diferencia entre el apasionado y el sentimental es la necesidad del primero de hacer pasar sus representaciones a los hechos, en lugar de limitarse a experimentar su matiz afectivo. La diferencia es más grande todavía con el emotivo, que está dominado por lo que lo rodea, que no puede escapar de eso, pero cuyas reacciones son de orden puramente subjetivo y tienden a ahogar la noción de las realidades exteriores bajo el flujo de las sensibilidades orgánicas. Habitualmente contenida en sus manifestaciones inmediatas, la afectividad del apasionado alcanza un grado de alta tensión; puede resultar de esto, por accidente, bruscos arrebatos emotivos; pero tiene por resultado esencial exaltar los deseos del sujeto. Cualquiera que sea su objeto, llegó a ser tal, sólo por una trasferencia de excitabilidad psico-orgánica que se manifiesta en las emociones, sobre posibilidades imaginarias. Por lo tanto, los motivos de una conducta apasionada, cualquiera que sea su meta, altruista o personal, obedecen a una lógica instrumental, cuyo rigor objetivo puede ser grande. Es así como la actividad de representación y la ideación dan lugar a manifestaciones ultraemocionales, por desviaciones que imprimen al empleo del tono afectivo.

Ubicadas entre estas manifestaciones y las reacciones de origen infrapsíquico, las emociones conservan el poder de conmover el aparato psico-orgánico en toda su extensión. Pero a condición de que éste se subordine a esta función de expresión, que está en su naturaleza, y que imprime a las manifestaciones corporales, por cuyo intermedio se establece la unión con el otro. Esencialmente plásticas en sus fines, no desbordan menos, por eso, sobre el aparato cinético. Pero, utilizándolo en

provecho de su propia dramatización, lo que ellas hacen predominar allí son los simulacros pasionales, los estereotipos, las letanías, los ritmos que se reencuentran a la vez en ciertas ceremonias rituales y en esos casos de excitación en que la suspensión de cualquier manifestación intelectual deja emerger el desencadenamiento de la agitación emocional que los alemanes llaman "patheticismus".

En todo acceso emotivo el sujeto sobrepasa de alguna manera su sensibilidad. Sus reacciones emotivas establecen entre él y el otro una especie de resonancia y de participación afectivas. Éste es un rasgo tan esencial a la naturaleza de la emoción que, si desaparece, ella se trasforma también. Hay casos en que las actitudes y la sensibilidad corporal llegan a ser por sí mismas un objeto de sensibilidad y de cultura que concentra al sujeto sobre sí mismo y lo cierra a las estimulaciones afectivas del ambiente. A pesar de la intensidad de sus demostraciones pasionales, ¿los histéricos no son, en efecto, no-emotivos? Su conciencia corporal recibió una individualización hipnotizante. Esta individualización responde a una etapa del desarrollo psíquico, cuyas fases en el niño vamos a estudiar ahora.

Segunda parte

CONCIENCIA E INDIVIDUACIÓN DEL PROPIO CUERPO

Introducción

CONCIENCIA CORPORAL Y "CENESTESIA"

Estudiar por qué grados el niño llega a realizar una noción suficientemente coherente y unificada de su ser físico, es, al mismo tiempo que plantear un problema particular de psicogénesis, mostrar la complejidad real de una noción que la psicología y la psicopatología utilizan corrientemente, bajo el nombre de cenestesia, como una especie de elemento primitivo o de factor último. El análisis no iría más allá y bastaría para explicar ciertas variaciones de la conciencia, suponer variaciones correspondientes de este elemento.

En efecto, la necesidad, generalmente no satisfecha, de encontrar correlaciones orgánicas para los hechos de la vida psíquica determina, con frecuencia, que se señale a la cenestesia, o sensibilidad del propio cuerpo, como sustrato del sentimiento de personalidad. Si en dos momentos o en dos períodos de su existencia, un individuo tiene dificultad para reconocerse como él mismo, es su cenestesia la que cambió; y esta explicación cómoda contribuyó en gran medida, hace poco tiempo, a hacer admitir, y aun a hacer surgir, esa sugestión que sirvió de ayuda, los casos hoy inhallables de doble o triple personalidad.

En los delirios de influencia, en que el enfermo tiene la impresión de estar sin fronteras frente al otro y se imagina, alternativamente, que sus actos, sus palabras, sus pensamientos son percibidos o le son impuestos por los otros, esas ilusiones que se dan usualmente como fundamentales, en tanto que son de aparición frecuentemente tardías en la evolución de la psicosis, son precisamente las que parece posible atribuir, co-

mo a su causa esencial e inmediata, a perturbaciones cenestésicas y sensoriales: voces en el vientre, en el pecho, en la cabeza y por casualidad en las orejas. Se las llama alucinaciones cenestésicas o auditivas.

Entonces, si una perturbación primitiva de la sensibilidad debe tener por primera característica una localización, una ubicación, si bien no perfectamente circunscrita al menos suficientemente constante, lejos de eso, ocurre que las mismas voces son ubicadas con algunos instantes de intervalo en el vientre, después en la cabeza. Y si algunos enfermos afirman haberlas oído, como corresponde, por las orejas, todo médico conoce las dudas, reticencias y contradicciones de la mayor parte de ellos, cuando se trata de hacerle asimilar verdaderamente estas voces a voces naturales, de asiento auricular y de origen exterior. Pero esta necesidad, que parece tan imperiosa en todos, de dar a las propias perturbaciones una expresión espacial y de situarlas, con éxito muy variable, en su cuerpo o en el mundo exterior, ¿no es la prueba de que estas localizaciones y su cortejo sensorial son una conclusión o un simple resultado, más que un punto de partida o una causa? Lo que se da a la observación, despojada del prejuicio sensualista, es estrictamente, al mismo tiempo que la tendencia a localizar los estados de conciencia en alguna parte, la impotencia para mantener la distinción entre lo activo y lo pasivo, entre el yo y el otro. Perturbaciones, por consecuencia, muy anteriores a la llamada percepción cenestésica.

Comúnmente se explicaron las ideas de negación corporal, de enormidad y de inmortalidad por una alteración de la cenestesia, sin que hubiera más prueba de esta alteración que estas mismas ideas. ¿Es posible, por otra parte, imaginar una cenestesia a su medida? Y estas ideas monstruosas, ¿no son más bien la expresión, más allá de todo límite imaginable, de la angustia perturbada y desmedida que siempre la acompaña?[1]

Abolición u obtusión de la cenestesia, se dice a menudo, para dar cuenta de los malos tratos o de las mutilaciones que pueden infringirse a sí mismos el idiota y el demente. Pero su pretendida insensibilidad no sería más que una condición puramente negativa de no-impedimento y no bastaría para dar cuenta del gusto que tienen en provocarse lastimaduras a sí mismos. Para el idiota, su ensañamiento en golpearse o en morderse coincide siempre, por el contrario, con una actividad muy diferenciada, aunque monótona, que parece poder ser regulada o suscitada sólo por matices muy finos de impresiones cenestésicas o sensoriales.[2] Los golpes y las caricias que se da traducen el conflicto, que en él persiste en su estado de exaltación, entre dos sistemas de sensibilidad y de reacciones que en estado normal se presenta uno reducido por el otro: el sistema de relaciones con el exterior y el sistema de conmociones íntimas. Su concurrencia, al exasperarse, hace que los espasmos, manifestación combinada de la sensibilidad y de las reacciones subjetivas, no se dejen reducir sino por excitaciones periféricas gradualmente más intensas. Es lo que se observa, aparte del idiota, en las crisis emotivas en que la sensibilidad orgánica y afectiva tiende a dominar sobre la otra.[3] En la cólera y en la desesperación extremas se ve a los niños, y aun a los adultos, golpearse, torcerse las manos, morderse, tirarse de los cabellos.

En lo que respecta al demente, muchas reacciones parciales, muchas fantasías hipocondríacas muestran que la causa de sus automutilaciones no es su insensibilidad cenestésica. Lo que parece favorecerlas, cualquiera que sea el motivo ocasional, es la disolución de este conjunto coherente y coordinado que una actividad adulta y normal tiende a constituir y reconstituir sin cesar, a la luz, no solamente de sus metas exteriores, sino también de su ser íntimo, que debe mantener en todas las tareas emprendidas. El poder de realización mental se lo sustituye por el desmenuzamiento de los automatismos y de las sensibilidades. Desmenuzamiento en la duración y en el espacio que reproduce lo que puede observarse en todo niño pequeño, pero con consecuencias mucho más graves que acarrean las ocasiones, los hábitos, los mecanismos de actividad propios de la edad adulta. En lugar de que la impresión sufrida o la versatilidad naciente susciten una respuesta en la que se totalicen los intereses y las posibilidades del momento, se producen extraños

[1] Wallon, *Psychologie pathologique*, Alcan, Paris, 1926, p. 58.

[2] Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., pp. 104 y ss.

[3] Véase la Primera parte.

cortocircuitos. El sufrimiento sentido permanece extraño al automatismo que es su causa y no le impide proseguir, inclusive, hasta la mutilación. Puede aún, indirectamente, contribuir a mantenerlo por la puesta en acción indiferenciada que difunde alrededor de sí.

Estos ejemplos muestran que la cenestesia debería ser considerada como algo muy distinto de una sensibilidad elemental y bruta, para jugar los papeles que tan fácilmente le son atribuidos. Pero no es tratada como tal por quienes la utilizan. Hecha para dar bajo la forma de una palabra cómoda la ilusión de introducir en los problemas de psicología la consideración del organismo, es de hecho el simple reflejo de las nociones a las cuales se supone que debe servir de soporte y no debería agregar allí absolutamente nada. Extraña a los estudios que pudieron emprenderse sobre la sensibilidad intero y propioceptiva, sobre la sensibilidad protopática, sobre las relaciones de la sensibilidad y de los estados afectivos, sobre los intervalos de rapidez nerviosa entre las diversas formas de sensibilidad,[4] permanece, en su forma global, la conciencia del cuerpo, es decir, una simple especialización de la conciencia, tal como la puede definir la introspección. Consiste en la aplicación del sentido íntimo al organismo, del que sería la representación inmediata. Y esta representación expresaría lo esencial de éste, su realidad eficiente.

Por lo tanto, no sólo es reducir el dominio de la psicología al de la conciencia, sino querer explicar por una especie de ilusión animista la conciencia por la conciencia, poner la causa en los efectos mismos. Inútilmente. Cualesquiera que sean los subterfugios empleados, descomposición del todo en imágenes particulares y de diversas especies, después recomposición por artificios o mecanismos variables, el resultado no puede, en definitiva, dar nada más que los datos iniciales. Puro juego verbal o, cuando mucho, de análisis conceptual, encerrado en sí mismo y sin contacto con las acciones, hallazgos y consecuencias de lo real.

El remedio a lo que pueden tener de inmovilizante para la vida psíquica su reducción a apercepciones de alguna manera

[4] Sherrington, Head, H. Wallon, H. Piéron.

estáticas, y su fragmentación en imágenes igualmente inertes, se buscó, pero vanamente; en la afirmación de su dinamismo global o en su fragmentación en dinamismos parciales, en tendencias de diversa naturaleza. Nada se agrega al sumar a su definición otra, sino que el tiempo y el devenir son necesarios para la revelación de su contenido. Sin duda, este contenido no está dado en un momento sino en potencia, en lugar de ser explícitamente aislable de un golpe, pero no es menos un dato definitivo, en la medida en que el devenir invocado es un devenir particular, el devenir de alguna cosa. Poner en forma progresiva la explicación del efecto por sí mismo, no es cambiar mucho la explicación.

Sin duda, el estudio del psiquismo puede proponerse conocer, entre otros objetos, el origen o el papel de aquello que alcanza una formulación consciente y se ofrece así a la introspección. Pero allí, para ella, sólo hay hechos en medio de hechos y no principios de explicación. En consecuencia, en lugar de acordar a las impresiones y nociones de la conciencia el poder de revelar a cada uno lo que pasa, no solamente en sí mismo, sino también en el otro, y de atribuirle así una significación estable y universal, el psicólogo no las tendrá en cuenta en estado puro y por sí mismas, sino que las interpretará en sus manifestaciones actuales. Es decir, en su forma concreta de manifestarse, y en sus relaciones con las posibilidades que le ofrecen en ese momento el sujeto mismo o la circunstancia. Es el único método que permite evitar las falsas asimilaciones, los anacronismos, y que puede hacer descubrir, en los aspectos y las formulaciones convencionales de la vida psíquica, sus verdaderos medios de realización.

Desde este punto de vista, nada puede resultar tan fértil en errores o en enseñanzas como la psicología del niño. Confundir o distinguir las etapas que separan estas maneras de reaccionar y de pensar de aquellas que se atribuyen al adulto, es, o prolongar las ilusiones de la psicología introspectiva por la más falsa de las perspectivas, o bien reconocer, plano por plano, las funciones que han debido intervenir sucesivamente e integrarse unas a otras, para conducir a estas unidades superiores de la vida consciente o de la vida psíquica, cuya unidad actual estamos tentados de tomar por una simplicidad esencial

y primitiva. Interesa, pues, al estudiar al niño, confrontar sus manifestaciones de actividad, entre sí, de manera de otorgarle su verdadera significación, al reconocer, edad por edad, cuales son sus posibilidades funcionales.

FOTOCOPIAS
delivery
155-743968/4-222834
fotocopias_delivery@yahoo.com.ar

Capítulo 1

LAS PREMISAS PSICOFISIOLÓGICAS DE LA CONCIENCIA CORPORAL

Así como la noción del yo psíquico implica, con una suficiente organización de las reacciones simultáneas o sucesivas y de sus motivos íntimos o externos, la oposición más o menos latente y virtual de personalidades extrañas a su propia personalidad, para el yo corporal, su noción no se limita a la intuición, aun suficientemente coordinada, de los órganos y de su actividad; ella exige que se haga la distinción entre lo que debe ser referido al mundo exterior y lo que puede ser atribuido al propio cuerpo, como definiéndolo en sus diferentes aspectos. Una condición indispensable, si no automáticamente suficiente, es, por lo tanto, que sea posible la ligazón entre la actividad que está volcada hacia el mundo exterior y la que se refiere más inmediatamente a las necesidades y a las actitudes del cuerpo. Pues el estado del sistema nervioso en el nacimiento se opone a eso, según las comprobaciones del anatomista C. von Monakow. Entre ambas no hay integración funcional en tanto no estén mielinizadas las fibras nerviosas del sistema vestibular, del núcleo ventral, del cuerpo trapezoide, de la oliva superior, de los núcleos motores. La soldadura no comienza a realizarse hasta después del 3er. mes, prosigue hasta el 6º y no está acabada antes del 12º.

Para comenzar, hay pues disociación entre los diferentes dominios funcionales: el dominio interoceptivo que es el de la sensibilidad visceral, el dominio propioceptivo que comprende las sensaciones ligadas al equilibrio, a las actitudes, a los movimientos, y el dominio exteroceptivo o de la sensibilidad vuel-

ta hacia las excitaciones de origen exterior. Entre sus manifestaciones, el intervalo cronológico es considerable. Las funciones interoceptivas son las más precoces, las exteroceptivas las más tardías.

a) Sensibilidad interoceptiva

De todas las manifestaciones orgánicas, las que están en relación con el tubo digestivo y la alimentación son las que parecen tener mayor concomitancia con el desarrollo psíquico del niño. A este respecto, la función alimenticia supera mucho a la circulación y aun la respiración. En efecto, el corazón late desde el período fetal, y si su ritmo, su papel, se modifican en el nacimiento, si en todo el curso de la existencia su actividad está perpetuamente influida por las peripecias de la vida orgánica y psíquica, si es el origen de sensaciones frecuentemente violentas, sin embargo, sus funciones no son, directamente, un motivo de actividad. Las mismas características valen para las funciones vaso-motoras.

En cuanto a la respiración, comienza con la vida extrauterina; es su primer acontecimiento. El reflejo de enfriamiento periférico que conduce a la primera inspiración es seguido, desde los primeros minutos, por otros reflejos o reacciones que tienen su punto de partida o su asiento en el árbol respiratorio: estornudo, grito y aun bostezo, si, al menos, conforme a la opinión corriente, el bostezo es una simple modificación respiratoria. Yo mostré ya que se refiere más bien, por intermedio del estiramiento, a la sensibilidad articular y a las reacciones tónicas, es decir, al dominio propioceptivo.[5] No hay nada revelador de las alternativas por las que pasa la actividad psíquica más sensible que las variaciones respiratorias;[6] no obedecen, como la circulación, a direcciones puramente reflejas o automáticas; están al mismo tiempo bajo la dependencia directa de la voluntad. Si tienen un lugar de primer plano en los automatismos

[5] Véase la Primera parte.
[6] Benussi, *La suggestione e l'ipnosi*, Zanichelli, Boloña, 1923, p. 58 y ss.

de la emoción —risa, sollozos, suspiros—, es también de ellas donde nacen el canto y la palabra, actividades plenas de automatismo, pero de origen mental y perpetuamente sometidas al control mental. Las impresiones respiratorias penetran de muchas maneras la sensibilidad psíquica. La asimilación que Freud hace de la angustia a la vuelta de las impresiones que estuvieron ligadas a la primera inspiración del recién nacido sólo tiene, sin duda, el valor de un mito; pero la verdad de este mito es la alteración respiratoria que señala todo acontecimiento de la vida o de la actividad psíquica. Sin embargo, cuando la respiración llega a ser por sí misma un motivo de actividad, esta ocupación, que es bastante precoz en el niño pequeño y a veces extremadamente diversificada, responde menos a los apetitos orgánicos o afectivos que a una gimnasia muy especializada, que va a poder proveer al lenguaje de sus mecanismos sensorio-motores.

Los primeros reflejos de la alimentación se atrasan apenas respecto a los reflejos respiratorios. Durante el parto, aunque solamente la cabeza del recién nacido había salido, Preyer pudo obtener, por excitación de los labios, un reflejo de succión. Succión y deglución se parecen por la forma, por el encadenamiento, por la estrecha y precisa coordinación de sus movimientos al peristaltismo esofágico, gástrico, intestinal y sólo difieren por su asiento periférico y su mayor diversificación. Pero ésta es una particularidad de grandes consecuencias. Al tener que abrir o cerrar el tubo digestivo, la actividad bucal desarrolla y afina sus conexiones, mecanismos y aptitudes discriminativas. Llega a ser una especie de intermediario entre las necesidades del organismo y el medio exterior. En los primeros tiempos, el único reflejo de defensa alimenticia es la regurgitación. Al cabo de un mes la reacción llega a ser preventiva y se trasporta hacia la parte delantera de la boca. Bajo la influencia de la saciedad, de un malestar digestivo, la punta de la lengua golpea contra el pezón o la tetina, los labios rechazan y escupen. Después del 2º mes, el hambre puede, fuera de toda excitación local, provocar movimientos de succión. Con el crecimiento dental

aparece la tendencia a morder. Al año, cuando la soldadura de Monakow se ha hecho, el niño es capaz de tomar espontáneamente su alimento.

En las primeras semanas de su existencia, al mamar, está totalmente absorbido por los movimientos de la boca y la faringe, los párpados cerrados, los puños ligeramente apretados, el antebrazo flexionado. Durante el 2º mes abre ya los ojos durante largo rato. Después del 4º, sonríe a su nodriza, vuelve la cabeza hacia una persona que se aproxima, se interrumpe en ocasión de un débil estímulo auditivo o visual. Las excitaciones exteroceptivas pueden ya disputar su atención a sus funciones interoceptivas. Pero pronto los órganos interoceptivos van a servir de órganos exteroceptivos, el mundo exterior irá tomando una importancia gradualmente mayor para el niño a medida que se establezcan las conexiones entre estos dos dominios de su actividad. Llevando todo lo que él toma a su boca, que es la zona de sensibilidad más despierta de su cuerpo, aprende a distinguir las cosas entre sí.

Es lo que W. Stern llamó período del espacio bucal. Espacio que, evidentemente, no hay que entender en el sentido del espacio homogéneo y de alguna manera independiente de las cosas, en el cual hemos aprendido a distribuirlas y ordenarlas, sino como el sistema más preciso de referencias que permite a un niño de esta edad atribuir a las cosas sus cualidades de volumen y forma. En efecto, la sensibilidad de la lengua y los labios, que regula su fino modelado según el pezón y el chorro de leche, medir el grado de la presión, ligar la sucesión de sus contracciones, resulta, desde el nacimiento, una de las más diferenciadas y minuciosamente coordinadas. Pero no puede agregar al control que ejerce sobre el automatismo, funciones de búsqueda, en tanto que nuevas conexiones no la hayan trasportado del sistema interoceptivo hacia el sistema exteroceptivo.

Es alrededor del año cuando la sensibilidad urinaria, se integra en el conjunto y permite al niño controlar sus micciones. Sin duda, en el hombre, no está bajo la estrecha y visible dependencia de ciertos factores psíquicos tales como el olfato, como ocurre en el perro, por ejemplo. La dependencia parece más débil y menos exclusiva. Parece también intervenir menos profundamente en su vida afectiva. Por una parte, quizá allí no hay más que una apariencia, debida simplemente a la educación y a las buenas costumbres; el interés secreto que el adulto pueda tener por sus funciones urinarias, las satisfacciones o malestares que puedan ocasionarle se exteriorizan menos voluntariamente que en el niño. Por otra parte, en el niño puede agregarse muy temprano a esto, por iniciación recíproca o por descubrimiento personal, un cierto grado de curiosidad y de goce sexual, que en este caso la asociación permanece persistente, es un hecho incontestable. Pero separados estos placeres, la impaciencia urinaria en estado puro es frecuente en su vida psíquica. Y cuando lo hace patalear, en el momento en que sufre un contratiempo que le impide satisfacer su necesidad, esto no es una simple simulación. Es el acompañamiento habitual de su deseo, de su espera o de su angustia.

En cuanto al interés que tiene, con frecuencia, por el chorro de su orina, o aun por su orina recogida en un recipiente, son manifestaciones que traducen más bien sentimientos elementales y confusos de potencia funcional, de creación, "de pertenencia" [7] de los cuales la infancia, como, por otra parte, la involución senil y el simple estado de distracción, proveen ejemplos similares en ocasión de actos orgánicos, de funciones naturales, de deyecciones y residuos corporales. Desaparición de distinciones, que se harán más tarde en el *sensorium commune*, o que se han abolido, entre el propio cuerpo y aquello que se refiere a él por algún lazo sensible, entre la existencia y la acción, entre las diferentes formas de la actividad, orgánica, psíquica o exterior. Pero estos efectos diversos, unidos a la sensibilidad urinaria, son relativamente complejos, tardíos y se extienden a través de varios años de la primera infancia.

[7] Lévy-Brühl.

b) Sensibilidad propioceptiva

La sensibilidad propioceptiva contribuye de manera preponderante a constituir la noción del propio cuerpo. Sus primeras manifestaciones son contemporáneas del nacimiento y se remontan hasta el período fetal. Está en relación con un sistema de funciones que sufrieron el desarrollo de la actividad motriz desde el estado más arcaico hasta las posibilidades actuales, y que responden a la solidaridad intersegmentaria del organismo en el movimiento y la posición, a su unidad dinámica en la acción y estática frente a fuerzas exteriores. Así, gradualmente se han superpuesto mecanismos, desde los más rígidos en la ejecución y condiciones, hasta los más diversificados y móviles; estos últimos se logran cuando se tiene el poder de suspender la acción de los que los han precedido.

Algunos ya han perdido toda autonomía en el nacimiento y directa y aisladamente, no se pueden llevar a cabo. Otros no aparecen más que en el curso de los primeros meses y aun de los primeros años. Todos consisten en sistemas sinérgicos de movimientos y de actitudes, es decir, en sistemas constituidos de tal manera que el desplazamiento efectuado por una parte del cuerpo y la resistencias que encuentra provocan, en el resto del cuerpo, las actitudes y movimientos que pueden mantener mejor el equilibrio general y concurrir a la realización de la acción perseguida. De ellos depende la doble condición asignada por Mónakow al movimiento: unidad y cohesión en el espacio, justa distribución y continuidad en el tiempo. Interesa, a través de la actividad muscular, al mantenimiento de la actividad psíquica misma.[8]

Entre las sinergias que han perdido ya su autonomía en el momento del nacimiento, Magnus y Kleijn identificaron aquellas que clasificaron con el nombre de reflejos cervicales y de reflejos laberínticos. Los pusieron en evidencia en el animal por una sección del encéfalo que los sustrae al control de los centros donde se opera su integración a acciones de un tipo superior.

[8] Wallon, *L'enfant turbulent*, ed. cit., cap. I: "Syndrome d'asynergie motrice et mentale".

Estos reflejos fueron encontrados excepcionalmente en el adulto, en casos de lesiones que determinaron una ablación semejante de los centros que se han superpuesto a sus centros de origen. Se obtienen normalmente durante cierto período del desarrollo fetal.

Los reflejos cervicales tienen su punto de partida en la sensibilidad articular de las vértebras cervicales, cuando el giro de la cabeza cambia su posición recíproca. Tienen por efecto poner los segmentos subyacentes, en particular los miembros superiores, en una actitud determinada, inversa para los dos brazos y que a su vez se invierte si la cabeza gira en sentido contrario. Ligados a las relaciones del organismo consigo mismo, son de tipo arcaico y destinados a ser absorbidos por los sistemas de reacciones que, superponiéndose entre sí, se orientan progresivamente hacia el medio exterior, de manera de responder con una apropiación creciente a sus excitaciones diversificadas. Muestran, al mismo tiempo que el origen intersegmentario de la sensibilidad propioceptiva, la preponderancia tomada por el segmento cefálico, cuyos desplazamientos dirigen los de los otros segmentos.

Con los reflejos laberínticos son provocados sistemas invariables de actitudes, cada uno con una excitación determinada. Pero el asiento de estas excitaciones es un órgano especial, que se diferenció en el cráneo, y estas excitaciones traducen los cambios de posición que toma el organismo en relación con la gravedad, y no en relación con sí mismo.

c) Primeras reacciones del aparato exteroceptivo

Otras sinergias, que están en relación con excitaciones que llegan del mundo exterior y no del organismo mismo, en lugar de estar desde el nacimiento despojadas de su individualidad, hacen su aparición en el curso de las primeras semanas o de los primeros meses. En el 7º día, los globos oculares no tienen todavía conjugados sus movimientos con los de la cabeza;[9] en el 12º, bajan más rápido que los párpados, y es necesario esperar hasta

[9] Preyer, *L'âme de l'enfant*, cit.

la 10ª semana para comprobar un sincronismo perfecto; durante las dos primeras semanas sus desplazamientos son asimétricos, y su estrabismo intermitente no desaparece por completo más que en el curso del 2º o del 3er. mes; los párpados comienzan a abrirse simultáneamente en el 11º día, pero durante el 1er. mes su apertura puede permanecer asincrónica; el plegamiento de la frente que acompaña a la elevación de la mirada no aparece sino pasado el 3er. mes, y una coordinación perfecta entre los movimientos de los ojos, los párpados y la frente se realiza en el 9º. mes. Estos progresos son la condición necesaria de una prospección más exacta, más rápida, más extendida, más estable y mejor regulada.

d) El equilibrio. Sus conexiones motrices, sensoriales, mentales

Al mismo tiempo que se constituyen las sinergias parciales —pero más gradualmente aún— van a desarrollarse las sinergias generalizadas a las que se remite el equilibrio del cuerpo. Al cerebelo corresponde su regulación. En los primeros días y las primeras semanas, el niño, al tener apoyada la cara contra la almohada, puede volver el rostro para respirar;[10] desplaza la cara sobre el seno de su nodriza hasta que sus labios alcanzan el pezón; su cabeza puede tener también gestos de evitamiento. Pero solamente entre el 1º y el 2º mes comienza a levantarla hacia el pecho de su madre;[11] entre el 2º y 3er. mes la levanta estando en decúbito ventral. Entre la 11ª y la 16ª semanas, la cabeza, hasta entonces pendiente, comienza a fijarse en posición derecha, primero sólo por algunos instantes, después, poco a poco, de manera permanente (Ch. Bühler). Para ciertos niños, es necesario esperar hasta el 5º o el 6º mes (Preyer). Entre el 4º y el 10º mes se producen con éxito creciente los esfuerzos por sentarse, por modificar, volviéndose, una posición incómoda (Preyer). Este margen de seis meses es grande; pero las funciones de equilibrio están entre las que tienen un desarrollo más variable de un sujeto al otro; indudablemente fue muy lento en el niño de Preyer. Un niño robusto y cuyas funciones cerebelosas no presenten retardo puede sostenerse, hacia el 5º mes, sobre la dos manos (Ch. Bühler), entre el 5º y el 6º mes, mantenerse sentado (Heyfelder), cambiar una posición dorsal en posición lateral o derecha y, un poco más tarde, una posición dorsal en posición ventral o recíprocamente (Ch. Bühler). A partir de este momento, entre el 8º y el 9º mes, aparecen las primeras tentativas de locomoción. Sus primeros indicios: volverse, sentarse, pararse sobre sus pies, pero sostenido de las dos manos. Después, insensiblemente, aparecen tentativas para arrastrarse sobre el trasero, para trepar y finalmente para marchar en cuatro patas. El niño puede entonces comenzar a tomar posiciones para ver mejor lo que le interesa. Entre el 9º y el 10º mes llega a mantenerse parado solo, a ensayar algunos pasos, pero a condición de estar sostenido. La marcha parado no es posible según los niños sino en fechas muy variables que pueden escalonarse entre el 10º y el 18º mes. La rapidez de los progresos, los procedimientos de equilibrio, la estabilidad, la velocidad, el ritmo presentan grandes diferencias individuales. Y esta diversidad se vuelve a encontrar en todos los dominios donde intervienen las funciones de sinergia postural y motriz, es decir, en aquellos que sirven de soporte, no solamente a la actividad motriz, sino también a la actividad sensorial y psíquica.

En relación con esto, la importancia de las actitudes sinérgicas se hace evidente desde los primeros esfuerzos de equilibrio que se imponen al niño. Ch. Bühler comprobó[12] que a la 10ª semana, si abandona la posición extendida con todo el cuerpo que reposa sobre la superficie del lecho, para ser puesto en posición sentada, o si sólo su cabeza se mantiene derecha, aun en posición cómoda, su mirada se hace errante y no puede ver nada. Esta imposibilidad persiste en tanto que no es dueño de su equilibrio. Cinco o seis semanas más tarde, puede, si está acostado, sacar un paño que ha sido apoyado sobre su rostro, pero no es capaz de hacerlo si está sentado. A los 5 ó 6 meses todavía, ubicado frente a otro niño, hace gestos hacia éste en

[10] Mary Gray Blanton, en *Psych. Rev.*, XXIV, nº 6, 1917, pp. 456-483.
[11] Charlotte Bühler, *Sociologische u. psychologische Studien über das erste Lebensjahr*, Fischer, Jena, 1927.
[12] Bühler, *loc. cit.*

tanto que está acostado, pero sentado, se vuelve insensible a su presencia.

¿Se trata, como lo supone Ch. Bühler, simplemente, de la imposibilidad del niño de repartirse entre dos ocupaciones distintas? Pero el equilibrio es una de las que acompaña necesaria y esencialmente a todas las otras. Desaparece sólo al dormir y también en la posición decúbito con relajación completa de los músculos, en la que el pensamiento se trasforma fácilmente en ensueño. En efecto, nada como estos desfallecimientos para suspender momentáneamente la actividad psíquica.[13] Vértigos de origen diverso; abolición del tono muscular, por ejemplo bajo influencia del miedo; sacudidas laberínticas o también obstáculos a las reacciones de equilibrio como consecuencia de circunstancias exteriores, tales como las que sustraen los puntos de apoyo, caída o proyección en el espacio, accidentes de montaña, de caballo o de auto; otros golpes del organismo, de igual violencia o también muy superior, súbitos, pero que no ponen el equilibrio en juego, no acarrean esta brusca supresión de toda posibilidad motriz y mental. Al simple sentimiento habitual de su insuficiencia se liga un estado latente de angustia que se traduce por fobias. A la insuficiencia efectiva, se liga una ineptitud de adaptación exacta, regular y continua a los objetos de la actividad, que se traduce por lagunas y errores en el esfuerzo en todas sus formas: motriz, sensorial y mental.[14]

Se comprende fácilmente cómo el movimiento depende del equilibrio. Este le asegura el punto de apoyo necesario en cada instante de su ejecución. Este punto de apoyo debe poder proporcionar su resistencia a las resistencias encontradas a falta de la cual se disloca, se trastrueca o deja al movimiento sin fuerza. Debe poder extenderse a segmentos nuevos del cuerpo y fijarlos en la posición deseada y a medida que el movimiento se haga más minucioso, se limitará más a las extremidades de los miembros; de lo contrario le impedirá ser preciso, libre, liviano y firme. Si el movimiento interesa al cuerpo entero, como en la carrera o el salto, debe hacer lugar a toda la sucesión de actitudes compensadoras y de movimientos que permiten reencontrar

[13] Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., cap. I, p. 11.
[14] Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., cap. I, p. 11.

el equilibrio al contacto con el suelo. En realidad, aun en su aspecto rígido de punto de apoyo, el equilibrio no es más que un sistema incesantemente modificable de reacciones compensadoras, que parecen modelar en todo instante el organismo en relación con las fuerzas opuestas del mundo exterior y sobre los objetos de la actividad motriz.

Las numerosas sinergias que ponen en juego los sentidos para acomodarse a sus objetos, las trasformaciones y disposiciones sucesivas que exigen de ellas las necesidades de la búsqueda, resultan una actividad del mismo orden. Esta también pone en juego actitudes, y en los aparatos acomodadores, la función plástica de los músculos, exactamente como hacen las actitudes de los músculos locomotores. A pesar de la extrema diferenciación de sus órganos y la individualización de sus centros, no es sorprendente que la actividad sensorial participe de las mismas causas de flexión o de insuficiencia que la función de las actitudes y del equilibrio. Su falta simultánea de seguridad y de resistencia, en la neurastenia, es un ejemplo de esto, lo mismo que la discontinuidad de su acción y sus desfallecimientos en el niño asinérgico.

Finalmente, entre la actividad psíquica y las funciones de acomodación muscular, la concordancia es semejante. Sus desórdenes son igualmente simultáneos. Se dan las mismas irregularidades en el ajuste y el consumo del esfuerzo. Las mismas asincronías y fallas en el rendimiento. Las mismas faltas de cohesión en el espacio y el tiempo. Una regulación orgánica responde a aquello que Rossolimo llamó tono psíquico. Y esta regulación de su actividad por el mismo organismo depende de las funciones propioceptivas. Sin su intervención no hay unidad estable en la acción, ni en las fórmulas que le corresponden en lo físico y en lo moral: el sentimiento inmediato del propio cuerpo y de la personalidad.

Las reacciones a las impresiones propioceptivas datan de los primeros momentos de la vida. Según Magnus, los primeros movimientos de orientación de los ojos resultan de impresiones que se producen en el aparato vestibular. Su poder y el del

hambre son los únicos que pueden medirse en el recién nacido. Sus gritos se calman si se lo mece lateralmente o se lo balancea de arriba hacia abajo, en posición vertical u horizontal. Impresiones todavía totalmente pasivas. Pero pronto, en la tibieza de su baño o liberado de sus pañales, se libra a gesticulaciones o a sobresaltos, después a explosiones vocales y murmullos cuyo origen es, manifiestamente, una sensibilidad que se satisface de esa manera y que llegará a ser el origen de la alegría.[15] Hacia el 5º mes, esta exaltación motriz se produce a propósito de todo aquello que puede parecerle un éxito, por ejemplo, cuando llega, por primera vez, a seguir con sus ojos un objeto que se desplaza.

En el 7º mes se opera entre todos estos movimientos y sus lugares de ubicación una especie de discriminación y de localización de acuerdo con puntos de referencia. La agitación deja de ser completamente difusa y las diferentes partes del cuerpo dejan de intervenir en ella al azar o por simple impulsividad motriz. A propósito de un mismo acto, el niño usa alternativamente las dos manos o los dos pies, como si descubriera la bilateralidad y, complementariamente, la unidad de su cuerpo, cuyas diferentes partes son capaces de ejecutar el mismo acto, según su voluntad. Así, con movimientos repetidos, hace pasar su pierna de una mano a la otra; lleva un pañal a la boca alternativamente con la mano derecha o la mano izquierda; o también golpea un objeto suspendido a veces con la mano derecha y a veces con la izquierda (Ch. Bühler). Estos juegos se repiten y se diversifican durante varias semanas. Durante un tiempo, estereotipia frecuente en el idiota, tiene como ocupación mirar ya sea con un ojo, ya sea con el otro, interesado, sin duda, por las semejanzas y las diferencias simultáneamente experimentadas en el campo de sus impresiones visuales y en el de sus impresiones musculares (9º mes). Desde ese momento sus ejercicios van a bifucarse, unos vueltos hacia el reconocimiento del propio cuerpo y otros hacia los efectos exteriores de su actividad.

[15] Véase la Primera parte.

Capítulo 2

DIFERENCIACIÓN Y PROGRESO DE LAS REACCIONES EXTEROCEPTIVAS

La sensibilidad exteroceptiva, que sólo es apta para proveer el conjunto de impresiones contrapuestas, como mundo exterior, al propio cuerpo, comienza por suscitar sólo efectos sin relación con el mundo exterior. A las excitaciones sensoriales o periféricas en las dos primeras semanas responden ya sea reflejos locales, aislados y elementales, o bien reacciones que pertenecen, no a la vida de relación, sino exclusivamente a la del organismo. Sin duda, la luz retiene la mirada del recién nacido, pero parece que éste puede desplazarse de una mancha clara hacia otra, sólo alrededor del 14º día, acompañar a un objeto que se desplaza lentamente hacia el 23º día aproximadamente, y hay que esperar a un período muy posterior, la 8ª semana, para que el niño sepa seguir un objeto móvil con suficiente rapidez, precisión y un semblante satisfecho o atento. El reflejo palpebral de protección ocular no se produce todavía en las primeras semanas, a menos que la claridad sea intensa o que un dedo llegue a entrar en contacto con las pestañas y la córnea. La reacción al ruido no es auditiva, se limita al sobresalto, que pertenece al dominio propioceptivo.

La sensibilidad al contacto parece la más precoz de todas las sensibilidades periféricas. Pero todavía es tosca y no provoca reacción en el niño que está mamando. De todas las sensibilidades que en realidad la componen, manifiesta sólo las más orgánicas, las más afectivas, con exclusión de aquellas que establecen una discriminación entre la cualidad de las excitaciones y

que están más vueltas hacia el conocimiento del mundo exterior. La sensibilidad al pinchazo, que es una de estas últimas, falta durante los ocho primeros días. Las reacciones consecutivas a un contacto no están orientadas; se propagan de manera difusa en conmociones y gestos sin objeto, en lugar de localizarse y ordenarse en respuestas apropiadas (Preyer). Estas tienen su razón de ser en la vida propioceptiva y afectiva y no en la actividad de relación.[16] A veces, se producen a distancia y aisladas: al tacto del pie responde una contracción del rostro. Si la excitación se hace insistente o intensa, provoca la retracción de la parte tocada, pero habitualmente con torsión del tronco y sobresaltos generalizados, por ejemplo, el niño al que se le trata de limpiar la nariz (Ch. Bühler). En todo caso los gestos de evitamiento preceden a los de defensa y los de defensa a los que se orientan hacia la fuente de la excitación y se adaptan a su causa.

Con el 2º mes se abre un período en el que la movilidad de tipo afectivo da lugar progresivamente a una actividad de aspecto más sensoriomotor.[17] Al mismo tiempo que se constituyen las sinergias sensoriales (desaparición del estrabismo intermitente), el rostro adquiere los rasgos de la atención y de la preparación a las impresiones exteriores: tensión de la frente, mayor apertura de los ojos, agudeza de la boca, avance de la lengua entre los labios. Pero estos esfuerzos en un primer momento son de corta duración; todo se borra rápidamente y, la mirada, después de haber estado fija, con intensidad, durante algunos instantes en un objeto, se pierde en el espacio y en bizqueras sin meta. Sin embargo, la actitud llega a ser mucho más discriminativa frente a excitaciones exteriores. Los ojos se vuelven repetidamente hacia la misma mancha luminosa, siguen un objeto en movimiento. En el 57º día los párpados se mueven cuando se aproxima el padre (Preyer); en la 7ª y 8ª semana (Soltmann) y a veces solamente después del 3er. mes, los párpados se mueven cuando el ojo es sólo amenazado por un contacto brusco. El niño comienza a escuchar, pero, primero, únicamente los sonidos que él mismo emite;[18] a veces se pone a repetir algunos sonidos aislados. Tantea hacia los objetos, y, aunque manifiestamente no los identifica todavía como tales (Ch. Bühler), los toca con las manos, los labios, la lengua, de manera verdaderamente activa. Desde el nacimiento, una simple excitación de la palma de la mano, provoca la flexión de los dedos; entre el 50º día la mano puede recorrer una superficie discontinua sin cerrarse necesariamente; y el gesto de aprehender, cuando se produce, es auténtico, activo. Puede resultar en el 72º día (G. G. Myers) de un contacto sobre una parte cualquiera de la palma de la mano: reverso o dedos. Es el comienzo de la prehensión y de la actividad manual, de importancia tan grande en el desarrollo psíquico. Todas estas reacciones están orientadas, buscan adaptarse, llegan a ser positivas y sólo vuelven hacia su forma negativa u orgánica del estadio precedente si la excitación es violenta. Pero permanecen sin cohesión y cerradas cada una en su dominio sensorial. Es todavía el estadio en que una dificultad de equilibrio anula la percepción.

Al terminar el 3er. mes comienzan a aparecer las asociaciones intersensoriales, al mismo tiempo que se inicia la soldadura mielínica entre los dominios intero y propioceptivo por una parte y el dominio exteroceptivo por la otra. Es éste el momento en que el niño comienza a mantener su cabeza derecha. Un resultado capital de las asociaciones intersensoriales, es que se individualizan las fuentes de excitación al mismo tiempo que se unifica el campo de la percepción. Cada impresión es sobrepasada por su motivo, puesto que éste puede dar lugar también a otras impresiones. El niño comienza a buscar con los ojos el vaso que ha tintineado. Aun cuando la excitación cesó se inquieta por sus fuentes. Se vuelve hacia el objeto del que acaba de alejarse. Reacciona a un roce, a un soplido por movimientos que parecen materializar la causa en algún lugar del espacio. Poco a poco, sus gestos de defensa se organizan para hacer frente exactamente a la amenaza. La orientación de su atención se hace más abstracta. Continúa mirando en la dirección en que desapa-

[16] Véase la Primera parte.

[17] Sobre la sucesión de los estadios emotivo y sensorio-motor, véase *L'enfant turbulent*, Primera parte, caps. I y II.

[18] Para la importancia de los efectos sensoriales producidos por el niño mismo para la individualización de sus impresiones sensoriales, véase Wallon, *L'enfant turbulent*, Primera parte, cap. II.

reció un juguete o una persona. Su reaparición le causa un asombro gozoso. Busca con la mirada las personas de su alrededor; sigue al que se aleja con un rostro interrogativo y como si reflexionara; su percepción se hace menos simple y menos sucesiva. A lo que él aprehende actual e inmediatamente se agrega lo posible, lo previsto, lo esperado. Su mímica responde a estos progresos. Hay actitudes de asombro, la boca y los ojos abiertos, la frente rígida, los brazos extendidos lateralmente o el busto inclinado hacia la fuente de las impresiones que lo ocupan.

Por una especie de efecto inverso y complementario, al mismo tiempo que refiere a su fuente común sus impresiones del mismo origen, llega a ser capaz de alejarse de ellas, de distribuir en otra parte su interés. Al familiarizarse con aquello que está en expectativa, es más apto para ceder frente a lo que realmente es. El pasaje entre impresiones de una misma fuente y el pasaje de una fuente a otra van a la par. En lugar de impresiones fragmentarias que lo acaparan cada una totalmente y cuya sucesión no puede ser más que una especie de parcelación cíclica, se opera, con la unificación de su campo perceptivo, la de su continuidad mental. Mientras mama puede mirar a una persona a su lado, sonreír a su nodriza, interrumpirse un instante para interesarse por una excitación auditiva o visual de débil intensidad. La posibilidad de estos progresos está ligada, evidentemente, a la maduración concomitante de los centros que gobiernan el equilibrio y las sinergias funcionales. Es al comienzo de este período (101º día) cuando el niño llega a seguir con la cabeza, con una precisión mecánica, el vaivén de un péndulo.

El papel de la mano en las asociaciones intersensoriales alcanza una importancia creciente. Comienza hacia la 16ª semana a seguir a la mirada cuando ésta entra en contacto con un objeto; los ojos la guían cuando trata de alcanzarlo; su gesto de aprehensión no está estrictamente subordinado a una impresión táctil, se dirige hacia objetos distantes, que pertenecen a su campo visual. Su destreza hace entonces progresos considerables tanto en sus condiciones motrices como sensoriales. Al terminar el 3er. mes los brazos se agitan todavía simultánea y simétricamente; los puños permanecen cerrados; se acercan o se apartan demasiado, y no llegan a aprehender o retener el objeto (Ch. Bühler). Pero pronto el niño no se cansa de tantear, de

empuñar los objetos a su alcance, de golpearlos, de frotarlos contra su lengua, sus labios, sus brazos, sus piernas, de agitarlos, de atraerlos, de alejarlos, de dejarlos caer y de experimentar todos los efectos posibles en el campo de todas sus sensibilidades. Aprende a tomar su biberón con las dos manos y llega a introducir la tetina en su boca. En el curso del 5º mes logra aprehender con una sola mano, es decir, por flexión bien adaptada de los dedos; hace todavía sólo un uso rudimentario de los objetos tomados. Se satisface haciendo ruido, ajando papel o haciéndolo pedazos.

El período que comienza al finalizar el 6º mes se destaca, sobre todo, por los progresos de la aptitud para anticiparse a la percepción directa de las cosas y por los progresos de la actividad instrumental. En el momento de comer, de ser sacado de su lecho, de ser vestido, de salir de paseo, la simple espera del acontecimiento pone ya al niño en un estado de excitación gozosa. El interés que tiene por las cosas no es solamente consecutivo a la impresión que éstas causan en él. Mira cosas que no tienen nada de particular, como si buscara descubrir allí algo atrayente. Toma la delantera a la excitación para suscitarla.

Sin duda no sabe todavía presentir suficientemente un efecto rápido para ser capaz de seguir su curso. En su 30ª semana deja caer los objetos sin mirarlos, aunque algunos días atrás pudo seguir con los ojos el vuelo de un gorrión (Preyer). En su 34ª semana puede ocurrir, pero excepcionalmente, que preste alguna atención a su caída. Dos semanas más tarde comienza a mirarlo, pero de manera intermitente y con un aire de interés mucho menos sostenido que por los objetos que se desplazan lentamente como el humo. En la 43ª semana, al mismo tiempo que logra seguirlo con los ojos, tiene el rostro asombrado. En la 47ª semana, con el rostro divertido y muy atento los suelta y los mira caer, mientras repite este ejercicio hasta ocho veces seguidas. Pero si la acción llega a complicarse, aptitud e interés decrecen juntos y solamente en su 124ª semana, habiendo tirado una pelota, la sigue con los ojos y con precisión.

Introducidos en el circuito de la acción, los objetos hacen que ésta se diversifique y trasforme. De simple excitación o movimiento pueden llegar a ser instrumento o meta. Desde que

dos objetos pueden ocuparlo simultáneamente, el niño no puede hacer otra cosa que combinarlos de una manera cualquiera y hacer de ellos un todo único. La ley de estas combinaciones presenta grados. Primeramente, entre el 7º y el 8º mes, la simple coalescencia o yuxtaposición y su contrario, la dilaceración. El niño acerca, agrupa en series más o menos uniforme o comprime uno contra otro los objetos que manipula. Algunas semanas más tarde, busca de introducirlos unos en otros; es el estadio de la inclusión, al que una caja podría servir de símbolo. Después las combinaciones se hacen más específicas, están inspiradas en la configuración de los objetos y en sus posibilidades de disposición. Finalmente llegan a ser capaces de subordinarse y de ajustarse a un resultado útil: un objeto es empleado y, si es necesario, modificado de manera que sirva de instrumento para alcanzar otro. Es lo que K. Bühler llama el estadio chimpancé, el niño cuando llega a él, alrededor del año, llega a ser capaz de encontrar las mismas soluciones que los chimpancés observados por Köhler. De esta aptitud todavía rudimentaria nacerán las primeras técnicas del hombre.

La simple aproximación de las cosas, tan evidente como pueda parecer su conveniencia mutua, no podría explicar automáticamente el descubrimiento que hace de ella el hombre, el niño o el animal. Es en ellos que hay que poner el poder de intuición o de imaginación que les hacen realizar efectiva o mentalmente esta adaptación. Igualmente, la reunión de datos sensoriales no basta para dar cuenta del objeto, ni la disposición recíproca de los objetos en el espacio donde es posible ordenarlos entre sí. Sin embargo, ocurre que tomamos naturalmente como punto de partida necesario, como principios sin historia, sin antecedentes imaginables, nuestro pensamiento que aplica espontáneamente a las cosas sus más eficaces medios de intuición, de comprensión o de conocimiento, que son también los más evolucionados y recientes. Y el psicólogo que emprende la tarea de conocer sus génesis se defiende mal contra la tentación de dar como ya realizado en los escalones inferiores lo que trataba de explicar, pero cuya no-existencia se representa muy difícilmente.

Ver al niño vuelto hacia una fuente de excitaciones, hacia un motivo de movimientos, y atraído por experimentar sus diversas posibilidades, hace creer fácilmente que él les reconoce como soporte un objeto. Sin embargo, en los casos de agnosia o de apraxia, las posibilidades sensoriomotrices y el uso automático de los objetos se conservan, mientras que no puede realizarse la noción del objeto, del que nosotros haríamos depender su empleo y la percepción de sus cualidades. Es necesario admitir entonces que el sistema de datos sensoriales o motrices que responden al objeto no puede hacerlo percibir como objeto sino integrándose, en otro plano de la vida psíquica, a un orden diferente de operaciones en las que interviene la actividad simbólica. Con más razón, la noción de espacio no debería considerarse como un dato primero. Diferentes casos de desorientación muestran que realmente implica la superposición de varios espacios que no sirven alternativamente para ordenar la cosas entre sí, nuestras acciones en medio de las cosas, nuestros símbolos y nuestros pensamientos, sin que dudemos del momento en que pasamos de uno a otro. Así también, la noción del propio cuerpo no podría ser el resultado de una combinación automática entre las diversas sensibilidades que acabamos de considerar.

Capítulo 3

DIFERENCIACIÓN Y PROGRESO DE LAS RELACIONES RELATIVAS AL PROPIO CUERPO

En el plano sensoriomotor, las reacciones del niño frente a su propio cuerpo presentan etapas sucesivas que coinciden con las de su desarrollo exteroceptivo. Estas no se dan antes de la época en que comienza, con la mielinización de las conexiones interopropioceptivas y exteroceptivas, el establecimiento de relaciones intersensoriales.

En un primer período, que va del 3º al 6º mes, la entrada, en cierto modo fortuita, de sus miembros en su campo perceptivo parece sorprenderlo y suscita un esfuerzo visible de reconocimiento y de discriminación. Desde el final de la 12ª semana, según Guillaume,[19] el niño seguirá con sus ojos el desplazamiento de sus manos, y sólo en la 19ª semana se interesará por el movimiento de sus pies y de los dedos de los pies. Este escalonamiento de las fechas no tiene, por sí mismo, nada de sorprendente. Se observa constantemente entre la mano y el pie en sus relaciones con la actividad psíquica. Los miembros inferiores al tener aún en el niño, con menor frecuencia, la ocasión de entrar en su campo visual y al no poseer los contactos múltiples y diversificados de la mano con el mundo exterior, no pueden pertenecer sino de manera más tardía e incompleta a la esfera de su vida psíquica. Por otra parte, esta desnivelación funcional tiene su equivalente anatómico. Respecto al haz piramidal que trasmite a las neuronas periféricas las incitaciones de la movilidad voluntaria nacidas de la certeza cerebral, A. Tournay reconoció

[19] Guillaume, *L'imitation chez l'enfant*, Alcan, París, 1925.

que la maduración funcional, es decir, el momento en que sus fibras están mielinizadas, se da alrededor de tres semanas más tarde para el pie que para la mano.[20] Si el intervalo es más grande para las reacciones combinadas que señala Guillaume que para los simples reflejos investigados por Tournay, se debe, sin duda, a que aquél se acentúa con la complejidad creciente de las conexiones nerviosas y a medida que se trata de funciones más elevadas, con las cuales el pie está cada vez menos directamente interesado.

A menos de comprobar señales particulares de interés, nada permite afirmar que al seguir con los ojos la mano, el niño haga otra cosa que un acto unisensorial, como cuando sigue con los ojos un cuerpo extraño. Y, en la observación muy minuciosa de Tournay, es, de hecho, en una fecha sensiblemente más tardía, el 115º día, es decir, en la 17ª semana, que verdaderamente presta atención a la mano derecha, la detiene delante de los ojos, mira agitarse sus dedos y comienza a fijarse en ella de manera relativamente prolongada y sostenida, varias veces por día. En cuanto a la mano izquierda, continúa hasta el 141º día pasando por su campo visual sin suscitar en ningún grado esta concentración manifiesta de interés. Resulta entonces una separación de 26 días, indudablemente en relación con un atraso de la maduración funcional entre las dos mitades, derecha e izquierda, del sistema nervioso.

Por otra parte, un fenómeno semejante al de Tournay fue señalado por Guillaume en una fecha casi idéntica. Al finalizar el 4º mes, es decir alrededor del 115º o 120º día el niño, en el momento de aprehender un objeto, se detiene ante su mano, la desplaza a la altura de los ojos. Los actos muy precoces de atención parecen mucho más discutibles y no son, en todo caso, espontáneos: 15ª semana, atención del niño a su mano cuando se le hace tocar el piano; 17ª semana, cuando se le cortan las uñas. Además de ser en ese momento el asiento de otras sensaciones la mano es un objeto de atención para el adulto, por lo que puede ejercer una suerte de inducción sobre la atención del niño.

Igualmente concordantes son las fechas indicadas por Pre-

[20] A. Tournay, "L'asymétrie dans le développement sensitivo-moteur de l'enfant", en *Journal de Psychol.*, XXI, 1924, pp. 136-144.

yer. En la 17ª semana el niño se esfuerza, no sin torpeza, por tomar un objeto, el contacto atrae su atención hacia el objeto, pero más aún hacia la mano que llega a ser así una especie de objeto privilegiado en el desdoblamiento que se opera entre ella y el objeto. En la 18ª semana, en el acto de prehensión, contempla exclusivamente sus dedos, o sea, que lo acaparan únicamente las relaciones de las sensaciones propioceptivas y de las sensaciones visuales. En la 23ª semana, si le ocurre que, en el curso de un movimiento sin meta, llega a tomar una de sus manos con la otra, mira a la primera con sorpresa, ésta, la mano inerte, retiene más su atención porque, sin duda, la secuencia de las sensaciones es menos prevista en ella que en la mano activa. En la 24ª semana, contempla alternativamente el guante que tiene y los dedos que lo sostienen y por su perplejidad parecería indicar la diferenciación entre lo que puede ser asiento de sensaciones y lo que no lo es. Finalmente, en la 34ª semana, es decir, con el intervalo necesario entre los miembros superiores y los miembros inferiores, cuando está extendido sobre la espalda, llega, con frecuencia, a contemplar sus piernas levantadas verticalmente, como si fueran objetos extraños.

Sorprendido o, al menos, atraída su atención por la aparición y los desplazamientos de los miembros en su campo visual, el niño, durante este período, es incapaz de preverlos. No solamente no existe una intuición primitiva y necesaria del propio cuerpo en todos sus aspectos y en su conjunto, sino que, en un primer momento, se forman muy parcialmente las asociaciones entre las diferentes impresiones que le corresponden. El trabajo de ajuste entre las impresiones que ofrece la percepción externa y la sensibilidad propioceptiva es, en el niño de esta edad, tanto más gradual y esporádica cuanto la persistencia de asinergia le impide todavía reunir instantáneamente en un solo y mismo equilibrio todas sus actitudes y todas las partes de su cuerpo. Sin embargo, aquellos de sus miembros que entran en su campo exteroceptivo no son ya un objeto indiferente y cualquiera. El niño puede sentirse presente a la vez en la impresión visual y en el miembro en movimiento, de ahí, su posibilidad y necesidad de descifrar cómo se corresponden las dos sensibilidades. Separa, mientras los mira, el guante insensible, de los dedos que lo sos-

tienen; mira actuar a sus dedos. Semejante desdoblamiento puede ser experimentado también entre los dominios cuya unidad podría parecer primitiva e irreductible, por ejemplo, entre las sensibilidades de ambas manos. Lo que lo sorprende, si él toma una con la otra, no es ni su dualidad ni su similitud, pues sus impresiones visuales o motrices le darían una intuición muy decisiva de esto. Son los efectos del contacto, doble y diferentemente sentido en las dos manos, y descubre las correspondencias entre estos efectos.

El período que sigue va del 6º al 12º mes y aun más allá. Es el período en que el niño, frente al mundo exterior, comienza a concederle suficiente realidad para esperar de él ciertos efectos y para iniciar allí su actividad instrumental. Frente a su propio cuerpo, se libra a una actividad de alguna manera complementaria, cuyo resultado es individualizarlo y hacer predominar sobre las sensibilidades orgánicas y subjetivas la sensibilidad de relación. Al tener interés en explorarlo, en ponerlo, de diversas y repetidas maneras, en contacto consigo mismo, termina por producirle, mediante gestos previstos, impresiones previstas. Al mismo tiempo que la sorpresa se van apagando las reacciones difusas de los primeros tiempos, aquellas cuyo único efecto es propagar en el organismo sus ondas de sensibilidad puramente afectivas, y, en consecuencia, tornarlo no disponible para una respuesta orientada hacia la fuente de excitación y adaptada a su causa. Las regiones del cuerpo en que estos contactos recíprocos son más habituales, aquellas que las manos, instrumentos privilegiados de estos contactos, recorren con mayor frecuencia, son, de igual manera, aquellas donde la sensibilidad discriminativa supera a la sensibilidad puramente afectiva. En las perturbaciones afectivas tiende a disolverse toda idea neta y finalmente toda conciencia. La noción del propio cuerpo no podrá proceder, pues, en tanto esas reacciones afectivas no sean sometidas al control de la acción exteroceptiva.[21]

[21] Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., Primera parte, cap. II, y Primera parte de este libro.

El gesto de tomarse el pie con las manos, de tocarse los dedos, de llevarlos a la boca, es observado por Guillaume desde el 6º mes, y por Preyer a partir de la 35ª semana. En esa misma época, estando en su baño, el niño se toca y se palpa el cuerpo de un lado y de otro; agita las piernas y las mira. La diferencia entre la superficie sensible que ofrecen a su actividad las diferentes partes del cuerpo y los objetos exteriores es, de alguna manera, sistemáticamente experimentada en el curso de sus juegos. En su 41ª semana, mientras está golpeando con fuerza creciente las dos manos sobre la tabla, después una sola mano, vuelve bruscamente los golpes contra su boca; permanecer algunos instantes con la mano contra sus labios, golpea de nuevo sobre la mesa con la mano derecha, después sobre su cabeza a la altura de la oreja. "Parecía notar por primera vez —dice Preyer— que es diferente golpearse a sí mismo que golpear un objeto exterior." Parece hacer, a continuación, la comparación entre los efectos que se obtienen sobre las diferentes partes de su cuerpo. Al año experimenta un gran placer al golpearse los dientes con un objeto duro, después al rechinarlos. Al año y un mes todavía se golpea frecuentemente la cabeza para experimentar su dureza, el semblante asombrado. Éste es un gesto muy duradero en el idiota, una estereotipia que parece corresponder al estadio en que se diferencia la sensibilidad afectiva o protopática y la sensibilidad discriminativa o epicrítica. Por fases alternantes su violencia crece al mismo tiempo que la excitación, los gritos semejantes a aullidos, la cólera del sujeto, como si el dolor así provocado sirviera de estimulante o de revulsivo al paroxismo emotivo; después, sobreviene un período de calma, en que el golpe es dado con una especie de interés concentrado, exclusivo, meditativo, como si fuera minuciosamente estudiado en sus resonancias cualitativas.[22]

Otro gesto descrito por Preyer en el niño de 1 a 4 meses también se encuentra como estereotipado en el idiota, es el gesto de llevarse los dos pulgares hacia la región de las orejas, las manos y los dedos habitualmente extendidos. El niño de Preyer apoya o se golpea con los dos pulgares por encima de las orejas, los ojos muy abiertos, el semblante asombrado, como

[22] Véanse ejemplos en *L'enfant turbulent*, cit., Tercera parte.

si pusiera a prueba, dice Preyer, la manera como la cabeza se sostiene, resiste al choque o asimismo como es capaz de tomar y conservar cierta dirección, es decir, como si verificara sus reacciones de equilibrio, orientación y, más o menos directamente, sus funciones laberínticas. Otros niños, algunas veces, llevan la punta de los pulgares sobre el trago, lo que podría hacer creer en ciertas maniobras para modificar, por una obliteración o por una compresión variables del conducto auditivo, la audición endoauricular; pero con mayor frecuencia los pulgares son apoyados sobre la apófisis mastoide. Los ojos extraviados, como fijados en el infinito, el niño tiene en ese momento un semblante tan profundamente atento que, por esa actitud, parece polarizar su potencia perceptiva sobre alguna sensibilidad íntima: propioceptiva, orgánica, auditiva o mental. De todas maneras, entre estos gestos o actitudes y las sensibilidades que ellos despiertan, exteriormente a sí mismos, en algún otro dominio somático o funcional, el niño conecta relaciones, establece sistemas que separan las dos sensibilidades conjugadas en su subjetividad inicial. Pero esto no es suficiente todavía para que haya individualizado, en cada uno de sus aspectos, las partes del cuerpo y para que las haya hecho entrar en la unidad de su personalidad física.

Otro período que se encadena con el precedente, muestra como en un primer momento el niño identifica mejor los órganos en el otro que en sí mismo. Y, cuando finalmente sabe representarse los suyos, los trata primero como cosas extrañas, después, por una especie de animismo ingenuo, como personalidades anexas.

Hacia la mitad del 12º mes, Guillaume observa en un niño que trata de poner sus propios zapatos en la muñeca, cierta tendencia a confundir la cabeza y los pies. Confusión evidentemente debida a la gran dificultad de ajuste que presentan, para el niño pequeño como para el apráxico, las vestimentas que tienen un derecho y un revés; y repercusión consecutiva de sus dudas sobre el esfuerzo de discernimiento y de reflexión que exige de él el segundo de los objetos asociados a su acto. La única conclusión permitida es, pues, que todavía no hace automáticamente la distinción entre la cabeza y los pies. En efecto, cuando su atención no se ha dividido, sabe muy bien tocar los ojos de su caballo de madera, besarlo sobre la cabeza, golpearlo en los labios con la intención de hacerlo relinchar. Una o dos semanas más tarde, cuando quiere mamar, localiza con mucha exactitud el lugar del pecho en otras personas que no son su madre. Del complejo global que le hacía hasta entonces buscar exclusivamente a su madre, separó impresiones particulares de lugar y de forma que llegaron a ser trasportables sobre otra persona cualquiera. Algo que justifica esta interpretación, es que, hacia la misma época, llama "tetas", como a los pechos de la madre, a las dos puntas rojas que ven en los codos del padre. Separada del conjunto donde estaba confundida en un primer momento, parece que la imagen comienza por flotar indistintamente sobre las cosas, siempre preparada a asimilarse a aquello que presente alguna analogía con ella, aunque sea muy parcial. El hecho de que la imagen no sea reducida en ese momento a las mayores inverosimilitudes se debe a que no puede insertarse todavía entre los diferentes aspectos de la realidad.

Como toda aptitud en sus comienzos, el reconocimiento de las formas corporales se ejerce con una actividad y a veces una intemperancia tanto mayores cuanto está más imperfectamente integrada todavía al conjunto de la actividad psíquica. De allí el descubrimiento de semejanzas que hace el niño y que asombran al adulto, cuando le parecen acertadas. Al año, uno de los niños observados por Guillaume llamó espontáneamente "ico" al dibujo estilizado y poco parecido de una quimera de una cortina blanca. Al año y cuatro meses besa la cabeza de unos pájaros tallados en un mueble. El niño de Preyer, a las 55 semanas, mira con atención sostenida a la persona que come, sigue con sus ojos todos los movimientos, tiende las manos hacia su rostro, pero, habiendo llevado los ojos hacia sus propias manos, toma las de sus padres para hacer jugar las articulaciones. Al comienzo es, pues, sobre las manos del otro donde se fija su curiosidad.

Finalmente, cuando los propios órganos proveen de un motivo a sus reacciones, actúa como si no se tratara de su propio cuerpo. A las 62 semanas hace el gesto de arrancarse los dedos como si fueran objetos extraños. Se aprieta una mano con la

otra hasta el punto de manifestar sufrimiento. A 1 año y 3 meses se muerde el dedo y pega un grito de sorpresa. A 1 año y 7 meses, cuando se le dice "dame el zapato", recoge el zapato que acaba de perder y lo da. Se le dice entonces "dame el pie", toma su pie con las dos manos y durante un largo rato se esfuerza por tenderlo. Sin duda, hay ahí un caso de perseveración que pudo favorecer la idéntica fórmula de las dos órdenes consecutivamente dadas. Pero la insistencia del niño en querer como separar su pie del cuerpo indica manifiestamente una falta de cohesión entre las impresiones que tiene de éste y el sentimiento de su propia actividad. Poco importa que ciertos retardos observables en el hijo de Preyer puedan hacer suponer cierto grado de asinergia y, en consecuencia, de insuficiencia para hacer mutuamente solidarias las partes de su cuerpo o los momentos de su actividad. La diversidad entre los niños y sus oscilaciones alrededor del tipo normal es precisamente lo que puede hacer profundizar mejor en el complejo juego de su desarrollo.

Reconocidas e individualizadas, las partes del cuerpo no son integradas repentinamente por el niño en su individualidad física. A 1 año y 11 meses el niño de Preyer ofrece varias veces un bizcocho a su propio pie, como si se lo ofreciera a sus padres, y se divierte mucho viendo cómo lo toman los dedos de los pies. Simple juego, sin duda. Pero, ¿cómo habría juego si no hubiera una ilusión posible? El interés que se pone en juego puede servir de medida a la ilusión. Ésta no puede consistir aquí más que en la independencia y la autonomía vital acordadas por el niño a sus propios órganos. Por otra parte, esta ilusión tampoco está abolida hasta tal punto, al menos en ciertos adultos, dado que permanecen capaces de experimentar alegría o malestar ante los payasos, quienes precisamente explotan esta ilusión, fingiendo actuar como si las partes del cuerpo estuvieran dotadas de actividad independiente. Si estas regresiones lúdicas son posibles, se debe a que en un momento cualquiera del desarrollo psíquico el problema debió plantearse. Scupin cita el ejemplo de otro niño que ponía las panterrillas desnudas en el balcón para que la gente las viera, de la misma manera que cambiaba de lugar los guijarros del jardín para que la gente los viera de nuevo.

Así, el animismo del niño puede hacerlo entrar de manera muy semejante a su propio cuerpo y a los objetos exteriores. Solución mixta anterior a la que le hará extraer definitivamente, fuera de su propia sensibilidad, el mundo exterior e integrar sustancialmente su cuerpo físico a su yo. Pero, en un primer momento, al individualizar los propios órganos sólo puede yuxtaponerlos a sí mismo.

Capítulo 4

EL PROPIO CUERPO Y LA IMAGEN EXTEROCEPTIVA

Una contraprueba que muestra con perfecta nitidez por qué grados y dificultades debe pasar el niño antes de llegar a reducir en una intuición de conjunto todo aquello que se refiere a su personalidad física, es la manera de reaccionar, según las diferentes edades, en presencia de la propia imagen en un espejo. Las observaciones aportadas por diferentes autores son lo suficientemente concordantes para permitir llegar a la conclusión de que hay una evolución constante. Se trata de saber cómo llega a ser capaz de reconocer como suyo su aspecto exteroceptivo, que el espejo le traduce de la manera más completa y evidente. El problema parece comportar dos etapas muy simples: percibir la imagen y reportarla a sí mismo. En realidad, las etapas son otras y mucho más complejas. Causan mecanismos y condiciones que el análisis de la conciencia por sí misma no permitiría sospechar.

a) La actitud de los animales frente a un espejo

Se creyó que el ejemplo de los animales permitiría remontar a los orígenes de esa evolución. En realidad, provee, según la especie considerada, ejemplos de etapas muy espaciadas. Preyer habla de un pato de Turquía, sobreviviente de una pareja habitualmente solitaria, que tomó la costumbre, habiendo muerto la hembra, de quedarse parado contra la ventana de un só-

tano reforzada por el lado interior, y que reflejaba los objetos a la manera de un espejo. Sin duda, su propio reflejo podía suplir, más o menos, el vacío dejado a su lado por la ausencia de la compañera. Su impresión de estar no-completo debía ser atenuada. Pues resulta verosímil suponer que reaccionaba a esa especie de intuición sincrética que une al individuo con lo que lo rodea y le hace sentir como una amputación toda disminución de ese contorno. Así ocurre con el perro que sale de paseo con sus dueños, cuando uno de ellos se aleja; y así también con la perra separada de sus cachorros o la gallina de sus pollitos. Es un estado de sensibilidad anterior a aquel en que la persona sabe disociarse del ambiente y distinguir, entre sus impresiones, las que se refieren a ella misma y las que se refieren al mundo exterior. A juzgar por su comportamiento, parece que es frecuente respecto a los animales. Esto, en todo caso, dispensa de suponer en el pato la formación explícita de una imagen, su exacta identificación o, más aún, la sustitución por ésta de la imagen de su compañera desaparecida y la fidelidad a un recuerdo. Basta con admitir que simples impresiones visuales hacen las veces de todas aquéllas y que se reconocen en los rayos reflejados por el vidrio el mismo poder que a los reflejados por un cuerpo real. Bajo la apariencia de una ilusión completa, simples mecanismos sustitutivos llegan a ser más o menos semejantes a reflejos condicionados. Y ya es mucho.

El caso del gato que, según Preyer, da vuelta detrás del espejo, es una interpretación muy dudosa. Parecería que hubiera sufrido la ilusión de estar frente y que, al mismo tiempo, tuviera el sentimiento del obstáculo. Reacción del mismo nivel que la de los antropoides. Pero ¿se encontraba éste o no por primera vez frente a un espejo? Con dos fox que habían vivido siempre en locales sin espejo, obtuve reacciones netas de alejamiento. El espejo ocupaba el muro hasta una altura de 1,70 m desde el nivel del suelo. Conducida ante él, la perra se mantenía apartada, a pesar de las caricias que se hacían a su imagen y que deberían haberla atraído, sobre todo si las suponía dirigidas a otro perro, puesto que era muy celosa. Su cabeza estaba en constante movimiento; parecía buscar una distracción a izquierda y derecha. Si se la acercaba al espejo, extendía las patas como si quisiera mantenerse alejada, volvía la cabeza como un niño al que se trata de dar de comer contra su voluntad, mantenía las orejas caídas como cuando tenía miedo, el corazón le latía. Miraba de reojo hacia cualquier objeto, y, tan pronto fue soltada, se precipitó hacia la puerta con la cola entre las piernas.

El otro perro se ponía a husmear en el cuarto, como si quisiera evitar el espejo. Si uno lo acercaba, volvía la cabeza hacia un costado como si se fijara en otro objeto del cuarto. Parecía tratar de no ver su imagen. Pero si se le acariciaba la cabeza, gesto que percibía en el espejo, entonces miraba su imagen de manera prolongada, sin excitación, ni placer, ni miedo aparentes, pero como si las caricias que veía dar a su imagen y que experimentaba sobre sí mismo le hicieran realizar una especie de identificación entre ésta y él. Su actitud parecía traducir un estado de equilibrio, calma y estabilidad. Si por instantes quería responder a las caricias, lo hacía volviendo el hocico hacia la persona que lo tenía. Las impresiones propioceptivas eran pues las que dominaban; las impresiones visuales eran una especie de complemento. Estas no le representaban otro animal, ni aun su propia imagen. Sólo le devolvían el eco de lo que experimentaba sin ningún sentimiento de desdoblamiento.

La actitud de estos dos perros delante del espejo es, en todo caso, radicalmente diferente de la que tenían cuando se los ubicaba delante de un vidrio: todo lo que veían por trasparencia entonces los excitaba y atraía al máximo, aunque se daban cuenta perfectamente del obstáculo interpuesto. Ante el espejo no estaban para nada indiferentes y neutros como ante un muro. Sin duda, lo que ellos perciben allí los despista, no encuentra reacción a suscitar en su comportamiento habitual; en consecuencia, no se deja identificar con nada de lo que ellos conocen, y que no toma, eventualmente, sentido, sino fusionándose con ciertas impresiones actuales. Impresiones de caricias, impresiones pasivamente sufridas. Por el contrario, la imagen de sus propios movimientos tiene por efectos alejarlos del espejo. La razón de esta diferencia obedece sin duda a que, para el animal en movimiento, lo que cuenta es la iniciativa, la reacción útil, o sea la necesidad de anticipar sobre el estado actual, y no las impresiones resultantes del movimiento mismo. Pues, como consta en el comportamiento de estos perros, la imagen re-

flejada no les da ninguna ilusión de realidad ni de semejanza. Diferentes de sus impresiones acostumbradas, no tiene un complejo de actividad al cual sepan combinarlas.

La reacción de los monos superiores en presencia de un espejo es de un nivel mucho más elevado. Pasarían instantáneamente la mano por detrás, manifestarían su cólera al no haber encontrado nada que tomar, y se negarían desde entonces a mirar allí. Parece un verdadero acto de conocimiento. Nada de un ensayo fracasado. El despecho no puede explicarse más que como una expectativa frustrada. El gesto inmediato de verificación, por una hipótesis más o menos implícita. La exclusión inmediatamente consecutiva y definitiva del espejo, por una especie de conclusión práctica, que no tiene nada que ver con el mecanismo del amaestramiento. Habría ya desdoblamiento, aunque fuera fugaz, entre la percepción y la adhesión, es decir, nacimiento de la representación frente a lo real. Según Köhler, los chimpancés serían capaces ya de reconocerse en un retrato. Es un estadio que el niño no alcanza repentinamente. Si el adulto lo sobrepasa, es porque al reconocer lo real en la imagen, sabe, sin embargo, mantener la distinción y, definitivamente, disociar las cosas de su representación.

b) El niño ante la imagen especular del otro. Realismo de las imágenes y estadio de yuxtaposición

Hasta el final del 3er. mes, el niño permanece insensible a las imágenes que se forman en el espejo. En la 10ª semana se observó sonreír a un niño, pero parece que a causa del resplandor de un espejo iluminado. Preyer, golpeteando sobre el espejo, pudo atraer su mirada, pero evidentemente sin que el niño percibiera nada de lo que éste reflejaba. Sólo Guillaume observa, en sus niños, juegos de actitudes y muecas delante del espejo. Éstas son manifestaciones que no se observan habitualmente hasta el 15º mes. Son bastante inverosímiles en una edad en que las sinergias de los órganos sensoriales están todavía mal reguladas, mal agrupadas y en que el equilibrio permanece tan precario que a la menor actitud un poco difícil, tanto cuando

está parado como sentado, las percepciones del niño se confunden.

Solamente en el curso del 4º mes, según Preyer, la imagen reflejada por el espejo parece provocar la fijación de la mirada, sin despertar, por otra parte, interés por el rostro (de la 14ª a la 15ª semana). En el 113º día (17ª semana), el niño mira como lo haría frente a un extraño que viera por primera vez; tres días después le sonríe. Es exactamente en la misma edad en que uno de los niños de Guillaume sonríe y agita los brazos frente a la reproducción en tamaño natural de una figura de Franz Hals. Manifestación de interés que lo muestra sensible ya a la representación del rostro humano, pero que no se reproduce quince días más tarde. En consecuencia, manifestación todavía muy intermitente, como ocurre habitualmente en casos en que, siendo muy novedosas, están tan próximas al umbral que sólo pueden producirse en condiciones muy favorables.

Es necesario esperar hasta el 6º mes para que la imagen reflejada por el espejo llegue a asociarse a otras reacciones, diferentes de las manifestaciones puramente mímicas y afectivas. Se dan con frecuencia todavía bajo el choque de una circunstancia exterior. El niño de Darwin sonríe a su imagen y a la de su padre que ve en el espejo. Pero se vuelve muy sorprendido cuando oye hablar a sus espaldas. No podría todavía hacer coincidir en el tiempo y en el espacio el aspecto reflejado por el espejo y la presencia real de su padre. Su primera confrontación fue la continuación de un movimiento suscitado por una excitación auditiva, que se sumó por azar a la situación. Desde entonces, la imagen del espejo adquiere, por simple trasferencia, el poder de provocar la misma reacción hacia el objeto, sin que sea necesaria una excitación que provenga directamente de éste. El descubrimiento de la relación que los une se hace, pues, por intermedio de una reacción asociada. El gesto de atribución que refirió la imagen al objeto y que tradujo su yuxtaposición en identidad, no tuvo por punto de partida la intuición previa de esta identidad. Al contrario, esta intuición es consecutiva. El gesto la preparó, le franqueó el camino.

Sin embargo, no se explica por el puro mecanismo de las circunstancias. Es en la misma época que los distintos observadores notan por primera vez, en el niño, este gesto de volverse

hacia la persona cuya imagen ve en el espejo: 24ª semana, Preyer; 5 meses, 17 días, Guillaume. Cualquiera que sea la ocasión inicial, se produce, pues, a su hora, en el momento en que las asociaciones intersensoriales están en pleno período de terminación, y cuando puede plantearse el problema de una dependencia mutua o común entre ciertos grupos de impresiones, a pesar de las diferencias de cualidad o de ubicaciones sensoriales, de la diversidad de fuente en el espacio o de orden en el tiempo.

En efecto, no podría explicarse como un simple hecho de recurrencia, es decir, como una reacción cuyo propio motivo se borraría ante una circunstancia que, habiéndola precedido con mayor o menor frecuencia, llegaría a ser, a su turno, motivo suficiente de esta reacción. Anterioridad en el tiempo pasa a ser anterioridad causal; desaparición del término intermedio, en adelante inútil; economía de tiempo y de condiciones exteriores; reducción del circuito como se produce sin cesar en la actividad de ejecución o de acomodación automática a las circunstancias; se trata en estos hechos, a los que Hachet-Souplet refirió el mecanismo del amaestramiento de un camino trazado por las circunstancias entre una reacción dada y el más temprano de sus estímulos.

Muy diferente es el hecho de volverse de la imagen hacia la persona. Es la verificación de una relación, es un acto de conocimiento. Expresión de sorpresa en el rostro, dice Darwin, expresión muy atenta, revela Preyer. El comportamiento del niño indica que no se abandona a una inclinación que llega a ser más familiar, a una costumbre de alguna manera inadvertida por él mismo, sino al contrario que realiza algo nuevo, resuelve una dificultad, integra en una suerte de unidad superior lo que hasta entonces no presentaba todavía para él una ligazón determinada. En tanto que las impresiones no tienen entre sí otro lazo que el de la sensibilidad que las experimenta, de las reacciones que las encadenan, nada permite aislarlas de todo lo que interviene, simultáneamente, en el momento en que se producen, ni, en consecuencia, asociarlas entre sí según relaciones particulares. Por el contrario, desde que hay, visiblemente, comprobación de una relación, existe prueba de que ya se ejerce la aptitud de distinguir, en la masa y en el flujo de la experiencia sensible e inmediata, términos que tienen ciertos caracteres específicos, para individualizarlos y unirlos en un plano superior de la actividad psíquica. Con este ejemplo, es posible representarse la naturaleza de las asociaciones intersensoriales que se elaboran en este período de la infancia. No son simple yuxtaposición o coalescencia mecánica, se superponen a los datos brutos de la experiencia formas nuevas de identificación y de integración mentales.

Sin embargo, no es necesario suponer que el niño ha podido captar repentinamente las relaciones del objeto y de su imagen, del cuerpo que habla o actúa y de su doble visual. Así, ya después de una semana, el niño de Preyer, si bien se vuelve hacia su padre visto en el espejo, trata de tomar su propia imagen con la mano. Y mientras que, hacia la 27ª semana, el niño de Darwin jugaba a descubrir a su padre en el espejo para volver inmediatamente su mirada hacia él, en el 7º mes permanece desconcertado viéndolo detrás de un espejo sin alinde. Capaces de percibir entre la imagen y el modelo una relación de semejanza y de concomitancia, no saben todavía captar sus verdaderas relaciones de subordinación. Y al no poder reducirlas una a otra refiriéndolas a una especie de identidad virtual, continúan atribuyendo a ambas cierta realidad independiente. De ahí esta doble consecuencia: ilusión de poder tomar la imagen misma, sorpresa si la imagen parece estar superpuesta a la persona. Quizá, se podría incriminar en el primer caso una insuficiencia de la percepción, una insuficiente discriminación entre lo que es volumen en el espacio y la imagen aparecida en el plano de un espejo. Pero la insuficiencia no es de carácter sensorial, pues no ocurre jamás que el niño confunda la imagen y la persona. En cuanto a la visión a través de un vidrio no suprime los planos ni la visión del volumen.

La ilusión consiste esencialmente en una especie de realismo especial, que impide resolver, exactamente, en la realidad única del objeto la realidad de sus imágenes, que tienen diversas localizacions. Referir por un gesto de atribución la imagen del espejo a la persona, no es todavía fundar su existencia en la de la persona hasta el punto de no ver allí más que una simple apariencia. El gesto de atribución no permite franquear el estadio de la simple yuxtaposición. De ahí la imposibilidad si-

multánea del niño de tratar su propia imagen como una simple apariencia y de concebir la coincidencia repentina de la imagen en el vidrio y de la imagen en el espacio. K. Bühler comprueba que, sensible desde antes del final del 1er. año a la semejanza entre la imagen en el espejo y la persona, pero sorprendido frente al desdoblamiento, si el niño otorga preponderancia a la persona sobre la imagen, se debe a que la primera es fuente de sonidos. Simple preponderancia dada a un complejo sensorial sobre otro, pero no reducción verdadera de uno a otro. Lo que falta es el poder de elevar la representación de las cosas hasta un plano superior en el cual su existencia no estaría ya sustancialmente ligada a la de las imágenes encontradas en el espacio sensoriomotor, sino que resultaría del orden a establecer entre estas imágenes alrededor de su centro ideal.

c) El niño frente a su propia imagen especular. El simbolismo progresivo de las imágenes y su reducción a lo real. Aparición del espacio suprasensorial

Nada podría mostrar mejor la dificultad de las reducciones a efectuar y, en consecuencia, sus riesgos y modos de disolución bajo influencia de la enfermedad, que los comportamientos sucesivos del niño en presencia de su imagen en el espejo. Darwin nota que hacia el 8º mes el niño manifiesta por medio de "¡ah!" su sorpresa, cada vez que su mirada reencuentra su imagen, y Preyer señala que en la 35ª semana tiende la mano con entusiasmo hacia su imagen y se asombra cuando siente el contacto unido y duro del espejo. La ilusión de realidad parece, pues, completa, mientras que, después de varias semanas, se vuelve hacia el objeto recibido en el espejo. La realidad atribuida a la imagen es aún tan completa que, no solamente entre la 41ª y 44ª semana, el niño de Preyer rie y tiende sus brazos hacia ella cada vez que la ve, sino que en la 35ª semana, el de Darwin mira su imagen en el espejo cada vez que se lo llama por su nombre. No es, pues, al menos de manera pasajera o intermitente, a su yo propioceptivo al que aplica su nombre cuando lo escucha pronunciar, sino a la imagen exteroceptiva que le da de sí mismo el espejo.

Parece, así, no experimentar ni molestia ni incoherencia al percibir frente a él su yo exteroceptivo como un complemento y una figuración natural de su yo interior y activo. En esto no hay nada de sorprendente. No hay conflicto entre dos imágenes visuales, como en el caso de la persona próxima a él que percibe a la vez en el espejo y directamente. No hay elección ni reducción a operar. Y, por otra parte, ¿qué otra imagen exteroceptiva podría tener de sí mismo, sino la que le dan sus propios ojos, es decir, aquella que es necesariamente exterior al que la percibe? Sin duda, puede tener la visión directa de su propio cuerpo, pero solamente de algunos fragmentos jamás agrupados. Y esta visión parcelaria puede combinarse con sus gestos y su actividad, dotándolo de puntos de referencia y de objetivos, como, por otra parte, lo hace con todo aquello que, perteneciendo al mundo exterior, se encuentra incorporado en la esfera de sus movimientos. Puede también, combinándose con su sensibilidad intero y propioceptiva, formar complejos más constantes y habituales de lo que es posible a impresiones nacidas de objetos extraños. En tanto permanece confusa y no fue todavía distinguida, no puede dar una imagen homogénea y coherente ni de los órganos ni, con más razón, del cuerpo total.

Entre la experiencia inmediata y la representación de las cosas es necesario que intervenga una disociación que separe las cualidades propias y la existencia del objeto mismo de las impresiones y las acciones en las que están inicialmente implicados, atribuyéndole, entre otros caracteres esenciales, el de la exterioridad. No hay representación posible si no es a este precio. La representación del propio cuerpo, en la medida en que existe, debe necesariamente responder a esta condición. Sólo puede formarse al exteriorizarse.

El conocimiento que hace de su imagen en el espejo es, para el niño, un procedimiento más o menos episódico entre aquellos que le sirven para hacer entrar gradualmente, a él y a sus pertenencias más inmediatas, en el número de las cosas y las personas cuyos rasgos de identidad fijó progresivamente, de manera de considerarse a sí mismo como un cuerpo entre los cuerpos, como un ser entre los seres. Es, parece, a través de innumerables puntos de referencia, usando analogías y por asi-

milación con aquello que ya sabe percibir y representarse diferenciadamente, que llega a individualizar y a discernir los diferentes aspectos en los que le es posible tener una representación de sí mismo. Todo este trabajo consiste, pues, en darse de sí mismo imágenes análogas a las que puede formar exteriormente de sí mismo y que, por otra parte, sólo puede formar así.

Es un primer estado inevitable en el conocimiento de sí y del propio cuerpo. En ocasiones puede observarse aun en el adulto: en el sueño, por ejemplo, donde no es excepcional que la imagen visual del que sueña se separe de él, para darle el espectáculo de las peripecias de las que se cree víctima; y también en ciertos estados hipnagógicos en los que el sujeto se ve precedido o acompañado de su doble visual; en el curso del trance poético, según parece en ciertos poetas; en ciertos moribundos; en casos de ahogo, según algunos testimonios, y, de manera más general, cada vez que ciertas imágenes acaparan totalmente la conciencia, o cada vez que la disolución de sus funciones reductoras y abstractas permite cierto vuelo a las imágenes. Pues está en la naturaleza de las mismas pertenecer al espacio.

El espacio existe en ellas como una cualidad, que está necesariamente unida a sus otras cualidades más o menos contingentes. Sólo puede haber entre ellas un orden de yuxtaposición, de coincidencia o de exclusión recíproca por una especie de trasposición mental, que supone un nivel ya evolucionado de actividad intelectual. La existencia simultánea de un mismo individuo en lugares diferentes, que nos parece ser una imposibilidad lógica y una falta a las leyes de la existencia, es una eventualidad en la que los primitivos creen comúnmente, según numerosos testimonios reunidos por Lévy-Brühl.[23]

El hecho de existir puede exigir que un ser exista en alguna parte, pero para que llegue a ser inconcebible que pueda existir al mismo tiempo en otra parte, es necesario que a los espacios percibidos en los objetos se haya superpuesto otro espacio reductor que les impida coexistir en el mismo ser, siendo distintos entre sí. Más fácilmente todavía, el niño admitirá que está simultáneamente presente en el espacio, que está adherido a sus impresiones propioceptivas y a aquel que anima su imagen exteroceptiva, puesto que estos dos espacios no son inmediatamente comparables y que la neta intuición de su exterioridad recíproca exigiría una especie de denominador común entre ellos, que no es un dato inmediato de la experiencia sensible.

Para que logre unificar su yo en el espacio, es necesario que sitúe su yo exteroceptivo de tal manera que su percepción llegue a ser totalmente irrealizable por él mismo. Pues, tan pronto como vea su propia imagen, ésta deja de coincidir en el es-

[23] Es un rasgo que observé con frecuencia en mi perro. Ocurre que cuando está a mi lado, si oye decir bruscamente: "Tu dueño, ¿dónde está tu dueño?", se encamina hacia el cuarto donde sabe que habitualmente me encuentra; si estamos paseando y yo lo llevo con la correa (sensaciones propioceptivas de mi presencia), repentinamente cree reconocerme en un hombre sentado al volante de un automóvil (sensibilidad visual). Se dirá que son ejemplos discutibles; nada prueba que el animal crea en la presencia simultánea de su dueño en dos lugares diferentes, "que abandona la presa por su sombra", o sea, que la imagen de una situación acostumbrada o acentuada por su deseo (la de ir en auto, por ejemplo) sea capaz de sustituir totalmente a la situación actual. Pero, ¿se deberán hacer las mismas reservas cuando se encuentran en los niños pequeños reacciones muy semejantes a éstas? Por otra parte, el dueño del perro puede recordarle su presencia real, aun con rudeza, sin lograr siempre destruir la ilusión.

Además, sus actitudes muy frecuentes de perplejidad demuestran que la sensibilidad del perro es capaz de repartirse entre dos situaciones que la solicitan simultáneamente. No resulta sorprendente, entonces, que pueda reaccionar al mismo tiempo a dos situaciones localmente distintas en cada una de las cuales estuviera implicada la presencia de su dueño. Pues su carácter local no es más que una cualidad implicada en la persona de su dueño.

Por otra parte, es la noción de lugar la que parece dominar sobre la de la persona. Durante una breve ausencia de mi perra pude sacarle su cachorro que tenía 7 días. (Estaba perfectamente habituada a la desaparición de los otros que le habíamos quitado 48 horas después del nacimiento.) Me seguía muy ansiosa con los ojos fijos en él. Cuando me acerqué a la cucha, introdujo rápidamente la cabeza allí para verificar si estaba su cachorro. Otro ejemplo: cuando está por tener cría se pone inquieta y arisca; cambia de cucha y cuando ocupa una no deja que se le acerquen; el perro vacila para pasar delante de ella y alcanzar la suya que está enfrente a unos 2 ó 3 metros de distancia. Yo lo acompaño. Pero no se decide a entrar allí antes que yo haya puesto mi mano para mostrarle que está vacía. ¿Se dirá que la preponderancia del olfato sobre la vista puede dar fácilmente al perro un sentimiento de presencia multilocal? Una sensación no es percibida jamás aisladamente, siempre forma parte de totalidades que la controlan, pues es ante todo utilitaria. Pero la explicación valdría si confirmara la existencia del hecho que señalo.

pacio con su propio cuerpo y debe tenerla por privada de realidad; y tan pronto como suponga la realidad de su aspecto exteroceptivo, debe tenerlo por inaccesible a sus propios sentidos. Doble necesidad: admitir imágenes que no tengan sino la apariencia de la realidad; afirmar la realidad de imágenes que se sustraen a la percepción. El dilema puede plantearse en estos términos: imágenes sensibles, pero no reales; imágenes reales, pero sustraídas al conocimiento sensorial. Tan simple como pueda parecer el caso a un adulto, implica que la noción de existencia no está indistintamente ligada a toda impresión sensible, no es simple y absoluta, que puede ser trasferida por operaciones del espíritu. Implica sustituciones de imágenes y de puntos de vista que suponen el poder de evolucionar por encima del presente sensoriomotor; de evocar, frente a impresiones actuales, sistemas puramente virtuales de representaciones; o, más aún, de subordinar los datos de la experiencia inmediata a la representación pura; y de multiplicar, por intermedio de representaciones, el juego cada vez más diferenciado de distinciones y de equivalencia. Es el preludio de la actividad simbólica, por la que el espíritu llega a trasmutar en universo los datos de la sensibilidad.

Pero comporta un número considerable de grados. Parece que el primer paso es franqueado hacia el 1er. año, cuando, por ejemplo, la niña de Guillaume, pasando ante un espejo, lleva rápidamente la mano hacia un sombrero de paja que tenía puesto desde la mañana. La imagen en el espejo no tiene ya existencia por sí misma; ésta es referida inmediatamente por el niño sobre su yo propioceptivo y táctil; no es más que un sistema de referencias, apto para orientar los gestos hacia las particularidades del propio cuerpo del cual da indicaciones. Al vaciarse de existencia llega a ser puramente simbólica. Ha llegado a serlo, puesto que ahora puede ser considerada como exterior al sistema de imágenes con el cual el niño identifica su cuerpo y su yo. No puede ser exterior a otra totalidad que tenga sus propias cualidades de extensión y de volumen más que si ambas son sobrepasadas por un espacio más abstracto o, más aún, por el poder de redistribuir y de ordenar los diferentes contenidos de la experiencia según relaciones de espacio no sensoriales. Esto concuerda con la ineptitud para realizar relaciones en el

espacio, que se comprueba cuando la función simbólica está comprometida: agnosia, apraxia, afasia.

Esta capacidad de establecer relaciones y distinciones en el espacio resulta el punto de partida de ejercicios espontáneos que se asemejan a un verdadero aprendizaje. Ella es su condición y no su consecuencia. Del 12º al 15º mes (Preyer, Guillaume), el niño ejecuta ante el espejo gestos que desde hace mucho tiempo están en su repertorio, pero los hace con mucha dificultad e incorrección. El movimiento es semejante, el acto es diferente. La dirección de éstos cambió. Ya no se trata, como en el automatismo, de reacciones encadenadas entre sí por sus estímulos específicos y, por así decir, incorporadas a las condiciones internas o externas que las suscitan, sino que se trata de acciones mucho más mediatas, que deben obedecer a las directivas mucho más abstractas de las representaciones y los símbolos. En todos los dominios, el niño parece proseguir el inventario de los cambios que su nueva aptitud imprime a la actividad o a los conocimientos. Durante su 60ª semana, si se le pide que muestre a la madre, comienza por señalarla en el espejo, después se vuelve riendo hacia ella (Preyer). Es fácil ver en su comportamiento que no hay similitud entre este gesto y el del 6º mes. En esa época, cuando se volvía del espejo hacia la persona cuya imagen veía reflejarse allí, tomaba conocimiento de una relación, de una dependencia, pero sin distinguir sus términos. Por el contrario, cuando va primeramente a buscar la presencia de la madre en el espejo, juega con la dualidad, ahora conocida, entre la imagen y la persona. Maliciosamente, finge acordar preponderancia a la imagen, precisamente porque acaba de reconocer con claridad su irrealidad y carácter puramente simbólico.

Pero cuando la distinción parece ya confirmada por numerosas experiencias, se producen ciertos gestos que parecen ponerla nuevamente en cuestión y, sin embargo, su significación es otra. Están en relación con otros descubrimientos, otros progresos que hace el niño en el dominio de su actividad. En la 57ª semana, el niño de Preyer, al tener un espejo de mano cerca del rostro, se mira en él, después pasa la mano por detrás, para encontrar a aquél cuya imagen ve, toma, finalmente, el espejo entre sus manos, lo da vuelta y lo contempla por ambas caras.

Algunos minutos después, al ser puesto el espejo delante de él, comienza la misma maniobra otra vez. Pero al día siguiente se aparta obstinadamente. El mismo juego se da una semana más tarde con una fotografía debajo de un vidrio, cuyo pequeño formato hace muy improbable que la pueda confundir con una imagen especular. Esta conducta se asemeja notablemente a la del chimpancé en las mismas circunstancias. Y este hecho tiene lugar precisamente en la edad que K. Bühler llama la edad del chimpancé, a causa de la exacta similitud que se observa entonces entre las soluciones instrumentales del niño y las del chimpancé al tratar de sobrepasar los obstáculos que se oponen a la satisfacción de sus deseos. Es el comienzo del período instrumental en el niño. El motivo esencial de su conducta fue el espejo y no su imagen. La mano pasada por detrás y toda la acción consecutiva parecen haber tenido por objeto verificar la causa de la ilusión y no la ilusión misma. Por fin, el resentimiento contra el espejo, y por extensión contra la fotografía debajo del vidrio, confirma de manera muy explícita que lo ha hecho responsable de esto.

De manera más notable aún, algunas semanas más tarde, el niño parece olvidar la significación puramente simbólica de la imagen y le vuelve a otorgar existencia. Pero la existencia con la que la anima no es ya su propia existencia, indiferenciada entre su imagen exteroceptiva y su intuición propioceptiva, es una existencia distinta de la suya. Aprende a oponerse a otros seres; entra en el período animista; y, en un primer momento, todo le brinda la ocasión de suscitar, frente a la suya, otras existencias. Es así que, en su 61ª semana, el niño de Preyer toca, golpea, lame su imagen en el espejo, juega con ella como con un compañero. Otro niño de 20 meses, citado por Preyer, después de haber dicho buenas noches a su madre, va hacia el espejo para besar a su propia imagen. En el 31º mes todavía juega con ella, no como con una parte de sí mismo, sino como con un rival o un doble. Se divierte así hasta la extravagancia. Parece complacerse en imitarse o sobrepasarse a sí mismo, y juega de manera simultánea dos personajes en un papel forzosamente único. Es, como hemos visto, en la misma edad, 1 año y medio, en que diferentes partes del propio cuerpo dan lugar a juegos animistas.

Conclusión

Así se suceden, con notable concordancia, tanto en la naturaleza de las manifestaciones como en su sucesión en todos los niños, las etapas a través de las cuales se delimita y se organiza la noción del propio cuerpo.

Sin duda, pueden producirse, en épocas muy ulteriores, manifestaciones que corresponden a un tipo dejado muy atrás. Este hecho, señalado primeramente por W. Stern, lejos de estar en contradicción con la ley de las etapas sucesivas, la confirma. La muestra repitiéndose necesariamente para cada especie de manifestaciones, cualquiera que sea la fecha más o menos tardía de aparición. Por ejemplo, solamente a los 4 años el hijo de Preyer se da cuenta de que puede observar la propia sombra y, primeramente, se muestra asustado. Una niña un poco mayor, de 4 años y medio, afirmaba caminar sobre mí al caminar sobre mi sombra. Frecuentemente, el juego sigue a una ilusión, o a una dificultad real en un primer momento, como si fuera para el niño un medio de familiarizarse con ellas. El susto y la broma concuerdan pues en mostrar que, tan pronto como es individualizada, la sombra comienza por parecer al niño animada de una vida que duda si es suya, o que, si es de otro, identifica con la persona misma. En cuanto a su individualización tardía es, sin duda, consecuencia del orden en el que se opera la delimitación de lo que el individuo se atribuye como si esencialmente, formara parte de sí mismo, por oposición a lo que le es extraño o contingente. Lo que se impone primeramente a su atención es aquello que resulta el asiento más frecuente o el instrumento más activo de su actividad. Sin utilidad práctica, la sombra no entra sino muy tardíamente en el campo perceptivo.

La noción del propio cuerpo no se constituye como un compartimiento cerrado. Para cada una de las etapas revela procesos generales de la psicogénesis: es un caso particular de ésta. Pero en la época de su formación precede a las otras, pues no hay ninguna noción que esté, como ésta, más inmediata a la confluencia de las necesidades interoceptivas y de las relacio-

nes con el mundo exterior, ni que resulte más indispensable a los progresos ulteriores de la conciencia. Cede este primer plano cuando, por su parte, hizo posibles otras elaboraciones.

Sin duda, sólo puede terminarse por completo bajo la influencia de éstas. En particular, en el período que sigue, se va a integrar, más o menos estrechamente, a la noción que desarrollará en el niño la conciencia de su personalidad moral frente al otro. Tampoco puede dejar de realizarse, en mayor o menor grado, según la imagen de las representaciones en virtud de las cuales aprende del adulto a definir sus relaciones con el medio físico y social. Se encuentra así modelada por las condiciones de vida y de pensamiento en que la ubican las técnicas de la existencia, las formas del lenguaje, los usos, las creencias, los conocimientos, etcétera, propios de su época. Estas variaciones no parecen tener otro límite que la diversidad posible de las civilizaciones. En efecto, la noción del propio cuerpo no debe ser exactamente la misma para el pensamiento fetichista o para el pensamiento físico. Entonces, difiere según el grupo y es semejante en los individuos de un mismo grupo. Por el contrario, difiere entre el niño y el adulto de un mismo grupo a pesar de la influencia envolvente y constante del adulto sobre el niño. Si el pensamiento del niño no puede ser repentinamente conformado al del adulto, se debe, evidentemente, a que su aparato mental carece de la maduración necesaria. Para toda noción intelectual hay, pues, dos clases de condiciones, unas psicosociales, las otras psicobiológicas.

Estas últimas son las que hemos estudiado aquí. Asistir en detalle al escalonamiento gradual de los progresos que éstas hacen sucesivamente posibles, es comprobar hasta qué punto las nociones que constituyen la conciencia, en consecuencia aquellas que la conciencia puede captar inmediatamente, están lejos de ser primitivas, a pesar de su aparente simplicidad. Luego, no podrían servir para explicar la vida psíquica ni sus desórdenes. Sin embargo, es a partir de ellas que se ha imaginado, con el nombre de cenestesia, esta intuición del cuerpo que sería al organismo lo que la percepción es al mundo exterior. Desde luego, ambas serían distintas entre sí, como lo son sus dominios para el adulto. Pero, cuando la hipótesis sensualista sobre la percepción, que la reducía a combinaciones de imágenes

y las imágenes a las sensaciones como a su prototipo, no tiene más valor, la cenestesia sigue siendo, para los que la utilizan, la simple suma de las imágenes que darían de sí mismos los órganos y las funciones.

Si se trata de explicar una perturbación en la cual la conciencia de cuerpo parece más o menos explícitamente interesada, la causa se imputa, sin otra información, a una alteración de las imágenes normales o a la producción de imágenes anormales, tales como las alucinaciones. Pero esta explicación no sería única, aun si se la describe exactamente, pues aunque sean sometidas a ciertas fragmentaciones, distinciones y recombinaciones, las imágenes no pueden dejar atrás la imagen, que es un resultado ya diferenciado y no un elemento de la vida psíquica. Pero hay con frecuencia en esta producción de imágenes en la perturbación mental, una alteración de aquello que una observación fiel y sin prevención permite comprobar.

Al contrario, se aclara a la luz de las etapas cuyo resultado final son las formaciones de la conciencia adulta, aunque su actual simplicidad las pueda hacer pasar, indebidamente, por primitivas. Antes de que esta aparente simplicidad sea realizada, el desarrollo del niño muestra por qué grados la experiencia inmediata, las impresiones indiferenciadas, dispersas y momentáneas de la sensibilidad bruta han debido disociarse, fijarse en imágenes primeramente concretas y como coextensivas con su objeto, para después dar lugar a las trasmutaciones simbólicas de la representación pura y estable. Si se produce una alteración en la actividad que opera en cada instante esas reducciones y esa integración, si se produce una alteración pasajera o durable de las funciones o de las estructuras de las que resultan, las formas de actividad que permanecen subyacentes tienden de nuevo a producir sus efectos. Sin duda estos efectos no son más, exactamente, aquellos que eran en los niños. La integración, luego su oposición a la conciencia del adulto, necesariamente los hacen ser y parecer diferentes. Pero sus mecanismos se refieren a los de las manifestaciones que, en el niño, respondieron sucesivamente a las etapas de su evolución. Entre la clínica y la psicogénesis las comparaciones pueden estar plenas de significación.

Tercera parte

LA CONCIENCIA DE SÍ

Capítulo 1

LAS PREMISAS PSICOFISIOLÓGICAS HASTA LOS 6 MESES

La conciencia de sí no es esencial y primitiva, como lo postulan los que hacen de ella el instrumento de la psicología. Es un producto muy diferenciado ya de la actividad psíquica. Solamente a partir de los 3 años el niño comienza a conducirse y a conocerse como un sujeto distinto del otro. Y para que llegue a analizarse, a buscar las fórmulas con ayuda de las cuales tratará de expresar su individualidad subjetiva, le es necesario sufrir una evolución que lo conduzca hasta la adolescencia o la edad adulta, y cuyos grados y formas varían considerablemente de una persona a otra.

Por el contrario, hasta los 3 años, la evolución de la conciencia presenta una gran constancia que se debe, sin duda, a su dependencia casi exclusiva de las condiciones y trasformaciones biológicas propias de la infancia. Entre un autor y otro, cualquiera que sea su punto de vista particular, es notable la concordancia de lo que relatan acerca de las maneras de reaccionar y las edades. Pero no basta con fijar la sucesión de las etapas. Dependen de mecanismos psíquicos que, en cada uno, responden a las posibilidades actuales del sujeto y que ponen en evidencia las discriminaciones y trasposiciones graduales sobre las que se funda la oposición entre el yo y aquello que no lo es. Lenta y compleja sucesión, similar por otra parte a las de tantas otras actitudes mentales que, creemos, está inmediatamente impuesta o bien por la naturaleza de las cosas o bien porque es necesaria al ejercicio mismo del pensamiento.

Al estudiar la manera en que el niño termina por conformar y apropiarse de la noción de su propio cuerpo,[1] indiqué sobre qué serie de operaciones reposa su actitud de extraer los diferentes aspectos y de integrarlos en la unidad de su persona. En efecto, comienza por yuxtaponerlos, en lugar de unirlos entre sí, de algún modo, por símbolos. Y, antes de poder yuxtaponerlos, fue necesario que aprendiera a identificarlos entre la masa confusa de impresiones que forman parte, a cada instante, de su sensibilidad concreta y global. Lo mismo ocurre respecto de su individualidad psíquica. Al comienzo, está como disuelta a través de las series de situaciones que dominan exclusivamente sus necesidades orgánicas, pues él sólo puede reaccionar a las circunstancias que se relacionan con éstas. Después, cuando experimenta su dependencia frente a lo que lo rodea, en un primer momento no puede ser más que su simple *partenaire*.* Mientras tanto, poco a poco, por un largo trabajo de identificación y de asimilación, aprende simultáneamente a descifrar, en sus impresiones, el mundo que se opone a él, y a atribuirse como suyo lo que va a hacerlo capaz de oponer al otro las exigencias de su persona.

Antes de los tres primeros meses, la actividad exteroceptiva del niño, es decir, la actividad que proveerá los motivos para sus percepciones del mundo exterior, está muy subordinada. Más que a percepciones parece reaccionar primeramente a impresiones de no-completud, que responden a los instantes en que llega a faltar algo que formaba parte de su bienestar o de su ser actual. Sería también prematuro otorgarle, al menos en los primeros días, simples sentimientos de presencia. En esa época está completamente acaparado por su sensibilidad interoceptiva y, en menor grado, por su sensibilidad propioceptiva, es decir, por sus funciones alimenticias y por la posición más

1 Véase la Segunda parte.

* No hemos traducido este término porque nos parece que en francés responde a un significado que no puede precisarse exactamente en castellano: participación, complemento y sentido latente de oposición entre la pareja.

o menos confortable de sus miembros y de su cuerpo. Son éstos los únicos puntos alrededor de los cuales pueden agruparse sus impresiones más diversas. Y solamente son capaces de provocar sus reacciones las impresiones que llegan a ser significativas para su bienestar digestivo y postural.

Partiendo del punto de vista sensualista, que tiene por única perspectiva la percepción objetiva y el conocimiento, como si fuera la función inicial y esencial del psiquismo, se discutió sobre la prioridad de las impresiones visuales o auditivas en el recién nacido. Por ejemplo, se hizo valer en favor de las impresiones visuales, que la mielinización de las fibras acústicas es la más tardía de las mielinizaciones sensoriales. Pero, que esta mielinización tardía signifique o no el uso más tardío, en la especie, de la audición diferenciada, poco importaba. Se trataba de interpretar directamente el comportamiento del niño.

Las observaciones de Guillaume,[2] quien señaló desde el 3er. día la expresión específicamente asombrada y atenta del niño a la vista de personas; después su atención seria, su sonrisa fugitiva, sus gestos de inclinarse con agitación hacia las personas, entre el 9º y el 11º día; finalmente, la diferencia de sus actitudes en brazos de la madre, del padre o de la nodriza a los 16 días, no tienen como consecuencia necesaria que exista ya percepción visual, cosa inverosímil. Pues es fácil comprobar que todavía durante varias semanas, el niño es incapaz de mostrar otra cosa que simples reflejos unidos a variaciones luminosas, a movimientos y desplazamientos de objetos. Durante varias semanas aún presenta una falta de coordinación entre los movimientos de los globos oculares y los de los párpados que haría muy difícil la acomodación de la mirada. Y sólo en el 3er. mes aparece la coordinación entre los movimientos de la cabeza y de los ojos, necesaria para fijar y proyectar la mirada. Pero sin duda, el bienestar del recién nacido puede ser diferente en los brazos del padre y en los de la madre. Sus manifestaciones variables de calma o excitación parecen estar en relación con la proximidad de los senos, su tibieza o su olor, con la manera de ser sostenido, y con otros componentes más de su atmósfera sensitiva, que pueden escapar a nosotros.

2 Guillaume, *L'imitation chez l'enfant*, ed. cit.

Las primeras excitaciones exteroceptivas que parecen capaces de suscitar en el niño reacciones significativas parecen ser excitaciones auditivas. Ch. Bühler[3] comprueba que en la 3ª semana la voz humana está ligada al deseo de mamar, el cual provoca esas manifestaciones. Si la voz cesa de hacerse oír, el lactante grita, como no-completo, no satisfecho en su expectativa de bienestar alimenticio. La misma asociación, pero más débil, sin duda en razón de una concomitancia menos frecuente, existe entre el deseo de mamar y un ruido de pasos o el que resulta de abrir o cerrar una puerta. No hay pues, todavía, intuición selectiva entre los sonidos humanos y los ruidos materiales. Hay simple agrupación de reflejos condicionados alrededor de necesidades interoceptivas. Las impresiones auditivas son las que responden mejor a la pasividad del lactante. Por el contrario, la vista es esencialmente un sentido activo, investigador. Y es sin duda su papel ulterior de prospección diferenciada que, habiendo provocado una complicación mucho mayor de sus aparatos, retarda la edad de su funcionamiento eficaz.

Desprovisto de iniciativa, limitado a sus funciones intero y propioceptiva, el lactante reacciona sólo a las excitaciones que señalan lo que es susceptible de influir en ellas. Por esto, en un primer momento no tiene reacciones frente a cosas y aun frente a otros niños. Sólo es sensible a la presencia de los adultos. Aparente discriminación que es, en realidad, sólo una limitación. Sólo despiertan su aparato sensoriomotor las excitaciones que preludian habitualmente la satisfacción de sus necesidades. Él permanece extraño a todo lo restante. Las relaciones de su vida psíquica con los estímulos exógenos se refieren muy exactamente al juego de los reflejos condicionados o a la ley de recurrencia, es decir, al poder, que tendría una simple anterioridad en el tiempo, de hacer a una circunstancia cualquiera capaz de suscitar en el futuro la acción que le fue consecutiva un cierto número de veces.

En el curso del 2º mes, el niño sólo es sensible a la presencia de personas en la medida en que sintió directamente algún efecto atribuible a éstas. Sólo llora cuando se van quienes

[3] Bühler, *Soziologische u. psychologische Studien über das erste Lebensjahr*, cit.

se han ocupado de él. Su vuelta lo calma. Parece ignorar la presencia de otros niños y permanece como sordo a sus más estridentes gritos, sin duda porque éstos nunca provocaron cambios en su propia situación. Sin embargo, la voz humana, que sólo había suscitado hasta entonces reflejos alimenticios, comienza a provocar también la sonrisa, es decir, una reacción puramente mímica. Así aparece esta función mímica cuyo papel va a ser capital en las reacciones del niño frente a lo que lo rodea y en el sentimiento que le darán de su propia persona.[4]

Entre el 2º y 3er. mes, la mirada dirigida hacia él es capaz de hacerlo sonreír. Al mismo tiempo responde con sus gritos a los de su vecino, pero solamente de su vecino mayor (Ch. Bühler). Aquí también, en el dominio de las manifestaciones mímicas, su personalidad comienza por ser exclusiva. Pasan el umbral sólo las excitaciones siempre más intensas, al menos aquellas que parecen extraer la fuerza y resonancia afectivas de una fórmula expresiva sin duda mejor organizada o más imperiosa. Frente a las personas mayores su sensibilidad va un paso más allá. Las excitaciones que provienen de ellas no tienen necesidad de estar ligadas actualmente a su bienestar o a sus deseos para provocar sus reacciones. Toman una especie de autonomía significativa. El niño llora si alguien abandona el cuarto, o se aleja sin ocuparse de él, como si pudiera, con anticipación, ligar a una presencia la expectativa de un cambio en su propio estado. Puede sentirse entonces no-completo, no sólo por lo que experimentaba sino también por aquello que se sentía a punto de experimentar. Está al acecho sin escuchar hablar y se vuelve hacia el que habla. En consecuencia, llega a ser capaz de disociar en sus complejos sensitivos, percepciones auditivas, orientarse hacia ellas, aislarlas mientras las busca. Anticipación y orientación que lo muestran preparado ya para identificar como tales ciertas categorías de excitaciones.

Este progreso es paralelo al despertar de la actividad visual, el sentido que llegará a ser, a continuación, el instrumento más preciso de discriminación objetiva. A los 2 meses y 5 días, o sea 0;2(5).[5] el niño reconoce a su padre a dos metros de dis-

[4] Véase la Primera parte.

[5] Emplearemos aquí la notación propuesta por Stern: la cifra que indica el

tancia cuando lo ve en su lugar acostumbrado, pero no si lo encuentra en otro lugar (Guillaume). Todavía no terminó de disociarlo completamente de las situaciones o totalidades en las cuales lo percibe. A los 0;2(22) tenderá los brazos exclusivamente hacia la madre, el padre, la nodriza. A los 0;2(17) hace los movimientos de succión en cuanto se lo coloca en la posición correspondiente sobre las rodillas de la madre, pero no tratará de tomar el pecho hasta que lo perciba. De ese modo la acción se completa solamente si la impresión visual completa la situación. La reacción deja de ser puramente global; permanece suspendida en parte tanto tiempo como falte el detalle perceptivo que le evitará errores. Es como una garantía contra el error que la vista entrará en los complejos activos del niño y, por lo tanto, en su percepción discriminativa.

En el 3er. mes se abre una nueva fase, que se anunciaba ya en el mes precedente. Las relaciones del niño con lo que lo rodea van a tomar un carácter mucho más netamente objetivo. Dependen de los progresos que hace la actividad motriz y presentan dos etapas. En la primera, tienen por condición un mejor equilibrio y la aparición de sinergias que permiten estabilizar la cabeza y la mirada o combinar sus desplazamientos de manera de mantener el objeto en el campo visual, sea que el objeto y el sujeto permanezcan inmóviles, sea que alguno de los dos o los dos se desplacen. Después, al terminar el segundo semestre, comienza a manifestarse la actividad de prehensión, que diversifica las relaciones del niño con el medio a la vez en su forma y en su objeto. Pero, el acontecimiento más importante es, a partir del 6º mes, el desarrollo de una sociabilidad mucho más activa y más extensiva, aunque siempre dominada con notable rigor por la situación recíproca de los compañeros presentes.

La importancia creciente que toma la vista en el comportamiento del niño puede medirse primero por la frecuencia con que se detiene para fijar lo que su mirada encontró fortuitamente. Son, habitualmente, las partes más móviles, las partes periféricas de las personas que lo rodean: manos, pies o boca, pero no todavía la persona misma, pues sólo sabe vincularse a lo que entra en su campo visual, sin ser capaz de reunir los fragmentos entre sí ni de integrarlos al conjunto de donde proceden. De igual manera la vista se hace apta para suscitar las reacciones interoceptivas. A los 0;3 (24), al ver que una persona extraña da de mamar a un lactante, reclama el seno de su madre (Guillaume). La acción desencadenada se produce en su forma primitiva, ésta no hace más que obedecer a un nuevo excitante, pero no es modificada por él como ocurrirá un poco más tarde. Sin embargo, el hecho de que la vista se transforme en fuente de reacciones da a las reacciones mismas una mayor polivalencia. Entonces el niño saluda con gritos a cualquier persona que entra en su cuarto y no solamente a aquellas a las que está ligado por sus sensibilidades intero y propioceptivas. Permanece todavía indiferente a la presencia de otro niño; sin embargo, si le es aproximado uno y sus miradas se encuentran, él fija la mirada amigablemente (Ch. Bühler). Puede reconocer a una distancia de 16 metros que hay personas entre otros objetos, pero no sabe distinguirlas entre sí (Guillaume). Tiene reacciones diferenciadas a la vista de su madre sólo si ella se presenta con su aspecto habitual. Aunque más independiente ya, su percepción visual permanece global. Lo mismo ocurre con la audición. Todo lo que sea voz: canto, reto, sonidos cariñosos, tienen por efecto uniforme hacerlo reír.

Entre el 4º y 5º mes nacen los primeros gestos de prehensión. El niño lleva la mano hacia la barbilla 0;4(8) hacia la ropa 0;4(19-21) de las personas que lo rodean. Pero permanece atento con mucha mayor frecuencia de lo que trata de aprehender, y, por ejemplo, queda absorto cuando mira los gestos que hacen delante de él las marionetas. Si se le presenta un objeto, se limita frecuentemente a mirarlo con fijeza o a hacer gestos vueltos hacia sí mismo, como succionarse su pulgar o tomar sus propios dedos. Solamente en el 10 % de los casos hace el movimiento de aprehender y en un 8 % lo manipula y lo lleva a su boca. Tiende con más frecuencia la mano hacia otro niño

número de años cumplidos seguido de punto y coma (;), luego, el número que corresponde a los meses y, por último, los días, que figuran entre paréntesis, ().

que hacia un objeto. Sin embargo, niños de esta edad, al estar juntos, suelen permanecer indiferentes entre sí. A lo sumo hay encuentro de miradas y de sonrisas.

Pero pronto la actividad sensorial toma un grado creciente de autonomía y de diferenciación. Si el niño ve a otro mamar, no se vuelve hacia su madre, sino que quiere que lo lleve hacia la nodriza extraña, y le toma el seno con las dos manos (Guillaume). La vista, en lugar de ser simplemente la ocasión de una reacción análoga, lo provee del acto para lograr su objetivo. No se limita a inducir la reacción alimenticia bajo su forma primitiva. Lleva la actividad del niño en el mundo exterior hacia fines extraños, hacia adaptaciones nuevas. Opone al simple despertar de su sensibilidad orgánica y de sus automatismos, una realidad fuera de él. Al mismo tiempo las impresiones auditivas también se disocian de los complejos en que se encuentran combinadas. Los efectos son menos absolutos e indiferenciados, están más en relación con las contingencias. Una voz que se calla no hace gritar necesariamente al niño. Las palabras irritadas comienzan a hacerlo llorar. La excitación que le causa una voz, se calma a la vista de la persona, es decir, que la impaciencia de la presencia anunciada por la voz se calma por la presencia comprobada. La vista tiende así a llegar a ser, entre todos los sentidos, la más segura garantía de una presencia, el signo más decisivo de la realidad externa.

Hasta los 6 meses los progresos no cambian de naturaleza. La reacción del niño a la presentación de un objeto es todavía en el 50 % de los casos una simple fijación sin gestos. En presencia de otros niños muestra una especie de indiferencia. Un niño de 0;5(9) puesto junto a otro de 0;5(19) no le presta ninguna atención, aun cuando su propia mano llegue a tocarlo. Otro de 0;5(17) mira a otro de la misma edad que llora sin llorar él mismo, y con tanta placidez que mira a una campanilla que tintinea. Pero si la vista suprimió el contagio de los gritos, no suscita ninguna tentativa de acercamiento. Sin embargo, una niña de 0;5(8), después de haber permanecido sin dirigir una mirada hacia un niño de 0;6(9) que gritaba, lo sigue con la mirada cuando lo levantan, y grita a su vez. Ch. Bühler, a quien se deben estas diferentes observaciones, se pregunta si la pequeña no vio a su compañero hasta el instante en que fue

llevado y supone que él anteriormente podía no ocupar más que la periferia de su campo visual. Es más verosímil que en el comienzo de la percepción exteroceptiva, como en el comienzo de la percepción interoceptiva, las sensaciones de no-completud sean las primeras en franquear el umbral de la sensibilidad y en suscitar reacciones afectivas o motrices.

No obstante, se puede comprobar cierto progreso sobre el mes precedente. Cuando un niño mira a otro, es al rostro o al conjunto de su persona que se dirige y no ya solamente a las piernas o brazos en movimiento. Al encontrar su mirada muestra ya una satisfacción manifiesta.

Capítulo 2

SOCIABILIDAD SINCRÉTICA

Con el segundo semestre llega el período en que las reacciones frente a otro van a alcanzar su máximo de frecuencia. Del 50 % en el 6º mes, la simple fijación sin gestos de las personas desciende al 25 % en el 7º mes, en tanto que los gestos hacia el *partenaire* ascienden al 41 %, y los gestos sobre sí mismo al 28 %. Entre el 7º y el 12º mes los movimientos dirigidos hacia el otro son cuatro veces más frecuentes que en el primer semestre y sobrepasan en un tercio la frecuencia que tendrán en el segundo año. Es un período de sociabilidad muy acentuado, donde el miedo, que era habitual a los 6 meses frente a los extraños, al desaparecer, permite al niño entrar en relaciones con cualquier persona recién llegada. Por el contrario, frente a las cosas, a menos que les sean directamente ofrecidas, prepondera la actitud contemplativa que no supera hasta los 12 meses (Ch. Bühler).

Los gestos de prehensión, multiplicándose, contribuyen a esta efusión continua del niño sobre el otro. Pero se diferencian en gestos amistosos y en gestos de competición, bajo influencias psíquicas que traducen ya relaciones interindividuales de protección o de rivalidad. De igual manera, las reacciones vocales, que alcanzan una abundancia creciente a partir del 8º mes, son, sin duda, la manifestación de una función nueva que se descubre al ejercerse. Al mismo tiempo, se matizan de acuerdo con la situación psicológica y parecen querer significarla. La mímica se hace expresiva. Los ojos buscan los ojos, las miradas

cambiadas son inteligentes. Finalmente, la sonrisa, despertada en un primer momento por la voz humana, termina por afirmarse como un reflejo exclusivo de sociabilidad. Ya no es provocada solamente por la voz, sino también por el encuentro de la mirada con la de una persona mayor o la de otro niño. Jamás se produce si el niño está sin contacto humano, por ejemplo en un box, aunque tenga frente a sus ojos un espectáculo que lo distraiga, como un pequeño gato (Ch. Bühler).

Un hecho esencial en esta edad es, entonces, la sensibilidad social del niño. En los primeros meses ésta podía parecer implicada en sus necesidades orgánicas. Durante el segundo semestre se separa como algo específico. Provista de medios variados para expresarse, precede las relaciones sensoriomotoras del niño con los objetos del mundo físico. Es un factor al que es necesario otorgar un lugar especial en la continuación de su evolución. Las manifestaciones son en un primer momento, en los comienzos del comportamiento intero-propioceptivo, exclusivas y rigurosamente determinadas por la situación. Un examen de los diferentes aspectos mostrará mejor su naturaleza.

Las actitudes recíprocas de los niños dieron lugar a un estudio muy interesante de Ch. Bühler.[6] En un consultorio de lactantes, mientras las madres esperaban turno, tomaba los niños y los ponía de a dos, frente a frente, y observaba cada uno de sus gestos. Recogió así numerosos ejemplos preciosos para utilizar. Comprobó que las reacciones de cada niño no dependían sólo de la edad, es decir, de sus aptitudes en bruto, sino que estaban determinadas también por las de su *partenaire*, o sea, que resultaban de una relación donde cada uno parecía perder su autonomía y recibir su papel de la estructura o situación de la que participaba.

Esta estrecha subordinación de las actitudes individuales a la fórmula del grupo le pareció comparable a lo que Schjelderup Ebbe observó en los gallos. Los más jóvenes sufren de los mayores malos tratos y se dejan castigar, aparentemente, sin rebelarse ni preocuparse, como si no pudieran sustraerse a la impresión de una dependencia ineludible. Révész[7] describió después algo análogo en los monos. El animal más fuerte es temido por todos los otros, hasta el punto que es imposible atraerlos con un cebo, aun cuando aquél se encuentre ocupado en el otro extremo de la jaula con una presa. Su atención temerosa se reparte entre el dominador y el cebo. En su ausencia, otro toma inmediatamente su lugar, pero vuelve, a su regreso, al grupo de los animales dominados. Suele ocurrir que uno de los más jóvenes conserva privilegios, hasta el momento en que éstos no son tolerados por el dominador y aquél recibe un castigo severo. Sin duda la supremacía del mayor o del más fuerte sobre los otros es conquistada de una vez para siempre, pero es conquistada por el ejemplo de la fuerza, y esta explicación parece bastar. Ocurre de otra manera con los niños, según las observaciones de Ch. Bühler.

Puede haber entre dos niños que están juntos, ausencia completa de relaciones y es precisamente cuando la diferencia de las edades es demasiado considerable. El mayor no sabe interesarse por el más joven, ni aun para ejercer su despotismo sobre él. Y el más joven no sabe tampoco admirar al mayor. Las dos actividades permanecen sin resonancia mutua. A través de gestos aparentes, la primera condición para que se establezcan relaciones entre niños pequeños es, pues, que haya un mínimo de acuerdo entre sus maneras de reaccionar. Acuerdo cuyos componentes son quizá difíciles de individualizar. Pero es fácil imaginar que en la edad en que dos actividades pueden ser complementarias, éstas no pueden realizar una totalidad psicodinámica si son demasiado heterogéneas. O sea, no pueden encadenarse entre sí por estimulaciones recíprocas, a menos que haya alguna concordancia de interés, de expresión, de ritmos y gestos.

La diferencia de las edades no puede ser compensada más que en el momento en que el niño llega a ser capaz de conquistar su personalidad sobre lo que lo rodea y sobre las situaciones en que participa, es decir, hacia el 3er. año. Entonces se mostrará capaz de interesarse por otros niños mucho más jóvenes. Sorprendido por esta novedad, con frecuencia estará excitado por la solicitud o la exaltación ante lactantes. Parecerá muy exaltado al poder oponer la existencia de éstos a la suya, que aprende entonces a diferenciar, sus torpezas a las fuerzas

[6] Bühler, *op. cit.*

[7] G. Révész, *Zeitschrift f. Psych.*, CXVIII, nº 1-3, 1930, pp. 142-162.

de las que percibe que puede disponer y usar a su agrado. Antes del 3er. año, las relaciones entre niños de edades muy diferentes sólo pueden establecerse por intermedio de personas o de niños mayores.

En los límites de la edad en que las reacciones recíprocas pueden producirse, éstas obedecen a condiciones muy determinadas. Antes del 6º mes, el período de acomodación sensorial no dio lugar todavía al de prehensión, el niño juega casi exclusivamente el papel de espectador. Si toca a su vecino, habitualmente parece no darse cuenta; pero un gesto recíproco de éste puede ayudarlo a tomar conciencia: 0;5(1) toca el pie de 0;7(5) que responde golpeando el pie del anterior con su juguete. Por otra parte, puede producirse a esta edad gestos de aproximación y de intercambio: 0;5(17) toma un juguete y lo tiende a 0;6(28), luego lo vuelve a recuperar. Así la contemplación sólo pide exteriorizarse. Está impregnada de un sentimiento de presencia. Es más comunión o participación que pura contemplación.

La actitud inversa y complementaria consiste en exhibirse. Lo hacen los mayores; 0;7(17) es mirado por 0;5(28) sacudir su sonajero más llamativo, alegre por el efecto producido, 0;8 (10), habiendo disputado su juguete y logrando tomarlo mira a 0;7(10), y lo agita triunfalmente frente a él. El sentimiento de presencia es dinamógeno para aquel a quien su edad le da la iniciativa. Pero entre el espectador y el ejecutante el acto es, por así decir, indivisible; 0;6(26), al no poder obtener el juguete, sigue atentamente el juego de 0;7(2), que lo tiene. Los papeles se distribuyen según la ley de la edad, pero los dos *partenaires* están igualmente cautivados por la situación nacida de la recíproca vecindad. Por ella están confundidos entre sí: el que exhibe está como excitado por la espectación del otro, que tiene los ojos fijos en él.

Con niños generalmente mayores, cuyas manifestaciones deben ser de un grado más evolucionado, la situación, permaneciendo unida, suscita gestos en los dos: 0;10(26), después de haber hecho varias tentativas vanas por tomar a 1;11(3) el sonajero, agita su caballo como un sonajero y parece asombrado de que no produzca sonidos. 0;8(7), al no poder sacar su sonajero a 0;6, termina por llevarse los dedos a la boca como si

le mostrara lo que él debe hacer. El acto en relación con la situación resultante del contacto que se establece a la vez entre los dos niños y con el juguete, toma aquí una especie de autonomía y, para ejecutarse, puede, ya sea remplazar por un objeto cualquiera aquel que necesitaría, ya sea abstenerse de todo objeto y limitarse a hacer un simulacro. Si bien ha tomado ya figura y realidad, no se ha subordinado todavía estrictamente a sus condiciones objetivas especiales. Generalmente, permanece como flotando entre aquel que puede y aquel que no puede ejecutarlo efectivamente. La individualización del gesto suscitado por una situación precede a la de los *partenaires*.

Un poco más tarde, son éstos los que parecen individualizarse, o más bien, son primeramente sus puntos de vista recíprocos. Ellos estarán ya sea de acuerdo, ya sea en conflicto. Pero estas dos situaciones contrarias presentan matices. El acuerdo puede presentarse con los aspectos de una concesión, de la compasión, del desinterés. El poseedor del juguete puede abandonarlo frente a los avances y las solicitaciones de su *partenaire;* puede estar como ganado por el deseo que él ve manifestarse: 1;2(29) en presencia de 1;2(9), que desea el auto con el que él juega, se lo da y le pone sucesivamente todos los juguetes a su alcance, después de habérselos mostrado a una persona mayor que está presente. Así, dominado por la situación afectiva que lo une a aquél, a quien ha agasajado, lo hace participar gradualmente de todo lo que lo rodea, testigos y cosas. Su gesto sobrepasa a la vez al sujeto que desea y al objeto deseado. La relación nacida del contacto entre los dos niños se traduce por sí misma; reina sin división sobre las relaciones del momento, y diluye bajo la profusión de sus efectos la ocasión inicial. Finalmente, el juguete puede ser ofrecido y también impuesto a su vecino por el niño que no lo quiere más. Así, la participación puede cambiar de signo gradualmente, de receptiva llegar a ser activa, de agasajante, autoritaria.

La oposición tiene también sus matices y sus grados. Puede traducirse en despotismo o en rivalidad. Según Ch. Bühler. la rivalidad no se manifiesta jamás entre dos niños cuya diferencia de edad sobrepasa los dos meses y medio por año, es decir, que no debe pasar el tercio de un año. En el despotismo, por el contrario, en más de la mitad de los casos la diferencia so-

brepasa los tres meses. Salvo en tres de veinticuatro observaciones, se trataba del mayor. Dos veces eran niñas que dominaban a su *partenaire*, aunque éste fuera mayor, y en el tercer caso, circunstancias puramente fortuitas, daban la ventaja a un niño seis meses menor que el que tenía enfrente. Así, las condiciones de edad dominan casi sin excepción a las disposiciones individuales.

La rivalidad puede ser competición en el juego. Pero algunas veces se refiere verdaderamente al objeto y otras, el objeto no parece ser más que un pretexto. Entre dos niños que se disputan un juguete determinado y dos niños que se disputan cualquier cosa que uno de los dos pueda tener entre sus manos, se pueden observar todos los casos intermedios. Con frecuencia, la misma pareja los atraviesa con cierta rapidez, al acaparar gradualmente toda la situación, la relación psicológica nacida de la pareja misma. A menudo la rivalidad es directa y repentina. Los dos niños buscan dominarse y golpearse mutuamente, sea por juego, sea con animosidad. Una sonrisa de triunfo puede mostrar la satisfacción de haber aventajado al adversario, pero sólo a partir del 8º mes.

El despotismo es el sentimiento de superioridad que busca ejercerse en su forma pura. Es todavía esencialmente participación porque se funda no precisamente sobre la derrota del adversario, sino sobre el sentimiento que el adversario tiene de su derrota. No se da por completo sin el consentimiento reconocido o supuesto del vencido. Esta necesidad de dominación no está sutilizada, es muy primitiva. Se funda en una falta de autonomía frente al otro, en la confusión inicial de sí y del otro en una misma situación sentimental. Esta asimilación sentimental puede hacerse con acuerdo o en conflicto, sin que la situación llegue a ser mucho más complicada. Por otra parte, el despotismo no implica necesariamente los malos tratos o la hostilidad. Por simple juego y movimiento cariñoso un niño toma, da y vuelve a tomar el juguete a aquel que se complace en sentir su dominación. El despotismo es, con frecuencia, más benigno todavía. Sólo exige señales de asentimiento o de admiración. El niño que hace alarde no se contenta solamente con ser mirado, es necesario que su actividad sea duplicada por una actividad que la apruebe o le sirva. El déspota no podría ser tal sin la

docilidad del otro. Es esta docilidad lo que necesita. Depende de ella.

Existe la contrapartida del despotismo. La sumisión que supone puede ser una verdadera estupidez; el *partenaire* soporta todo; se deja desposeer o golpear sin reaccionar. O bien el efecto producido es la angustia: gritos y espasmos; el despotismo pierde allí todos sus derechos. La angustia aun puede ser previa, por ejemplo en los niños con terror a ser separados de su madre o sorprendidos por una novedad del ambiente. Con cierta rigidez y profiriendo gritos semejantes a aullidos permanecen fuera de toda participación, de toda situación psicológica. Otros tienen actitudes de defensa, de alejamiento, no se dejan acaparar ni por un objeto ni por un *partenaire*, se apartan obstinadamente de aquellos en quienes no tienen interés.

Puede ocurrir también que las relaciones se inviertan en provecho del más joven, a causa de su exuberancia motriz y de los gestos con los cuales no cesa de someter a su *partenaire*. También a causa de una excesiva sociabilidad del mayor, que se comporta frente al más joven como frente a un adulto, y que parece buscar su aprobación al multiplicar las sonrisas, los gestos de conciliación, de agasajo y de sumisión. Así, no puede dejar de suscitar la actitud inversa y complementaria en el otro, es decir, la de una superioridad exigente o condescendiente. Lógica de alguna manera automática de las situaciones afectivas. Acuerdo o reciprocidad de actitudes afectivas, que tienen otra razón de existir que este acuerdo o esta reciprocidad.

Capítulo 3

SINCRETISMO DIFERENCIADO: I) LOS CELOS

El estado de combinación con el otro que expresa una situación afectiva da cuenta de manifestaciones de apariencia muy compleja, pero, sin embargo, de aparición precoz, como los celos y la simpatía. Éstas no implican, como se admite comúnmente, en aquel que las presenta, la noción previa de personalidades netamente distintas de la suya. Por el contrario, cuando se producen, hay regresión hacia un estadio de relativa indiferenciación. Se explican a partir de la pareja contemplación-exhibición. Pero ha habido un progreso. Los dos polos de la situación, en lugar de ser todavía simplemente complementarios y situados en dos individuos distintos, están integrados en el mismo. A la contemplación se agrega el sentimiento o la necesidad de ser aquel que actúa o que exhibe. Participación aún, pero participación contrastante y que anuncia el momento de la individualización. Atraído por los dos polos, y por la aproximación a cada uno de ellos que hace resaltar la oposición en su propia sensibilidad, el sujeto está muy cerca de sentir la necesidad de concentrarse sobre uno de los mismos y de cristalizar alrededor del otro un personaje diferente de él.

El mecanismo de esta etapa, que marca la transición entre una total sujeción a las relaciones resultantes de la situación afectiva y la neta discriminación de las personas presentes, puede hacerse más sensible si se tiene en cuenta el siguiente caso que observé en mis dos perros. Uno de ellos, al ver acariciar a su compañera, esboza los gestos y las muecas de contento que tendría si el acariciado fuera él. Si no está en el estadio de la con-

templación pura, evolucionó hacia el extremo de la simpatía. La perra, al ser acariciada mantiene los ojos fijos sobre el perro y se muestra tanto más feliz puesto que tiene un testigo de su suerte. Une a su placer el de ser contemplada. Por el contrario, si es el perro el que es acariciado delante de ella, su contemplación querría completarse con las caricias que ve que le son hechas al perro. Despreocupada cuando las recibía momentos antes, ahora quisiera estar ella misma en el lugar del perro y se lanza sobre él. Es atraída por los dos polos de la situación. Incapaz de asociarse silenciosamente a la parte del otro, se siente frustrada. Está celosa.

En el niño, las primeras reacciones de celos se observan habitualmente a los 9 meses. Guillaume los comprobó a los 0;7(19). Primitivamente son muy uniformes. El niño grita, llora, se agita, se tironea una oreja, cuando ve que una persona mayor se aproxima a otro niño, lo alza, le da de mamar (Ch. Bühler). Raramente se pone celoso de una persona mayor: 0;9(28), por ejemplo, cuando su madre finge besar a su padre; o a los 0;10(13), cuando la ve poner la cabeza sobre su hombro, trata de interponerse entre ellos. Eventualmente, puede estar celoso de un objeto: a los 0;9(21) toma y arroja su muñeca que era acariciada por sus padres. En estos tres casos, citados por Guillaume, es posible que la escena jugada para él lo haya sensibilizado. Pues es evidente que él puede querer sustituir más temprano y más espontáneamente a aquellos que se le asemejan más, es decir, a otros niños cercanos a él por la edad o la condición.

Los celos adquieren, posteriormente, formas y motivos que responden a los progresos de la edad. A los 1;9 una niña no quiere que le hagan un vestido a su muñeca (Guillaume): analogía de situación, menos inmediata ya y más compleja. A los 2;1 le ocurre con frecuencia que en lugar de tratar de sustituir a aquel de quien está celosa, la niña frunce el ceño y se enoja: hecho nuevo de gran importancia. En el conflicto entre la contemplación y el deseo de acción, es la acción la que va a ser decididamente inhibida, rechazada, dando lugar a la angustia. Entre la rivalidad activa y el mascullar doloroso domina el mascullar. Refugiándose en su actitud de espectador, el auténtico celoso se nutre de escenas mortificantes con una áspera avidez. Su propia existencia resulta invadida, asolada, por los éxitos del

otro; no puede apartar de él su imagen; la mantiene confundida con su propia sustancia; y se siente desposeído de aquello que esa imagen le muestra como de una parte esencial de sí mismo. Persistencia de una confusión entre sí y el otro que la rivalidad no llega a disolver y a remplazar.

Sin duda, ocurre que de una contemplación, de una mascullación largo tiempo contenida, explota un gesto para apartar o castigar al rival. Pero ocurre con mayor frecuencia todavía, que los celos permanecen fieles a sí mismos. Si conducen a un acto, éste será quizás un suicidio parcial, frecuentemente seguido de un suicidio total, el celoso, no ve otra salida a su angustia que aniquilar aquello que siente debe ser suyo, sin poder y a veces sin querer apropiárselo efectiva o exclusivamente, después de aniquilarse él mismo. Quizá, complaciente con su angustia, la alimentará con torturas infligidas a este doble de sí mismo que pone en el objeto deseado. Para hacerse sufrir a sí mismo se transformará en el verdugo del ser que él ama.

"La crueldad no es más que una simpatía sufriente", dijo Stendhal en *El Amor*. Si el sadismo es una persecución del sufrimiento en el otro, es, sin embargo, un sufrimiento sentido hasta el placer y hasta el dolor por aquel que lo impone.[8] Es goce sólo como consecuencia de esta confusión entre sí y el otro que constituye la base de los celos. Entonces, el espectador, de pasivo llega a ser activo, sin dejar de ser espectador. Contempla en el objeto lo que el mismo produjo y exaspera su propia sensibilidad a través de los sufrimientos del otro de los que es autor.[9]

En los celos puros domina el masoquismo. Por algunos Otelos, ¡cuántos "cocus magnifiques" confidenciales! Contempladores ávidos de todo lo que parezca demostrarles que otros se apropian del ser en quien se puso, con sus goces, su intimidad, ellos sólo buscan, por sus sospechas, sus vigilancias, sus visiones hipotéticas o reales, estimular su ansiedad y, frecuentemente, con su ansiedad su placer sexual. Así se explican muchos *ménages à trois*.

En estas complicaciones variadas, los celos son esencialmente una vuelta hacia el estadio en que aquel que participa

[8] Wallon, *L'enfant turbulent*, cit., pp. 276 y ss.
[9] *Ibid.*

de una situación afectiva, siente las actitudes complementarias. Sin poder aislar todavía aquella que le es propia, se deja dominar interiormente por la que lo despoja y experimenta una ansiedad de la que frecuentemente se hace más o menos cómplice. Es el sentimiento de una rivalidad en aquel que no puede reaccionar más que como espectador poseído por la acción del rival. Es una simpatía sufriente y pasiva.

Capítulo 4

SINCRETISMO DIFERENCIADO: II) LA SIMPATÍA

En cuanto a la simpatía, su campo de manifestación es vasto, pero es necesario distinguirla del mimetismo afectivo del cual procede y, como lo señaló W. Stern, del altruismo que en parte procede de ella. El sujeto ya no sufre pura y simplemente el contagio de las emociones que se expresan a su alrededor. Si lo sufre, no es sino con alguna reducción de los efectos que lo muestra como dividido entre la emoción y su propia situación, donde nada la justifica. Es a la vez incapaz de oponérsele como extraña a él y de realizarla integralmente. Por otra parte, no reacciona siempre de manera exactamente similar, sino también, a veces, de manera complementaria. Participa simultáneamente de dos situaciones, sin poder todavía disociar los dos puntos de vista. Y es por esto que la simpatía se distingue del altruismo. Pues en el altruismo, es la existencia o la personalidad del otro que llega a ser una razón para actuar y, a veces, para sacrificarse a sí mismo con plena conciencia del sacrificio. El altruismo implica una individualización de sí y del otro que permite discernir, confrontar, combinar entre sí los intereses respectivos.

Asistir a la aparición de la simpatía en el niño, es controlar de qué fuentes surge. Una ilusión frecuente es la de buscar en el análisis de las manifestaciones más evolucionadas y más recientes de la vida psíquica los principios de su existencia. Es considerar el problema al revés y querer reconstruirlo con materiales que son su producto, que no estaban diferenciados todavía en sus orígenes. Es como recomponer el embrión con los tejidos del adulto. Es habitual, por ejemplo, considerar

que, para simpatizar, es necesario haber pasado uno mismo por una serie de experiencias subjetivas, reconocer los signos de éstas en otros y ponerse al unísono con ellos, reviviendo sus propias impresiones. Si la experiencia íntima fuera el hecho primitivo, si la trasferencia de sí mismo en otro o *Einfüblung* fuera secundaria, y si tuviera por intermediaria una comprobación previa de los índices que revelan disposiciones psíquicas, sería totalmente incomprensible la rápida y violenta aparición de la simpatía entre el 1º y 2º año.

a) Mimetismo afectivo y sociabilidad

Algunos autores, preocupados por no utilizar, en la explicación psicológica, causas primeras como la conciencia u otras intuiciones más o menos elementales y oscuras del mismo tipo, no por eso han cometido menos, ellos también, el error de poner en los orígenes de la simpatía las actividades que le son posteriores. Por ejemplo Guillaume, al estudiar la imitación, sostiene que la simpatía, lejos de poder contribuir a suscitarla, es ella misma un simple residuo de acciones pasadas, cuyo completo despertar estaría inhibido actualmente. Tesis inspirada, parece, en aquella por la cual Darwin intentó reducir la expresión de las emociones a un vestigio de movimientos útiles en otro tiempo y que las condiciones presentes de existencia habrían hecho superfluos. Pero habría que probar la existencia anterior de estos movimientos o acciones. Y veremos que, en el niño, esto es inadmisible en la edad en que se producen las primeras manifestaciones de simpatía.

Inversamente, Ch. Bühler sugiere referirlas a mecanismos muy precoces y contemporáneos de las primeras manifestaciones por las que parece anunciarse, desde tiempo atrás, la simpatía. Al comprobar que a partir del 2º mes el lactante comienza a responder con gritos a los gritos del lactante vecino, con sonrisas a la sonrisa de la madre, recuerda las asociaciones condicionadas que se han hecho bajo la influencia de las necesidades propio o interoceptivas, por ejemplo, las que se establecieron entre el acto de mamar y la voz humana. En los dos

casos se trataría de reflejos condicionados. La única distinción a hacer, es que, en el caso de concordancia mímica, las asociaciones serían adecuadas, y en el caso de reacciones de punto de partida intero o propioceptivas serían inadecuadas. Pero si el resultado es diferente, ¿no será que el origen también difiere? ¿Cómo explicar condicionadamente los gritos suscitados en un lactante por los de otro, cuando ambos están totalmente fuera de estado para modificar recíprocamente su situación? En realidad, las asociaciones llamadas inadecuadas son perfectamente adecuadas a las situaciones habituales para el niño. Y las reacciones llamadas adecuadas son más exactamente consonantes. No fueron ligadas entre sí por la coincidencia de ciertas circunstancias con la satisfacción de una necesidad. Se suscitan una a otra porque tienen una especie de concordancia dinámica. Este hecho es tanto más verosímil cuanto es necesaria cierta concordancia de edad entre los dos niños para que el efecto se realice.

Tan grande como pueda ser la tentación de reducir al más bajo número posible de hechos elementales y específicos la explicación de las cosas, parece inevitable sumar, en el número de estos hechos, el carácter contagioso de las manifestaciones afectivas. Éste se observa con una gran precocidad en el niño, y sin que sea posible descubrir un mecanismo de alguna manera extrínseco y contingente. En los animales puede ser de comprobación frecuente. Köhler[10] vio la alegre excitación de un chimpancé, propagarse en gestos idénticos en todos los chimpancés presentes. El miedo de un cordero llega a ser pánico para el rebaño entero. El grito de un pájaro repercute en onda creciente en la pajarera.

Todas estas manifestaciones no son simples descargas brutas. Son organizadas. Tienen centros especializados en el sistema nervioso. Responden pues a una función. Pero esta función no tiene ningún interés para las relaciones del individuo con el mundo físico; muy por el contrario, con frecuencia tiende a comprometerlas.[11] ¿Cómo el plumaje o el canto del macho,

10 Köhler, *L'intelligence des singes supérieurs*, cit.

11 Para ampliar estas ideas brevemente expuestas aquí, véase Wallon, *L'enfant turbulent*, Primera parte, cap. 1, y la Primera parte de este libro.

por una parte, el lenguaje articulado, por otra, no implicarían la existencia de *partenaires* eventuales? Situada entre los dos tendría por efecto, como los anteriores, suscitar las reacciones del otro. Perteneciendo aún a las maneras de ser, a los hábitos del individuo, como los atributos sexuales, pero también a maneras de ser no permanentes y que varían según las circunstancias y las disposiciones íntimas, permanece, sin embargo, muy estrechamente mezclada con estas disposiciones y con sus circunstancias, para prestarse, como el lenguaje, a una utilización independiente y objetiva. No apta para modificarse sin que se modifique simultáneamente el comportamiento total del sujeto, no apta para expresar realidades exteriores, todavía total y global en cada una de sus manifestaciones, ¿qué otro efecto puede tener que provocar manifestaciones análogas en el otro? Incapaz de proponer objetos variados a la actividad del otro, como hace la palabra, ella se limitaría a asegurar la unión de las reacciones y de las impulsiones entre los miembros del grupo. Es esta necesidad elemental, pero muy importante, que la habría hecho desarrollarse y desarrollar sus medios de expresión.

De hecho, es muy sorprendente comprobar que la preocupación por poner en evidencia y cultivar las manifestaciones afectivas es más grande a medida que se trata de sociedades cuyo estado todavía rudimentario de la técnica exige que los individuos unan sus esfuerzos físicos, y donde la indigencia de los motivos intelectuales hace más indispensable la acción de las relaciones afectivas. Nada importante se hace sin ceremonias que presenten disfrazados cada uno de sus atributos o de máscaras que trasformen en impresionante su fisonomía, y que, uniéndolos a todos en los mismos gestos, en los mismos ritmos, los hacen participar de los mismos arrebatos afectivos de la misma exaltación emocional. Se persigue así, de alguna manera artificial, el desarrollo y la diversificación de los recursos que ofrece la mímica para dar a todos, según las circunstancias, la misma figura, las mismas actitudes y por lo tanto las mismas reacciones.

No hay nada de sorprendente si de este culto sistemático pueden resultar, de un pueblo a otro, algunas diferencias y, en consecuencia, un cierto grado de incomprensión mutua, o aun

ciertas incompatibilidades de humor. Inversamente, Darwin comprobaba que la simpatía del niño se refiere más a la de su grupo que a la del hombre en general. Concluir de esta diversidad que las manifestaciones mímicas no están fundadas en una función primitiva y natural, equivaldría a concluir, a partir de la diversidad de las lenguas, que la función del lenguaje no tiene un fundameto biológico en la especie humana.

b) Plasticidad postural y formulación mental

La mímica y sus manifestaciones sin duda pueden extraer del mundo exterior ciertos complementos, pueden también desarrollar acciones dramáticas y escenas figuradas; sus fines y objetos no pertenecen al mundo exterior; están en ellas mismas. Son más cercanas a la representación que a la acción. Pero es una representación todavía confundida con su objeto, y su objeto es el sujeto, que percibe en ella sus propias disposiciones, y que percibe por su intermedio a los otros en sí mismo y a sí mismo en los otros. Más que una representación es una formulación, que responde a una situación determinada. Consiste en actitudes apropiadas y se resuelve en los estados diferenciados de tensión de los que están hechas estas actitudes. Se libera, no por actos con un fin externo o por automatismos utilitarios, sino por gestos plásticos, ritmos, contorsiones o por espasmos. Procede inmediatamente de las funciones posturales que se ejercen por sí mismas.[12] La mímica no es sino la función postural apropiada a las necesidades de la expresión, a las necesidades de las relaciones afectivas entre los individuos.

La función postural es una función de acomodación. Acomoda el organismo a las reacciones que las circunstancias ordenan; los órganos sensoriales a los objetos que pasan por el campo de la percepción. El espectáculo de esta doble acomodación se ve muy bien en el gato preparado para saltar sobre el pájaro cuyos movimientos acecha, o que trepa por el muro cuando se acerca el perro y lo vigila. Esta expectativa desarro-

[12] *Ibid.*

lla una sensibilidad diferente en los dos casos, puesto que se resuelve en un automatismo ya sea de ataque, ya sea de huida, pero que puede también dar lugar a reacciones totalmente distintas: contracciones circulatorias, respiratorias, vocales, erizamientos, estremecimientos, que parecen apropiados sobre todo para llevarla a la exaltación y que son una gran fuerza de expresión. Entonces, el comportamiento se bifurca. Sobre la acción inmediatamente útil puede dominar la mímica. Pero ésta sólo pudo constituirse en sistema de reacciones cuando tuvo también su utilidad. La única mímica aparente, es que, suscitando la sensibilidad que alimenta, sensibilidad postural, afectiva, emotiva, ejerce una acción sobre el otro, acción de intimidación, de atracción u otras. Es bajo la influencia del otro que ésta se desarrolló y que continúa reaccionando como de manera refleja; bajo la influencia del otro hace surgir estas premisas de la conciencia que son los estados afectivos. Por sus reacciones mímicas, el niño hace, junto con el aprendizaje de su propia sensibilidad, el aprendizaje del medio viviente que las estimuló y les imprimió su huella. A través de la mímica comienza por confundirse con lo que lo rodea, si es que adquiere la intuición de las propias disposiciones.

Pero, a la acomodación de alguna manera automática y global que resulta de la mímica ya constituida se agrega, un poco más tarde, una acomodación más autónoma, más diferenciada. Ocurre con frecuencia que el niño pequeño se absorbe en la mirada de aquello que le interesa como si estuviera incorporado a eso. Es, por ejemplo, el hijo de Preyer que permanece como hinoptizado a la vista de un pájaro que pía delante de él, y cuyo grito imita en el instante en que el vuelo del pájaro interrumpe su contemplación. Parece una impregnación postural que se resolvió en gestos de imitación. Diferentes hechos de la experiencia corriente, que recuerda Guillaume,[13] parecen resultar del mismo mecanismo. Siguiendo el esfuerzo de un atleta, cada uno de los asistentes siente contraerse sus propios músculos, su respiración se modifica, su rostro se crispa. Ocurre que uno para; sobre sí mismo, el golpe que amenaza a otro, que uno tantea el lugar donde otro ha sido herido. y si éste

[13] Guillaume, *L'imitation chez l'enfant*, cit.

pierde el equilibrio, realiza un movimiento compensador. La escena contemplada borra la distinción entre sí y el otro, pues la tendencia primitiva es la de imitarla, si no siempre por medio de gestos, al menos por actitudes, de vivirla subjetivamente. Sin embargo, para Guillaume, estas actitudes no pueden ser más que la forma reprimida de gestos ya conocidos y anteriormente ejecutados. La imitación no podría ser de origen íntimo; no puede sino utilizar movimientos familiares y modelos exteriores.

Pero muchos hechos demuestran lo contrario. La reproducción literal, rasgo por rasgo, gesto por gesto, es una operación difícil, relativamente rara y tardía. Particularmente en el niño, la imitación nace de su plasticidad interna, a veces después de un tiempo más o menos largo de incubación. No es, pues, la simple y directa réplica del modelo. Fascinado por las volteretas de un payaso, solamente después de dos o tres días de gestación, el niño se arriesga a reproducirlas. El modelado de sus actitudes, comenzado con la atención que prestaba a las evoluciones del payaso y que parecía hacerlas pasar a sus músculos, sólo pudo llegar a ser suficiente por una acomodación gradual de su aparato motor. Se realizó sin gestos, en una especie de recogimiento. Se pudo efectuar en aquello que precede al movimiento, en las actitudes silenciosas que lo preparan. No se trata de un poder oculto sino de un poder de preformación motriz, sin cuya existencia muchos hechos de aprendizaje motor serían inexplicables. El movimiento es entonces sólo la exteriorización de una especie de formulación íntima.

c) Del mimetismo afectivo a las manifestaciones de simpatía

Entre todas las formas de reacción que unen al otro, las que responden a la simpatía propiamente dicha, representan un nivel en el desarrollo del niño. Es el nivel que sigue al del simple mimetismo afectivo. Si desde el 3er. mes, en algunas condiciones muy exclusivas, el grito induce al grito, la sonrisa induce la sonrisa, el mimetismo afectivo en sí mismo sólo permane-

ce al segundo semestre, es decir, a la edad en que comienzan a manifestarse también las emociones diferenciadas.[14]

Stern señala que del 6º al 8º mes, el niño recibe a su madre abriéndole los brazos, cualesquiera sean las circunstancias; que en los últimos meses del 1er. año su rostro refleja las diversas expresiones de la persona que observa y puede tomar así en diferentes momentos una expresión amistosa, sonriente, hostil o severa. Sully señala que a los 0;9(15) llora cuando su madre llora. Sería prematuro inferir la simpatía de este contagio mímico, pero no se puede dudar que suscita los sentimientos que le corresponden. Pero éstos son experimentados por sí mismos y acaparan totalmente al sujeto, como hacen las emociones, sin implicar todavía esa especie de desdoblamiento que esboza en la simpatía la diversidad de las situaciones y de las personas.

Este desdoblamiento no comienza hasta el 2º año. Hay numerosos grados, y la simpatía supone todavía la confusión parcial entre sí y el otro. Pero no existiría si no se manifestara ya el sentimiento de cierta diferenciación. Sin duda, no hay un simple azar en la sincronía comprobada entre los primeros problemas de lugar y los primeros problemas de simpatía.[15] En aspecto doble, es el niño que está aprendiendo a disociar, a separar de él lo que su percepción une a su vida, a fin de distribuirlo fuera de él, en el espacio, y de oponérselo como una existencia extraña. Desde que aparece la simpatía se manifiesta entre sus condiciones algo de objetividad. Aunque la participación afectiva pueda parecer todavía total y acarrear reacciones en relación con ella, no es más la ciega aceptación de la emoción. Pero si el espectador puede todavía quedar retraído por lo que le interesa, las dos actitudes se dan sin embargo, frente a frente, y el sujeto puede ya pasar, más o menos, de una a la otra.

En un primer momento la simpatía puede manifestarse en dos sentidos contrarios, centrífuga y centrípeta. En el primer caso, el niño trasfiere el objeto habitual de sus propios deseos o temores en aquel que suscitó su compasión. A 1;2, oyendo

14 Véase la Primera parte.

15 Wallon, "L'interrogation chez l'enfant", en *Journal de Psychol.*, 1924, XXI, nº 1-3, p. 176.

gritar a otro niño dice a su madre: "Mamá teta" y, por una confusión de persona, propia de este estadio, cuando la sustituye, toma sus propios vestidos a la altura del seno y simula ofrecérselo al otro. Tres meses más tarde, en las mismas circunstancias, la confusión es menor y trata de abrir la blusa de su madre diciendo: "Nini llora. Nana. Teta". (Guillaume).

En la forma centrípeta, reacciona a lo que interesa o amenaza al otro como si se tratara de él mismo. A los 1;2, grita si alguno se acerca a un objeto que él teme, y se va. A los 1;2 (25), dice "¡basta!", y se aleja cuando ve a su padre bañarse con agua fría. A los 1;4(22), muestra el pie y dice con tono sollozante: "Nana", si escucha hablar de alguien que tiene enfermo un pie. Hacia el primer año se refugia gritando en los brazos de la nodriza, si alguno finge querer pegarle a ésta. "Extraña simpatía —dice Guillaume— en que aquel que no está amenazado recurre a la víctima para pedirle protección." Por el contrario, no hay nada de extraño si es cierto que, en la simpatía, la situación entre espectador e interesado permanece bastante indiferenciada. Cuando mucho, se podría decir que, reaccionando totalmente por su propia cuenta, el niño está más cerca de la participación afectiva que de la simpatía verdadera.

El sentimiento global de la situación domina en un primer momento tan acentuadamente sobre la distinción de las personas, que en la época en que el niño cae en la cuenta y la reconoce, da lugar, como toda función recien aparecida, a juegos donde parece ejercerse sin otra meta que experimentarse a sí mismo. Durante cierto tiempo, la mayor diversión será librarse a acciones alternantes: dar y recibir una palmada, esconder el rostro y descubrir el del otro, perseguir y hacerse perseguir, en una palabra trasladarse alternativamente hacia uno u otro polo de una misma situación, como si descubriera los aspectos opuestos o complementarios y viviera cada una de las emociones que le corresponden. Por esta alternancia aprende a rescatarse a sí mismo de las situaciones que sucesivamente lo acaparan, anula la ambivalencia primitiva, conoce las relaciones entre los *partenaires*, la reciprocidad de la acción, a medir las consecuencias opuestas y como consecuencia, a familiarizarse, en cierta medida, con la responsabilidad de sus propios actos. Son éstos otros tantos ejercicios mediante los cuales se prepara pa-

ra elegir entre las dos direcciones, excluir la dirección complementaria y estabilizarse en la suya. En realidad, esta elección comporta para el niño tantas incertidumbres y desfallecimientos que mucho tiempo después volverá todavía, ocasionalmente, a ese tipo de diversión.

d) Simpatía y representación

La simpatía que se manifiesta a propósito de imágenes parece bastante más sorprendente. Comienza un poco más tarde. A los 1;5, el hijo de Preyer, mirando recortar figuras de niños en un papel, lloraba porque temía que un mal movimiento al cortarlas fuera a separarles la cabeza del cuerpo. Por una especie de trasferencia animista, al ver partir un bizcocho se lamentaba: "¡Pobre bizcocho!", y viendo partir la leña: "¡Pobre madera!" Vemos una simpatía todavía muy difusa y mal diferenciada. Baldwin cita el caso de un niño de 1;10, que llora ante la imagen de un hombre a quien le sangra una mano. Pérès conoció uno de 2;2 que besaba en la garganta y en la nuca a un maniquí de costura después de haberlo vestido con un género. Nuevamente Preyer vio a su hijo de 2;3, llorar si uno le cortaba realmente uno de sus miembros a la figura de un hombre hecha en papel. Ante la imagen que representaba dos flamencos que sostenían con el pico, uno la nariz, el otro el cuero cabelludo de un hombre calvo, un niño de alrededor de 3 años protestaba y lloraba mientras cubría de besos la cabeza del desgraciado personaje. Entre estos ejemplos que se extienden a lo largo de más de un año, hay diferencias de grados: especificación creciente de la circunstancia que despierta la simpatía, en una totalidad de complejidad creciente.

La fuerza de la ilusión que una imagen puede ejercer en un niño, es causa frecuente de asombro. Excelentes psicólogos, entre ellos W. Stern, enumeraron las diferencias que distinguen la imagen de la realidad y, en consecuencia, las dificultades que debe experimentar el niño para reconocer lo que la imagen representa. Diferencias frecuentes de dimensión, de coloración y sobre todo proyección de volúmenes sobre un plano, lo cual es

necesario ver en perspectiva. Pero la experiencia demuestra que plantear así el problema es plantearlo al revés; es plantearlo en términos más realistas que psicológicos; es partir de la percepción muy evolucionada y técnica del adulto para representarse la percepción mucho más ruda, más global y más afectiva del niño. Sin duda, la edad en que el niño puede descifrar una perspectiva es relativamente tardía. Pero también parece que su percepción, a medida que llega a ser más perspicaz y discriminativa, se hace más refractaria a la ilusión. Es el momento de comprobar la oposición que se observa entre la representación diferenciada y la intuición afectiva.

Lo que el niño comienza a asimilar no es lo que se asemeja, sino aquello que recibe de sus propias disposiciones una especie de existencia común, y a veces, aquello que no tiene otra razón para estar unido que haber sido simultáneamente percibido por él, en un momento de deseo o emoción. Incapaz todavía de desdoblamiento mental y de comparación, lo que puede asociar, no son dos objetos primitivamente distintos, sino aquello que extrajo de una misma totalidad perceptiva. Un fetiche cualquiera le devolverá la presencia de una persona o de un objeto, por poco que haya estado unida a su presencia real. Así, hace del resto más informe su más auténtica representación. Con mucha frecuencia, la simultaneidad de la presencia real no le es indispensable. Entre la realidad y el simple objeto de sus pensamientos o deseos, al ser esta distinción mucho menos neta que en el adulto, la idea o la imagen que acapara su espíritu puede muy bien adoptar por su equivalente material la primera cosa encontrada. Inversamente, cualquier cosa puede ser la ocasión para evocar la imagen de una realidad que le interesa.[16] Hará de un palo su caballo, de un género su muñeca.

No es exigente para establecer analogías porque no sabe detenerse, al no tener en el pensamiento más que la última imagen evocada, y al obedecer esta imagen más a los vagabundeos de su fantasía o de sus asociaciones acostumbradas que a las determinaciones objetivas. A esto se agrega la imposibilidad

[16] ¿Es necesario señalar aquí que estas mismas disposiciones pueden, eventualmente, encontrarse en el adulto y que desempeñan su papel en psicopatología?

para representarse nada que no sea concreto. Él verá en un simple rectángulo una casa, en un círculo a su madre. Tendrá la noción muy neta de que la imagen y el objeto son dos cosas diferentes cuando llegue a ser más exigente para aceptar una semejanza, cuando llegue a comparar, elegir, y abandonar aquello que no le parezca suficientemente conforme al conocimiento que tiene del modelo. Discernir las semejanzas es reconocer la no-identidad. La ilusión desaparece con el progreso de la percepción plástica. El despertar de la simpatía por las imágenes supone una participación afectiva que excluye en la misma proporción la objetividad de la visión.

e) Simpatía y lenguaje

El lenguaje muestra también las etapas por las que pasa el niño: en un primer momento es una especie de confusión entre su punto de vista y el del otro, después es el desdoblamiento con participación en los dos, en el caso de la simpatía, y finalmente la adopción exclusiva del suyo propio. Las primeras frases son simples palabras, cuya significación es ambigua o más aún, polivalente, pues pueden, según el caso, referirse al otro, a objetos cualesquiera, o también a sí mismo. A los 0;9(15) una niña dice: "mano", tanto para hacerse tomar de la mano como para designar una mano que reconoce en una foto (Guillaume). Un niño de 1;3 emplea "pipí" si tiene necesidad de satisfacerse, si ve levantar la ropa a una niña pequeña, y es la misma palabra que dice a su hermana de 1;0(18) al ver gotear agua de un recipiente. Esta apariencia de metáfora es el índice de una confusión inicial entre el yo, el otro y también los efectos resultantes de los objetos inanimados; pues el niño no hace la distinción entre lo que es animado e inanimado del mismo modo que el adulto. "Teta" a los 1;3 significa el deseo personal de mamar, la solicitud para otro lactante que quizá querría mamar, la invitación hecha a su madre de darle de mamar al niño que cría. "Nana" es empleado a los 1;2(13) cuando el niño se hizo daño, ante la pierna rota de su muñeca, a los 1;2(25) a propósito de una silla que le parece que se ha roto, a los 1;3(8) frente a un

grano que la madre tiene en el labio, también en el sentido de retar, de golpear, o aun si oye hablar de alguien que tiene mal un pie, pero designando el suyo.

Bajo esta gran diversidad de sentidos subsiste una misma intuición fundamental. El niño que la experimenta no sabe todavía extraer aplicaciones diferentes según los objetos y las circunstancias, pues todavía no está en estado de utilizar las distinciones o categorías que han llegado a ser familiares en el pensamiento del adulto. En efecto, lo primitivo no es, como se imagina comúnmente, la percepción inmediata de la realidad objetiva, y, en realidad, de lo particular, de lo individual. Es, por el contrario, algo muy difuso en un primer momento, en lo que el niño deberá gradualmente aprender a delimitar, a coordinar las diferencias de los puntos de vista, las diferencias específicas, las diferencias individuales. Es una manera todavía muy subjetiva de sentir las cosas, en que la sensibilidad está hasta tal punto mezclada a su objeto que sólo sobrevive el matiz cualitativo de las relaciones que se expresan y cierta especie de forma o de estructura que puede corresponderles. Así se explica la confusión entre el tuyo y el mío, entre el sujeto y el objeto, entre la acción sufrida y la acción ejercida, sin hablar de la confusión entre el retrato y la persona, etcétera.

Sin embargo, ¿el estado del lenguaje en sus comienzos no podría explicar, por sí solo, la polivalencia de su empleo? Sin flexiones y sin partículas de unión, reducido todavía a este agramatismo extremo en que una sola palabra sin las correspondientes modificaciones gramaticales debe expresar toda una frase, opone su uniformidad a las intenciones que podrían existir en el pensamiento del niño. Pero en la misma acción el niño distingue mal las intenciones de la acción del objeto de la misma, los efectos de los motivos, la propia sensibilidad de la del otro, el agente y el paciente, lo que es centrífugo y lo que es centrípeto. Es como si se expandiera desde su persona hacia todas las imágenes a que da lugar la acción. Lejos de crearle molestias, de llevarlo a la duda o a la incertidumbre, la ambivalencia de su lenguaje conviene al movimiento de su pensamiento, que le hace, con frecuencia, cambiar instantáneamente de papel en su propia acción, sin que él se dé cuenta de esto. A los juegos alternantes corresponden los diálogos que mantiene consigo

mismo; ambos son un signo de la época en que descubre, en las situaciones que experimenta, la dualidad de las actitudes complementarias o antagónicas.

A los 2;3 llega a decir, mientras juega "¡cuidado!" o "¡gracias"', cuando logró, por ejemplo, abrir por sí solo una verja. Es así como se desdobla fácilmente en aquel que corre y en aquel que prevé el riesgo, en agente y en beneficiario de un acontecimiento. A los 2;4 se recuerda a sí mismo la prohibición de tocar tal o cual objeto. Su hábito de golpear a sus padres en broma ha sido rápidamente reprimido; si renace el deseo de hacerlo dice con énfasis: "No pegar. Alejandro bueno".[17]

El deseo y la defensa permanecen disociados. Pasa, explícitamente, de uno al otro, como si permaneciera dividido entre las dos posiciones, sin ser capaz todavía de referirlas a la unidad de una consigna íntima. La niña de Stern repite a su muñeca las observaciones que acaban de hacerle a ella. El niño de Preyer, si rompió algún objeto, reprende a su propia mano diciendo "oi" o "oui" por "pfoui", equivalente de "fi".* La frágil distinción entre el tuyo y el mío permiten al niño arrojar sobre un ser más o menos ficticio la responsabilidad que le pesa de cambiar su actitud de acusado en la de acusador. Finalmente, E. Köhler[18] señala, en una niña de 2;5, el hábito de dialogar durante la noche en el lecho consigo misma, señalando con entonaciones variadas la intervención alternada de los personajes entre los cuales no puede todavía más que distribuirse ella misma. Situación cuya expresión se evidencia más, a medida que el sujeto llega a ser capaz de diferenciar a los protagonistas, pero mientras no sabe todavía subordinar sus actitudes a las de su propio personaje, y reunirlas mentalmente a todas, la suya es la de un simple espectador.

En efecto, estos diálogos consigo mismo desaparecen bruscamente en la época en que la actitud del niño, al modificarse frente a la mirada del otro, señala la necesidad de afirmar y ensayar sistemáticamente los derechos y el poder de su joven

17 Preyer, *L'âme de l'enfant*, ed. cit.

* "Oi" o "oui", pronunciación infantil defectuosa de "pfoui", equivalente de "fi", que significa "malo". (*N. del T.*)

18 Elsa Köhler, *Die Persönlichkeit des dreijäbrigen Kindes*, Leipzig, 1926.

personalidad. En esta época también se apropiará definitivamente del uso correcto de los pronombres personales. Su empleo del Yo, es hasta entonces intermitente, ocasional o ligado a ciertas circunstancias. Con mayor frecuencia habla en tercera persona designándose a sí mismo por su propio nombre. Sin duda imita la manera en que sus padres le hablan, en virtud, por otra parte, de esta "convergencia" que W. Stern señaló entre el lenguaje de los padres y el de los niños. Sin embargo, llega el momento en que esta manera de hablar y de oírse hablar no concuerda más con el sentimiento que el niño logra de su autonomía personal, muy rápido se aparta de ella, y no la tolera en los otros. El período de la tercera persona es también el de la segunda: no sabe convertir en *Yo* los *Tú* que se le dirigen y que son la iniciación de sus diálogos consigo mismo. La causa de esto es siempre la imposibilidad para integrar las situaciones en las que él participa en el sentimiento dominante de su identidad personal. Si fuera necesaria una prueba más para demostrar que el empleo del *Yo* está ordenado o retrasado, no por los hábitos del ambiente, sino por el advenimiento de un estadio psíquico, basta recordar la ineptitud persistente en ciertos débiles mentales para usar el *Yo*, mientras que las condiciones ambientes son las mismas para ellos que para otros niños.[19]

19 Wallon, "Forme écholalique du langage chez un imbécile épileptique. Trouble de la personalité par arrêt du développement psychique", en *Journal de Psychol.*, 1911, pp. 436-444.

Capítulo 5

ESTADIO DE LAS PERSONALIDADES INTERCAMBIABLES

Algunos ejemplos van a mostrar el estado de dispersión que precede el momento en que el niño podrá identificar solidariamente su personalidad y la de los otros, rescatándolas de las situaciones particulares en que están mezcladas. En tanto no llegó a ser capaz de referir los diferentes aspectos que reciben de las circunstancias, a algo permanente y que las sobrepasa, las situaciones entre las que se esparce su vida lo mantienen esparcido a él mismo, o como dividido. No sabe realizar una coherencia entre ellas, ni, en consecuencia, en su propia conducta o en su conocimiento de las personas. Bajo el signo de situaciones o circunstancias análogas, está tentado de confundir sujetos diferentes, e inversamente, de disociar uno mismo en tantos personajes como haya visto en diversas condiciones. Él mismo no está siempre muy seguro de su propia identidad o al menos no alcanza a hacerla prevalecer sobre los cambios de las relaciones con lo que lo rodea.

A los 2;7 una niña, según relata E. Köhler, después de haberse comido las masitas de su hermana más pequeña, se lo cuenta, radiante de alegría, a su padre en el momento que llega. Al ser reprendida, no parece preocuparse más que un cuarto de hora después. Rechazada en sus tentativas de zalamería, sollozando, hace la promesa de no volver a ser mala. Obtenida así su gracia, estaba desplegando sus habilidades cuando, al entrar esta vez su madre, se precipita sobre ella para hacerle el mismo relato y con la misma alegría que a su padre. Las situaciones sucesivas no hicieron más que yuxtaponerse, sin que la

niña haya sido capaz de establecer su dependencia mutua ni de integrarlas en el sentimiento de su responsabilidad personal. Todavía puede distinguirse muy poco del otro, y a su alegría de haberse comido las masitas yuxtapone consecutivamente a su padre y su madre, como si no hubiera existido el hecho intermedio del arrepentimiento. Reacción circunstancial y en relación estrictamente con el descontento del padre, el arrepentimiento se limita a una simple inversión del humor. Así como no pudo modificar el sentimiento específico de alegría que estaba unido a la glotonería, no logró que la niña realizara la oposición de sentimientos que podía existir a este respecto entre ella y sus padres. Sus propias actitudes fueron las que la situación ordenó. Pero incapaz de sobrepasar cada situación actual, lo es también de disociarse suficientemente para disociar al otro, para situar en sus relaciones recíprocas, frente a su propia personalidad la del otro, y, en consecuencia, para regular su conducta en relación a la que conoce o presume en el otro.

En esta edad el niño puede ser muy sensible a las modificaciones de las actitudes o a los incidentes que se producen en el mundo que lo rodea; puede reaccionar con gran fineza de discernimiento cualitativo. Lo que hace es sólo fingir situaciones en las cuales, en realidad, participa en forma de alguna manera indiferenciada. He visto a un perrito al que jamás habían regañado, que se refugiaba muy afligido en su cucha cuando veía cometer una travesura u oía hacer reproches. He visto también a un niño de 2;6 que había tenido un vaso entre sus dedos, pero que no lo tenía desde hacía un tiempo, mirar consternado sus manos y ponerse en actitud de defensa al oir el ruido de un vaso que se estrellaba en el suelo. Sentimiento difuso de culpabilidad en relación con la situación y no con una culpabilidad personal.

Así como no llega todavía a disociarse él mismo de las situaciones en las que participa, el niño subordina más o menos la identidad de las personas a las circunstancias en las que éstas se le manifiestan. "Eres una Elsa", dice a su madre cuando la escucha cantar como su gobernanta (2;9). Sin duda, ya hay problema y también negación implícita. Pero el niño no tiene la necesidad de resolver un conflicto sobre la identidad de

dos personas más que en aquellas que descubre una particularidad común. El detalle es todavía inseparable de la totalidad.

En lugar de fusión entre las personas puede producirse desdoblamiento de una misma. El mismo niño a los 2;10, después de estar varias semanas en el campo ve repentinamente junto a su madre a su padre que llegaba de Viena. Al preguntársele si no lo reconocía murmuró: "mi otro papá esta en Viena". Al afirmarle su padre que él era su papá de Viena, el niño pregunta: "¿Viniste en el tren?" Necesitó el recuerdo de su propio viaje y del cambio que resultó de éste en su propia situación para poder superponer estos dos papás y resolver de esta manera la incompatibilidad de las situaciones según éste apareciera actualmente o en el pasado. La personalidad permanece como adherida a la situación, y las circunstancias de lugar se incorporan a ella igual que cualquier otro aspecto o cualidad.

La influencia de una situación vieja o nueva sobre la personalidad del niño mismo puede ser suficientemente fuerte para hacerle adoptar ya sea maneras de ser diferentes, ya sea otra identidad. Al volver a la ciudad, un niña de tres años de edad, según cuenta E. Köhler, cuando hablaba de los compañeros que había tenido durante sus vacaciones, volvía a tomar el acento del país donde había estado. Verdadero "olvido" de actitud, que opera la sustitución de su personalidad actual por la personalidad que le había modelado el medio incidentalmente evocado hoy. Recuerdo masivo al evocar todo el comportamiento contemporáneo a este recuerdo. Por el contrario, el niño de Stern, un poco antes de los tres años, se disfraza de una personalidad nueva cuando nace su hermanita. Durante varios días se toma por su hermana mayor, se atribuye su nombre y le da a ella otro. El lugar que él tenía en la familia formaba hasta tal punto parte de su identidad personal que la abandona en bloque al recién nacido, y llegando a ser el mayor de dos, toma igualmente en bloque la personalidad de la que era su hermana mayor.

Con la apariencia de una paradoja el ser concreto parece borrarse ante una relación, o sea ante algo abstracto. Pero la experiencia muestra que la percepción de las relaciones domina, en el animal también, sobre la cualidad absoluta de las cosas. La relación no es abstracta más que si está formulada por

él mismo e independientemente de las cosas. De otra manera, es la expresión más global de una totalidad. Dado que la individualización de las partes se da posteriormente, no es sorprendente que el niño pueda no percibirse en un primer momento más que en la estructura de su familia; por lo tanto, esta estructura, al menos, se le ha hecho perceptible y real. Así marcha el crecimiento intelectual del niño. Su percepción progresa no del detalle a la totalidad, sino por grados, a través de totalidades más y más comprensivas, cada nueva totalidad se le impone como unidad intuitiva y como dato inmediato. La totalidad se extendió, pero no por adición de totalidades más pequeñas. Sólo posteriormente podrá operarse la disociación de la totalidad en sus partes.

Las personalidades, en lugar de sustituirse entre sí, pueden conducir a una actitud compuesta, que traduce la participación simultánea del niño en varios de los papeles que constituyen la situación. Así, ante la imagen de un álbun que muestra un mono que desde lo alto de un árbol hace muecas a un explorador indignado, un niño de alrededor de 3 años, a quien esta escena llama vivamente la atención, toma la actitud de los dos personajes a la vez, la mano derecha en su nariz y la cabeza baja como el mono, las cejas contraídas y el otro brazo cruzado sobre el pecho, como el explorador. Es un caso análogo al del niño que hace a la vez de cochero y de caballo fingiendo dar latigazos a sus piernas para incitarse a correr, o el del enfermo citado por Janet,[20] que se cree parido por la Virgen, pero que imita alternativa y también simultáneamente, los gritos y los gestos de la parturienta y los del recién nacido. Todavía aquí la situación domina sobre la individualidad de los personajes. No existe más que en relación a ésta y no se distinguen unos de otros.

La confusión del sujeto con lo que lo rodea puede tomar finalmente, una última forma, la del transitivismo que precede inmediatamente al instante en que el niño sabrá distribuir sin error, entre él y el otro, los estados y los actos que percibe. Él ya se opone a las personalidades que no son la suya. Pero puede ocurrir que les atribuya lo que es exclusivamente suyo.

[20] P. Janet, *De l'angoisse a l'extase*, t. 1, Alcan, Paris.

Por ejemplo, la vieja epiléptica del hospicio que consolaba a su vecina de la crisis que había tenido ella misma la noche precedente. Y, más corrientemente, esa tendencia que tiene el enfermo, inquieto por su salud, de descubrir índices de enfermedad sobre el semblante de personas que parecen sentirse bien; o aquel que no quiere reconocer que la vejez se acerca y señala las canas de los que están a su alrededor; o aquel que sufre de un forúnculo, y observa detenidamente el menor punto de acné sobre la piel de su vecino. Simpatía que vuelve y hace sustituir a sí mismo por el otro como objeto de piedad. Gestos de defensa o de distracción contra una preocupación íntima. Inconsciente artificio para prevenir una observación humillante del otro. Pero también, retorno, bajo la influencia de una angustia más o menos latente, a aquel estadio de indiferenciación relativa en que el sujeto sufría sus representaciones en la forma más total, sin lograr aún subordinar el aspecto exteroceptivo al aspecto propioceptivo o viceversa, según debiera reconocer allí a sí mismo o al otro. Ubicada entre su representación y las actitudes que suscita en él según experimente una u otras, es el aspecto exteroceptivo sensorial, espacial,[21] y en consecuencia la tendencia a encontrarle un soporte objetivo; en otros términos, es el transitivismo que domina; por el contrario, en el otro caso dominan las reacciones subjetivas, en uno de sus diferentes niveles: participación emotiva, mimetismo afectivo o simpatía.

¿No es el transitivismo el que puede explicar una escena como ésta relatada por E. Köhler? Una niña, A., 2;9 está sentada entre su gobernante y su amiguita H., hay un montón de pasto cerca de ellas para jugar. Después de algunos instantes A. está como inquieta y atormentada por un deseo, cuando bruscamente golpea y empuja a H. "¿Qué haces?", le dicen. "H. es mala. Acaba de pegarme", responde. "Pero no, mira, H. está tranquilamente sentada cerca de tí. Juntó el pasto para jugar. ¡La has golpeado, dale un beso!" La mirada de A. se hace lejana como ante una revelación, emite un "Sí" prolongado y la besa voluntariamente, además se serena. Sin duda, el golpe dado bajo una sorda impresión de angustia, de resentimiento, de

[21] Véase la Segunda parte, cap. IV, c.

queja, se confunde tanto con esta impresión que la niña hace de él, sin malicia, el agravio mismo y lo atribuye a su amiga. Situación indiferenciada, como siempre en un primer momento, en un sentimiento que implica la existencia del otro; en consecuencia, indiferenciación entre el sentimiento y el gesto que resulta de él; repartición ulterior del sentimiento y del gesto entre sí misma y el *partenaire*: esta sucesión está lejos de ser excepcional.

Probablemente la niña, se representó tanto más fácilmente la agresión como si proviniera de su amiga, cuanto que su angustia quedaba así olvidada y, al haber descendido la tensión afectiva, sus disposiciones actuales ya no respondían de manera suficientemente íntima, al golpe dado por ella.

Por otra parte, imagen y afectividad varían una en razón inversa a la otra,[22] la caída de la tensión afectiva deja que la imagen pase a primer plano. Pues la imagen es de naturaleza espacial.[23] No puede encontrar figuración más que en el espacio, es decir, fuera del sujeto, o sea en el otro. En efecto, hemos visto qué dificultad entraña para el niño hacer coincidir la imagen exteroceptiva, que escapa normalmente a su propia percepción, con la intuición propioceptiva que tiene de su actividad y de su cuerpo. Es una etapa que no puede franquear, a menos de estar en la edad en que llega a ser capaz de sobrepasar el espacio de sus percepciones e imágenes para ordenarlas como simples símbolos en una especie de espacio ideal, en un espacio de ultrapercepción,[24] donde las imágenes pueden tener una existencia puramente virtual. Así, debe revestir idealmente su ser propioceptivo con su imagen exteroceptiva, pues para que ésta resulte efectivamente visible para él, necesitará que sea exterior a él mismo.

La dificultad de esta reducción mental favorece la aparición del transitivismo en el niño, y también en el adulto, cuando hay desfallecimiento de su actividad psíquica.

[22] Véase la Primera parte.
[23] Véase la Segunda parte, cap. IV, c.
[24] Wallon, "La mentalité primitive et celle de l'enfant", en *Revue philosophique*, julio-agosto 1928, pp. 61-78. "De l'expérience concrète à la notion de causalité et à la représentation-symbole", en *Journal de Psychol.*, XXIX, nº 1-2, 1932, pp. 112-145.

Capítulo 6

CRISIS DE LA PERSONALIDAD (3 AÑOS). AFIRMACIÓN DEL YO Y OBJETIVIDAD

Hacia el 3er. año comienza un cambio bastante brusco en las maneras del niño y en sus relaciones con lo que lo rodea. Por ejemplo, es, en la niña estudiada por E. Köhler, la desaparición repentina de sus diálogos consigo misma. En lugar de identificarse alternativamente con cada uno de los personajes, prestándoles sus órganos y su pensamiento —como ciertos delirantes se imaginan hacerlo, pero a despecho de ellos mismos—, ella adopta un punto de vista exclusivo y unilateral, el suyo, el de una personalidad particular y constante con su propia perspectiva, y que distribuye a los otros en relación a sí misma. Sólo lo logra cuando puede dejar de confundirse con el contenido de su percepción, dejando de estar como flotante y dispersa entre las diferentes partes que se encuentran unidas allí, renunciando a su ubicuidad, retirándose de aquello que no sea ella misma, disociando la experiencia que vive según la categoría del yo y del no-yo. Progreso que supone una especie de desdoblamiento frente a la intuición concreta. A las impresiones de cualquier fuente que esta intuición hace coexistir en una especie de implicación mutua y consustancial, es necesario poder superponer sistemas de agrupaciones que las sobrepasen y que redistribuyan su contenido según las direcciones del pensamiento; es preciso que, redistribuidas en series apropiadas, la experiencia inmediata y actual pueda ser referida a los seres y a las leyes que le servirán de soporte o explicación. Pero, en la medida en que estos seres y estas leyes sobrepasan la ex-

periencia concreta y momentánea, es necesario que el niño llegue a ser capaz de tomarlas como simples fuentes de posibilidades, es decir, sobre el plano de lo virtual, al cual accede progresivamente.

En este camino, la distinción del yo y del no-yo es una etapa, una de las primeras etapas. Sin embargo, no se produce aisladamente. Al mismo tiempo que es franqueada, el niño testimonia una mayor objetividad en sus reacciones y en sus motivos de acción. No reacciona ya sólo a las impresiones presentes, sino también a las imágenes que guarda del pasado, a las representaciones que configura. Sus razones para estar celoso, desconfiado, agradecido, están mejor determinadas, son más consistentes, más durables; sus objetos son más individuales. La aptitud de reaccionar a tiempo se ha desarrollado. Es decir, ya no pertenece únicamente al plano de lo concreto y de lo actual, sino que comenzó a dirigirse hacia un plano en que lo real se refiere a nociones estables y más o menos capaces de resistir a las fluctuaciones momentáneas de la sensibilidad o de las disposiciones subjetivas.

Ciertas manifestaciones ya antiguas cambian de carácter. A los 2;4 el hijo de Preyer repetía frecuentemente: "solo" agitándose por realizar todo tipo de tareas sin la ayuda de nadie. Pero solamente a partir de los 3 años llega a actuar y a darse mañana solo. Se esfuerza por empujar, por arrastrar objetos, por trepar, gritando sin cesar y con entusiasmo: "yo puedo solo".

De la misma manera, se modifica una reacción cuyos orígenes son muy primitivos [25] y que un adulto en posesión de sí mismo logra frecuentemente inhibir: los cambios de actitud que produce generalmente la impresión de ser mirado bajo la influencia de lo que llamé el sentimiento de prestancia. La atención que el sujeto siente fijada sobre él mismo, parece, por una especie de contagio muy elemental, que lo obliga a él mismo a observarse. Si está actuando, el objeto de su acción y la acción misma son bruscamente suplantados por la intuición subjetiva que tiene de su propio personaje. Es como una inquietud, una obsesión de la actitud a tomar. Es una necesidad de adaptarse a la presencia del otro, que se superpone al acto en curso de ejecución, y que, con frecuencia, sustituye al desarrollo correcto de los automatismos necesarios por ciertos reflejos mímicos, o también por espasmos emotivos, con perturbaciones, enrojecimiento o palidez, sudores. Pueden resultar de esto algunas torpezas, obnubilación, asinergia motriz o mental.[26] Si un sentimiento demasiado agudo de su propia personalidad y de las relaciones frente al otro puede señalar una exageración en estas reacciones, su punto de partida está, no en una evolución demasiado detallada de la conciencia, sino en reflejos muy primitivos.

En efecto, llega a reaparecer de manera incoercible a continuación de ciertas lesiones cerebrales, que parecen sustraer al control de los centros superiores los centros de las manifestaciones y de la sensibilidad afectiva. Un hemipléjico citado por Douglas Davidson, no podía contener, si se sentía mirado, una risa convulsiva y una agitación desordenada de sus miembros. Una encefalítica, citada por Piltz, era presa, bajo la mirada o el interrogatorio del otro, de espasmos de risa o de llanto. Un conductor de auto que llegaba a alcanzar frecuentemente una velocidad de 140 kilómetros por hora, sin haber tenido jamás un accidente, experimentaba, si se sentía mirado, un violento malestar, enervamiento, angustia, una especie de contención interior que le subía hacia el cuello; entonces se desencadenaban tics mioclónicos de la cabeza y del brazo derecho, cuya primera aparición databa de convulsiones sufridas a la edad de 2;6 (observación de Tinel y Michon). Basta mirar, sin decir una palabra, ciertos paralíticos generales, para provocar en ellos toda una serie de rostros interrogativos, de aprobación, satisfechos, inquietos, y como un esfuerzo por tratar de acomodar sus actitudes a las del otro. Hay idiotas que reaccionan a las miradas con actitudes de defensa, con la huida o con gritos.[27]

Al mismo tiempo que esta tendencia a las manifestaciones afectivas, puede observarse la inhibición de la actividad obje-

[25] Véase la Primera parte.

[26] Wallon, "La maladresse", en *Journal de Psychol.*, enero de 1928, pp. 61-78.

[27] Wallon, *L'enfant turbulent*, ed. cit., Primera parte, cap. I.

tiva. Es conocido el ejemplo de esos enfermos a quienes el interrogatorio más ingenioso no pudo hacer hablar y cuya respuesta fluye cuando el médico vuelve la espalda. Lo mismo puede observarse en los animales, por ejemplo en los monos de Guillaume y de Meyerson, que hacen desaparecer la presa sin que sea posible saber cómo, porque lo hacen en el momento en que se los deja de mirar.[28] Efectos semejantes se encuentran en el niño. Preyer comprobó que a los 2;1 su hijo dejaba de repetir correctamente una palabra nueva si se le pedía expresamente.

Pero las reacciones de prestancia cambian con las etapas del crecimiento. Antes del 3er. año son como rudas y no diferenciadas. La inhibición y los reflejos de defensa son, en esta edad, más bien el resultado de una complexión nerviosa o de un estado físico defectuoso. El efecto más habitualmente comprobado es, por el contrario, una influencia dinamogénica, excitante sobre la actividad del niño. Éste solicita con frecuencia la atención del otro si cree estar cumpliendo con un rodeo difícil. Come mejor su sopa si su conejo de cartón lo está mirando (E. Köhler).

Después del 3er. año esta acción tiende a diversificarse y a entrar en relación con las circunstancias y las personas. Entonces aparece la "vergüenza". Stern la distingue, muy justamente, del miedo. El niño "vergonzoso" esconde su rostro en el pecho de su madre, pero mira voluntariamente a escondidas. Es una reacción diferente también del pudor, puesto que la vergüenza de estar desnudo no aparece antes del 5º o el 6º año. Pero la explicación que da Stern parece demasiado intelectualista. Ve allí el miedo de ser juzgado por otro, en la época en que la presencia del otro tiende a hacer al niño conciente de las actividades que operaban recientemente en él sin que haya podido identificarlas todavía y respecto a las cuales se siente obligado ahora a hacer una elección. Que la "duda" sea un efecto ligado a la vergüenza, es frecuente pero no necesario. Ésta puede multiplicar sus formas y motivos a medida que el niño diferencia sus relaciones con el medio; sigue siendo, a pesar de esto, el simple despertar psíquico de reacciones muy primitivas, y por así decir instintivas.

[28] "Recherches sur l'usage de l'instrument chez les singes", I, en *Journal de Psychol.*, marzo-abril 1930, pp. 178-236.

El desdoblamiento que se da entre su personalidad y la de los otros incita al niño a ensayar el poder de la suya, utilizando todas las circunstancias favorables. Con las personas a las que puede dominar, particularmente con sus allegados, se muestra exigente, celoso, y pretende llegar a ser para ellos un objeto de solicitud exclusivo. Llega a cometer intencionalmente errores o faltas para hacerse reprender o para retener la atención de los demás. Si encuentra oposición es capaz de duplicidad con tal de triunfar. Sus reacciones pierden su inmediata simplicidad. La intención que surge puede enmascararse. Él opone mentalmente a la situación presente, que parece querer acreditar por su gesto, otra. Aprende a subordinar lo que parece ser a lo que podría ser. Este descubrimiento reciente para él del contraste eventual que puede observarse entre las dos lo incita a hacer de esto un juego. Se complace en actuar astutamente sin cesar, por el solo placer de hacerlo. Se presenta con un rostro amistoso a los otros niños, para apoderarse bruscamente de los juguetes.

Durante este período de crisis, parece llevado siempre por una latente comparación entre él y los otros. No aborda ya, como antes, a cualquier niño, sino solamente a aquellos de los cuales cree poder sacar alguna ventaja. Se siente fácilmente frustrado por ellos y muestra con bastante frecuencia ideas de prejuicio. Si los ve testimoniar una superioridad cualquiera, sólo busca destruir sus efectos. Se encarniza en perturbar el juego de niños que saben jugar mejor que él (E. Köhler). Si se despoja de un juguete, lo hace explicando que no lo quiere más a aquel a quien se lo da. Usa así al otro para desembarazarse de lo que no le interesa más y tiende también a impedir que el otro pueda envanecerse. En la repartición que se impone en adelante entre él y los otros, busca sentirse superior.

Sin embargo, debe reconocer, al mismo tiempo e implícitamente, los derechos del otro. Cuando quiere quitar un objeto no es siempre porque lo desea, frecuentemente, lo hace para atentar contra la propiedad del otro. Tan pronto como lo obtuvo, puede que se deshaga de él. Inversamente, puede renunciar a tomar lo que desea si sabe que pertenece a alguien a quien

no quiere perjudicar. Comprende que dar una cosa es renunciar a ella para sí mismo. A pesar del arrepentimiento que puede tener después de haberlo dado, tiene conciencia, perfectamente, que no depende sólo de él el anular la transacción. El desdoblamiento que se hizo entre él y el otro, entre sus derechos y los del otro, le hace accesible la noción de transacción, y al mismo tiempo hace independiente de él y de los otros la existencia del objeto sobre el que se hizo la transacción. Ya no sería capaz de utilizar esta fórmula, ingenua o ingeniosa, que Jules Renard anotó en su diario: "Yo te daría mi juguete, dice el niño. Pero no puedo, es mío".

Dejó de confundir con su propia existencia todo lo que entra en el círculo de su existencia, de confundir consigo mismo todo lo que le toca, comprendidos los otros, y también dejó de confundir lo mío con el yo. La apropiación de un objeto por él o por cualquier otro es sólo un accidente en la existencia de este objeto. La existencia del objeto no está por entero en la percepción o en el goce actual que el niño tiene de él. Está virtualmente en todas las posibilidades en las que su pensamiento lo pone como soporte, sin que sea necesario imaginarlas. La existencia del objeto cambió de plano o mejor aún, pertenece al mismo tiempo que el plano de la experiencia actual y subjetiva, al de las representaciones objetivas.[29]

Sin duda, esas distinciones no son todavía muy explícitas para un niño de 3 años, pero comienza ya a conducirse conforme a ellas. Están esbozadas en las distinciones que interesan inmediatamente a sus relaciones de todos los instantes, en las relativas a las relaciones de su propia persona con las personas que lo rodean. Tendrán que proseguir durante varios años todavía.

Pero en cada etapa no marcarán nunca más que un límite superior. Pues las formas de actividad ya sobrepasadas no son abolidas; más o menos modificadas o contrariadas por los progresos realizados, no son menos capaces de repetirse ocasionalmente. La vuelta hacia estados cada vez menos diferenciados de la conciencia personal, hacia una confusión relativa de sí y del otro, hacia el mimetismo afectivo, hacia la subjetividad total del rapto emocional puede, por otra parte, ser favorecida por la enfermedad, la fatiga, por la simple distracción, y también por una especie de sugestión o de abandono progresivo que otorga preponderancia a las intuiciones y a las sensibilidades elementales de la vida efectiva.

[29] Wallon, en *Journal de Psychol.*, XXIX, nº 1-2, 1932, pp. 112-145.

CONCLUSIÓN

A los tres años termina una edad que es, sin duda, la más rebelde a las interpretaciones que podrá encontrar el adulto en el análisis introspectivo o también en el conocimiento objetivo de su propia actividad psíquica. Es ahora un principio reconocido por todos los psicólogos de la infancia que entre el niño y el adulto no hay más que una diferencia cuantitativa y que, si su crecimiento físico no es una simple adición de centímetros, sino que supone cambios de proporciones y de equilibrio entre las partes, es todavía más verdadero que su crecimiento psíquico no es una simple adición de nociones o de aptitudes, es atravesar distintos períodos, cada uno de los cuales tiene rasgos dominantes y realiza un equilibrio o sistema específico. Sin duda, todavía no se ha llegado a un acuerdo sobre la naturaleza profunda de esas diferencias entre los períodos.

Para algunos[30] bastará comprobar las diferencias cualitativas del contenido mental en cada edad, como si obedecieran más a una lógica interna y universal que a las influencias del medio. Para éstos, la acción del medio sería puramente abstracta. El pasaje del pensamiento infantil al pensamiento adulto, sería el pasaje gradual de un pensamiento absolutamente individual y que no se conoce más que a sí mismo, hacia un pensamiento que, sociabilizándose, aprendería a limitar sus propios puntos de vista en la medida en que percibiera que son inconciliables con los puntos de vista de los otros, y que se obli-

[30] Piaget y su escuela.

garía a no utilizar más que aquellos que pudieran ser utilizados, al mismo tiempo, por el pensamiento del otro. Es la tesis del *Contrato social* traspuesta a la psicología. Para comenzar, el individuo conoce sólo sus derechos, que son ilimitados y que se confunden con todo lo que está a su alcance hacer. Después, cuando se incorpora a la sociedad, los únicos derechos que conserva son los comunes a todos. Y es también el criterio kantiano de los principios morales que deben poder ser universales, sin que sus aplicaciones se contradigan y se destruyan recíprocamente.

Para otros, no hay contenido mental que pueda ser visto como estrictamente específico de una edad dada. Las explicaciones que el niño emite sobre la naturaleza de las cosas dependen, en gran medida, de su ambiente. Si sus ideas no son, evidentemente, aquellas que lo rodean y que podría recibir completamente hechas, son, al menos, el resultado de su esfuerzo por asimilar las técnicas en uso a su alrededor, y que son el objeto necesario de su actividad: técnica del lenguaje hablado por aquellos de los que depende, técnica incluida en los objetos elaborados que caen entre sus manos, y también técnica intelectual de los pensamientos y de los actos cuyos efectos siente en todo instante, y a cuyo espectáculo se dedica con una atención casi mimética. Su actividad propia, al no poder manifestarse y ejercerse más que a propósito de esas técnicas, recibe necesariamente de ellas sus temas. La diferencia de su pensamiento con el del adulto mide exactamente la distancia entre las respectivas posibilidades.

Evidentemente, hay maneras de razonar que deben permanecer extrañas a él, e inversamente, puede haber ciertos tipos de ideas o explicaciones que, perteneciendo al plano en que su inteligencia es capaz actualmente de moverse, son más o menos probables de encontrar. Pero no son de ninguna manera necesarias, como se ve al comparar niños de la misma edad que pertenecen a ambientes suficientemente diferentes. Lo importante es buscar, bajo las manifestaciones, la estructura psíquica que, por una parte, las hace posibles, y que excluye, por otra parte, la posibilidad de manifestaciones más evolucionadas. A este respecto, el estudio del niño antes de los 3 años es de los más instructivos, pues todavía faltan aquellas nociones sin las

cuales suponemos que la psicología no tendría objeto, más aún, no podría concebírsela.

Identificándose ella misma con el estudio del individuo, asimila el individuo con el sujeto y, en lugar de tratar de dar una definición causal que responda a todos los hechos, sólo tiene en cuenta uno de ellos: el sentimiento que tendría la persona de su irreductible identidad. Pero ésta es una noción tardía y frágil. Nunca antes de los tres años el niño se desprende de las situaciones que su sensibilidad le hace vivir y, cuyos términos, sean de origen afectivo o sensorial, son todos solidarios de un mismo conjunto, y forman parte indistintamente de aquello que él experimenta. Para diferenciar su contenido, le será necesario disponer de cuadros donde distribuirlo. Pero estos cuadros comienzan por faltarle. En consecuencia, será necesario hacer pasar los elementos cualitativos de las experiencias concretas hacia un plano superior de la actividad psíquica, si es que debe llegar a ordenarlas rigurosamente entre sí.

Por ejemplo, las diversidades locales, que son una simple cualidad de sus diferentes experiencias, deben poder concluir en incompatibilidades locales, es decir, en la imposibilidad para el mismo objeto de tener simultáneamente varias características de lugar, y varios objetos simultáneamente el mismo lugar.[81] Pero esto supone que el lugar no sea sólo el lugar sensible, y que por encima de los lugares percibidos, haya una especie de intuición abstracta que permita reducirlos y ordenarlos entre sí. Por otra parte, ésta es una condición previa para la identificación de cada cualidad particular, pues éstas no pueden ser distinguidas de las totalidades sensibles en las que se producen, a menos de ser referidas, cada una, a una serie o una escala ideal que haga de ellas un medio de determinación y de clasificación. Solamente con la ayuda de estos cuadros el objeto se separa del sujeto y le permite percibir su propia identidad.

Al menos el cuerpo, por su configuración misma, debería servir de soporte a la individualidad propia de cada uno. Opone al ambiente una superficie que filtra diversos estímulos por medio de aparatos sensoriales diferenciados. Y su sensibilidad ex-

[81] Wallon, "De l'expérience concrète à la notion de causalité et à la représentation-symbole", en *Journal de Psychol.*, XXIX, nº 1-2, pp. 112-145.

teroceptiva tiene cualidades específicas, órganos y centros especializados que la distinguen de las sensibilidades en relación con su propia actividad y con sus órganos, las sensibilidades propio e interoceptivas. Pero el estudio del niño muestra, por el contrario, que la noción del propio cuerpo no es, tampoco ella, un dato inicial de la sensibilidad, que exige la reducción recíproca de varios sistemas de imágenes y, en consecuencia, una actividad que las sobrepase a todas a la vez, para hacerlas simbolizar entre sí. No es propio de ninguna de ellas dar una representación de alguna manera absoluta de la realidad, sea externa, sea interna, puesto que no son más que los agentes subordinados del comportamiento en curso de actividad. Así, las excitaciones de origen exteroceptivo, por ejemplo, no pueden suscitar en el lactante más que reacciones en relación con sus necesidades alimenticias y posturales. Permaneciendo insensible a aquellas que no le interesan, le es imposible tener una representación aunque sea poco coherente de los objetos que lo rodean. Pero, recíprocamente, no puede establecer una delimitación entre las necesidades de su cuerpo y las circunstancias exteriores que se refieren a él.

Finalmente, los primeros sistemas de reacciones que se organizan bajo la influencia del ambiente, las emociones, tienden a realizar, por medio de manifestaciones consonantes y contagiosas, una fusión de sensibilidad entre el individuo y lo que lo rodea. Sin duda, pueden ser vistas como el origen de la conciencia, puesto que por el juego de determinadas actitudes, éstas expresan y fijan para el sujeto mismo ciertas disposiciones específicas de su sensibilidad. Pero son el punto de partida de su conciencia personal sólo por intermedio del grupo, con el cual comienzan por fundirlo, y de quien él recibirá las fórmulas diferenciadas de acción y los instrumentos intelectuales sin los cuales le será imposible operar las distinciones y las clasificaciones necesarias para el conocimiento de las cosas y de sí mismo.

En cada una de estas etapas existe, como se ve a través de todas las observaciones, cualquiera que sea su fuente, un sincronismo riguroso que sería inexplicable si dependieran de circunstancias exteriores y más o menos contingentes. Otras funciones, como el lenguaje, aunque esté ligado a la existencia

y a la maduración de centros cerebrales sin los cuales no podría desarrollarse, se realiza, sin embargo, en edades muy variables según los sujetos. Sin duda, esto ocurre en razón de su dependencia frente a estímulos exteriores, estrecha, múltiple, diversa y que pone en juego no sólo el ambiente, sino también las reacciones frente al ambiente que pueden ser particulares para cada niño. Implica conexiones intelectuales superponiéndose a conexiones sensorio-motrices, es decir, un sistema complejo que puede variar mucho de un sujeto al otro. Por comparación, las etapas de la personalidad parecen depender de condiciones cerebrales sensiblemente más autónomas y más simples.

Cada una de esas etapas presenta una gran coherencia tanto en su propia estructura como en las relaciones con la estructura evolutiva del individuo. Los dos puntos de vista son inseparables. La apropiación de los medios a las necesidades en cada período está dominada por la apropiación gradual de cada período al siguiente y por la apropiación de todos al desarrollo del individuo que se integra, él mismo, a sistemas cada vez más vastos. A las relaciones entre los movimientos bucales tan exactamente diferenciados y la mama, equivalen las relaciones que existen entre el feto y la placenta, y más tarde, al individualizarse el ser gradualmente, entre él y los seres que lo rodean, a los que necesita por intermedio de sus mutuas reacciones afectivas.

Con cada etapa las relaciones cambian y es necesario tratar de descubrir su unidad, a pesar de su complejidad creciente. Pero ¿por qué y cómo esta sucesión de la unión orgánica dada en el feto, la unión parasitaria en el lactante, la unión gregaria más tarde, sin considerar las siguientes? Durante el dominio de cada una de ellas hay trasformación manifiesta o latante. Bajo la influencia de las posibilidades que realizarán las siguientes, el equilibrio se modifica y su ruptura señalará el advenimiento de otro período. Este estudio se consagró a tratar de revelar los signos y el sentido de los cambios que preparan uno de esos períodos, el que comienza con las primeras reacciones de personalidad.

ÍNDICE

Prólogo 7

Introducción
El problema del carácter 13

Primera parte
El comportamiento emocional

Capítulo 1
Las premisas psicofisiológicas de la vida afectiva 27

Capítulo 2
Las formas de la actividad de relación. Automatismo y representación 53

Capítulo 3
Naturaleza de las emociones 61

Capítulo 4
Las emociones en el comportamiento humano 81

Capítulo 5
La expresión de las emociones y sus fines sociales 97

Capítulo 6
Las fuentes y las formas de la emoción en el niño 103

Capítulo 7
Estímulos orgánicos y diversidad de las emociones 119

Capítulo 8
Psiquismo y tono 135

Segunda parte
Conciencia e individuación del propio cuerpo

Introducción
Conciencia corporal y "cenestesia" 167

Capítulo 1
Las premisas psicofisiológicas de la conciencia corporal 173

Capítulo 2
Diferenciación y progreso de las reacciones exteroceptivas 185

Capítulo 3
Diferenciación y progreso de las relaciones relativas al propio cuerpo 193

Capítulo 4
El propio cuerpo y la imagen exteroceptiva 203

Tercera parte
La conciencia de sí

Capítulo 1
Las premisas psicofisiológicas hasta los 6 meses 223

Capítulo 2
Sociabilidad sincrética 233

Capítulo 3
Sincretismo diferenciado: I) Los celos 241

Capítulo 4
Sincretismo diferenciado: II) La simpatía 245

Capítulo 5
Estadio de las personalidades intercambiables 261

Capítulo 6
Crisis de personalidad (3 años): Afirmación del yo y objetividad 267

Conclusión 275